JENNIFER LYNN BARNES

LA JUGADA FINAL

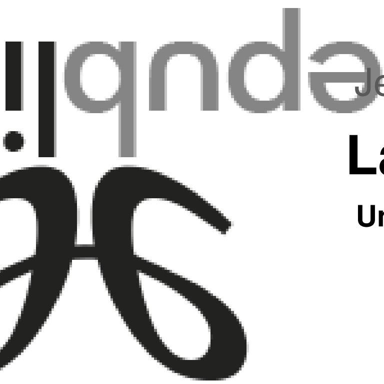
ACERTIJOS TRAS ACERTIJOS

SECRETOS Y MÁS SECRETOS

EL GANADOR SE LO LLEVA TODO

UNA HERENCIA EN JUEGO 3

La vida, la fortuna y los amores de Avery están en la cuerda floja en el juego del que todo el mundo habla. Para conseguir heredar miles de millones, Avery Grambs solo tiene que sobrevivir unas semanas más en la mansión Hawthorne. Pero los paparazzi no la dejan en paz, la presión sigue subiendo y el peligro acecha por todos lados. La luz al final del túnel son los hermanos Hawthorne, cuyas vidas están completamente entrelazadas con la de Avery. El momento en que Avery se convierta en la adolescente más rica del planeta se acerca, y es entonces cuando aparece un visitante que podría cambiarlo todo. Aún hay un último enigma que resolver, y Avery y los hermanos Hawthorne se verán atrapados en un peligroso juego una vez más. Atrapada en un mundo de riqueza y privilegios, con el peligro acechando a cada paso, Avery tendrá que ir a por todas y jugar a ese juego… si quiere sobrevivir.



Jennifer Lynn Barnes

La jugada final

Una herencia en juego - 3

ePub r1.0

Titivillus 28.04.2024

Título original: *The Final Gambit*
Jennifer Lynn Barnes, 2023
Traducción: Martina Garcia Serra

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



#11

DESDE 2013

UNDECIMO

ANIVERSARIO

$0.00

EPUBLIBRE



"MÁS LIBROS

MÁS LIBRES"

barcode





EDICIÓN LIMITADA

EDICION CONMEMORATIVA

Para William

CAPÍTULO 1

—Tenemos que hablar de tus dieciocho, se acerca tu cumpleaños.

Las palabras de Alisa resonaron por la más grande de las cinco bibliotecas de la Casa Hawthorne. Había dos pisos de estanterías que iban del suelo al techo, nos rodeaban infinidad de tomos de tapa dura con cubiertas de piel, muchos de los cuales tenían un valor incalculable, y todos y cada uno de ellos eran un recordatorio del hombre que había construido esa estancia.

Esa casa.

Esa dinastía.

Casi podía imaginarme el fantasma de Tobias Hawthorne observándome cuando me agaché y pasé la mano por los suelos de madera de caoba, buscando con los dedos alguna irregularidad entre los listones.

Al no encontrar ninguna, me puse de pie y contesté la afirmación de Alisa.

—Ah, ¿sí? —repliqué—. ¿En serio?

—¿En términos legales? —La imponente Alisa Ortega me miró con una ceja enarcada—. Sí. Aunque ya estés emancipada, teniendo en cuenta las condiciones de tu herencia…

—No cambia nada cuando cumpla los dieciocho años —atajé mientras escrutaba la biblioteca en busca de mi próximo movimiento—. No heredaré hasta que haya vivido en la Casa Hawthorne durante un año.

Conocía lo bastante bien a mi abogada para saber que, en realidad, quería hablar precisamente de eso. Mi cumpleaños era el 18 de octubre. El plazo de un año se cumpliría la primera semana de noviembre y, al instante, me convertiría en la adolescente más rica del planeta. Hasta entonces, tenía otras cosas en las que pensar.

Una apuesta que ganar. Un Hawthorne que superar.

—Sea como fuere… —Alisa se desalentaba con la misma facilidad

que un tren de alta velocidad—. Puesto que se acerca tu cumpleaños, deberíamos tratar algunos asuntos.

Solté un bufido irónico.

—¿Cuarenta y seis mil millones de asuntos?

Alisa me miró exasperada y yo me concentré en mi misión. La Casa Hawthorne estaba repleta de pasadizos secretos. Jameson había apostado conmigo que yo no sería capaz de encontrarlos todos. Escrutando el inmenso tocón de árbol que hacía las veces de escritorio, alargué la mano hacia la vaina que llevaba escondida dentro de la bota y saqué mi navaja para examinar una grieta natural de la superficie del escritorio.

Había aprendido por las malas que no podía permitirme el lujo de ir desarmada a ninguna parte.

—¡Comprobación de estado de ánimo! —Xander «Soy una Máquina de Rube Goldberg Andante» Hawthorne asomó la cabeza por la puerta de la biblioteca—. Avery, en una escala del uno al diez, ¿cuánto necesitas una distracción ahora mismo y hasta qué punto sientes apego por tus cejas?

Jameson estaba en la otra punta del mundo. Grayson no había llamado ni una sola vez desde que se marchara a Harvard. Xander, mi autodesignado MAHPS —es decir: Mejor Amigo Hawthorne Para Siempre—, consideraba que era su sagrado deber mantener alto mi estado de ánimo en ausencia de sus hermanos.

—Uno —respondí—. Y diez.

Xander hizo una breve inclinación.

—Entonces, te digo *adieu*.

En un abrir y cerrar de ojos, había desaparecido.

No me cabía ninguna duda de que en cuestión de diez minutos habría una explosión. Al volverme de nuevo hacia Alisa, escruté el resto de la habitación con los ojos: las estanterías aparentemente interminables, las escaleras de caracol de hierro forjado.

—Venga, suelta lo que hayas venido a decirme, Alisa.

—Sí, Lee-Lee. —Una voz profunda y aterciopelada nos llegó con calma desde el pasillo—. Ilumínanos.

Nash Hawthorne se colocó bajo el umbral de la puerta, con su acostumbrado sombrero de vaquero bien calado.

—Nash. —Alisa vestía su traje como si fuera una armadura—. Esto no te concierne.

Nash se apoyó contra el quicio de la puerta y cruzó perezosamente el pie derecho por encima del tobillo izquierdo.

—Si la chiquilla me dice que me vaya, me iré. —Nash no confiaba en Alisa cuando se trataba de mí. Llevaba meses así.

—Estoy bien, Nash —le dije—. Puedes irte.

—Me parece que puedo.

Nash no hizo ademán alguno de apartarse del quicio de la puerta. Era el mayor de los cuatro hermanos Hawthorne y tenía la costumbre de cuidar de los otros tres. A lo largo de este último año, me había incluido en su costumbre. Él y mi hermana llevaban meses «no saliendo juntos».

—¿No es noche de no cita hoy? —le pregunté—. ¿No significa eso que tienes que estar en alguna parte?

Nash se quitó el sombrero de vaquero y fijó sus templados ojos en los míos.

—Me apuesto lo que quieras —dijo mientras se daba la vuelta para irse tranquilamente de la biblioteca— a que pretende proponerte que establezcas un fondo fiduciario.

Esperé hasta que Nash no pudiera oírnos antes de volverme hacia Alisa.

—¿Un fondo fiduciario?

—Solo quiero que estés informada de tus opciones. —Alisa se salió por la tangente con su facilidad propia de abogado—. Te prepararé un dosier para que le eches un vistazo. Bien, volviendo a tu cumpleaños, también está el tema de la fiesta.

—Nada de fiestas —respondí de inmediato. Lo último que quería era convertir mi cumpleaños en un acontecimiento que copara portadas e incendiara las redes sociales.

—¿Cuál es tu grupo favorito? ¿Y cantante? Necesitaremos entretenimiento.

Noté que miraba a Alisa con los ojos entrecerrados.

—Nada de fiestas, Alisa.

—¿Se te ocurre alguien que te apetezca ver en la lista de invitados? —Al decir «alguien», Alisa no se refería a nadie que yo conociera. Hablaba de famosos, multimillonarios, miembros de la alta sociedad, de la realeza…

—Olvídate de la lista de invitados —dije—, porque no habrá ninguna fiesta.

—De verdad que deberías tener en cuenta la imagen que proyectas… —empezó a decir Alisa, y yo dejé de escucharla. Ya sabía lo que iba a decirme. Llevaba casi once meses repitiéndomelo: «A todo el mundo le encantan las historias como la de la Cenicienta».

Bueno, pues esta Cenicienta tenía una apuesta que ganar. Examiné las escaleras de hierro forjado. Tres subían en sentido antihorario. Sin embargo, la cuarta… Me acerqué y subí los escalones. En el descansillo de la segunda planta, recorrí con los dedos la parte inferior

de la balda que quedaba justo delante de la escalera. Un interruptor. Lo accioné y toda la estantería curvada trazó un arco al moverse hacia atrás.

«Ya van doce. —Sonreí con malicia—. Toma esa, Jameson Winchester Hawthorne».

—Nada de fiestas —volví a decirle a Alisa, asomándome para mirarla. Y luego desaparecí hacia las profundidades de la pared.

CAPÍTULO 2

Esa noche me metí en la cama y sentí las sábanas de algodón egipcio frescas y suaves sobre la piel. Mientras esperaba que Jameson me llamara, deslicé la mano hasta la mesilla de noche para coger un pequeño broche de bronce con forma de llave.

«—Escoge una mano. —Jameson extiende ambos puños. Le doy un golpecito en la mano derecha y abre los dedos, mostrándome así una palma vacía. Escojo entonces la mano izquierda, lo mismo. Luego me cierra la mano en un puño. Extiendo los dedos y allí, en la palma de mi mano, descansa el broche.

»—Resolviste el acertijo de las llaves más rápido que cualquiera de nosotros —me recuerda Xander—. ¡Ya iba siendo hora!

»—Lo siento, chiquilla —interviene Nash, arrastrando las palabras —. Ya han pasado seis meses. Ahora eres una de nosotros.

»Grayson no dice nada, pero cuando intento ponerme el broche y se me escapa de entre los dedos con torpeza, él lo atrapa antes de que caiga al suelo».

Ese recuerdo quería enlazarse con otro —Grayson, yo, la bodega—, pero no se lo permití. A lo largo de esos últimos meses, había desarrollado mis propios métodos de distracción. Agarré el teléfono, busqué una página web de *crowdfunding* y micromecenazgo e hice una búsqueda con los términos «facturas médicas» y «alquiler». Todavía quedaban seis semanas para que la fortuna Hawthorne fuera mía, pero los socios de McNamara, Ortega & Jones ya se habían encargado de proporcionarme una tarjeta de crédito prácticamente sin límites.

«Hacer donación anónima». Hice clic en esa opción una y otra vez. Cuando mi móvil sonó por fin, me recosté y respondí.

—Hola.

—Necesito un anagrama de la palabra «contaros». —La voz de Jameson zumbaba de energía.

—No, no lo necesitas. —Me tumbé de lado—. ¿Qué tal por la

Toscana?

—¿La cuna del Renacimiento italiano? ¿Llena de carreteras serpenteantes, colinas y valles, donde el rocío matutino baña el horizonte, y los bosques están repletos de hojas tan rojas y doradas que el mundo entero parece estar en llamas en el mejor sentido posible? ¿Esa Toscana?

—Sí —murmuré—. Esa Toscana.

—He visto cosas mejores.

—¡Jameson!

—¿De qué quieres que te hable primero, Heredera: de Siena, de Florencia o de los viñedos?

Lo quería absolutamente todo, pero había una razón por la cual Jameson estaba dedicando el tradicional año sabático de los Hawthorne a viajar.

—Háblame de la villa.

«¿Has encontrado algo?», añadí para mis adentros.

—Tu villa en la Toscana se construyó en el siglo diecisiete. Se supone que tendría que ser una casa de labranza, pero se parece más bien a un castillo, y está rodeada por un olivar de más de medio kilómetro cuadrado. Tiene piscina, un horno de piedra para hacer pizzas y una inmensa chimenea de piedra original del siglo diecisiete.

Pude imaginármelo. Con todo lujo de detalles, y no solo porque tuviera una carpeta con fotos.

—Y cuando has examinado la chimenea, ¿qué? —No tenía que preguntarle si lo había hecho.

—He encontrado algo.

Me senté y el pelo cayó a mi espalda.

—¿Una pista?

—Seguramente —contestó Jameson—. Aunque, ¿de qué rompecabezas?

Sentí la electricidad recorriéndome el cuerpo.

—Si no me lo dices, acabaré contigo, Hawthorne.

—Y yo —replicó Jameson— disfrutaría de lo lindo si lo hicieras. —Una sonrisa asomó en mis traicioneros labios. Paladeando la victoria, Jameson me dio la respuesta—: He encontrado un espejo triangular.

Y justo así, mi mente se puso a trabajar a toda velocidad. Tobias Hawthorne había criado a sus nietos con rompecabezas, acertijos y juegos. Con toda probabilidad, el espejo era una pista, pero Jameson tenía razón: era imposible saber de qué juego podía formar parte. Sea como fuere, esa no era la razón por la cual él estaba recorriendo el mundo.

—Descubriremos qué era ese disco. —Jameson me había leído el

pensamiento—. El mundo es el tablero, Heredera. Solo tenemos que seguir tirando los dados.

Quizá sí, pero esta vez no seguíamos un camino ni jugábamos a uno de los juegos del viejo. Nos movíamos a tientas en la oscuridad con la esperanza de que, tal vez, las respuestas nos esperaran en alguna parte. Respuestas que nos contaran por qué un pequeño disco grabado con círculos concéntricos y parecido a una moneda valía una fortuna.

Por qué el tocayo de Tobias Hawthorne además de su único hijo le había dejado ese disco a mi madre.

Por qué Toby me lo había arrebatado antes de desaparecer para seguir fingiendo que estaba muerto.

Toby y ese disco eran mi último vínculo con mi madre, y habían desaparecido. Me dolía pensar excesivamente en ello.

—Hoy he encontrado otra entrada a los pasadizos secretos —le dije de pronto.

—¿En serio? —contestó Jameson, el equivalente verbal a tenderme la mano para empezar un vals—. ¿Cuál has encontrado?

—La de la biblioteca circular.

Al otro extremo de la línea se hizo un silencio breve, pero inconfundible.

Y entonces lo comprendí.

—¡Esa no la conocías! —La victoria era de lo más dulce—. ¿Quieres que te diga dónde está? —canturreé.

—Cuando vuelva —murmuró Jameson—, yo mismo la encontraré.

No tenía ni idea de cuándo iba a volver, pero muy pronto mi año en la Casa Hawthorne llegaría a su fin. Sería libre. Podría ir adonde quisiera, hacer lo que quisiera y cuando quisiera.

—¿Adónde vas a ir ahora? —le pregunté a Jameson. Si me ensimismaba demasiado pensando en las posibilidades, me ahogaría en el deseo, en el anhelo, en creer que podíamos tenerlo todo.

—Santorini —contestó él—. Pero, dímelo, Heredera, y…

—Sigue viajando. Sigue buscando. —La voz se me volvió áspera—. Sigue contándomelo todo.

—¿Todo? —repitió Jameson con un tono bajo y grave que me hizo pensar en lo que podríamos estar haciendo los dos si yo estuviera con él.

Me tumbé bocabajo.

—Oye, ¿el anagrama que buscabas? Es «tocarnos».

CAPÍTULO 3

Las semanas pasaron en una maraña de galas benéficas y exámenes del instituto, noches hablando con Jameson y demasiado tiempo invertido pensando en si Grayson se dignaría o no a contestar el maldito teléfono.

«Concéntrate», me insté. Dejé la mente en blanco y apunté. Mirando por encima del cañón de la pistola, cogí aire y lo solté, y disparé. Una y otra vez.

La finca Hawthorne tenía de todo, lo que incluía su propio campo de tiro. Yo no era partidaria de las armas. No eran mi idea de algo divertido. Sin embargo, tampoco quería estar indefensa. Haciendo un esfuerzo por relajar la mandíbula, bajé el arma y me quité los auriculares de protección.

Nash evaluó mi blanco.

—Bien hecho, chiquilla.

En teoría, nunca iba a necesitar una pistola ni la navaja que llevaba en la bota. En teoría, la finca Hawthorne era impenetrable, y cuando saliera al exterior siempre iría acompañada de seguridad armada. Pero, desde que Tobias Hawthorne me había incluido en su testamento, me habían disparado, puesto una bomba y secuestrado. La teoría no había mantenido las pesadillas a raya.

En cambio, Nash enseñándome a luchar sí.

—¿Tu abogada ya te ha traído el papeleo del fondo fiduciario? —me preguntó como quien no quiere la cosa.

Mi abogada era su ex y Nash la conocía demasiado bien.

—Tal vez —contesté, y la explicación de Alisa retumbó en mis oídos: «Lo normal, con un heredero de tu edad, sería haber erigido ciertas garantías. Puesto que el señor Hawthorne no consideró conveniente erigirlas, es una opción que tendrás que considerar tú misma». Según Alisa, si ponía el dinero en un fondo fiduciario, habría un fideicomisario a cargo de salvaguardar y aumentar la fortuna por

mí. Alisa y los socios de McNamara, Ortega & Jones, desde luego, estarían dispuestos a hacer las veces de fideicomisarios, bajo el acuerdo de que no se me negaría nada que pidiera. «Un fideicomiso revocable sencillamente minimizaría la presión sobre ti hasta que estuvieras preparada para tomar las riendas por completo», había añadido.

—Recuérdamelo —me pidió Nash, inclinándose para fijar sus ojos en los míos—. ¿Cuál es nuestra norma acerca de jugar sucio?

Cuando se trataba de Alisa Ortega, ese chico no era ni la mitad de sutil de lo que se creía, aun así contesté a su pregunta igualmente.

—Nunca se juega sucio —le dije a Nash— si se acaba ganando.

CAPÍTULO 4

La mañana de mi decimoctavo cumpleaños —y el primer día de las vacaciones de otoño del gran Instituto Heights Country Day— me desperté ante la visión de un maravilloso vestido de gala colgado en la puerta de mi cuarto. Era de un verde medianoche profundo, largo hasta los pies, con un canesú recubierto de decenas de miles de diminutas piezas de pedrería negras que trazaban un oscuro patrón delicado e hipnotizador.

Era uno de esos vestidos que atraen todas las miradas. De los que a una le arrancan una exclamación y hacen que se quede mirándolo con la boca abierta.

El tipo de vestido que una se pondría para ir a un acontecimiento para copar portadas e incendiar las redes sociales. «Venga ya, Alisa», pensé. Fui hasta el vestido sintiéndome recelosa… y entonces vi la nota que pendía del perchero: LLÉVAME SI TE ATREVES.

Aquella no era la letra de Alisa.

Encontré a Jameson al borde del Black Wood. Vestía un esmoquin blanco que se ajustaba a su cuerpo demasiado bien y estaba de pie al lado de un verdadero globo aerostático.

«Jameson Winchester Hawthorne», pensé. Corrí como si el vestido de gala no pesara nada, como si no llevara una navaja atada al muslo, y le salté encima.

Jameson me agarró y nuestros cuerpos colisionaron.

—Feliz cumpleaños, Heredera.

Algunos besos eran dulces y suaves, y otros eran puro fuego.

Al cabo de un rato, me percaté de que no estábamos solos. Oren era discreto. No nos miraba directamente, pero estaba clarísimo que mi jefe de seguridad no iba a permitir que Jameson Hawthorne emprendiera el vuelo a solas conmigo.

A regañadientes me aparté de él.

—¿Un globo aerostático? —le pregunté a Jameson con fingida indiferencia—. ¿En serio?

—Debería advertirte, Heredera… —Jameson dio un salto para salvar el borde de la cesta y aterrizó en cuclillas—. Los cumpleaños se me dan peligrosamente bien.

A Jameson Hawthorne se le daban peligrosamente bien muchísimas cosas.

Me tendió la mano. La cogí y ni siquiera tuve que fingir que había crecido acostumbrada a eso, a mil y una cosas como esa, a él. Podrían pasar un millón de años, y la vida que Tobias Hawthorne me había legado seguiría dejándome sin respiración.

Oren se subió al globo detrás de mí y fijó la mirada en el horizonte. Jameson soltó las cuerdas y prendió la llama.

Emprendimos el vuelo al instante.

En el aire, con el corazón en la garganta, miré con fijeza la Casa Hawthorne.

—¿Cómo se conduce? —la pregunté a Jameson mientras todo, menos nosotros dos y mi discretísimo guardaespaldas, se empequeñecía y alejaba.

—No se conduce. —Jameson me rodeó el torso con los brazos—. A veces, Heredera, lo único que uno puede hacer es identificar en qué dirección sopla el viento y trazar un rumbo.

El globo no fue más que el principio. Jameson Hawthorne no hacía nada a medias tintas.

Un pícnic secreto.

Un vuelo en helicóptero hasta el golfo.

Escapar a toda velocidad de los *paparazzi*.

Bailar agarrados, descalzos, en la playa.

El océano. Un acantilado. Una apuesta. Una carrera. Un desafío. «Voy a recordar todo esto. —Esa fue la abrumadora sensación que tuve en el helicóptero mientras volvíamos a casa—. Voy a recordarlo absolutamente todo». Años más tarde, seguiría siendo capaz hasta de sentirlo. El peso del vestido de gala, el viento en el rostro. La arena cálida en la piel y las fresas bañadas de chocolate derritiéndose en mi lengua.

Al anochecer ya casi habíamos vuelto a casa. Había sido el día perfecto. Nada de aglomeraciones. Nada de famosos. Nada de…

—Fiesta —dije al tiempo que el helicóptero se acercaba a la finca Hawthorne y yo contemplaba las vistas.

El jardín topiario y los terrenos de alrededor estaban iluminados por miles de lucecitas diminutas…, y eso ni siquiera era lo peor.

—Más te vale que eso no sea una pista de baile —le advertí a Jameson amenazadoramente.

Jameson hizo aterrizar el helicóptero, echó la cabeza hacia atrás y sonrió.

—¿No vas a hacer ningún comentario de la noria?

Ahora entendía por qué había tenido que sacarme de la casa.

—Eres hombre muerto, Hawthorne.

Jameson apagó el motor.

—Por suerte, Heredera, los hombres Hawthorne tenemos nueve vidas.

Al apearnos y caminar hacia el jardín topiario, miré a Oren de soslayo y entorné los ojos.

—Lo sabías —acusé.

—Puede que me entregaran una lista de invitados a los que permitir la entrada en la finca. —La expresión de mi jefe de seguridad era absolutamente impenetrable… hasta que pudimos ver la fiesta al completo. Entonces casi sonrió—. También puede que vetara unos cuantos nombres de dicha lista.

Y con «unos cuantos», me di cuenta al cabo de un instante, se refería a casi todos ellos.

La pista de baile estaba llena de pétalos de rosa esparcidos e iluminada con una cinta de delicadas luces que tejían un manto de un suave fulgor, como si fueran luciérnagas recortadas contra la noche. Un cuarteto de cuerda tocaba a la izquierda de una tarta de las que una esperaría encontrar en una boda real. La noria giraba a lo lejos. Unos camareros con esmoquin portaban bandejas con copas de champán y entremeses.

Sin embargo, no había invitados.

—¿Te gusta? —Libby apareció a mi lado. Iba vestida como alguien sacado de un cuento de hadas gótico y sonreía de oreja a oreja—. Yo quería que los pétalos de rosa fueran negros, pero esto también está bien.

—¿Qué es esto? —suspiré.

Mi hermana me dio un golpecito en el hombro con el suyo.

—Lo llamamos el «baile de los introvertidos».

—No hay nadie. —Ya notaba como se me iba escapando una sonrisa.

—No es cierto —replicó Libby con alegría—. Yo estoy aquí. Nash se ha ofendido por la comida finolis y se ha puesto al mando de la barbacoa. El señor Laughlin lleva la noria bajo la supervisión de la

señora Laughlin. Thea y Rebecca están robándose un momento superrobado detrás de las esculturas de hielo. Xander le está echando un vistazo a tu sorpresa, y ¡aquí están Zara y Nana!

Me volví justo a tiempo para que me atizaran con un bastón. La bisabuela de Jameson me fulminó con la mirada mientras su tía miraba, divertida y contenida a la vez.

—Tú, niña —espetó Nana, usando lo que se había convertido en su versión de mi nombre—. El escote de ese vestido hace que parezcas una fulana. —Me miró meneando el bastón y luego gruñó—: Lo apruebo.

—Y yo también —secundó una voz a mi izquierda—. ¡Feliz cumpleaños, frutilla preciosa!

—¿Max? —Clavé la mirada en mi mejor amiga y luego volví a fijarla en Libby.

—¡Sorpresa!

A mi lado, Jameson soltó una risita.

—Cabe la posibilidad de que Alisa estuviera convencida de que habría una fiesta mucho más grande.

Pero no fue así. Solo estábamos… nosotros.

Max me pasó un brazo por los hombros.

—¡Pregúntame qué tal la uni!

—¿Qué tal la uni? —le pregunté. Seguía absolutamente anonadada.

Max rio.

—Ni la mitad de entretenida que ese duelo a muerte de pídola en la noria.

—¿Duelo a muerte de pídola en la noria? —repetí. Aquello tenía el nombre de Xander escrito con todas las letras. Sabía de sobra que ese par había mantenido el contacto.

—¿Quién va ganando? —Jameson ladeó la cabeza.

Max contestó, pero antes de que pudiera procesar lo que estaba diciendo, percibí un movimiento por el rabillo del ojo… o tal vez lo sentí. A él. Ataviado de negro de la cabeza a los pies, vistiendo un esmoquin negro de diez mil dólares igual que otros chicos llevaban sudaderas ajadas, Grayson Hawthorne se plantó en la pista de baile.

«Ha vuelto a casa», pensé. Ese pensamiento llegó acompañado por un recuerdo de la última vez que lo vi: «Grayson roto. Yo a su lado», recordé. De vuelta en el presente, Grayson Hawthorne posó sus ojos en los míos un breve instante y luego los paseó por el resto de la fiesta.

—Duelo a muerte de pídola en la noria —comentó con calma—. Eso nunca acaba bien.

CAPÍTULO 5

A la mañana siguiente, me desperté y vi mi vestido de gala tirado a los pies de mi cama. Jameson estaba dormido a mi lado. Reprimí el impulso de recorrer su mandíbula con los dedos, de acariciarle levemente la cicatriz que le cruzaba el pecho.

Le había preguntado cien veces cómo se había hecho esa cicatriz, y él me había dado cien respuestas distintas. En algunas versiones, el culpable era una roca abrupta. Una vara de acero. Un parabrisas.

Algún día le sonsacaría la respuesta real.

Me permití un momento más al lado de Jameson, luego salí de la cama, tomé mi broche Hawthorne, me vestí y me dirigí al piso de abajo.

Grayson estaba en el comedor, a solas.

—No pensaba que fueras a volver a casa —le comenté, arreglándomelas no sé cómo para sentarme delante de él.

—Técnicamente, esto ya no es mi casa. —Incluso a un volumen bajo, la voz de Grayson se abría paso por la estancia inexorable como la marea—. Dentro de muy poco tiempo, todo lo que contiene este lugar será oficialmente tuyo.

Esa afirmación no fue una acusación ni una queja. Era un hecho.

—Eso no significa que tenga que cambiar nada —repliqué.

—Avery. —Sus penetrantes ojos claros se fijaron en los míos—. Tiene que cambiar. Tú tienes que cambiar.

Antes de que apareciera yo, Grayson había sido el heredero forzoso. Casi era un experto en lo que uno tenía que hacer.

Y yo era la única que lo sabía: debajo de ese exterior controlado e invencible, ese chico se estaba derrumbando. Como no podía decirlo, ni siquiera que estaba pensando en ello, me ceñí al tema que nos ocupaba.

—¿Qué pasa si no puedo hacerlo sola? —pregunté.

—No estás sola. —Grayson se permitió posar sus ojos en los míos un instante más, y luego rompió el contacto visual con fluidez y determinación—. Cada año, el día de nuestros cumpleaños —prosiguió al cabo de un momento—, el viejo nos citaba en su estudio.

Ya me lo habían contado.

—«Invierte. Cultiva. Crea» —dije.

Desde que eran niños, cada año el día de su cumpleaños, los hermanos Hawthorne habían recibido diez mil dólares para invertir. También habían recibido órdenes de escoger un talento o un interés que cultivar, y no se reparó en gastos para dicho cultivo. Finalmente, Tobias Hawthorne les plateaba un reto de cumpleaños: tenían que inventar, crear, representar o hacer realidad algo.

—Invierte: enseguida está hecho. Cultiva: tienes que escoger algo que quieras para ti. No un objeto o una experiencia, sino una habilidad. —Esperé que Grayson me preguntara qué iba a escoger yo, pero no lo hizo. En lugar de eso, se sacó un libro de cubiertas de piel del bolsillo interior de la americana y lo deslizó por la mesa—. Y respecto al desafío de cumpleaños, tendrás que crear un plan.

La piel era de un tono marrón intenso y profundo, suave al tacto. Los bordes de las páginas eran ligeramente irregulares, como si hubieran encuadernado el libro a mano.

—Te interesa empezar teniendo una idea clara de tus finanzas. A partir de ahí, piensa en el futuro y planifica tu tiempo y tus compromisos económicos de los próximos cinco años.

Abrí el libro. Las gruesas páginas de color blanco roto estaban vacías.

—Escríbelo todo —me indicó Grayson—. Luego rómpelo y vuelve a escribirlo. Una y otra vez hasta que tengas un plan que funcione.

—Tú sabes qué harías si estuvieras en mi lugar. —Habría apostado toda mi fortuna a que, en algún rincón, ese chico tenía una libreta y un plan propios.

Grayson volvió a mirarme a los ojos.

—Tú no eres yo.

Me pregunté si había alguien en Harvard —una sola persona— que lo conociera tan bien como sus hermanos y yo, aunque fuera una décima parte.

—Me prometiste que me ayudarías. —Esas palabras se me escaparon antes de poder detenerlas—. Dijiste que me enseñarías todo lo que tenía que saber.

Sabía que no hacía falta que le recordara a Grayson Hawthorne que había roto una promesa. No tenía derecho a pedírselo, a pedirle

nada. Estaba con Jameson. Amaba a Jameson. Y, durante toda la vida de Grayson, todo el mundo había esperado demasiado de él.

—Lo siento —me disculpé—. No es problema tuyo.

—No —ordenó Grayson con brusquedad— me mires como si estuviera roto.

«No estás roto», pensé. Ya se lo había dicho. No me creyó esa vez. Tampoco iba a hacerlo ahora.

—Alisa quiere que ponga el dinero en un fondo fiduciario —le expliqué, porque lo mínimo que le debía era un cambio de tema.

Grayson respondió enarcando las cejas.

—Desde luego que quiere.

—Todavía no he accedido a nada.

Una leve sonrisa se apoderó de las comisuras de sus labios.

—Desde luego que no.

Oren apareció en el umbral de la puerta antes de que pudiera responder.

—Acaba de llamarme uno de mis hombres —me dijo—. Hay una persona en la verja.

Una alarma se disparó en mi mente porque Oren era más que capaz de lidiar por sí mismo con cualquier visitante indeseado. «¿Skye? ¿Ricky?», me pregunté. La madre de Grayson y el inútil de mi padre ya no estaban en la cárcel por un intento de asesinato contra mi persona que, sorprendentemente, no habían orquestado ellos. Sin embargo, aquello no significaba que hubieran dejado de ser amenazas.

—¿Quién es? —la expresión de Grayson se volvió afilada como una daga.

Oren no apartó sus ojos de los míos al responder.

—Dice que se llama Eve.

CAPÍTULO 6

Durante meses, había mantenido en secreto la existencia de la hija de Toby para todo el mundo excepto para Jameson. Porque Toby así me lo había pedido, aunque no solo porque Toby me lo hubiera pedido.

—Tengo que ocuparme de esto —dije con una calma que no sentía en absoluto.

—¿Doy por hecho que no requieres mi asistencia? —El tono de Grayson era tranquilo, pero lo conocía bien. Sabía que, si rechazaba su ayuda, se lo tomaría como una prueba de que lo trataba como a un niño.

«Los Hawthorne no pueden romperse —me susurró el recuerdo de su voz—. Y yo menos que nadie».

En ese preciso instante no podía darme el lujo de intentar convencer a Grayson Hawthorne de que para mí no era débil ni estaba roto ni dañado.

—Agradezco la oferta —le aseguré—, pero puedo ocuparme.

Lo último que Grayson necesitaba era ver a la chica que había en la verja.

Mientras Oren me conducía hacia allí, mi mente se disparó. «¿Qué está haciendo aquí? ¿Qué quiere?», me pregunté. Intenté prepararme; sin embargo, en cuanto vi a la hija de Toby ante la verja, se me derrumbó encima un muro de emociones. La brisa jugueteaba con su pelo ambarino. Incluso desde atrás, incluso llevando un vestido blanco deshilachado y sucio de tierra, aquella chica brillaba con luz propia.

«Eve no debería estar aquí», me dije. Toby había sido muy claro: a mí no podía salvarme del legado que Tobias Hawthorne había dejado atrás, pero sí podía salvarla a ella. De la prensa. De las amenazas. «Del árbol envenenado», pensé mientras bajaba del coche.

Eve se volvió. Se movía con la gracilidad y el abandono de una bailarina, y en cuanto sus ojos encontraron los míos, dejé de respirar.

Sabía que Eve era la viva imagen de la difunta Emily Laughlin.

Lo sabía.

Pero verla fue como levantar la mirada y ver un tsunami acercarse. Tenía el pelo rubio rojizo de Emily, los ojos color esmeralda de Emily. El rostro en forma de corazón, los mismos labios y el delicado manto de pecas.

Verla acabaría con Grayson. Tal vez a Jameson le dolería, pero a Grayson lo mataría.

«Tengo que sacarla de aquí», me dije. Ese pensamiento retumbó en mi cabeza; pero, en cuanto llegué a la verja, mi instinto me lanzó otra advertencia. Escruté la carretera.

—Déjala entrar. —Le pedí a Oren. No vi *paparazzi*, pero la experiencia me había enseñado los peligros de los objetivos telescópicos, y lo último que Jameson o Grayson necesitaban era ver el rostro de esa chica estampado en todas las páginas de prensa rosa de internet.

La verja se abrió. Eve se me acercó un paso.

—Eres Avery. —Tomó aire con dificultad—. Soy…

—Ya sé quién eres. —Las palabras me salieron con más dureza de lo que pretendía, y fue justo entonces cuando vi que tenía sangre seca en la sien—. Dios. —Me acerqué un poco—. ¿Estás bien?

—Yo sí. —Eve aferró con los dedos la correa de la ajada bandolera que llevaba—. Pero Toby no.

No —me dije. Mi mente se rebeló. Mi madre había amado a Toby. Él había ido a buscarme cuando ella murió—. Tiene que estar bien. —Pensé. Una bocanada de aire se me ahogó en el pecho. Dejé que Oren nos escoltara de vuelta al coche, a salvo de ojos y oídos indiscretos.

—¿Qué le ha pasado a Toby? —exigí saber con urgencia.

Eve frunció los labios.

—Me dijo que si le ocurría algo, debía acudir a ti. Y, escucha, no soy ninguna ingenua, ¿vale? Sé que lo más probable es que no me quieras aquí. —Pronunció esas palabras como si estuviera acostumbrada a no ser querida—. Pero no podía ir a otra parte.

Cuando me enteré de la existencia de Eve, propuse llevarla a la Casa Hawthorne. Toby había prohibido esa idea. No había querido que nadie supiera de ella. «Entonces, ¿por qué me la ha mandado a mí?», me pregunté. Se me tensaron los músculos de la mandíbula y del estómago, y me obligué a concentrarme en lo único que importaba.

—¿Qué le ha pasado a Toby? —repetí con voz grave y gutural.

El viento jugueteó con el pelo de Eve. La chica separó sus rosados labios.

—Se lo han llevado.

El aire escapó de mis pulmones, me silbaban los oídos, se me había distorsionado la noción de la gravedad.

—¿Quién? —exigí saber—. ¿Quién se lo ha llevado?

—No lo sé. —Eve se rodeó el torso con los brazos en un gesto protector—. Toby me encontró hace meses. Me dijo quién era. Quién era yo. Estábamos bien, los dos solos, pero entonces la semana pasada ocurrió algo. Toby vio a alguien.

—¿Quién? —pregunté de nuevo, como si me hubieran arrancado la palabra.

—No lo sé. Toby no quiso decírmelo. Solo me dijo que tenía que irse.

«Toby es así —pensé. Me escocían los ojos—. Se va».

—Has dicho que alguien se lo ha llevado.

—Ya voy —espetó Eve con sequedad—. Toby no quería llevarme con él, pero no le di otra opción. Le dije que si intentaba dejarme atrás, iría a la prensa.

A parte de una fotografía filtrada y algunos rumores en los tabloides, hasta la fecha ningún medio de comunicación había sido capaz de afirmar de manera sustancial que Toby estaba vivo.

—¿Le hiciste chantaje para que te llevara con él?

—De haber estado en mi lugar —replicó Eve, en cuya voz se filtró algo casi suplicante—, tú habrías hecho lo mismo. —Bajó la mirada y unas pestañas tremendamente largas proyectaron sombras sobre su rostro—. Toby y yo conseguimos escapar, pero alguien nos seguía la pista, nos perseguía como un perro de presa. Toby no quería decirme de quién huíamos, pero el lunes me dijo que teníamos que separarnos. El plan era volver a encontrarnos tres días más tarde. Esperé. Me escondí bien, tal como él me había enseñado. Ayer me presenté en el lugar donde teníamos que encontrarnos. —Sacudió la cabeza, sus ojos verdes brillaban—. Pero Toby no.

—Quizá cambió de idea —dije, deseando que fuera verdad—. Tal vez…

—No —insistió Eve desesperada—. Toby no me ha mentido jamás. Nunca ha roto una promesa. Él no… —Calló y luego dijo—: Alguien se lo ha llevado. ¿No me crees? Puedo demostrarlo.

Eve se apartó el pelo del rostro. La sangre seca que yo había visto solo era la punta del iceberg. La piel que rodeaba el corte estaba moteada; era una nauseabunda mezcla de azul y negro.

—Alguien te ha golpeado. —Hasta que Oren habló, casi se me había olvidado que estaba allí—. Con la culata de una pistola, imagino.

Eve ni siquiera lo miró. Sus brillantes ojos verdes permanecieron

clavados en los míos.

—Toby no se presentó donde teníamos que encontrarnos, lo hizo otra persona. —Dejó que el pelo volviera a caerle sobre la herida—. Me agarró por detrás y me dijo que, si sabía lo que me convenía, me olvidara de Toby Hawthorne.

—¿Esa persona usó su nombre real? —formulé la pregunta a duras penas.

Eve asintió.

—Es lo último que recuerdo. Me dejó inconsciente. Me desperté y descubrí que me había robado todo lo que llevaba encima. Incluso me había revuelto los bolsillos. —La voz le tembló un poco, pero se recompuso enseguida—. Toby y yo habíamos escondido una bolsa en caso de emergencia: una muda de ropa para cada uno y un poco de dinero. —Me pregunté si se daba cuenta de la fuerza con la que se aferraba a la bolsa en ese momento—. Compré un billete de autobús y vine aquí. Por ti.

«Tienes una hija», le había dicho a Toby cuando descubrimos la existencia de Eve. «Tengo dos», me había respondido él. Tragándome la enmarañada zarza de emociones que tenía dentro, me volví hacia Oren.

—Deberíamos llamar a las autoridades.

—No. —Eve me agarró del brazo—. No puedes denunciar la desaparición de un hombre muerto, y Toby no me dijo que fuera a la policía. Me dijo que acudiera a ti.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Alguien te ha atacado. Eso sí podemos denunciarlo.

—¿Y quién —replicó Eve— va a creer a una pobre chica como yo?

Yo misma había crecido pobre. Yo misma había sido esa chica, de la que nadie esperaba mucho, a la que todos trataban como si no fuera nadie porque tenía menos que el resto.

—Involucrar a las autoridades podría atarnos de pies y manos —intervino Oren—. Deberíamos prepararnos para recibir una posible petición de rescate. En caso de no recibir dicho chantaje…

Ni siquiera quería pararme a pensar un segundo en lo que podía significar que la persona que se había llevado a Toby no buscara dinero.

—Si Eve te dice dónde tenía que encontrarse con Toby, ¿podemos enviar a un equipo para que haga un reconocimiento? —le pregunté a Oren.

—Dalo por hecho —replicó. Luego su mirada se desvió abruptamente hacia algo o alguien que había detrás de mí. Escuché un ruido proveniente de esa dirección, un ruido estrangulado casi

inhumano, y supe, incluso antes de volverme, qué me encontraría. A quién me encontraría.

—¿Emily…? —Grayson Hawthorne estaba viendo un fantasma.

CAPÍTULO 7

Grayson Davenport Hawthorne era una persona que daba mucha importancia al control; de cualquier situación, de cualquier emoción. Cuando di un paso hacia él, se apartó.

—Grayson —dije bajito.

No había palabras para describir cómo miraba a Eve: como si fuera un sueño. Una esperanza y un tormento. Como si lo fuera todo.

Cerró sus ojos argénteos.

—Avery. Deberías… —Grayson se obligó a coger aire y a soltarlo. Luego se irguió y cuadró los hombros—. No te me acerques, ahora mismo soy un peligro, Avery.

Me llevó un momento comprender que Grayson creía que estaba teniendo una alucinación. De nuevo. Desmoronándose. De nuevo.

«Vuelve a decirme que no estoy roto», recordé.

Acorté el espacio que nos separaba y agarré a Grayson por los hombros.

—Eh —le dije bajito—. ¡Eh! Mírame, Gray.

Aquellos ojos claros se abrieron.

—Esta chica no es Emily. —Le aguanté la mirada y le impedí que la apartara—. Y tú no estás teniendo alucinaciones.

Grayson desvió los ojos más allá de mi hombro.

—Estoy viendo…

—Lo sé —lo interrumpí al tiempo que le acercaba la mano a la mejilla y lo obligaba a mirarme a los ojos de nuevo—. Es real. Se llama Eve. —No estaba segura de que me estuviera oyendo, aún menos que estuviera procesando lo que le decía—. Es la hija de Toby.

—Se parece a…

—Lo sé —repetí, con la mano todavía en su mandíbula—. La madre de Emily era la madre biológica de Toby, ¿recuerdas? —La familia Hawthorne adoptó en secreto a Toby nada más nacer. Alice Hawthorne había fingido un embarazo para esconder la adopción y

hacerlo pasar por propio—. Eso hace que Eve tenga sangre Laughlin —continué—. Son familia, por eso se parecen.

—Pensé… —Grayson dejó de hablar. Un Hawthorne no admitía la debilidad—. Lo sabías. —Grayson me miró desde arriba y, finalmente, aparté la mano de su rostro—. No te ha sorprendido verla, Avery. Lo sabías.

Oí lo que no me estaba diciendo: «Esa noche en la bodega… Lo sabías».

—Toby quería mantener en secreto su existencia —le expliqué, diciéndome a mí misma que esa era la razón por la cual no se lo había contado—. Él no quería que Eve tuviera esta vida.

—¿Quién más lo sabe? —exigió saber Grayson con ese tono habitual en él de heredero forzoso, el que hacía que las preguntas sonaran siempre como planteadas a la ligera, como si estuviera teniendo la despreocupada cortesía para con su interlocutor de hacerle una pregunta en lugar de arrancarle la respuesta de la mente él mismo.

—Solo Jameson —contesté.

Después de un largo y torturador momento, Grayson apartó la mirada de mí para fijarla en Eve; todos los músculos de su mandíbula dejaban al descubierto sus emociones. No tuve claro en qué medida su tormento se debía a la idea de que yo lo considerara débil y en qué medida era a causa de la chica en sí. Sea como fuere, en esa ocasión Grayson no quiso esconder el dolor que sentía. Caminó hasta Eve, aceptándolo, como un hombre medio desnudo que sale al encuentro de una lluvia gélida.

Eve lo miró sin pestañear. Era evidente que había notado la intensidad de ese momento —de ese chico—, pero se la sacudió de encima.

—Mira, no sé muy bien qué está pasando aquí. —Hizo un gesto hacia el rostro de Grayson—. Pero esta semana ha sido demasiado larga. Estoy hecha un asco. Estoy bastante asustada. —Se le rompió la voz y se volvió hacia mí—. ¿Piensas invitarme a entrar y dejar que tus secuaces de seguridad descubran lo que le ha ocurrido a Toby, o vamos a quedarnos durante mucho tiempo más aquí plantadas?

Grayson parpadeó, como si estuviera viendo a esa chica —a Eve— por primera vez.

—Estás herida.

Ella volvió a mirarlo.

—Estoy cabreada.

Tragué saliva. Eve tenía razón. Cada segundo que pasábamos allí fuera era un segundo que Oren y su equipo estaban concentrados en

protegerme a mí en lugar de dedicarlo en encontrar a Toby.

—Venga —dije, sintiendo las palabras en la garganta como si fueran piedras—. Volvamos a la casa.

Oren abrió la portezuela de atrás del coche. Eve se subió y, mientras la seguía, me pregunté si así se habría sentido Pandora al abrir la caja.

CAPÍTULO 8

Dejé que Eve usara mi ducha. Dada la cantidad de baños que había en la Casa Hawthorne, reconocí esa decisión por lo que era: quería tenerla cerca para no perderla de vista.

Se me pasó tener en cuenta el hecho de que Jameson seguía en mi cama. Eve no pareció verlo de camino a mi baño, pero Grayson sí. Y, sin duda alguna, Jameson vio a Eve. En cuanto la puerta del baño se cerró detrás de ella, el chico bajó los pies de la cama.

«Sin camiseta», reparé.

—Cuéntamelo todo, Heredera.

Busqué en su expresión alguna pista de lo que estaba sintiendo, pero Jameson Hawthorne era un jugador de póquer consumado. Ver a Eve tenía que haberle provocado algún tipo de emoción. El hecho de que me lo estuviera ocultando resultó tan duro como el modo en que Grayson no podía apartar los ojos de la puerta del baño.

—No sé por dónde empezar —dije. No fui capaz de pronunciar las palabras: «Es Toby».

Jameson vino hasta mí a grandes zancadas.

—Dime qué necesitas, Heredera.

Grayson había logrado apartar por fin la mirada de la puerta del baño. Se agachó, recogió de mal humor una camiseta interior que había en el suelo y se la arrojó a su hermano en la cara.

—Ponte una camiseta, anda.

De alguna manera, la cómica expresión de disgusto que Jameson le dedicó a Grayson fue exactamente lo que yo necesitaba. Les conté todo lo que Eve me había dicho.

—Eve no ha podido dar muchos detalles a Oren —acabé diciendo —. Y él ahora está organizando un equipo para que vaya a hacer un reconocimiento en el lugar del secuestro, pero…

—Es poco probable que encuentren mucho llegado a este punto — terminó Grayson por mí.

—Muy conveniente —comentó Jameson—. ¿Qué? —dijo cuando Grayson entrecerró sus gélidos ojos—. Solo digo que ahora mismo lo único que tenemos es la historia de una desconocida que se ha presentado ante la puerta de nuestra casa y nos ha convencido para dejarla entrar.

Tenía razón. No conocíamos a Eve.

—¿No la crees? —Por lo general, Grayson no era de los que hacían preguntas cuya respuesta era evidente, por eso aquella llegó acompañada de un trasfondo de irritación.

—¿Qué quieres que te diga? —Jameson se encogió de hombros—. Soy un bastardo desconfiado.

«Y es que Eve es idéntica a Emily», pensé. Jameson no era inmune a aquello. Ni de lejos.

—No creo que esté mintiendo —intervine. «Esa herida…», pensé.

—Claro que no —me dijo Jameson con dulzura—. Y tú —le dijo a Grayson con un tono muy distinto— tampoco.

Aquello era una clara referencia a Emily. Había jugado con los dos, los había manipulado a los dos y, sin embargo, Grayson la había amado hasta el final.

—Lo sabías. —Grayson se acercó a Jameson—. Sabías de su existencia, Jamie. Sabías que Toby tenía una hija, y no dijiste ni una palabra.

—¿En serio tú vas a darme un sermón a mí sobre secretos, Gray?

«¿De qué habla?», me pregunté. Yo no le había contado absolutamente nada a Jameson de las cosas que su hermano había admitido ante mí en la oscuridad de la noche.

—Como mínimo —enunció Grayson, cuya voz sonó dulce y letal—, le debemos protección a esa chica.

—¿Por su apariencia? —Jameson lanzó el guante.

—Porque es la hija de Toby —respondió Grayson—, y eso la convierte en una de nosotros.

Me llevé los dedos al broche sin pensar. «Eve es una Hawthorne —me dije. No tendría que haberme dolido. Ya lo sabía. Eve era la hija de Toby, pero ya me había quedado claro que Grayson no la veía como a una prima—. No son parientes de sangre. No crecieron juntos», pensé. Por eso, cuando Grayson dijo que era una de ellos, que le debían protección, lo único que pude pensar fue que una vez ese chico había pronunciado unas palabras muy similares para referirse a mí.

Est unus ex nobis. Nos defendat eius.

—¿Podemos concentrarnos en Toby y punto, por favor? —pedí.

Grayson debió de oír algo en mi voz, porque dio un paso atrás.

Se retiró.

Me volví hacia Jameson.

—Finge por un momento que confías en Eve. Haz como si no se pareciera en absoluto a Emily. Actúa como si nos estuviera diciendo la verdad. Aparte de la búsqueda de Oren, ¿cuál debe ser nuestro siguiente movimiento?

Eso era lo que Jameson y yo hacíamos: preguntas y respuestas, buscar lo que al resto les pasaba desapercibido. Si no quería hacerlo conmigo, si ver a Eve lo había descolocado tanto…

—Motivo —planteó Jameson por fin—. Si queremos descubrir quién se ha llevado a Toby, necesitamos saber por qué se lo ha llevado.

Con la lógica en la mano, se me ocurrieron tres vastas posibilidades.

—Porque quiere algo de él. Porque quiere usarlo para hacer chantaje. —Tragué saliva—. O porque quiere hacerle daño.

«Sabía su nombre real. De algún modo, supo cómo encontrarlo», pensé.

—Se nos tiene que estar escapando algo —dije. Necesitaba que aquello fuera un rompecabezas. Necesitaba que hubiera pistas.

—Has dicho que Eve te ha explicado que la persona que la dejó inconsciente le revolvió los bolsillos. —Jameson tenía cierta habilidad para jugar con los hechos de una situación, darles la vuelta como si fueran una moneda que se pasa de un dedo a otro—. ¿Por qué, qué buscaba?

¿Qué tenía Toby que otra persona pudiera querer con suficientes ganas para secuestrarlo? ¿Qué podría hacer que valiera la pena correr semejante riesgo?

«¿Qué cabe dentro de un bolsillo?», me planteé. El corazón casi me estalló en el pecho.

¿Qué misterio llevábamos nueve meses intentando resolver Jameson y yo?

—El disco —dije sin respiración.

La puerta del baño se abrió. Eve se quedó allí de pie, envuelta en una toalla blanca, con el pelo húmedo goteándole por el cuello. No llevaba nada más que un guardapelo y la toalla. Grayson intentó con todas sus fuerzas no mirarla.

Jameson me miró a mí.

—¿Necesitas algo? —le pregunté a Eve. Su pelo era más oscuro húmedo, menos extraordinario. Sin él desviando la atención de su rostro, los ojos se le veían más grandes y los pómulos más pronunciados.

—Un apósito —contestó Eve. Si le daba vergüenza estar allí de pie

tapada nada más que con una toalla, no se le notó—. Se me ha abierto el corte en la ducha.

—Te ayudo —me ofrecí antes de que pudiera hacerlo Grayson. Cuanto antes atendiera a Eve, antes podría volver con Jameson y la posibilidad que acababa de hacer real al verbalizarla.

«¿Y si la persona que había secuestrado a Toby iba detrás del disco?», pensé. Con la mente trabajando a toda velocidad, llevé a Eve de vuelta hacia el baño.

—¿Qué disco? —preguntó ella detrás de mí. Saqué el botiquín y se lo tendí. Al cogerlo rozó suavemente mis dedos con los suyos—. Cuando he entrado en tu cuarto, estabais hablando de lo que le había ocurrido a Toby —insistió ella con tozudez—. Has mencionado un disco.

Me pregunté qué más había oído y si había pretendido escuchar a hurtadillas. Tal vez Jameson tenía razón. Tal vez no podíamos confiar en ella.

—Puede que no sea nada —le dije, esquivando la pregunta.

—¿El qué puede que no sea nada? —se empecinó Eve. Al ver que no le respondía, lanzó otra pregunta como si fuera una bomba—: ¿Quién es Emily?

Tragué saliva.

—Una chica. —No era una mentira, pero estaba tan lejos de la verdad que no pude dejarlo ahí—. Murió. Ella y tú… sois familia.

Eve escogió un apósito y se apartó el pelo húmedo del rostro. Casi me ofrecí a ayudarla, pero algo me retuvo.

—Toby me contó que es adoptado —me dijo mientras se ponía el apósito—. Pero no me explicó nada de su familia biológica… ni de los Hawthorne.

Se quedó callada como si esperara que yo le contara algo. Al ver que no lo hacía, bajó la mirada.

—Sé que no confías en mí —afirmó—. Yo tampoco confiaría en mí. Tú lo tienes todo y yo no tengo nada, y sé qué impresión da todo esto.

Y yo también. Por experiencia, yo también.

—Nunca quise venir aquí —continuó Eve—. Nunca quise pedirte nada, ni tampoco a ellos. —Se le estranguló la voz—. Pero quiero recuperar a Toby. Quiero recuperar a mi padre, Avery. —Sus ojos color esmeralda se fijaron en los míos, irradiaban una intensidad que era casi Hawthorne—. Y haré lo que sea, ¡lo que sea!, para conseguir lo que quiero, aunque eso conlleve suplicarte que me ayudes. Así que, por favor, Avery, si sabes algo que pueda ayudarnos a encontrar a Toby, dímelo.

CAPÍTULO 9

No le conté a Eve lo del disco. Me lo justifiqué a mí misma diciéndome que, por lo que sabía, no había nada que contar. No todo misterio era un elaborado rompecabezas. La respuesta no siempre era elegante y estaba cuidadosamente diseñada. Y aunque el secuestro de Toby tuviera algo que ver con el disco, ¿dónde nos dejaba eso?

Sintiéndome como si le debiera algo a Eve, le pedí a la señora Laughlin que le preparara una habitación. Las lágrimas manaron en cuanto la señora posó los ojos en su bisnieta. No había modo de esconder quién era Eve.

No había modo alguno de esconder que formaba parte de ese lugar.

Horas más tarde, estaba a solas en el estudio de Tobias Hawthorne. Me dije que hacía lo correcto, dando espacio a Jameson y a Grayson. Ver a Eve había desenterrado un trauma. Ellos necesitaban procesarlo y yo necesitaba pensar.

Accioné el compartimento secreto del escritorio del viejo y acerqué la mano a la carpeta que Jameson y yo guardábamos dentro. Tras abrirla, miré con fijeza un dibujo que yo misma había hecho: un pequeño disco que tenía el aspecto y el tamaño de una moneda, aunque con unos círculos concéntricos grabados. La última vez que había visto ese trozo de metal, Toby acababa de arrebatármelo de las manos. Le había preguntado qué era. No me había contestado. Lo único que sabía era lo que había leído en un mensaje que tiempo atrás Toby le escribió a mi madre: que si algún día necesitaba algo, debía acudir a Jackson. «Sabes lo que dejé allí —escribió Toby—. Sabes lo que vale».

Miré el dibujo sin pestañear. «Sabes lo que vale», repetí. Viniendo del hijo de un multimillonario, aquello era casi incalculable. Durante

los meses transcurridos desde la marcha de Toby, Jameson y yo habíamos repasado libros de arte y de civilizaciones antiguas, de monedas extrañas, de tesoros perdidos y de grandes hallazgos arqueológicos. Incluso habíamos investigado organizaciones como los masones o los templarios.

Mientras desplegaba la investigación por el escritorio, busqué algo, lo que fuera, que se nos hubiera escapado, pero no había registro alguno del disco en ninguna parte, y la búsqueda de Jameson por todo el mundo, inspeccionando una propiedad Hawthorne tras otra, tampoco había dado ningún resultado sustancial.

—¿Quién sabe que el disco existe? —me pregunté en voz alta—. ¿Quién sabe cuánto vale y que Toby lo tenía?

Además, ¿quién tenía la certeza de que Toby estaba vivo y, encima, sabía dónde encontrarlo?

Lo único que tenía eran preguntas. Se me antojaba un error que Jameson no estuviera allí planteándoselas conmigo.

Sin querer, volví a meter la mano en el compartimento secreto para sacar otra carpeta, la que el multimillonario Tobias Hawthorne había preparado sobre mí. «¿El viejo sabía de la existencia de Eve?», me pregunté. No podía quitarme de encima la sensación de que, si Tobias Hawthorne hubiera sabido que Toby tenía una hija, yo no estaría ahí. El multimillonario me había escogido, en gran medida, por el efecto que tendría sobre su familia. Me había utilizado para obligar a los chicos a enfrentarse a sus diferencias, para atraer a Toby de vuelta al tablero.

«Tendría que haber sido ella», pensé.

Un crujido resonó detrás de mí. Me volví y me encontré a Xander emergiendo de una pared. La expresión de su rostro me confirmó que mi MAHPS había visto a nuestra visitante.

—Vengo en son de paz —anunció muy serio—. Y vengo con tarta.

—Viene conmigo. —Max entró en el despacho detrás de Xander—. ¿Qué cojines está pasando aquí, Avery?

Xander depositó la tarta encima del escritorio.

—He traído tres tenedores.

Interpreté el significado de su tono lúgubre.

—Estás disgustado.

—¿Por compartir esta tarta?

Aparté la mirada.

—Por Eve.

—Lo sabías —me dijo Xander, cuya voz se tiñó más de dolor que de acusación.

Me obligué a mirarlo a los ojos.

—Sí.

—¿Tantas veces que jugamos al golf galletero y no te pareció que merecía la pena mencionarlo? —Xander pinchó un trozo de corteza de la tarta y lo blandió en el aire—. Quizá no te habías fijado, pero ¡resulta que soy un hacha guardando secretos! Tengo una boca de hierro.

Max rio por la nariz.

—¿La expresión no era «una mentalidad de hierro»?

—Mi mente es más bien como una montaña rusa dentro de un laberinto enterrado en una obra de M. C. Escher que está encima de otra montaña rusa. —Xander se encogió de hombros—. Pero mi boca es puro hierro una vez cerrada. Venga, pregúntame por todos los secretos que guardo.

—A ver, ¿qué secretos guardas? —preguntó Max complaciente.

—¡No te los puedo contar! —Xander hundió con gesto triunfante el tenedor en la tarta.

—Entonces, ¿si te hubiera contado que Toby tenía una hija perdida que era la viva imagen de Emily Laughlin, no se lo habrías explicado a Rebecca? —pregunté, refiriéndome a la hermana de Emily y amiga de toda la vida de Xander.

—Estoy total, completa y absolutamente convencido de que… sí se lo habría explicado a Rebecca —admitió Xander—. En retrospectiva, bien por ti por no habérmelo contado. Muy buena decisión, demuestra un juicio férreo.

Mi móvil sonó. Bajé la mirada y luego volví a fijarla en Xander y Max.

—Es Oren. —El latido de mi corazón me retumbaba en los oídos. Descolgué—. ¿Qué sabemos?

—No mucho. Todavía no. He enviado un equipo al lugar de encuentro donde Eve ha dicho que se había citado con Toby. No había pruebas físicas de altercado alguno, pero tras indagar un poco hemos logrado encontrar en el registro una llamada de emergencia, establecida horas antes de que llegara Eve, según lo que nos han dicho.

Agarré el móvil con más fuerza.

—¿Por qué han llamado a emergencias?

—Han oído disparos. —Oren no doró la píldora—. Para cuando llegó la unidad de policía, no había nada en la escena del crimen. Lo achacaron a algún petardo o a un coche averiado.

—¿Quién ha llamado a emergencias? —pregunté—. ¿Alguien ha visto algo?

—Mi equipo está trabajando en ello. —Oren hizo una pausa—.

Mientras tanto, he ordenado a uno de mis hombres que sea la sombra de Eve mientras se hospede en la Casa Hawthorne.

—¿Crees que es una amenaza? —Sin pretenderlo, volví a acercar los dedos a mi broche Hawthorne.

—Mi trabajo consiste en tratar a todo el mundo como si fuera una amenaza —contestó Oren—. Ahora mismo, lo que necesito es que me prometas que te quedarás quieta y no harás nada. —Mi mirada viajó hacia toda la información que tenía esparcida por el escritorio—. Mi equipo y yo descubriremos todo lo que podamos, tan rápido como podamos, Avery. Puede que Toby sea el blanco, pero también puede que no lo sea.

Fruncí el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Danos veinticuatro horas y te lo diré.

¿Veinticuatro horas? ¿Tenía que quedarme allí sentada de brazos cruzados durante veinticuatro horas? ¿Sin más? Colgué el teléfono.

—¿Oren cree que Eve es una amenaza? —preguntó Max con un dramático susurro teatral.

Xander hizo una mueca.

—Nota mental: cancelar la fiesta de bienvenida.

Pensé en Oren diciéndome que le dejara encargarse de eso, y luego pensé en Eve jurándome que lo único que quería era encontrar a Toby.

—No —le dije a Xander—. No canceles nada. Quiero saber cómo las gasta Eve. —Necesitaba saber si podíamos confiar en ella porque, si era así, quizá ella sabía algo que yo desconocía—. ¿Tienes en mente alguna fiesta en particular? —pregunté.

Xander unió la palma de las manos.

—Creo que nuestra mejor opción para determinar la verdad del misterioso personaje de Eve es… una partida de escaleras y toboganes.

CAPÍTULO 10

La versión Hawthorne de escaleras y toboganes no era un juego de mesa. Xander prometió que daría más explicaciones en cuanto yo convenciera a Eve para jugar. Concentrada en mi misión, recorrí el camino hasta el ala de Versalles. En la cima de la escalinata este me encontré a Grayson de pie y quieto como una estatua ante el ala, vestido con un traje de tres piezas de color plateado y con el pelo húmedo tras haber estado en la piscina.

«Una fiesta de cóctel en la piscina. —El recuerdo me golpeó y no quiso soltarme—. Grayson está desviando todas las consultas financieras que me plantean. Apartó la mirada hacia la piscina. Hay una niña muy pequeña manteniendo un equilibrio precario al borde de la piscina. Se inclina hacia delante, se cae al agua, se hunde y no sale. Antes de poder moverme o siquiera gritar, Grayson ya está corriendo.

»Con un movimiento líquido, se tira a la piscina completamente vestido».

—¿Dónde está Jameson? —La pregunta de Grayson me llevó de vuelta al presente.

—Probablemente en algún lugar en el que no debería estar —respondí con franqueza—, tomando decisiones desacertadas y arrojando la prudencia por la ventana.

No le pregunté a Grayson qué estaba haciendo ante el ala de Versalles.

—Veo que Oren le ha puesto un guardaespaldas a Eve. —Grayson casi consiguió que su afirmación sonara como si estuviera hablando del tiempo, pero un comentario jamás era solo un comentario viniendo de él.

—El trabajo de Oren consiste en cerciorarse de que estoy a salvo. —No señalé el hecho de que, en otras circunstancias, Grayson lo habría considerado también su propio trabajo.

Est unus ex nobis. Nos defendat eius.

—Oren no tendría que estar preocupado por mí. —Eve salió al pasillo. Tenía el pelo seco y le caía en suaves ondas—. Tu equipo de seguridad debería estar concentrándose por completo en Toby. —Eve apartó de mí sus vibrantes ojos verdes para fijarlos en Grayson, y yo me pregunté si era consciente del efecto que tenía sobre él—. ¿Qué tengo que hacer para convenceros de que no soy una amenaza?

Miraba a Grayson; sin embargo, fui yo quien respondió a su pregunta.

—¿Qué te parece una partidita?

—Escaleras y toboganes Hawthorne —explicó Xander a pleno pulmón, de pie ante una montaña de almohadas, escaleras de cuerdas, rezones, ventosas y cuerdas de nailon—. Las reglas son bastante simples. —La lista de cosas complicadas que Xander Hawthorne consideraba «bastante simples» era muy larga—. La Casa Hawthorne tiene tres toboganes: entradas a los pasadizos que conllevan, digamos, una caída —continuó Xander.

Sonreí. Ya había encontrado los tres.

—¿Hay toboganes construidos en el interior de las paredes de tu mansión? —rio Max—. Frutos ricachones, colega.

Xander no se ofendió.

—Algunos toboganes son más ventajosos que otros. Si otro jugador llega al tobogán antes que tú, ese tobogán quedará congelado durante tres minutos, de modo que todos vosotros vais a necesitar una de estas. —Xander cogió una almohada y la sacudió con un gesto suave pero, de algún modo, amenazador—. Las batallas han de librarse.

—¿Escaleras y toboganes Hawthorne incluye peleas de almohadas? —preguntó Max con un tono que me hizo pensar que se estaba imaginando a los cuatro hermanos Hawthorne atizándose con almohadas los unos a los otros. Probablemente sin camiseta.

—Guerras de almohadas —corrigió Xander—. Tras reivindicar con éxito tu tobogán y llegar a la planta baja, tienes que salir de la casa y escalar hasta el tejado desde el exterior.

Observé los materiales de escalada que teníamos a nuestros pies.

—¿Podemos escoger una escalera?

—Uno no se limita —me corrigió Xander con solemnidad— a escoger una escalera sin más.

Grayson rompió el silencio que había guardado desde que Eve saliera al pasillo.

—A nuestro abuelo le gustaba decir que todas las decisiones que

tengan algún valor conllevan su precio.

Eve lo evaluó con la mirada.

—Y el precio de los materiales de escalada es…

Grayson respondió dedicándole una mirada semejante a la suya.

—Un secreto.

Xander lo explicó con más detalle.

—Todos los jugadores confiesan un secreto. La persona que haya contado el mejor secreto gana ser la primera en escoger el material de escalada, y así sucesivamente. La persona que haya contado el secreto menos impresionante es la última en elegir. —Empezaba a ver por qué Xander había propuesto ese juego—. Bien, —continuó frotándose las manos—. ¿Quién es el valiente que quiere empezar?

Miré a Eve con fijeza, pero Grayson intervino.

—Empezaré yo. —Fijó sus ojos argénteos al frente. No tenía ni idea de qué esperar, pero sin ningún tipo de duda no era que proclamara sin entonación alguna—: Besé a una chica en Harvard.

«Grayson…». No, no iba a acabar de formular ese pensamiento. Lo que Grayson Hawthorne hiciera con sus labios no era asunto mío.

—Yo me hice un tatuaje. —Max ofreció su secreto con una risita—. Es muy friqui y está en un sitio que no voy a revelar. Mis padres no pueden enterarse en la vida.

—Cuéntame más cosas —dijo Xander— de ese tatuaje tan friqui.

Grayson miró a su hermano con la ceja enarcada, y yo intenté pensar algo que hiciera que Eve se sintiera obligada a abrirse.

—A veces —empecé a decir en voz baja— tengo la sensación de que Tobias Hawthorne cometió un error. —Tal vez no fuera un secreto. Tal vez fuera obvio. Sin embargo, el final resultaba más difícil de decir—: Como si debiera haber escogido a otra persona.

Eve me miró fijamente.

—El viejo no cometía errores —afirmó Grayson con uno de esos tonos que parecían desafiar a que alguien se lo discutiera, al tiempo que recomendaban encarecidamente no hacerlo.

—Me toca. —Xander levantó la mano—. He descubierto quién es mi padre.

—¿Que has hecho qué? —Grayson giró la cabeza como un resorte hacia su hermano.

Skye Hawthorne tenía cuatro hijos, todos ellos de padres distintos y cuyas identidades no había revelado jamás. Nash y Grayson habían descubierto quiénes eran sus respectivos padres a lo largo del año anterior. Y yo sabía que Xander estaba buscando al suyo.

—No sé si sabe que existo. —Xander habló atropelladamente—. No me he puesto en contacto con él. No sé si lo haré, y, según las

sagradas reglas de escaleras y toboganes, ninguno de vosotros puede mencionarlo jamás a no ser que yo saque el tema primero. ¿Eve?

Con el resto de nosotros todavía concentrados en Xander, Eve se agachó y cogió un gancho de rezón. Al volverme para mirarla vi que recorría el borde con un dedo.

—Hace casi veintiún años, mi madre se emborrachó y le puso los cuernos a su marido, y yo fui el resultado. —No miró absolutamente a nadie a los ojos—. Su marido sabía que yo no era suya, aun así permanecieron casados. Yo pensaba que si conseguía ser lo bastante buena, lo bastante lista, lo bastante dulce, lo bastante lo que fuera, ese hombre que todos fingíamos que era mi padre dejaría de culparme por haber nacido. —Arrojó el gancho de rezón al suelo—. La peor parte es que mi madre también me culpaba.

Grayson se inclinó hacia ella. No tuve claro que supiera que lo estaba haciendo.

—Al ir haciéndome mayor —continuó Eve, hablando con voz tranquila pero dura—, me di cuenta de que daba igual lo perfecta que fuera. Jamás sería lo bastante buena porque ellos no querían que yo fuera perfecta ni extraordinaria. Querían que fuera invisible. —Fueran cuales fuesen los sentimientos de Eve, estaban enterrados demasiado hondo para que pudieran verse—. Y eso es lo único que no seré jamás.

Silencio.

—¿Qué hay de tus hermanos? —pregunté. Hasta ese momento, había estado tan concentrada en el parecido de Eve y Emily, en el hecho de que era la hija de Toby, que no había pensado en el resto de los miembros de su familia… ni en lo que habían hecho.

—Medios hermanos —replicó Eve sin entonación alguna.

Técnicamente, los hermanos Hawthorne eran medios hermanos. Técnicamente, Libby y yo también. Sin embargo, el tono de Eve no dejaba lugar a dudas: para ella tenía un significado completamente distinto.

—Eli y Mellie vinieron aquí con falsos pretextos —dije—. Por ti.

—Eli y Mellie jamás hicieron nada por mí —contestó Eve con la voz áspera y la cabeza bien alta—. ¿La mañana de Navidad cuando yo tenía cinco años y ellos tenían regalos debajo del árbol y yo no? ¿Las reuniones familiares a las cuales asistían todos menos yo? ¿Cada vez que me castigaban por el mero hecho de existir con más claridad de la cuenta? ¿Cada vez que tenía que suplicar que me llevaran en coche a casa porque nadie se preocupaba por ir a recogerme? —Bajó la mirada —. Si mis hermanos vinieron a la Casa Hawthorne, no te quepa la menor duda de que no fue por mí. Hace dos años que no nos dirigimos la palabra. —Sus brillantes ojos color esmeralda volvieron a posarse

en los míos—. ¿Te parece lo bastante íntimo?

Sentí el pinchazo de una culpabilidad gélida. Me acordé de cómo fue llegar a la Casa Hawthorne siendo una extraña, y de pronto pensé en mi madre y en cómo habría recibido con los brazos abiertos a la hija de Toby.

En lo que diría si me viera interrogándola de esa manera.

Se hicieron las votaciones. Se ordenaron los secretos. Se escogieron los materiales.

Y luego empezó la carrera.

CAPÍTULO 11

Esto fue lo que descubrí sobre Eve durante lo que quedaba de escaleras y toboganes: era competitiva, no le daban miedo las alturas, tenía una alta tolerancia al dolor, y no cabía duda de que reconocía el efecto que tenía sobre Grayson.

Encajaba allí, en la Casa Hawthorne, con los Hawthorne.

Ese era el pensamiento que se había apoderado de mi mente cuando me aferré con los dedos al borde del tejado. Alguien alargó la mano y la cerró alrededor de mi muñeca.

—No eres la primera —me informó Jameson con un tono que comunicaba con claridad meridiana que sabía cómo me hacía sentir aquello—. Pero no eres la última.

Ese honor acabó siendo para Xander y Max, que se habían pasado muchísimo más tiempo de la cuenta disputando peleas de almohadas. Miré más allá de Jameson, hacia el lugar donde el tejado se hacía algo más plano.

Hacia Grayson e Eve.

—En una escala de soporífero a siniestro —bromeó Jameson—, ¿qué tal va aguantando?

No quisiera el cielo que alguien pillara a Jameson Hawthorne preocupándose por su hermano.

—¿La verdad? —Me mordí el labio, atrapándolo entre los dientes un segundo demasiado largo, luego bajé la voz—. Estoy preocupada. Grayson no está bien, Jameson. Creo que hace muchísimo tiempo que tu hermano no está bien.

Jameson avanzó hasta el borde del tejado —al mismísimo borde— y paseó la mirada por la extensa finca.

—A los Hawthorne, por regla general, no se nos permite estar de otra manera.

Él también estaba sufriendo, y cuando Jameson Hawthorne sufría, corría riesgos. Lo conocía, y solo había una manera de hacerle admitir

el dolor y drenar la ponzoña.

—Tahití —pronuncié.

Esa era una palabra en clave que no usaba a la ligera. Si Jameson o yo invocábamos Tahití, el otro tenía que desnudarse, metafóricamente hablando.

—Tu cumpleaños fue el segundo aniversario de la muerte de Emily. —Los hombros y la espalda de Jameson se veían tensos bajo la camisa—. Estuve a punto de conseguir no pensar en ello, pero ahora sería un buen momento para que me dijeras que yo no la maté.

Me coloqué a su lado, justo en el borde del tejado, haciendo caso omiso de los veinte metros que nos separaban del suelo.

—Lo que le ocurrió a Emily no fue culpa tuya.

Jameson giró la cabeza hacia mí.

—También sería un buen momento para que me dijeras que no estás celosa de que Eve esté tan cerca de Grayson.

Había querido saber qué sentía. Y eso era parte de ello, parte de lo que le causaba el hecho de pensar en Emily.

—No estoy celosa —repliqué.

Jameson me miró de lleno a los ojos.

—Tahití.

Él me había mostrado la suya.

—Vale —acepté a regañadientes—. Quizá sí, pero no es solo por Grayson. Eve es la hija de Toby. Yo quería serlo. Creí que lo era. Pero no lo soy, y ella sí, y ahora, de golpe y porrazo, ella está aquí, y está vinculada a este lugar, a todos vosotros…, y no, no me gusta, y me siento mezquina por tener estos sentimientos. —Me aparté un paso del borde—. Pero voy a hablarle del disco.

Tanto si podía confiar plenamente en Eve como si no, sí confiaba en que queríamos lo mismo. Ahora comprendía mejor qué habría significado para ella conocer a Toby, sentirse querida.

Antes de que Jameson pudiera cuestionar mi decisión sobre el disco, Max subió hasta el tejado y cayó redonda.

—La fruta de oroooooos —escupió—. No voy a hacerlo nunca más.

Xander apareció detrás de ella.

—¿Qué tal mañana? ¿A la misma hora?

Su aparición atrajo a Grayson y a Eve hacia nosotros.

—¿Y bien? —dijo Eve; su expresión estaba manchada de vulnerabilidad, su voz era fuerte—. ¿He pasado tu pequeña prueba?

Como respuesta, me saqué del bolsillo el dibujo del disco y se lo entregué a Eve.

—La última vez que vi a Toby —expliqué despacio— me arrebató este disco. No sabemos qué es, pero sí sabemos que vale una fortuna.

Eve se quedó mirando el dibujo y luego fijó sus ojos en mí.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo dejó a mi madre. Había una carta. —Esto era todo lo que logré contarle—. ¿Alguna vez te dijo algo al respecto? ¿Tienes idea de dónde podía guardar el disco?

—No. —Eve sacudió la cabeza—. Pero si alguien secuestró a Toby para conseguirlo… —Se le aceleró la respiración—. ¿Qué le hará si él se niega a dárselo?

«¿Y —pensé, sintiendo náuseas— qué le hará una vez que lo tenga en su poder?».

CAPÍTULO 12

Esa noche, lo único que ahuyentó mis pesadillas fue tener el cuerpo de Jameson junto al mío. Soñé con mi madre, con Toby, con fuego y oro. Me desperté al oír gritos.

—¡Lo mato!

En total, había una única persona capaz de sacar a mi hermana de sus casillas.

Mientras Jameson empezaba a rebullirse, yo salí de la cama y recorrí mi cuarto de puntillas hasta llegar al pasillo.

—¿Otro sombrero de vaquero? —adiviné. Nash se había pasado los últimos dos meses comprando sombreros de vaquero para Libby. Un verdadero arcoíris de estilos y colores. Le gustaba dejarlos donde mi hermana pudiera encontrarlos.

—¡Mira esto! —exigió Libby. Sujetó en alto un sombrero de vaquero. Era negro, con una calavera y dos tibias de brillantes en el centro y púas de metal en el lateral.

—Es muy tú —observé.

—¡Es perfecto! —contestó Libby indignada.

—Acéptalo, Lib —le dije—. Sois pareja.

—No somos pareja —insistió Libby—. Esta no es mi vida, Ave. Es la tuya. —Bajó la cabeza y una cortina de cabellera teñida de negro con las puntas de arcoíris le ocultó el rostro—. Y la experiencia me ha enseñado que soy del todo deficiente cuando se trata del amor. De modo que —Libby me arrojó el sombrero encima— no estoy enamorada de Nash Hawthorne. No somos pareja. No estamos saliendo juntos. Y, sin absolutamente ninguna duda, él no está enamorado de mí.

—Avery. —Oren anunció su presencia. Me volví para mirarlo y se me aceleró el pulso.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. ¡¿Es Toby?!

—Esto ha llegado por mensajero en medio de la noche. —Oren me

mostró un sobre con mi nombre escrito con una caligrafía elegante—. Lo he examinado y no hay ni rastro de veneno, explosivos ni de dispositivos de grabación.

—¿Es una petición de rescate? —quise saber. Si era una petición de rescate, podría llamar a Alisa y pedirle que pagara.

Sin esperar una respuesta, cogí el sobre que me tendía Oren. Era demasiado pesado para ser solo una carta. Mis sentidos se pusieron en alerta, el mundo se movía a cámara lenta a mi alrededor. Lo abrí.

En el interior encontré una única hoja de papel… y un disco dorado que conocía muy bien.

«¿Qué narices?», pensé. Levanté la mirada.

—¡Jameson!

Él ya estaba viniendo hacia mí. «Nos equivocamos. —Las palabras murieron atrapadas en mi garganta—. La persona que secuestró a Toby no buscaba el disco».

Me quedé mirándolo, mi mente se movía a toda velocidad.

—¿Por qué iba a enviártelo el secuestrador de Toby? —preguntó Jameson—. ¿Como prueba de que está vivo?

—Como prueba de que lo tiene. —No quise hacer la corrección, pero aquello no era prueba de que estaba vivo—. Y el hecho de que lo haya enviado —continué, armándome de valor— significa que, o bien la persona que secuestró a Toby no sabe lo que vale el disco…

—O bien que le da igual. —Jameson me colocó la mano en el hombro.

«Toby está bien. Tiene que estarlo. Tiene que ser así», me dije. El disco me ardía contra la palma de la mano como si fuera un hierro al rojo, lo encerré en el puño y me obligué a leer el mensaje que lo acompañaba. El papel era de lino, muy caro. En él habían escrito letras de un rojo sangre profundo.

RSE
TIVO
NZA
DOR

—¿Eso es todo? —dijo Jameson—. ¿No había nada más?

Volví a mirar el interior del sobre.

—Nada. —Acerqué la punta del dedo a las letras… y a la tinta roja. Se me revolvió el estómago—. Esto es tinta, ¿verdad?

«Rojo sangre», pensé.

—No lo sé —replicó Jameson, intenso—, pero sí sé qué dice.

Miré fijamente las letras escritas en el papel.

RSE
TIVO
NZA
DOR

—Es un truco sencillo —me dijo Jameson—. Uno de los favoritos de mi abuelo. Se descifra el mensaje insertando la misma secuencia de letras en cada espacio. Cinco letras, en este caso.

El corazón me latía despiadado contra las costillas. Intenté concentrarme. ¿Qué cinco letras podían ir delante de todas las que había en el papel?

Al cabo de unos pocos segundos, lo vi. Muy despacio, concienzudamente, mi cerebro trazó la respuesta, letra a letra.

—V. E. N. —Cogí aire con dificultad—. G. A.

«Venga», me dije. Completado, el mensaje era de todo menos tranquilizador.

—Vengarse —me obligué a decir en voz alta—. Vengativo. Venganza.

Descifrada, la última línea parecía más bien una firma.

Mis ojos volaron hacia los de Jameson y él dijo por mí:

—Vengador.

CAPÍTULO 13

Le mandé un mensaje a Grayson y otro a Xander. Cuando vinieron a encontrarnos en la biblioteca circular, Eve iba con ellos. Sin decir nada, sujeté el disco en alto. Indecisa, Eve me lo quitó y la estancia se quedó en silencio.

—¿Cuánto has dicho que vale? —preguntó, y la voz le salió como un susurro ahogado.

Negué con la cabeza.

—No lo sabemos, no exactamente, pero mucho.

Pasaron otros cuatro o cinco segundos antes de que Eve, a regañadientes, me devolviera el disco.

—¿Había algún mensaje? —quiso saber Grayson, y le entregué el papel—. No se pide un rescate —observó con una voz tranquila casi en exceso.

El pecho me ardía como si llevara demasiado tiempo aguantando la respiración, aunque no era el caso.

—No —dije—. No se pide.

El día anterior, se me habían ocurrido tres motivos de secuestro. «El secuestrador quería algo de Toby. El secuestrador quería usar a Toby para hacer chantaje».

«O el secuestrador quería hacerle daño».

Ahora mismo, una de esas opciones parecía mucho más probable que las otras.

Xander alargó el cuello por encima del hombro de Grayson para ver mejor la nota. Decodificó el mensaje tan deprisa como lo había hecho Jameson.

—Va de venganza. Maravilloso.

—¿Venganza de qué? —preguntó Eve a la desesperada.

La respuesta evidente se me ocurrió en cuanto hube decodificado el mensaje, y en ese momento volvió a golpearme con la fuerza de un palazo directo a la boca del estómago.

—La isla Hawthorne —dije—. El incendio.

Más de dos décadas atrás, Toby era un adolescente temerario y fuera de control. El incendio que el mundo creyó que se había cobrado su vida, también se había llevado la de otros tres jóvenes. «David Golding. Colin Anders Wright. Kaylie Rooney», recordé.

—Tres víctimas. —Jameson empezó a dar vueltas por la biblioteca como una pantera en busca de presa—. Tres familias. ¿Cuántos sospechosos nos da eso en total?

Eve también se movió, hacia Grayson.

—¿Qué incendio?

Xander apareció entre ellos.

—El que Toby prendió accidentalmente, pero un poco queriendo. Es una historia larga y trágica, que engloba un traumita con su padre, adolescentes ebrios, incendio premeditado y un relámpago de lo más desafortunado.

—Tres víctimas —repetí lo que había dicho Jameson, pero mis ojos buscaron los de Grayson—. Tres familias.

—Una tuya —replicó Grayson—. Y una mía.

La hermana de mi madre había muerto en el incendio de la isla Hawthorne. El multimillonario salvó la reputación de su propia familia cargándole a ella la culpa del incendio. La familia de Kaylie Rooney —la familia de mi madre— estaba sembrada de criminales. De los violentos.

De los que odiaban a los Hawthorne.

Me volví y caminé hasta la puerta; tenía un nudo en el estómago.

—Tengo que hacer una llamada.

Una vez en uno de los inmensos pasadizos serpenteantes de la Casa Hawthorne, marqué un número que solo había usado una vez en mi vida e intenté ignorar el recuerdo que amenazaba con abrumarme.

«Si la inútil de mi hija te hubiera enseñado una sola cosa de esta familia, no te habrías atrevido a marcar mi número —resonó en mis oídos. La mujer que dio a luz y crio a mi madre no era exactamente maternal—. Si esa asquerosa no hubiera huido, yo misma le habría pegado un tiro», recordé. La última vez que llamé, me dijo que olvidara el nombre de mi abuela y que, si tenía suerte, ella y el resto de la familia Rooney olvidarían el mío.

Y ahí estaba yo, llamando otra vez.

Contestó.

—¿Acaso te crees intocable?

Me tomé ese saludo como prueba de que había reconocido mi número, lo cual significó que no tuve que decir nada más que: —¿Lo tenéis?

—¿Quién demonios te crees que eres? —Su voz gutural y áspera me alcanzó como un látigo—. ¿De verdad crees que no puedo llegar hasta ti, señorita todopoderosa? ¿Crees que estás a salvo en ese castillucho tuyo?

Me habían dicho que la familia Rooney era de poca categoría, que su poder quedaba en nada comparado con el de la familia Hawthorne… y el de la heredera Hawthorne.

—Creo que sería un error subestimaros. —Apreté el puño izquierdo al tiempo que mi mano derecha se aferraba al móvil con la misma fuerza—. Lo. Tenéis. O. No.

Se hizo una pausa larga y calculada.

—¿A uno de esos bonitos nietos Hawthorne? —canturreó—. Quizá sí, y quizá ya no será tan bonito cuando te lo devuelva.

A no ser que me la estuviera jugando, acababa de revelarme sus cartas. Yo sabía dónde estaban los nietos Hawthorne. Sin embargo, si los Rooney no sabían que Toby había desaparecido —si no sabían ni creían que estaba vivo—, yo no podía permitirme el lujo de revelar que se había equivocado.

Así que le seguí la corriente.

—Si tenéis a Jameson, si le poneis un solo dedo encima…

—Dime, niña, ¿qué dicen que pasa si te acuestas con perros?

Mantuve la voz neutra.

—Que te levantas con pulgas.

—Por aquí el refrán termina de forma distinta. —Sin advertirme, el otro extremo de la línea estalló en furiosos ladridos y aullidos, de cinco o seis perros como mínimo—. Tienen hambre, y tienen malas pulgas, y tienen debilidad por la sangre. Piensa en ello antes de volver a marcar este número.

Colgué, o quizá lo hizo ella. «Los Rooney no tienen a Toby», me dije. Intenté concentrarme en ello.

—¿Estás bien, chiquilla? —Nash Hawthorne tenía el don de la amabilidad y de llegar siempre justo a tiempo.

—Estoy bien —contesté, y las palabras me salieron en un susurro.

Nash me atrajo hacia su pecho; su vieja camiseta blanca suave contra mi mejilla.

—Llevo una navaja en la bota —murmuré contra su camiseta—. Disparo de maravilla. Sé jugar sucio.

—Desde luego que sí, chiquilla. —Nash me acarició el pelo con la mano—. ¿Quieres contarme qué ocurre?

CAPÍTULO 14

De vuelta en la biblioteca, Nash examinó el sobre, el mensaje y el disco.

—Los Rooney no tienen a Toby —anuncié—. Son despiadados, y, si supieran con certeza que Toby está vivo, seguramente estarían haciendo un verdadero esfuerzo para darle de comer su cara a una manada de perros, pero estoy casi segura de que no lo tienen.

Xander levantó la mano derecha.

—Tengo una pregunta sobre caras y perros.

Tuve un escalofrío.

—No, no quieres saberlo.

Grayson se encaramó al borde del tocón de árbol que hacía las veces de escritorio y se desabotonó la americana.

—Yo también puedo descartar a los Grayson.

Eve lo miró con fijeza.

—¿Los Grayson?

—Mi progenitor y su familia —aclaró Grayson con una expresión pétrea—. Están emparentados con Colin Anders Wright, que murió en el incendio. Sheffield Grayson abandonó a su mujer y a sus hijas hace unos meses.

Aquello era mentira. Sheffield Grayson estaba muerto. La media hermana de Eve lo había matado para salvarme, y Oren lo había ocultado. Sin embargo, Eve no dio ninguna muestra de saberlo, y, basándonos en lo que nos había contado de sus hermanos, era comprensible.

—Los rumores sitúan a mi llamado padre en algún lugar de las islas Caimán —continuó Grayson con fluidez—. He estado vigilando al resto de la familia en su ausencia.

—¿La familia Grayson sabe de tu existencia? —preguntó Jameson a su hermano. Sin bromas ni sarcasmo. Sabía bien qué significaba la familia para Grayson.

—No vi la necesidad —respondió—. Pero puedo aseguraros que, si la esposa, la hermana o las hijas de Sheffield Grayson hubieran tenido algo que ver con esto, lo sabría.

—Has contratado a alguien. —Jameson entrecerró los ojos—. ¿Con qué dinero?

—Invierte. Cultiva. Crea. —Grayson no brindó más explicaciones que esas antes de ponerse de pie—. Si hemos descartado las familias de Colin Anders Wright y Kaylie Rooney, solo nos queda la familia de la tercera víctima: David Golding.

—Mandaré a alguien a investigar. —Oren ni siquiera emergió de las sombras para hablar.

—Pareces hacerlo mucho. —Eve lanzó una mirada en su dirección.

—Heredera. —Jameson de pronto dejó de moverse. Había cogido el sobre en el que había llegado el mensaje—. Esto iba dirigido a ti.

Oí lo que me decía, la posibilidad que había visto.

—¿Qué pasa si Toby no es el blanco de la venganza? —planteé despacio—. ¿Y si soy yo?

—¿Tienes muchos enemigos? —me preguntó Eve.

—En su posición —dijo Grayson— es difícil no tenerlos.

—¿Y si lo estamos enfocando mal? —Cuando Xander se paseaba, no era en línea recta ni en círculos—. ¿Y si lo importante no es el mensaje? ¿Y si deberíamos estar centrándonos en el código?

—El juego —tradujo Jameson—. Todos hemos reconocido ese truco de palabras.

—Y que lo digas. —Nash metió los pulgares en los bolsillos de sus raídos tejanos—. Estamos buscando a alguien que sabe cómo jugaba el viejo.

—¿Qué quieres decir con «cómo jugaba el viejo»? —quiso saber Eve.

Grayson respondió y lo hizo con concisión.

—A nuestro abuelo le gustaban los rompecabezas, los acertijos, los códigos.

Durante años, Tobias Hawthorne había dispuesto un reto para sus nietos cada sábado por la mañana. Un juego que jugar, un rompecabezas de mil pasos que resolver.

—Le gustaba ponernos a prueba —prosiguió Nash—. Poner las reglas. Vernos danzar.

—Nash tiene un traumita con nuestro abuelo —le dijo Xander a Eve con tono confidencial—. Es una historia trágica pero cautivadora de…

—No te interesa acabar esa frase, hermanito. —No hubo nada explícitamente peligroso ni amenazador en el tono de Nash, pero

Xander no tenía un pelo de tonto.

—¡Para nada! —coincidió él.

Mi mente iba a toda velocidad.

—Si estamos buscando a alguien que conoce los juegos de Tobias Hawthorne, alguien peligroso y resentido que me guarde rencor…

—Skye. —Jameson y Grayson pronunciaron el nombre de su madre al mismo tiempo. Intentar matarme no le había salido muy bien. Sin embargo, dado que Sheffield Grayson le había tendido una trampa para incriminarla por un intento de asesinato que ella no había perpetrado, no intentar matarme tampoco le había salido muy bien a Skye Hawthorne.

¿Y si este era su siguiente actuación?

—Tenemos que enfrentarnos a ella —dijo Jameson de inmediato—. Hablar con ella… en persona.

—Voy a tener que vetar esa idea. —Nash se dirigió a Jameson con paso tranquilo.

—¿Cómo se decía? —fingió preguntarse Jameson—. ¿«Tú a mí no me mandas»? Algo así. No, espera, ¡ya lo recuerdo! Es: «Tú a mí no me mandas, huevón».

—Excelente uso de la jerga —comentó Xander.

Jameson se encogió de hombros.

—Ahora soy un hombre de mundo.

—Jamie tiene razón. —Grayson se las arregló para decirlo sin hacer ninguna mueca—. La única manera de sacarle algo a Skye es cara a cara.

Nadie podía herir a Grayson, herir a ninguno de ellos, como sabía hacerlo Skye.

—Aunque esté detrás de esto —dije—, lo negará todo.

Eso hacía Skye. Desde su óptica, ella siempre era la víctima y, cuando se trataba de sus hijos, sabía perfectamente cómo meter el dedo en la llaga.

—¿Y si le enseñáis el disco? —sugirió Eve en voz baja—. Si lo reconoce, quizá podréis usarlo para conseguir que hable.

—Si Skye tuviera idea de lo que vale —contesté—, no me cabe ninguna duda de que no me lo habría enviado. —Skye Hawthorne se había quedado prácticamente sin herencia. En la vida se separaría de algo de tamaño valor.

—Por eso, si intenta conseguir el disco —afirmó Grayson con astucia—, sabremos que es consciente de su valor y, por lo tanto, que no está detrás del secuestro.

Fulminé a Grayson con la mirada.

—No voy a dejar que ninguno de vosotros haga esto sin contar

conmigo.

—Avery. —Oren emergió de entre las sombras y me dedicó una mirada mitad paternal, mitad de comandante militar—. Te aconsejo encarecidamente que evites cualquier enfrentamiento con Skye Hawthorne.

—Por experiencia, me he encontrado con que la cinta americana es más efectiva que los consejos —le comentó Nash a Oren con tono desenfadado.

—¡Está decidido, entonces! —exclamó Xander con alegría—. ¡Reunión familiar al estilo Hawthorne!

—Esto, ¿Xander? —Max apareció por la puerta, bastante despeinada. Sujetó un móvil en alto—. Te lo has dejado en la mesilla de noche.

«¿La mesilla de noche?», repetí para mis adentros. Lancé a Max una mirada cargada de intención. Sabía que ella y Xander eran buenos amigos, pero aquel pelo despeinado no tenía nada de amistoso.

—Rebecca te ha mandado un mensaje —le dijo Max a Xander, ignorándome por completo—. Viene hacia aquí.

Yo estaba tan distraída con la idea de que Max y Xander hubieran pasado la noche juntos que tardé un momento en procesar el resto. Rebecca. Ver a Eve destrozaría a la hermana de Emily.

—Cambio de planes —anunció Xander—. Me pierdo la reunión familiar. El resto podéis informarme luego.

Eve frunció el ceño.

—¿Quién es Rebecca?

CAPÍTULO 15

Oren condujo y Nash fue de copiloto. Otros dos guardaespaldas iban apretujados en el asiento trasero del coche, lo cual me dejó a mí en la hilera central con Jameson a un lado y Grayson en el otro.

—¿Tú no tendrías que estar en un avión de vuelta a Harvard ahora mismo? —Jameson se inclinó ante mí para lanzarle a su hermano una mirada cargada de intención.

Grayson enarcó la ceja.

—¿Adónde quieres llegar?

—Dime que me equivoco —replicó Jameson—. Dime que no te estás quedando por Eve.

—Hay una amenaza —espetó Grayson—. Alguien ha hecho acción de atacar a nuestra familia. Por supuesto que me quedo.

Jameson me pasó el brazo por encima para agarrar a Grayson por el traje.

—No es Emily.

Grayson no se inmutó. Tampoco se volvió.

—Ya lo sé.

—Gray.

—¡Que ya lo sé! —La segunda vez, las palabras de Grayson salieron más fuertes, más desesperadas.

Jameson lo soltó.

—A pesar de lo que pareces pensar —escupió Grayson—, de lo que ambos parecéis pensar, sé cuidar de mí mismo. —Grayson era el Hawthorne al que habían educado para ser el líder. Al que jamás se le había permitido necesitar nada o a nadie—. Y tienes razón, Jamie: no es Emily. Eve es vulnerable de maneras en las que Emily no lo fue jamás.

Sentí una opresión en el pecho.

—Sí que fue iluminadora esa partida de escaleras y toboganes —comentó Jameson.

Grayson miró por la ventanilla, apartando así la mirada de nosotros.

—Ayer por la noche no podía dormir. Eve tampoco. —Tenía la voz controlada y el cuerpo rígido—. La encontré deambulando por los pasillos.

Pensé en Grayson besando a una chica en Harvard. En Grayson viendo un fantasma.

—Le pregunté si la herida de la sien le dolía —continuó Grayson, con los músculos de la mandíbula muy tensos y marcados—. Y ella me dijo que algunos chicos querrían que dijera que sí. Que hay gente que quiere pensar que las chicas como ella son débiles. —Guardó silencio un par de segundos—. Pero Eve no es débil. No nos ha mentido. No nos ha pedido absolutamente nada, aparte de encontrar a la única persona de este mundo que la ve como quien es.

Pensé en Eve hablándonos de lo mucho que se había esforzado de niña para ser perfecta. Y luego pensé en Grayson. En lo terriblemente alto que se ponía el listón a sí mismo.

—Quizá no soy yo quien necesite un recordatorio de que esa chica es una persona, por mucho que se parezca a otra —dijo Grayson, cuya voz se volvió afilada como una daga—. Pero, adelante, Jamie, dime que estoy condicionado, dime que no se puede confiar en mi juicio, que es así de fácil manipularme y que soy así de frágil.

—No lo hagas. —Nash le advirtió a Jameson desde el asiento del copiloto.

—Me encantará discutir contigo todos tus defectos personales —le aseguró Jameson a Grayson—. Por orden alfabético y con todo lujo de detalles. Pero primero enfrentémonos a esto.

«Esto» nos llevó a un vecindario repleto de casoplones. Tiempo atrás, el mero tamaño de las calles y las casas que descansaban en él me habrían dejado boquiabierta, pero, comparados con la Casa Hawthorne, aquellos inmensos hogares parecían absolutamente normales.

Oren aparcó en la calle y, mientras empezaba a sermonearnos acerca del protocolo de seguridad, yo solo podía pensar: «¿Cómo habrá acabado Skye Hawthorne aquí?».

No había hecho el seguimiento de lo que le había ocurrido después de que el fiscal del distrito le retirara los cargos de asesinato e intento de asesinato, pero, de alguna manera, había esperado encontrarla o bien en tremendos apuros, o en el mismísimo regazo del lujo… Pero no en una zona residencial.

Llamamos al timbre y Skye abrió la puerta ataviada con un vestido holgado de color aguamarina y unas gafas de sol.

—Pero, bueno, qué sorpresa. —Miró a los chicos por encima de las gafas de sol—. Aunque, claro, esta mañana me ha salido una carta del cambio. La Rueda de la Fortuna, seguida del ocho de copas, invertido —suspiró—. Y, de hecho, mi horóscopo algo decía del perdón.

A Grayson se le tensaron los músculos de la mandíbula.

—No hemos venido a perdonarte.

—Perdonarme ¿a mí? Gray, tesoro, ¿por qué iba a necesitar yo el perdón de nadie?

Y esa afirmación venía de una mujer a quien le habían retirado los cargos sencillamente porque la habían acusado del intento de asesinato equivocado contra mi persona.

—A fin de cuentas —prosiguió Skye, retirándose hacia el interior de la casa y permitiéndonos amablemente que la siguiéramos—, yo no os puse de patitas en la calle, ¿verdad que no?

Grayson había obligado a Skye a abandonar la Casa Hawthorne, por mí.

—Me aseguré de que tuvieras un lugar adonde ir —repuso él secamente.

—Yo no dejé que os pudrierais en la cárcel —continuó Skye con dramatismo—. No os obligué a humillaros ante vuestros amigos para conseguir un asesoramiento legal decente. ¡En serio! No me habléis de perdón, chicos. No soy yo quien os abandonó.

Nash enarcó una ceja.

—Discutible, ¿no te parece?

—Nash. —Skye chasqueó la lengua—. ¿No eres un poco mayor para seguir guardando un rencor tan infantil? Tú más que nadie tendrías que entenderlo: no estoy hecha para estarme quieta. Una mujer como yo puede, sin ninguna duda, morirse de inactividad. ¿De verdad es tan difícil comprender que vuestra madre también es una persona?

Esa mujer podía hacerlos pedazos incluso sin intentarlo. Ni siquiera Nash, que había tenido años para superar la falta de impulsos maternales de Skye, era inmune a ella.

—Llevas un anillo —interrumpió Jameson con una observación sagaz.

Skye le regaló una sonrisa taimada.

—¿Esta minucia? —comentó, sacudiendo lo que tenía que ser un diamante de tres quilates que llevaba en el anular de la mano izquierda—. Os habría invitado a la boda, chicos, pero fue algo pequeño en el juzgado. Ya sabéis lo que detesto los espectáculos, y

dado cómo nos conocimos Archie y yo, una boda en el juzgado parecía muy apropiada.

Skye Hawthorne vivía por el espectáculo.

—¿«Una boda en el juzgado parecía muy apropiada»? —repitió Grayson, digiriendo el significado y entrecerrando los ojos—. ¿Te has casado con tu abogado?

Skye se encogió de hombros con elegancia.

—Los hijos y los nietos de Archie no paran de perseguirlo para que se jubile, pero mi querido marido seguirá llevando casos penales hasta que se muera de vejez.

En otras palabras: sí, se había casado con su abogado y, sí, el hombre era considerablemente mayor que ella. Y era probable que no le quedara mucho tiempo en este mundo.

—Bien, si no estáis aquí para suplicar mi perdón… —Skye miró a sus tres hijos, uno por uno, a los ojos—. Entonces, ¿por qué estáis aquí?

—Hoy ha llegado un paquete a la Casa Hawthorne —contestó Jameson.

Skye se sirvió una copa de vino espumoso.

—Vaya.

Jameson se sacó el disco del bolsillo.

—Por casualidad no sabrás qué es esto, ¿verdad?

Durante una décima de segundo, Skye Hawthorne se quedó paralizada. Se le dilataron las pupilas.

—¿De dónde lo habéis sacado? —preguntó, moviéndose para arrebatárselo. Sin embargo, como si fuera un mago, Jameson hizo que la «moneda» desapareciera.

«Skye lo ha reconocido», me dije. Había visto el hambre en sus ojos.

—Dinos qué es —ordenó Grayson.

Skye lo miró.

—Siempre tan serio —murmuró, alargando la mano para tocarle la mejilla—. Y esos ojos tan llenos de sombras…

—Skye. —Jameson apartó de Grayson la atención de su madre—. Por favor.

—¿Modales, Jamie? ¿Viniendo de ti? —Skye dejó caer la mano—. Que me aspen; pero, bueno, tampoco puedo contaros mucho. No había visto esa cosa en mi vida.

Escuché sus palabras con atención. No lo había «visto» nunca.

—Pero sabes lo que es —observé.

Durante un momento, Skye se permitió mirarme a los ojos, como si fuéramos dos jugadoras estrechándose las manos antes de un

enfrentamiento.

—Claro que sería una lástima que alguien hablara con tu marido —comentó Nash—. Y que le advirtiera de unas pocas cosas.

—Archie no se creerá ni una sola palabra de lo que le digáis —respondió Skye—. Además, ya me ha defendido antes de acusaciones falsas.

—Te apuesto a que sé un par de cosas que le resultarían de lo más interesantes. —Nash se apoyó contra una pared, a la espera.

Skye volvió a mirar a Grayson. De sus cuatro hijos, seguía sintiendo debilidad por él.

—No sé mucho —cedió con evasivas—. Sé que esa moneda pertenecía a mi padre. Sé que el gran Tobias Hawthorne me interrogó durante horas cuando desapareció, y me la describió una y mil veces. Pero no fui yo quien se la llevó.

—Fue Toby —dije en voz alta lo que todos estábamos pensando.

—Mi pequeño Toby estaba tan enfadado ese verano… —Skye tenía los ojos cerrados y, por un momento, no pareció peligrosa ni manipuladora, ni siquiera taimada—. Nunca supe realmente por qué.

«La adopción. El secretismo. Las mentiras», pensé.

—Al final, mi querido hermano pequeño huyó y se llevó eso como regalo de despedida. Basándome en la reacción de nuestro padre, Toby escogió muy bien su venganza. ¿Conseguir ese tipo de respuesta de alguien con los medios de mi padre? —Skye volvió a abrir los ojos—. Tiene que ser de lo más valioso.

«Acude a Jackson. —Las instrucciones que Toby le dejó a mi madre resonaron en mi mente—. Sabes lo que dejé allí. Sabes lo que vale».

—No tienes a Toby. —Jameson fue directo al grano—. ¿Verdad que no?

—¿Estás admitiendo —replicó Skye con astucia— que mi hermano está vivo?

Era capaz de vender a la prensa cualquier cosa que le dijéramos.

—Responde la pregunta —ordenó Grayson.

—Ya no os tengo a ninguno de vosotros, ¿verdad que no? Ni a Toby. Ni a vosotros, chicos. —Skye pareció casi afligida; sin embargo, el fulgor de sus ojos era más afilado de la cuenta—. En serio, ¿de qué me estás acusando exactamente, Grayson? —Skye bebió un poco—. Te comportas como si fuera un monstruo. —Seguía teniendo la voz aguda y clara, pero intensa. Por primera vez, pude ver un parecido entre ella y sus hijos…, en especial con Jameson—. Todos lo hacéis, pero la única cosa que he deseado siempre es que me quieran.

Tuve la repentina sensación de que Skye estaba diciendo la verdad, tal y como ella la veía.

—Pero cuanto más amor necesitaba, cuanto más lo anhelaba, más indiferente se volvía el mundo hacia mí. Mis padres. Vuestros respectivos padres. Incluso vosotros, chicos.

Una vez, Skye nos contó a Jameson y a mí que había dejado a los hombres tras quedarse embarazada como prueba: si realmente la querían, la seguirían.

Sin embargo, nunca nadie la siguió.

—Nosotros te queríamos —dijo Nash de una manera que me hizo pensar en el niñito que fue—. Eras nuestra madre. ¿Cómo no íbamos a quererte?

—Eso es lo que me decía a mí misma, cada vez que me quedaba embarazada. —A Skye le brillaron los ojos—. Pero ninguno de vosotros fuisteis míos mucho tiempo. Daba igual lo que hiciera, primero erais de vuestro abuelo y luego, míos. —Skye dio otro sorbo y la voz se le volvió más desdeñosa—. En realidad, papá nunca me consideró una jugadora del gran juego, así que hice lo que pude. Le di herederos. —Se volvió para mirarme—. Y mira de qué ha servido. —Se encogió un poco de hombros—. Por eso me he hartado.

—¿En serio esperas que nos creamos que estás tirando la toalla? —preguntó Jameson.

—Tesoro, no me importa mucho lo que creáis. Pero prefiero gobernar mi propio reino que conformarme con las migajas del suyo —afirmó sin apartar los ojos de mí.

—¿Y vas a apartarte de todo sin más? —miré a Skye Hawthorne con fijeza, intentando sacar algo de verdad—. ¿De la Casa Hawthorne? ¿Del dinero? ¿Del legado de tu padre?

—¿Sabes cuál es la verdadera diferencia entre los millones y los miles de millones, Ava? —preguntó Skye—. Porque llegado a cierto punto, no es cuestión de dinero.

—Es cuestión de poder —dijo Grayson a mi lado.

Skye levantó la copa como si brindara por él.

—Realmente habrías sido un heredero maravilloso.

—¿Y esto es todo? —preguntó Nash, paseando la mirada por el inmenso vestíbulo—. ¿Ahora este es tu reino?

—¿Por qué no? —contestó Skye despreocupada—. De todos modos, papá jamás me vio como a una jugadora importante. —Volvió a encogerse de hombros con elegancia—. ¿Quién soy yo para decepcionarlo?

CAPÍTULO 16

La vuelta por la amplia calle fue tensa.

—Bueno, yo personalmente lo he encontrado revitalizador —declaró Jameson—. Esta vez nuestra madre no es la villana. —Podía comportarse como si fuera imbatible, como si las brutalidades de Skye no pudieran tocarlo, pero yo lo conocía bien—. Mi parte favorita, si queréis que os diga la verdad —continuó con mucha pompa—, ha sido que nos culpara por no quererla nunca lo suficiente, aunque debo decir que el recordatorio de que fuimos concebidos en un vano intento de echar mano a esos dulces, dulcísimos, miles de millones Hawthorne nunca falla.

—Cállate. —Grayson se quitó la americana y dio un brusco giro a la derecha.

—¿Adónde vas? —grité cuando se alejó.

Grayson se volvió.

—Prefiero andar.

—¿Treinta kilómetros? —preguntó Nash arrastrando las palabras.

—Os aseguro, a todos vosotros, una vez más... —Grayson se arremangó la camisa con un estudiado movimiento enfático—. Que puedo cuidar de mí mismo.

—Vuelve a decirlo —lo animó Jameson—, pero esta vez intenta sonar todavía más como un autómata.

Reprendí a Jameson con la mirada. Grayson lo estaba pasando mal. Los dos lo estaban pasando mal.

—Tienes razón, Heredera —dijo Jameson, levantando las manos en gesto de rendición—. Estoy siendo horriblemente injusto con los autómatas.

—Te la estás ganando —comentó Grayson con una voz peligrosamente neutra.

Jameson dio un paso hacia su hermano.

—Un paseo de treinta kilómetros servirá.

Durante unos cuantos segundos, se enzarzaron en un mudo combate visual. Al fin, Grayson inclinó la cabeza.

—No esperes que te hable.

—Ni soñarlo —replicó Jameson.

—Estáis siendo ridículos los dos —intervine—. No podéis volver andando a la Casa Hawthorne.

A esas alturas, ya debería haber aprendido que era un error decirle a un Hawthorne que no podía hacer algo.

Me volví hacia Nash.

—¿Y tú no vas a decir nada? —le pregunté.

Como respuesta, Nash abrió la puerta trasera del coche para que subiera.

—Me pido ir delante.

Sola en la hilera central, me pasé la vuelta a la Casa Hawthorne en silencio. Sin duda, Skye había conseguido herir a sus hijos. Grayson se escondería dentro sí mismo. Jameson cometería alguna estupidez. Lo único que podía esperar era que ambos llegaran ilesos a casa. Con el corazón encogido por ellos, me pregunté quién había hecho que Skye estuviera tan desesperada por ser el centro del mundo para alguien, que era incapaz incluso de querer a sus propios hijos, por miedo a que ellos no la quisieran a ella con la misma intensidad.

En cierta manera, conocía la respuesta. «En realidad, papá nunca me consideró una jugadora del gran juego», recordé. Pensé en el poema que Toby había escrito en código, hacía ya tanto tiempo. «El árbol es veneno, ¿es que no lo ves? A S, Z y T. Nos envenenó a los tres».

—A Skye le encantaba estar embarazada. —Nash rompió el silencio que reinaba en el coche y se volvió para mirarme desde el asiento de delante—. ¿No te lo había dicho nunca?

Negué con la cabeza.

—El viejo la mimaba muchísimo. Ella se quedaba en la Casa Hawthorne durante todo el embarazo, incluso hacía nido. Y cuando tenía el bebé, esos primeros días eran casi mágicos. Me acuerdo de estar de pie en el umbral de la puerta, mirándola mientras le daba de comer a Gray, justo después de que volvieran del hospital. Lo único que hacía era mirarlo, canturreando tranquilamente. Gray era un bebé muy tranquilo, solemne. Jamie era un llorón. Xander se movía mucho. —Nash sacudió la cabeza—. Y cada vez, esos primeros días, pensaba: «Quizá ahora se quedará».

Tragué saliva.

—Pero nunca lo hizo.

—Por cómo lo cuenta Skye, parece que el viejo nos secuestrara. La verdad es que fue ella quien puso a mis hermanos en sus brazos. Ella se los dio a él. El problema nunca fue que no nos quisiera…, sino que quería más al resto.

La aprobación de su padre. La fortuna Hawthorne. Me pregunté cuántos bebés había visto Nash que su madre dejaba atrás antes de decidir que no quería seguir formando parte de aquello.

—Si tú tuvieras un bebé… —empecé a decir.

—Cuando yo tenga un bebé —llegó la profunda y desgarradora respuesta—, esa niña será mi mundo entero.

—¿Esa niña? —repetí.

Nash volvió a acomodarse en su asiento.

—Puedo imaginarme a Lib con una niñita.

Antes de poder responder a ¡eso!, Oren recibió una llamada.

—¿Qué tenéis? —preguntó en cuanto respondió—. ¿Dónde? —Oren paró el coche ante la verja—. Ha habido una intrusión —nos dijo a los demás—. Un sensor se ha disparado en los túneles.

La adrenalina inundó mi torrente sanguíneo. Acerqué la mano a la navaja que llevaba en la bota, no para sacarla, sino para recordarme a mí misma que no estaba indefensa. Al final, mi cerebro acabó por calmarse lo suficiente para recordar las circunstancias en las que había dejado la Casa Hawthorne.

—Quiero equipos entrando por ambos flancos —iba diciendo Oren.

—Para —lo corté—. No es un problema de seguridad. —Di un hondo suspiro—. Es Rebecca.

CAPÍTULO 17

Los túneles que recorrían los cimientos de la finca Hawthorne tenían menos entradas que los pasadizos secretos. Años atrás, Tobias Hawthorne le había mostrado esos accesos a la joven Rebecca Laughlin. El viejo había visto a la niña vivir a la sombra de su hermana mayor, que estaba enferma. Y le dijo a Rebecca que se merecía tener algo solo para ella.

La encontré en el túnel que había debajo de las pistas de tenis. Guiada únicamente por la luz de mi móvil, recorrí el camino hasta encontrarla. El túnel no tenía salida, acababa en una pared de hormigón. Rebecca estaba de pie, mirando hacia la pared, con el pelo alborotado; su ágil cuerpo muy tenso.

—Vete de aquí, Xander —dijo.

Me detuve a unos pocos pasos de ella.

—Soy yo.

Escuché a Rebecca tomando aire con dificultad.

—Vete de aquí, Avery.

—No.

A Rebecca se le daba bien blandir el silencio como si fuera un arma… o un escudo. Tras la muerte de Emily, se había aislado a sí misma, arropada en ese silencio.

—Tengo todo el día —le dije.

Rebecca finalmente se volvió para mirarme. Para ser una chica tan hermosa, su expresión se tornaba tremenda cuando lloraba.

—He conocido a Eve. Le hemos contado la verdad sobre la adopción de Toby. —Dio una bocanada de aire entre los dientes—. Quiere conocer a mi madre.

Naturalmente que quería. La madre de Rebecca era la abuela de Eve.

—¿Y tu madre puede soportarlo? —pregunté.

Solo había coincidido unas pocas veces con Mallory Laughlin, pero

«estable» no era un adjetivo que habría utilizado para describirla. De adolescente, había dado al recién nacido Toby en adopción, sin saber que los Hawthorne eran quienes iban a adoptarlo. Su hijo había estado tan cerca…, durante años, y ella no lo sabía; en esa época no. Cuando finalmente tuvo a otra criatura, dos décadas más tarde, Emily nació con una cardiopatía.

Y ahora Emily estaba muerta. Por lo que sabía Mallory, Toby también lo estaba.

—Yo no puedo soportarlo —me dijo Rebecca—. Se parece tantísimo a ella…, Avery. —Rebecca sonaba más que enfadada, más que destrozada; su voz era un mosaico de demasiadas emociones contenidas en un solo cuerpo—. Es que hasta habla como Emily.

Al crecer, toda la vida de Rebecca había girado alrededor de su hermana. La habían criado para hacerse pequeña.

—¿Necesitas que te diga que Eve no es Emily? —pregunté.

Rebecca tragó saliva.

—Bueno, ella no parece odiarme, así que…

—¿Odiarte? —pregunté.

Rebecca se sentó y se acercó las rodillas al pecho.

—Lo último que Em y yo hicimos juntas fue pelearnos. ¿Sabes lo mucho que me habría hecho arrastrarme para conseguir que me perdonara por aquello? ¿Por tener razón?

Habían discutido por los planes que Emily había hecho para esa noche, los planes que acabaron matándola.

—Venga ya —dijo Rebecca, jugueteando con las puntas mal cortadas de su cabellera pelirroja—, si hasta me odiaría por esto.

Me senté a su lado.

—¿Por el pelo?

Parte de la rigidez de los músculos de Rebecca se relajó, y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—A Emily le gustaba que lo tuviéramos largo.

«En plural», observé. El hecho de que Rebecca pudiera decir aquello sin darse cuenta de lo retorcido que era, incluso entonces, me hizo querer golpear a alguien en su nombre.

—Erais personas independientes, Rebecca —le dije, deseando que me creyera—. Siempre lo fuisteis.

—¿Y si no se me da bien ser una persona independiente? —Estos últimos meses, Rebecca había estado distinta. Tenía un aspecto distinto, se vestía distinto, iba a por lo que quería. Había vuelto con Thea—. ¿Y si todo esto no es más que el universo diciéndome que no tengo derecho de dejar atrás todo aquello? Nunca. —A Rebecca le tembló el mentón—. Quizá soy una persona horrible por quererlo.

Sabía que ver a Eve le haría daño. Sabía que revolvería el pasado, del mismo modo que había ocurrido con Jameson…, con Grayson. Pero Rebecca estaba absolutamente trastornada.

—No eres una persona horrible —le contesté, pero no estaba segura de ser capaz de hacérselo creer—. ¿Le has hablado de Eve a Thea? —pregunté.

Rebecca se puso de pie y hundió en el suelo la puntera de sus gastadas botas militares.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Bex…

—No me mires así, Avery.

Rebecca estaba sufriendo. Y tardaría un buen tiempo en dejar de sufrir.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté.

—Nada —contestó Rebecca, y pude oír como se rompía por dentro—. Porque ahora tengo que ir y encontrar la manera de decirle a mi madre que tiene una nieta que es la viva imagen de la hija que hubiera querido conservar, si el universo le hubiera dado la opción de escoger entre Emily y yo.

Rebecca estaba aquí. Estaba viva. Era una buena hija. Y, sin embargo, su madre era capaz de mirarla a los ojos y, entre sollozos, decirle que todos sus bebés se habían muerto.

—¿Quieres que vaya contigo a decírselo a tu madre? —pregunté.

Rebecca negó con la cabeza y una brisa jugueteó con las puntas mal cortadas de su pelo.

—Ahora se me da mejor que antes querer cosas, Avery. —Se irguió, una cuerda de acero invisible le recorría el espinazo—. Pero no tengo derecho a querer que me ayudes con esto.

CAPÍTULO 18

Me quedé en los túneles cuando Rebecca se fue, deliberando consigo misma, luego recorrí el camino de vuelta a la Casa Hawthorne y salí por la escalera secreta que daba a la Gran Sala. En cuanto volví a tener cobertura, active el teléfono e hice la llamada.

—¿A qué debo este más bien dudoso honor? —Thea Calligaris había llevado a la perfección su arte de verbalizar una risita irónica.

—Hola a ti también, Thea.

—Déjame adivinar —siguió con descaro—. ¿Tienes una necesidad imperiosa de asesoramiento estilístico? ¿O tal vez uno de los Hawthorne se está desmoronando? —No contesté y ella corrigió su pregunta—: ¿Más de uno?

Un año atrás, jamás me habría imaginado que seríamos capaces de ser algo remotamente parecido a amigas, pero nos habíamos acabado cogiendo cariño, más o menos.

—Tengo que contarte algo.

—Bueno —replicó Thea con falsa modestia—, no tengo todo el día. Por si no lo sabías, mi tiempo es de lo más valioso. —Durante el verano, Thea se había hecho viral. En algún lugar entre San Bartolomé y las Maldivas, se había convertido en *Influencer* con I mayúscula. Entonces volvió, por Rebecca.

«Seguiré escogiéndola a ella hasta que la convenza —me dijo Thea una vez—, cueste lo que cueste».

Se lo conté todo.

—Cuando dices que esta chica es idéntica a…

—Va en serio; es idéntica —insistí.

—Y Rebecca…

Rebecca me iba a matar por eso.

—Se acaban de conocer. Eve quiere ir a ver a la madre de Bex.

Durante tres largos segundos, Thea se quedó extrañamente callada.

—Esto es de locos, incluso bajo los estándares de los Hawthorne y

los Hawthorne postizos.

—¿Y tú? ¿Estás bien? —le pregunté. Emily era la mejor amiga de Thea.

—Ser vulnerable no va conmigo —replicó Thea—. Desentona con mi estética de malvada. —Hizo una pausa—. Bex no quería que me lo contaras, ¿verdad?

—No mucho.

Casi pude oír a Thea desdeñando el comentario… o intentándolo.

—Solo por curiosidad —dijo como si nada—, exactamente ¿cuántos Hawthorne se están desmoronando ahora mismo?

—Thea…

—Se llama *Schadenfreude*, Avery. Aunque, la verdad, los alemanes deberían buscar una palabra que capturara con más exactitud la emoción de sentir mezquina satisfacción de saber que los bastardos más arrogantes del mundo entero también tienen sus corazoncitos sintientes.

Thea no era tan fría como le gustaba fingir ser, pero yo sabía de sobra que no tenía que hacérselo notar cuando concernía a los Hawthorne. En lugar de hacerlo, pregunté:

—¿Vas a llamar a Rebecca?

—¿Y dejar que evite mi llamada? —replicó Thea con aspereza. Pasó un segundo—. Desde luego que sí. —Había dejado escapar a Rebecca una vez. No iba a volver a hacerlo—. Bien, si eso es todo, tengo un imperio que construir y una chica a la que perseguir.

—Cuídala, Thea —le pedí.

—Lo haré.

CAPÍTULO 19

Oren esperó hasta que hube acabado de hablar por teléfono con Thea para que detectara su presencia. Se me puso delante y yo obligué a mi cerebro a concentrarse.

—¿Tenéis algo ya? —le pregunté.

—No ha habido suerte con el rastreo del servicio de mensajería, pero el equipo que envié al lugar donde Toby se suponía que tenía que encontrarse con Eve ha hecho otro informe.

El recuerdo de una palabra resonó en mi mente: «disparos».

—¿Habéis descubierto quién llamó a emergencias? —pregunté, aferrándome a la calma del modo en que una persona colgando al vacío se aferraría a cualquier cosa que tuviera al alcance.

—La llamada se hizo desde un almacén que hay cerca de allí. Mis hombres han localizado al propietario. El hombre no tiene ni idea de quién hizo la llamada, pero sí tenía algo para nosotros.

«Algo», repetí. Oren lo dijo de una manera que me hizo sentir como si me hubieran llenado el estómago de plomo.

—¿El qué?

—Otro sobre. —Oren esperó a que yo lo procesara antes de continuar—. Lo mandaron ayer por la noche vía mensajero, ilocalizable. El propietario del almacén recibió dinero en metálico para entregárselo a cualquiera que apareciera preguntando por una llamada a emergencias. El pago llegó con un paquete, así que también es ilocalizable. —Oren me tendió el sobre—. Antes de que lo abras…

Se lo arranqué de las manos. En el interior había una fotografía de Toby, con el rostro magullado e hinchado, y sujetando un periódico con fecha del día anterior. «Una prueba de vida», pensé. Tragué saliva y le di la vuelta a la foto. No había nada detrás, ni tampoco dentro del sobre.

«Ayer, al menos, estaba vivo», me dije.

—¿Ninguna petición de rescate? —Se me atragantaron las

palabras.

—Ninguna.

Volví a mirar las heridas de Toby, su rostro hinchado.

—¿Pudisteis descubrir algo de la familia de David Golding? —pregunté, intentando recuperar la compostura.

—Actualmente se encuentran fuera del país —replicó Oren—. Y sus cuentas están al día.

—¿Y ahora qué? —pregunté—. ¿Sabemos dónde están Eli y Mellie? ¿Qué hay de Ricky? ¿Constantine Calligaris sigue en Grecia? —Detestaba lo exaltada que sonaba y la manera en que mi mente iba saltando de una posibilidad a la otra sin ton ni son: los medios hermanos de Eve, mi padre, el marido de quien Zara acababa de separarse, ¿quién más?

—Llevo más de seis meses siguiendo la pista a los cuatro individuos que has mencionado —informó Oren—. Ninguno de ellos estuvo a menos de tres cientos kilómetros del lugar donde Toby fue secuestrado, y no tengo ningún motivo para sospechar de ningún tipo de involucración por parte de ninguno de ellos. —Oren hizo una pausa —. Además, también he investigado un poco a Eve.

Me acordé de Eve abriéndose en canal para el juego de escaleras y toboganes, en lo que Grayson había dicho de ella en el coche.

—¿Y? —pregunté en voz baja.

—Su historia concuerda —me contestó Oren—. Se fue de casa el día que cumplió los dieciocho, no ha vuelto a tener contacto con nadie de su familia, lo que incluye a sus hermanos. Esto sucedió hace dos años. Tenía un trabajo de camarera con el que cumplía rigurosamente hasta que ella y Toby se dieron a la fuga la semana pasada. Desde los dieciocho años hasta que conoció a Toby, ahora hace un par de meses, vivía precariamente con los que parecen dos compañeros de piso terribles. Investigando un poco más y retrocediendo algunos años, descubrí la denuncia de un incidente que tuvo lugar en su instituto, que relacionaba a Eve con un profesor aparentemente muy querido. La palabra de él contra la de ella. —La expresión de Oren se endureció—. La chica tiene razones para no confiar en las autoridades.

«¿Y quién —me había preguntado Eve— va a creer a una chica como yo?».

—¿Qué más? —le pregunté a Oren—. ¿Qué no me estás contando? —Lo conocía suficientemente bien para saber que había algo más.

—Nada más acerca de Eve. —Oren me miró durante un largo momento, luego se metió la mano en el bolsillo de la camisa y me entregó un trozo de papel—. Esta es la lista de los miembros de tu equipo de seguridad y de nuestros colaboradores más cercanos que

han recibido ofertas de trabajo a lo largo de las últimas tres semanas.

Hice un recuento rápido: trece. Aquello no podía ser normal.

—¿Quién les ha hecho las ofertas? —inquirí.

—Empresas de seguridad privadas, sobre todo —respondió Oren—. Más que demasiadas como para ser normal. No hay denominador común entre los propietarios de las distintas empresas, pero algo así no ocurre sin más a no ser que alguien lo esté provocando.

Alguien que quisiera mermar mi seguridad.

—¿Crees que está relacionado con el secuestro de Toby? —pregunté.

—No lo sé. —Oren remarcó las palabras—. Mis hombres son leales y tienen buenos sueldos, de modo que los intentos han fracasado, pero esto no me gusta, Avery, no me gusta nada. —Me lanzó una mirada—. Tu amiga Max tiene programado volver a la universidad mañana por la mañana. Me gustaría que un guardaespaldas la acompañara, pero ella parece… reacia a la idea.

Tragué saliva.

—¿Crees que Max está en peligro?

—Podría estarlo. —La voz de Oren era inalterable. Él era inalterable—. Llegado a este punto, sería negligente por mi parte asumir que tú no eras el objetivo de un ataque múltiple y concentrado. Quizá lo eres. Quizá no lo eres. Sin embargo, hasta que sepamos más, no me queda otra opción que proceder como si nos encontráramos ante una amenaza a gran escala, y eso conlleva dar por hecho que cualquier persona cercana a ti podría ser el siguiente blanco.

CAPÍTULO 20

No tenía claro qué iba a ser más difícil: convencer a Max para que permitiera a Oren asignarle un guardaespaldas o enseñarle la foto de Toby a Eve. Acabé yendo a buscar primero a Max y la encontré con Eve en la bolera, Xander también estaba y sujetaba una bola de bolos con cada mano.

—A este movimiento lo llamo «el helicóptero» —anunció al tiempo que levantaba los brazos.

Incluso en los momentos más oscuros, Xander era Xander.

—Se te va a caer una bola en un pie —le dije.

—No pasa nada —respondió Xander con brío—. ¡Tengo dos pies!

—¿Skye sabía algo del disco? —Eve dejó atrás a Xander y a Max—. ¿Tiene algo que ver?

—No a la segunda pregunta —respondí—. Y la primera ahora mismo no importa. —Tragué saliva; mi plan de enfrentarme primero a la situación de Max se desvanecía por momentos—. Esto sí. —Le entregué a Eve la fotografía de Toby y aparté la mirada.

No podía mirar, pero no hacerlo no me ayudó. Podía sentir a Eve a mi lado, observando la foto con fijeza. Su respiración era ruidosa e irregular. A Eve le estaba afectando tanto como a mí.

—Deshazte de ella. —Eve dejó caer la foto. Subió la voz—. ¡Sácala de aquí!

Me agaché para recogerla, pero Xander soltó las bolas y fue más rápido que yo. Sacó el móvil. Mientras yo miraba, él encendió la linterna y la pasó por encima de la foto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Max.

Fui yo quien respondió.

—Está buscando si hay algún mensaje grabado en el granulado del papel.

Si algunas partes de la hoja fueran más densas que otras, la luz no podría penetrar bien. Yo no había querido mirar tan

concienzudamente la fotografía, el rostro de Toby; pero ahora que Xander había encendido la linterna, mi cerebro se había puesto a trabajar. «¿Qué pasa si hay algo más en el mensaje?», me pregunté.

—Necesitaremos una luz ultravioleta —dije—. Y una fuente de calor.

Si nos estábamos enfrentando a alguien que conociera los juegos de Tobias Hawthorne, entonces la tinta invisible era, sin duda, una posibilidad.

—¡Voy! —exclamó Xander. Me devolvió la foto y se fue brincando.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Eve, y las palabras le salieron vacías.

Estaba examinando la foto; esta vez miré más allá de las heridas de Toby.

—El periódico —anuncié de pronto con fuerza—. El que sujeta Toby. —Saqué mi móvil e hice una foto de la foto para poder ampliarla—. El artículo de la portada. —La adrenalina inundó mi torrente sanguíneo—. Algunas de las letras están borradas. ¿Ves esta palabra? Por contexto se sabe que debería ser «crisis», pero la primera S y la I están borradas. Pasa lo mismo con la E de esta palabra. Luego, la M, P. Una R.

Me acerqué al ordenador que había en la bolera, pulsé el botón para introducir un nuevo jugador y escribí las cinco letras que ya había encontrado, luego seguí buscando. En total, había diecinueve letras borradas del artículo.

O. Introduje la última y luego volví atrás para añadir espacios. Pulsé intro, y el mensaje apareció en la pantalla colgante que mostraba la puntuación. SIEMPRE ACABO GANANDO.

Ya sabía que alguien estaba jugando con nosotros, conmigo. Pero aquello dejó mucho más claro que el secuestrador de Toby no se estaba limitando a jugar conmigo. Jugaba contra mí.

Cuando Xander volvió con una luz ultravioleta en una mano y una lámpara Tiffany en la otra, echó un vistazo a las palabras de la pantalla y lo dejó todo en el suelo.

—Una elección de nombre muy atrevida —comentó. Luego me miró con ojos esperanzados y añadió—: ¿Es tuya?

—No. —Me negué a dejarme vencer por la oscuridad que quería atraparme y me volví hacia Max—. Necesito que accedas a dejarte acompañar por un guardaespaldas mañana.

Max abrió la boca, seguramente para negarse, pero Xander le dio un golpecito en el hombro.

—¿Y si te conseguimos a alguien oscuro y misterioso con un pasado trágico y cierta debilidad por los cachorritos? —planteó con un

tono cariñoso.

Al cabo de un largo momento, Max le devolvió el golpecito.

—Trato hecho.

Cuando las cosas se calmaran aunque fuera un poco, ella y yo íbamos a tener una buena charla sobre golpecitos, noches locas y su «amistad» con Xander Hawthorne. Sin embargo, de momento…

Me volví hacia Oren; un nuevo miedo me asaltó demasiado tarde.

—¿Sabemos algo de Jameson y Grayson? Todavía no han vuelto. —Si alguien cercano a mí podía ser un blanco, entonces…

—Les he destinado uno de mis hombres a cada uno —contestó Oren—. Lo último que sé es que los chicos seguían juntos y que las cosas se estaban poniendo feas. Feas nivel Hawthorne —aclaró—. Ninguna amenaza externa.

Dados sus estados emocionales tras la conversación con Skye, «feas nivel Hawthorne» seguramente era lo mejor que podíamos esperar.

«Están bien. De momento», me dije. Sintiendo claustrofobia, me volví hacia las palabras de la pantalla. SIEMPRE ACABO GANANDO.

—Primera persona del singular —dije, porque era más fácil diseccionar el mensaje que preguntarme en qué consistía ganar para la persona que tenía a Toby—. Lo cual sugiere que nos enfrentamos a un individuo, y no a un grupo. Y la construcción «acabar» más gerundio parece indicar que podría haber pérdidas por el camino. —Respiré y pensé, y me obligué a ver más que eso entre aquellas palabras—. ¿Qué más?

Dos horas y media más tarde, Jameson y Grayson todavía no habían llegado a casa, y yo estaba perdiendo el tiempo. Había repasado el mensaje infinidad de veces, y luego escrutado de nuevo la foto y el sobre, por si acaso escondían algo más. Sin embargo, nada de lo que hice pareció importar.

«Vengarse. Vengativo. Venganza. Vengador. Siempre acabo ganando», enumeré mentalmente.

—Odio esto —dijo Eve con voz baja y aflautada—. Odio sentirme indefensa.

Yo también.

Xander miró a Eve y luego a mí.

—No os estaréis comiendo el tarro, ¿verdad? —preguntó—. Porque, Avery, soy tu MAHPS, como siempre, y ¡ya conoces el castigo por comerse el tarro!

—No voy a jugar a «Pégate a Xander» —le dije.

—¿Qué es «Pégate a Xander»? —preguntó Max.

—¿Qué no es «Pégate a Xander»? —replicó él filosóficamente.

—¿Todo esto es una broma para ti? —espetó Eve.

—No —replicó Xander, cuya voz de repente se había vuelto seria —. Pero a veces el cerebro de una persona empieza a hacer círculos. Da igual lo que la persona haga, los mismos pensamientos se repiten sin parar, una y otra vez. Uno entra en bucle y, cuando está dentro de ese bucle, no puede ver nada más. Se le seguirán ocurriendo las mismas posibilidades, sin llegar a ninguna parte, porque las respuestas que necesita están fuera del bucle. Las distracciones no son solo distracciones. A veces pueden sacar a la persona del bucle, y una vez fuera, cuando su cerebro para de hacer círculos…

—Se ven las cosas que antes se habían pasado por alto. —Eve miró a Xander un instante—. Vale —accedió por fin—. Tráenos distracciones, Xander Hawthorne.

—Eso que has dicho —le advertí— es muy peligroso.

—¡No le hagas caso a Avery! —indicó Xander—. Es que está algo nerviosa desde El Incidente.

Max rio por la nariz.

—¿Qué incidente?

—No importa —replicó Xander—, y, en mi defensa, diré que no esperaba que el zoo enviara un tigre de verdad. Bien… —Se dio unos golpecitos en la barbilla—. ¿Qué nos apetece? ¿El suelo es lava? ¿Guerra de esculturas? ¿Asesinos de gelatina?

—Lo siento. —La voz de Eve sonaba forzada. Se volvió hacia la puerta—. No puedo hacerlo.

—¡Espera! —le gritó Xander—. ¿Qué te parece una *fondue*?

CAPÍTULO 21

En la Casa Hawthorne, una *fondue* equivalía a doce cazuelas de *fondue* acompañadas de tres fuentes de chocolate de gran tamaño. La señora Laughlin lo dejó todo preparado en la cocina del chef en cuestión de una hora.

«Las distracciones no son solo distracciones —me recordé—. A veces, uno necesita que lo saquen del bucle».

—En términos de *fondue* de queso —peroró Xander—, tenemos la de base de gruyer, de gouda, de cheddar de cerveza, de fontina, de chällerhocker…

—Vale —intervino Max—. Ahora ya te lo estás inventando.

—Ah, ¿sí? —replicó Xander con su voz más galante—. Para mojar, tenemos pan de *baguette*, masa madre, palitos, picatostes, tocino, jamón, salami, salchichón, manzanas, peras, y distintas hortalizas, a la brasa y crudas. ¡Luego tenemos las *fondues* de postre! Para los puristas que hay entre nosotros, fuentes de chocolate negro, de chocolate con leche y de chocolate blanco. En las cazuelas hay combinaciones de postre de lo más creativas. Os recomiendo encarecidamente la de doble de chocolate con caramelo y sal.

Tras observar la vasta colección de opciones para los golosos, Max cogió una fresa con una mano y una tostadita con la otra.

—¡Dale! —chilló Xander, corriendo hacia atrás—. ¡Voy a por todas!

Max lanzó la tostadita. Xander la atrapó con la boca. Riendo, Max mojó la fresa en una de las cazuelas de postre, dio un mordisco y soltó un gemido.

—La fruta de oros, qué rico está esto.

«Rompe el bucle», pensé, así que empecé a avanzar por los manjares yo también, muriendo de placer a cada bocado. A mi lado, muy despacio, Eve fue haciendo lo mismo.

Con la boca llena de beicon, Xander asió un tenedor de *fondue*

sobrante y lo blandió como si fuera una espada.

—*En garde!*

Max se armó también. El resultado fue el caos. Un tipo de caos que acabó con Max y Xander empapados de chocolate, y con Eve recibiendo un disparo de plátano con chocolate negro en el pecho.

—Te pido chocolateadas disculpas —le dijo Xander. Max lo atizó con un palito.

Eve bajó la mirada hacia su camiseta, hecha un desastre.

—Es la única que tengo.

Miré a Max. «Tú y yo vamos a hablar muy pronto, amiga mía», pensé. Luego me volví hacia Eve.

—Venga —dije—. Vamos a buscarte una camiseta nueva.

—¡¿Esto es tu armario?! —Eve estaba atónita. Había tres metros y medio en vertical de barras, cajones y baldas, todos ellos a rebosar.

—Lo sé —respondí, recordando cómo me sentí cuando me trajeron la ropa—. Deberías ver el armario que hay en el dormitorio que pertenecía a Skye. Tiene ciento ochenta metros cuadrados, dos plantas, además de su propia bar de champán.

Eve miraba la ropa sin pestañear.

—Tú misma —le dije, pero ella no se movió—. En serio —insistí—. Llévate lo que quieras.

Alargó la mano hacia una camisa verde pálido, pero se quedó paralizada al tocar la tela. Yo no era una persona muy aficionada a la moda, pero la increíble suavidad de la ropa de calidad, su tacto… todavía me dejaba descolocada a mí también.

—Toby no quería que yo fuera parte de todo esto. —Eve no apartaba los ojos de esa camisa—. La mansión. La comida. La ropa. —Dio una bocanada de aire entre los dientes, fuerte y ruidosa—. Él odiaba este lugar. ¡Lo odiaba! Y cuando le pregunté por qué, lo único que me dijo es que la familia Hawthorne no era lo que parecía, que esta familia tenía secretos. —Finalmente, sacó la camisa de la percha—. Secretos oscuros. Tal vez hasta peligrosos.

Pensé en todos los secretos de los Hawthorne que había descubierto desde que llegué allí. No solo la verdad sobre la adopción de Toby o su papel en el incendio de la isla Hawthorne, sino también sobre todo lo demás.

«Nana mató a su marido. Zara fue infiel a sus dos maridos. Skye les puso de nombre a sus hijos los apellidos de sus respectivos padres, y al menos uno de ellos era un hombre peligroso. Tobias Hawthorne sobornó al padre de Nash para que se fuera muy lejos. Jameson vio

morir a Emily Laughlin», fui enumerando mentalmente.

Y eso sin siquiera tener en cuenta los secretos en cuya creación yo misma había intervenido desde mi llegada. Permití que Grayson encubriera la implicación de su madre en un intento de asesinato contra mi persona y le cargara toda la culpa al exnovio maltratador de Libby. Había mirado hacia otro lado cuando Toby y Oren decidieron que el cuerpo de Sheffield Grayson tenía que desaparecer.

Delante de mí, Eve todavía esperaba que le dijera algo.

—Dejaré que te cambies —me excusé.

Salí de mi vestidor y me encontré preguntándome qué otros secretos Hawthorne no conocía todavía. Volví a repasar la foto de Toby y, esta vez, me permití mirar directamente a sus ojos. «¿Todo esto es por ti, por mí o por esta familia? ¿Cuántos enemigos tenemos?», me pregunté.

Un golpecito en la puerta me arrancó de mis pensamientos. Abrí y me encontré al señor Laughlin allí de pie…, y a Oren y el guardaespaldas de Eve posicionados al final del pasillo.

—Disculpe la interrupción, Avery. Tengo algo para usted. —El viejo guardián de los terrenos llevaba consigo un carrito lleno de largos rollos de papel.

«¿Otra entrega especial?», pensé. Se me aceleró el corazón.

—¿Todo esto ha llegado por servicio de mensajería?

—Yo mismo los he buscado por usted. —Por arisco que fuera el señor Laughlin, sus ojos de color musgo contenían una expresión casi amable—. Acaba de ser su cumpleaños. Cada año después de su cumpleaños, el señor Hawthorne mandaba dibujar planos para la siguiente ampliación de la casa.

Tobias Hawthorne no dio nunca por acabada la Casa Hawthorne. Cada año le añadía algo.

—Estos son los planos. —El señor Laughlin hizo un ademán con la cabeza hacia el carrito mientras lo entraba en el cuarto—. Uno para cada año desde que empezamos la casa. Pensé que querría verlos si se estaba planteando hacer una ampliación usted también.

—¿Yo? —respondí—. ¿Ampliar la Casa Hawthorne?

Eve salió al cuarto, llevaba puesta la camisa verde de seda, y durante un momento se quedó mirando los planos igual que había mirado la ropa. Luego, una figura apareció en el umbral de la puerta.

Jameson. Su rostro y su cuerpo estaban empapados de barro. Llevaba la camisa rasgada y le sangraba el hombro.

El señor Laughlin le pasó un brazo por los hombros a Eve.

—Venga, señorita. Deberíamos irnos.

CAPÍTULO 22

—Estás sangrando —le dije a Jameson.

Me mostró los dientes al esbozar una sonrisita traviesa.

—También estoy peligrosamente cerca de ponértelo todo… perdido de barro.

Tenía barro en la cara y en el pelo. La ropa estaba empapada y la camisa se le pegaba al abdomen, y me permitía recorrer con la mirada los músculos que había debajo.

—Antes de que preguntes —murmuró Jameson—. Estoy bien y Gray también.

Me planteé si Grayson Hawthorne tenía aunque fuera una mota de barro encima.

—Oren me ha dicho que las cosas se han puesto feas nivel Hawthorne. —Le lancé a Jameson una mirada de reproche.

Él se encogió de hombros.

—Skye tiene el don de perturbarnos. —Jameson no dio más explicaciones sobre el barro, la sangre o qué habían hecho exactamente él y Grayson—. Pero, en fin, hemos descubierto lo que necesitábamos saber. Skye no tiene nada que ver con el secuestro.

Yo había descubierto muchas más cosas desde entonces. Hablando atropelladamente, se lo conté todo a Jameson: la foto de Toby, el mensaje que el secuestrador había escondido en ella, el comentario de Eve sobre secretos oscuros y peligrosos, lo que Oren me había dicho sobre los intentos de mermar mi equipo de seguridad.

Cuanto más hablaba, más se me acercaba Jameson y más necesitaba yo tenerlo cerca de mí.

—Da igual lo que haga —dije, nuestros cuerpos rozándose—. No siento que esté yendo a ninguna parte.

—Quizá de eso se trata, Heredera.

Reconocí el tono en su voz, lo conocía tan bien como cada una de sus cicatrices.

—¿En qué estás pensando, Hawthorne?

—Este segundo mensaje cambia las cosas. —Jameson me rodeó con los brazos. Pude sentir el barro empapándome la camisa, el calor de su cuerpo manando de debajo de la suya—. Nos equivocábamos.

—¿En qué? —pregunté.

—La persona a la que nos enfrentamos… No está jugando a un juego Hawthorne. En los juegos del viejo, las pistas siempre eran secuenciales. Una pista llevaba a la siguiente, solo si uno era capaz de resolverla.

—Sin embargo, esta vez —dije, siguiendo el hilo de sus pensamientos— el primer mensaje no nos llevó a ninguna parte. El segundo mensaje llegó sin más.

Jameson alargó la mano para acariciarme el rostro y me manchó la mandíbula con barro.

—Por lo tanto, las pistas de este juego no son secuenciales. Resolver una no nos guiará por arte de magia hasta la siguiente, Heredera, independientemente de lo que hagas. Una de dos: o el secuestrador de Toby quiere que tengas miedo, en cuyo caso esto no son más que vagas amenazas sin un gran plan detrás.

Lo miré sin pestañear.

—¿O? —Había dicho «Una de dos».

—O… —murmuró Jameson— todo esto es parte de un mismo acertijo: una respuesta, múltiples pistas.

Sus caderas se hundieron suavemente en mi estómago.

—Un acertijo —repetí con la voz áspera—. ¿Quién ha secuestrado a Toby… y por qué?

«Vengarse. Vengativo. Venganza. Vengador. Siempre acabo ganando», pensé.

—Un acertijo incompleto —prosiguió Jameson—. Entregado pieza a pieza. O una historia… y estamos a merced del narrador.

La persona que entregaba las pistas, pistas que no iban a ninguna parte por sí solas.

—No tenemos lo que necesitamos para resolverlo —afirmé, odiando lo que decía y lo derrotada que parecía al hacerlo—. ¿Verdad?

—Todavía no.

Quise gritar, pero en lugar de hacerlo miré a Jameson. Vi que tenía un corte muy feo en la parte inferior de la mandíbula y le agarré el mentón.

—No tiene buen aspecto.

—Al contrario, Heredera, sangrar siempre me ha dado un aspecto arrebatador.

Xander no era el único Hawthorne especializado en distracciones.

Necesitándolo y no gustándome nada la pinta del corte que tenía en la mandíbula, me permití distraerme.

—Convirtámoslo en un juego —le propuse a Jameson—. Te apuesto que no puedes ducharte y limpiarte todo este barro antes de que yo encuentre en el botiquín lo que necesitamos para curarte.

—Tengo una idea mejor. —Jameson acercó los labios a los míos. Estiré el cuello. Más barro en mi cara, en mi ropa—. Te apuesto —replicó— que tú no puedes limpiar todo este barro antes de que yo…

—Antes de que tú ¿qué? —murmuré.

Jameson Winchester Hawthorne sonrió.

—Adivina.

CAPÍTULO 23

«—Te toca.

»Vuelvo a estar en el parque, jugando al ajedrez delante de Harry. “Toby”, me corrijo. En cuanto pienso el nombre, su rostro cambia. La barba ha desaparecido y tiene el rostro magullado e hinchado.

»—¿Quién te ha hecho esto? —pregunto, y mi voz resuena y resuena hasta que apenas puedo oírme pensar—. Toby, tienes que decírmelo.

»Si lograra que me lo dijera, lo sabría.

»—Te toca. —Toby cambia la posición del caballo negro en el tablero.

»Bajo la mirada, pero, de pronto, no puedo ver ninguna pieza. Solo hay sombras y niebla donde deberían estar cada una de ellas.

»—Te toca, Avery Kylie Grambs.

»Levanto la cabeza como un resorte porque esta vez no es la voz de Toby quien pronuncia las palabras.

»Tobias Hawthorne me devuelve la mirada desde el otro lado del tablero.

»—Lo que tiene la estrategia —comenta— es que siempre tienes que pensar siete movimientos por adelantado. —Se inclina encima del tablero.

»Para cuando me quiero dar cuenta, me tiene agarrada por el cuello.

»—Hay quien mata dos pájaros de un tiro —dice, estrangulándome —. Yo mato doce».

Me desperté paralizada, atrapada en mi propio cuerpo, con el corazón en la garganta, incapaz de respirar. «Solo un sueño», me dije. Logré dar una bocanada de aire y rodar para saltar de la cama, aterricé en cuclillas. «Respira. Respira. Respira», me ordené. No sabía qué hora era, pero fuera todavía estaba oscuro. Miré la cama.

Jameson no estaba allí. Ocurría de vez en cuando siempre que su

cerebro no podía parar. La única pregunta esa noche era ¿parar el qué?

Intentando deshacerme de los restos del sueño, me até la navaja y fui a buscarlo; empecé por el despacho de Tobias Hawthorne.

El estudio estaba vacío. Ni rastro de Jameson. Me descubrí mirando con fijeza la pared de trofeos que habían ganado los nietos Hawthorne. Y no solo los trofeos. Libros que habían publicado, patentes que habían conseguido. Pruebas de que Tobias Hawthorne había hecho extraordinarios a sus nietos.

Los había hecho a su imagen y semejanza.

El difunto multimillonario siempre había pensado siete movimientos por adelantado, siempre había matado doce pájaros de un tiro. ¿Cuántas veces me lo habían dicho los chicos? Y, aun así, no podía evitar tener la sensación de que mi subconsciente me había hecho una advertencia, y no precisamente sobre Tobias Hawthorne.

Ahí fuera había otra persona haciendo estrategias, pensando siete movimientos por adelantado. Un narrador contando una historia… y haciendo movimientos mientras tanto.

«Siempre acabo ganando», recordé.

Sintiendo como la frustración burbujeaba en mi pecho, empujé las puertas del balcón para abrirlas. Dejé que el aire nocturno me golpeara el rostro y lo respiré. A ras de suelo, Grayson estaba en la piscina, nadando en plena noche, la iluminación de la piscina me permitió atisbar la silueta del chico. En cuanto lo vi, me inundaron los recuerdos.

«Un vaso de cristal descansa delante de él encima de la mesa. Tiene las manos extendidas a ambos lados del vaso y los músculos en tensión, como si fuera a levantarse en cualquier momento». No me permití sumergirme en el recuerdo, pero otro fragmento me abrumó igualmente mientras observaba a Grayson nadar.

«—Has salvado a la niña —le digo.

»—Inmaterial. —Los angustiados ojos argénteos encuentran los míos—. Era fácil de salvar».

En el patio, se encendió otra luz. «El sensor de movimiento que hay al lado de la piscina», deduje. Acerqué la mano a la navaja sin pensar, y estuve a punto de llamar a seguridad cuando vi a la persona que había activado el sensor.

Eve llevaba un camisón, uno de los míos que no recordaba haberme puesto. Le llegaba a medio muslo. Una brisa hizo revolotear la tela un segundo antes de que Grayson la viera. Desde esa distancia, no podía ver las expresiones de sus respectivos rostros. No podía oír lo que se decían.

Sin embargo, sí vi a Grayson saliendo de la piscina.

—Avery.

Me volví.

—Jameson. Me he despertado y no estabas.

—Insomnio Hawthorne. Tenía muchas cosas en la cabeza.

Jameson pasó a mi lado y miró abajo. Me lo tomé como permiso para volver a mirar. Y vi a Grayson rodeando a Eve con el brazo. «Está empapado. A ella le da igual», observé.

—¿Cuánto rato te habrías quedado aquí de pie, mirándolos, si yo no hubiera llegado? —preguntó Jameson, con un tono extraño en su voz.

—Ya te lo he dicho, estoy preocupada por Grayson. —Sentía la boca como si fuera de algodón.

—Heredera. —Jameson se volvió para mirarme—. No te hablaba de eso.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Vas a tener que ser más específico.

Muy despacio, con toda la intención, Jameson me empujó contra la pared. Esperó mi asentimiento, como hacía siempre, y luego hizo desaparecer el espacio que nos separaba. Sus labios aplastaron los míos. Yo lo rodeé con las piernas al tiempo que él me apretaba contra la pared con su cuerpo.

«Jameson Winchester Hawthorne», suspiré.

—Eso ha sido muy… específico —resollé, intentando recuperar la respiración. Todavía me sujetaba y yo no podía fingir que no sabía por qué había necesitado besarme de esa manera—. Estoy contigo, Jameson —le dije—. Quiero estar contigo.

«Entonces, ¿qué te importa cómo la mire Grayson?», la respuesta retumbaba en el aire que nos separaba, pero Jameson no la formuló.

—Iba a ser Grayson desde el principio —afirmó mientras me soltaba.

—No —insistí. Lo agarré y lo atraje de vuelta hacia mí.

—Para Emily —continuó Jameson—, iba a ser Grayson desde el principio. Ella y yo… nos parecíamos demasiado.

—Tú no tienes nada que ver con Emily —le dije con fiereza. Emily los había utilizado a los dos. Los había manipulado hasta enemistarlos.

—Tú no la conocías —replicó Jameson—. No me conocías a mí entonces.

—Te conozco ahora.

Me miró con una expresión que me encogió el corazón.

—Sé lo de la bodega, Heredera.

El corazón se me paró en el pecho. La garganta se me cerró

alrededor de una bocanada de aire que no pude soltar. Recordé a Grayson de rodillas delante de mí.

—¿Qué es lo que crees saber?

—Gray estaba muy mal. —El tono de Jameson encajaba a la perfección con la expresión de su rostro: cavernoso y lleno de… no sé qué—. Tú bajaste para ver cómo estaba. Y…

—Y ¿qué, Jameson? —Lo miré de hito en hito, intentando anclarme en ese momento, pero siendo incapaz de eliminar por completo recuerdos que no tenía ningún derecho de guardar.

—Y al día siguiente, Grayson no podía mirarte a la cara. Ni a mí. Se fue a Harvard tres días antes de lo previsto.

De pronto lo comprendí.

—No —insistí—. Sea lo que sea que te estés imaginando, Jameson… Yo jamás te haría algo así.

—Lo sé, Heredera.

—¿Seguro? —pregunté, porque la voz se le había vuelto ronca. No se comportaba como si lo supiera.

—No eres tú en quien no confío.

—Grayson no…

—Tampoco es en mi hermano. —Jameson me lanzó una mirada oscura y retorcida, llena de reproche—. La honradez nunca ha sido lo mío, Heredera.

Aquello sonó como algo que Jameson habría podido decir cuando nos conocimos.

—No digas eso —le pedí—. No hables de ti mismo de esta manera.

—Gray ha sido siempre tan perfecto… —dijo Jameson—. Es inhumano lo bueno que ha sido siempre en absolutamente todo. Si competíamos en cualquier cosa, a decir verdad, y yo quería ganar, no podía hacerlo siendo mejor. Tenía que ser peor. Tenía que cruzar líneas que él no iba a cruzar, correr riesgos, cuanto más grandes e incomprensibles fueran para él, mejor.

Pensé en Skye y en esa ocasión en que me dijo que la palabra que mejor describía a Jameson Winchester Hawthorne era «insaciable».

—Nunca aprendí a ser bueno ni honrado, Heredera. —Jameson me colocó una mano en cada mejilla y me pasó los dedos por el pelo—. Aprendí a ser malo de las maneras más estratégicas. Sin embargo, ahora, contigo… —Negó con la cabeza—. Quiero ser mejor que eso. De verdad. No quiero que tú, que nosotros, que lo nuestro, se convierta jamás en un juego. —Me recorrió la mandíbula con el pulgar, el resto de los dedos me acariciaban los pómulos con mucha suavidad—. Por eso, si decides que no estás convencida de esto, Heredera, de mí…

—Estoy convencida —le aseguré, atrapándole la mano con la mía. Le apreté los nudillos contra mis labios y me di cuenta de que los tenía hinchados—. Lo estoy, Jameson.

—Tienes que estarlo. —Las palabras de Jameson encerraban una urgencia, una necesidad—. Porque se me da fatal sufrir, Heredera. Y si lo que tenemos ahora, si todo lo que tenemos ahora, empieza a parecerme otra competición entre Grayson y yo, otro juego… No confío en ser capaz de no jugar.

CAPÍTULO 24

Al día siguiente por la mañana, me desperté en una cama vacía y con alguien aporreando la puerta.

—¡Voy a entrar! —gritó Alisa. Intentó abrir la puerta, pero Oren se lo impidió desde el pasillo.

—Oye, que podría estar desnuda —farfullé en voz alta mientras me ponía a regañadientes un chándal de diseño, antes de decirle a Oren que podía dejarla entrar.

—Y podrías contar con toda mi discreción si lo estuvieras —replicó Alisa con energía—. Privilegios entre abogada y cliente.

—¿Acabas de hacer una broma? —pregunté. Por respuesta, Alisa colocó una cartera de piel encima de mi cómoda—. Si eso son más papeles que tengo que mirarme —le advertí—, no los quiero.

Ya tenía suficientes cosas en la cabeza, en esos momentos, como para pensar en el papeleo del fondo fiduciario… O en la libreta que me había regalado Grayson, y cuyas páginas seguían en blanco.

—No son papeles. —Alisa tampoco aclaró qué contenía la bolsa. En lugar de hacerlo, me dedicó lo que yo había bautizado como la «Mirada de Alisa»—. Tendrías que haberme llamado. En cuanto una persona se presentó aquí reivindicando ser la hija de Toby Hawthorne, tendrías que haberme llamado.

Miré a Oren, preguntándome si había cambiado de opinión y le había hablado de Eve.

—¿Por qué? —le pregunté a Alisa—. El testamento ya se ha validado. Eve no es una amenaza legal.

—No se trata solo del testamento. Esa nota de amenaza que recibiste…

«Notas, en plural», puntualicé mentalmente. Volví a mirar a Oren y me hizo un levísimo gesto con la cabeza: no era él quien la había informado de todo eso.

Alisa nos miró a los dos y puso los ojos en blanco.

—Ahora viene la parte donde me decís, erróneamente, que lo tenéis todo bajo control.

—Le aconsejé que no te llamara —le confirmó Oren sin tapujos—. Esto es una cuestión de seguridad, no una legal.

—¿En serio, Oren? —Durante una décima de segundo, Alisa pareció herida, aunque luego lo convirtió en una irritación profesional extrema—. Hablemos de ello de una vez, ¿os parece? —dijo—. Sí, corrí un riesgo cuando Avery estuvo en ese coma, pero si no la hubiera trasladado de vuelta a la Casa Hawthorne cuando lo hice, ahora no tendría un equipo de seguridad. Los términos del testamento eran invulnerables. ¿Lo entiendes, Oren? Si no hubiera hecho lo que hice, Avery no tendría derecho de vivir en la Casa Hawthorne con toda su seguridad de primera categoría. Tú no podrías pagar a tus hombres. —Alisa lo fulminó con la mirada—. Ella estaría por ahí perdida sin nada, así que sí, corrí un riesgo calculado y gracias a Dios que lo hice. —Se volvió hacia mí—. Puesto que soy la única persona de este cuarto que puede afirmar que es capaz de tomar las decisiones correctas y acertadas en casos extremos, cuando las cosas empiezan a ponerse feas, ¡vas y me respondes al maldito teléfono!

Hice una mueca.

—Porque, para que lo sepáis —murmuró Alisa—, he tenido que enterarme de esto por Nash.

Aquello me sorprendió tanto que respondí.

—¿Nash te ha llamado?

—Ni siquiera puede soportar estar en el mismo cuarto que yo —contestó Alisa en voz baja—, pero me ha llamado. Porque él sabe que soy buena haciendo mi trabajo. —Caminó hacia mí y sus tacones repiquetearon contra el suelo de madera—. No puedo ayudarte si no me dejas, Avery, ni con esto ni con el resto de las cosas que muy pronto tendrás bajo tu responsabilidad.

El dinero. Me estaba hablando de mi herencia… y del fondo fiduciario.

—¿Qué ha pasado, Alisa? —Oren se cruzó de brazos.

—¿Qué te hace pensar que ha pasado algo? —preguntó Alisa con frialdad.

—El instinto —contestó mi jefe de seguridad—. Y el hecho de que alguien ha estado intentando mermar el equipo de seguridad de Avery.

Casi pude oír a Alisa archivando mentalmente esa información.

—He descubierto que se está orquestando una campaña de desprestigio —dijo, pagando a Oren con la misma moneda—. Páginas web de chismorreos, sobre todo. Nada de lo que tengas que

preocuparte, Avery, pero uno de mis contactos en la prensa me ha informado de que el índice de búsquedas de imágenes tuyas con cualquiera de los Hawthorne, inexplicablemente, se ha triplicado. Mientras tanto, al menos tres empresas de las cuales Tobias Hawthorne poseía buena parte de las acciones están sufriendo… turbulencias.

Oren entrecerró los ojos.

—¿Qué clase de turbulencias?

—Cambios en la dirección, escándalos repentinos, investigaciones de la Administración…

«Vengarse. Vengativo. Venganza. Vengador. Siempre acabo ganando», recordé.

—Por lo que respecta a los negocios, ¿qué estamos buscando? —preguntó Oren a Alisa.

—Riqueza. Poder. Contactos. —Alisa apretó los dientes—. Estoy en ello.

Alisa estaba en ello. Oren estaba en ello. Y, aun así, no nos estábamos acercando a ninguna respuesta ni a recuperar a Toby, y yo no podía hacer nada al respecto. «Un acertijo incompleto. Una historia… y estamos a merced del narrador», me susurró un recuerdo.

—Os informaré en cuanto descubra algo —aseguró Alisa—. Mientras tanto, necesitamos tener a Eve contenta, lejos de la prensa y bajo vigilancia hasta que el bufete pueda trazar el mejor plan de acción. Sospecho que una modesta suma, a cambio de un contrato de confidencialidad, podría funcionar. —En pleno modo de abogada, Alisa ni siquiera hizo una pausa antes de saltar al siguiente tema de su orden del día—. Si, en algún momento, tuviéramos que lidiar con un rescate, el bufete también puede encargarse de ello.

¿A eso se dirigía todo esto? ¿Ese sería el final de la historia, una vez que se completara el acertijo? ¿El secuestrador de Toby se estaba limitando a esperar tenerme en el lugar que él quería para plantear sus exigencias?

—Le pediré a mi equipo que te mantenga al corriente —le dijo Oren a Alisa con frialdad.

Mi abogada asintió como si no esperara menos, pero tuve la sensación de que para ella era importante haber recuperado la confianza de Oren.

—Supongo que solo nos queda ese asunto. —Alisa hizo un gesto con la cabeza hacia la cartera de piel que había depositado encima de mi cómoda—. Cuando informé a los socios de la situación actual, me dieron esta cartera y sus contenidos para que te la entregara a ti, Avery.

—¿Qué es? —pregunté, acercándome a la cómoda.

—No lo sé. —Alisa parecía incómoda—. El señor Hawthorne dejó instrucciones de mantenerla custodiada y cerrada, a no ser que se dieran ciertas circunstancias, en cuyo caso teníamos que entregártela de inmediato.

Clavé la mirada en la cartera. Tobias Hawthorne me había dejado su fortuna, pero el único mensaje que había recibido de él era un inmenso total de dos palabras: «Lo siento». Alargué la mano para tocar la cartera.

—¿Qué condiciones?

Alisa se aclaró la garganta.

—Teníamos que entregártela llegado el caso de que conocieras a Evelyn Shane.

Recordaba vagamente que Eve era el diminutivo de Evelyn…, pero entonces me percaté de otra cosa. «El viejo sabía de la existencia de Eve», pensé. Aquella revelación se me clavó como un puñado de astillas en los pulmones. Había dado por hecho que el difunto multimillonario no sabía de la existencia de la verdadera hija de Toby. En algún momento, había empezado a creer que, en el fondo, Tobias Hawthorne solo me había escogido como heredera porque no se había percatado de que había alguien que encajaba con sus objetivos mucho mejor que yo.

Un tiro que mataba al menos la misma cantidad de pájaros. Una bailarina de cristal más elegante. Una daga más afilada.

«Pero sabía de la existencia de Eve desde el principio», me dije.

CAPÍTULO 25

Alisa se fue. Oren se posicionó en el pasillo, y lo único que pude hacer yo fue quedarme mirando la cartera. Incluso sin abrirla, sabía por instinto qué iba a encontrar dentro. Un juego.

El viejo me había dejado un juego.

Quería llamar a Jameson, pero todo lo que había dicho la noche anterior todavía merodeaba por mi mente, como si de un fantasma se tratara. No sé cuánto rato me quedé ahí de pie, con los ojos clavados en el último legado que me había dejado Tobias Hawthorne, antes de que Libby asomara la cabeza por mi cuarto.

—¿Tortitas de magdalena? —Mi hermana me tendió una fuente, abarrotada de su última creación, luego siguió la dirección de mi mirada—. ¿Una cartera nueva para el portátil? —aventuró.

—No —contesté. Acepté las tortitas de Libby y le conté lo de la cartera de piel.

—¿Y vas a… abrirla? —preguntó mi hermana, inocentemente.

Quería ver qué contenía la bolsa. Quería —con todas mis fuerzas— adentrarme en un juego que realmente condujera a alguna parte. Sin embargo, abrir la cartera sin Jameson conmigo se me antojaba sinónimo de aceptar que algo iba mal.

Libby me ofreció un tenedor, y mis ojos tropezaron con el interior de su muñeca izquierda. Unos meses atrás, se había hecho un tatuaje, una sola palabra grabada de hueso a hueso de la muñeca, justo debajo del pulpejo de la mano. SUPERVIVIENTE.

—¿Todavía estás pensando qué quieres en la otra muñeca? —le pregunté.

Libby se miró el brazo.

—Quizá, para mi próximo tatuaje, debería optar por… ¡abre la cartera, Avery! —El entusiasmo de su voz me recordó el momento que descubrimos que Tobias Hawthorne me había incluido en su testamento.

—¿Qué te parecería «amor»? —sugerí.

Libby me fulminó con la mirada.

—Si esto es por Nash y yo…

—No lo es —repliqué—. Es solo por ti, Lib. Eres la persona con el corazón más grande que conozco. —Tantas personas a quienes había amado le habían hecho daño que, últimamente, Libby parecía ver su enorme corazón como un punto débil, pero no lo era—. Me acogiste —le recordé— cuando no tenía a nadie.

Libby clavó la mirada en sus dos muñecas.

—Venga, abre ya la maldita bolsa.

Volví a dudar y luego me enfadé conmigo misma. Ese era mi juego. Por una vez, yo no era una pieza del rompecabezas o una herramienta. Era una jugadora.

«Así que juega», me dije.

Alargué la mano hacia la cartera. El cuero era blando. Exploré con los dedos el asa de la cartera. Habría sido muy propio del viejo dejar un mensaje grabado en la piel. Al no encontrar nada, desabroché la solapa y la abrí.

En el compartimento principal encontré cuatro cosas: un vaporizador de mano, una linterna, una toalla de playa y una bolsa de red llena de letras magnéticas. En apariencia, esa colección de objetos parecía aleatoria, pero yo ya tenía experiencia. Siempre había un método en la locura del viejo. Al principio de cada reto de sábado por la mañana preparado para los chicos, el multimillonario les entregaba una serie de objetos. «Un anzuelo de pescar, una etiqueta con el precio de algo, una bailarina de cristal, una daga», recordé. Para cuando acababan el juego, todos esos objetos tenían que haber cumplido su función.

«Secuenciales. Los juegos del viejo siempre son secuenciales. Solo tengo que descubrir por dónde empezar», me dije.

Registré los bolsillos laterales y fui recompensada con dos objetos más: una memoria USB y un trozo redondo de cristal verdiazulado. Este tenía el tamaño de un plato grande, grueso como una moneda encima de otra, y lo bastante translúcido para poder ver a través de él. Al sujetar el cristal en alto y mirar dentro, mi mente voló hacia un trozo de acetato rojo que Tobias Hawthorne había dejado pegado al interior de una cubierta de un libro.

—Esto podría servir de decodificador —le dije a Libby—. Si podemos encontrar algo escrito con el mismo tono verdiazulado que tiene el cristal…

Tenía la mente inundada de posibilidades. ¿Era así para los chicos Hawthorne tras tantos años tratando de resolver los juegos del viejo?

¿Cada pista les recordaba otra que ya habían resuelto?

Libby se lanzó a mi escritorio y cogió el portátil.

—Toma. Enchufa el USB.

Lo introduje, sintiéndome al borde de algo. Apareció un único archivo: AVERYKYLIEGRAMBS.MP3. Me quedé mirando mi nombre, reorganizando las letras mentalmente como había aprendido. *A very risky gamble*, una apuesta muy arriesgada. Hice clic en el archivo. Tras una breve espera, me atacó una explosión de sonido, indescifrable, rozando el ruido blanco.

Reprimí el impulso de taparme las orejas.

—¿Lo bajamos? —preguntó Libby.

—No. —Pulsé pausa, luego rebobiné el archivo hasta el principio. Mentalizándome, subí el volumen. Esta vez, cuando le di a reproducir, no oí solo ruido. Oí una voz, pero era imposible poder comprender una sola palabra. Era como si hubieran corrompido el archivo. Me sentí como si estuviera escuchando a alguien incapaz de pronunciar un sonido coherente con la boca.

Escuché el archivo entero seis, siete, ocho veces, pero repetirlo no me ayudó. Reproducirlo a diferentes velocidades tampoco sirvió. Me descargué una aplicación que me permitía escucharlo del revés. Nada.

No tenía lo que necesitaba para comprender el USB. «Todavía», me alenté.

—Aquí tiene que haber algo —le dije a mi hermana—. Una pista que dé comienzo a todo. Quizá ahora no podemos comprender el audio; pero, si seguimos el camino que trazó el viejo, el juego podría decirnos cómo recuperar el mensaje.

Libby me miró con los ojos como platos.

—Hablas exactamente igual que ellos. El modo en que acabas de decir «el viejo», es como si lo conocieras.

En cierta manera, me sentía como si lo conociera. Como mínimo sabía cómo pensaban los Hawthorne, por eso esta vez no me limité a acariciar la cartera ni la piel con los dedos. Examiné concienzudamente toda la bolsa, buscando cualquier cosa que se me hubiera podido escapar, y luego repasé los objetos uno por uno.

Empecé con el vaporizador, lo enchufé a la pared. Saqué el compartimento que contenía el agua. Tras verificar que estaba vacío, añadí agua, medio esperando que al hacerlo apareciera algún tipo de mensaje en los laterales.

Nada.

Volví a colocar el compartimento en su sitio y esperé que se encendiera la luz que indica que está listo para su uso. Sujetando el vaporizador lejos de mi cuerpo, lo probé.

—Funciona —observé.

—¿Deberíamos probarlo con la cartera, que seguramente vale diez mil dólares y sin ninguna duda no debería vaporizarse? —preguntó Libby.

Lo hicimos, pero no surtió ningún efecto, al menos, ninguno relacionado con el rompecabezas. Luego focalicé mi atención en la linterna, la encendí y la apagué; luego miré en el compartimento de las pilas para asegurarme de que no contuviera nada más que pilas. Desdoblé la toalla de playa y me puse de pie para poder tener una perspectiva global sobre el diseño.

«Rayas blancas y negras en zigzag, ningún cambio inesperado en el patrón», vi.

—Solo nos queda esto —le dije a Libby mientras cogía la bolsita de red. La abrí y decenas de letras magnéticas quedaron esparcidas por el suelo—. ¿Tal vez son las letras de la primera pista?

Empecé a clasificar las letras: consonantes en un montón, vocales en otro. Encontré un 7 y destiné un tercero montón a los números.

—Cuarenta y cinco piezas en total —informé a mi hermana en cuanto hube acabado—. Doce números, seis vocales, veintisiete consonantes.

Moviéndome mientras hablaba, aparté las seis vocales, dos A, una E, una I, una O y una U. Aquello no me pareció una gran coincidencia, de modo que empecé a ordenar también las consonantes: una para cada letra, hasta que tuve todo el abecedario. Quedaron siete letras sobrantes: una vocal y seis consonantes.

—Estas son las adicionales —le dije a Libby—. Una A, tres P, y tres D. —Hice lo mismo con los números, ordenándolos del uno al nueve y fijándome en los sobrantes—: Tres 4 —observé. Me quedé mirando lo que tenía—. A, P, P, P, D, D, D, 4, 4, 4.

Lo repetí unas cuantas veces. No le veía ningún sentido. ¿Qué se me estaba escapando?

—No soy exactamente ingeniera aeronáutica —comentó Libby—, pero no creo que vayas a sacar palabras de estas letras.

«Hay una sola vocal», observé. Me planteé volver a empezar, jugar con las letras de un modo distinto, pero no logré convencerme para hacerlo.

—Hay tres de cada una —dije—. Menos de la A.

Cogí la A y pasé el pulgar por su superficie. ¿Qué se me estaba escapando? «P, P, P, D, D, D, 4, 4, 4…, pero solo una A», repasé mentalmente. Cerré los ojos. Tobias Hawthorne había diseñado ese rompecabezas para mí. Debía de tener sus razones para creer no solo que el acertijo podía resolverse, sino que yo podía hacerlo. Pensé en la

carpeta del seguimiento que me había hecho el multimillonario. Fotos mías haciendo de todo, desde trabajando en la cafetería hasta jugando al ajedrez.

Pensé en mi sueño.

Y luego lo vi, primero con los ojos de mi mente, y luego, en cuanto abrí los párpados de golpe, justo delante de mí .P4D. Aparté esas tres y luego repetí el proceso .P4D. Cuando vi qué me quedaba, el corazón se me subió a la garganta, latiendo como si estuviera de pie al borde de una cascada.

—P4AD —le dije a Libby sin respiración.

—¡Glaseado de crema de queso y corsés de terciopelo negro! —replicó Libby—. Estamos diciendo combinaciones a lo loco, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—El código… No son palabras —expliqué—. Son anotaciones de ajedrez, descriptivas, no algebraicas.

Tras la muerte de mi madre, mucho antes de haber oído nunca el apellido Hawthorne, había jugado al ajedrez en el parque con un hombre a quien yo conocía por el nombre de Harry. «Toby Hawthorne», me corregí por enésima vez. Su padre lo sabía, sabía que yo jugaba y sabía con quién jugaba.

—Es un método para seguir los propios movimientos y los del oponente —le dije a Libby, y sentí una oleada de energía vibrando por mis venas—. Esta, P4D, es equivalente a mover un peón a la cuarta fila de la columna de dama. Es una jugada de apertura bastante común, que a menudo las negras contraatacan imitándola: peón cuatro dama. Luego, el peón blanco va a la cuarta fila de la columna de alfil de dama.

«P4AD», añadí mentalmente.

—Bien —dijo Libby sabiamente—, ajedrez.

—Ajedrez —repetí—. El movimiento se llama «gambito de dama». Quien juegue con las blancas, pone ese segundo peón en una posición para ser sacrificado, y por eso se considera un gambito.

—¿Por qué alguien iba a sacrificar una pieza? —preguntó Libby.

Pensé en el multimillonario Tobias Hawthorne, en Toby, en Jameson, Grayson, Xander y Nash.

—Para tener el control del tablero —respondí.

Era tentador sacar un significado más profundo de ello, pero no podía entretenerme. Ya tenía la primera pista. Ella me llevaría hasta otra. Eché a andar.

—¿Adónde vas? —me gritó Libby—. ¿Quieres que avise a Jameson para que nos encontremos allí? ¿O a Max?

—A la sala de juegos. —Llegué hasta la puerta antes de responder

su segunda pregunta, y sentí que se me revolvía el estómago—. Y sí a Max.

CAPÍTULO 26

Las paredes estaban revestidas de estanterías hechas a medida, todas ellas abarrotadas de juegos.

—¿Creéis que los Hawthorne han jugado a todos? —nos preguntó Max a Libby y a mí.

Había centenares de cajas en esas baldas, quizá miles.

—A todos sin excepción —respondí. No había nada más Hawthorne que ganar.

«Si lo que tenemos ahora, si todo lo que tenemos ahora, empieza a parecerme otra competición entre Grayson y yo, otro juego… No confío en ser capaz de no jugar», recordé.

Cerré de un golpazo esa puerta de mi mente.

—Estamos buscando juegos de ajedrez —expliqué, concentrándome en ello—. Es probable que haya más de uno. Y mientras buscamos… —Lancé una mirada a mi mejor amiga—. Max puede ponernos al día sobre la situación de Xander.

Mejor que tomaran el escenario sus dramas románticos que los míos.

—Todo lo que tiene que ver con Xander es una situación —respondió Max con evasivas—. ¡Es especialista en situaciones!

Escruté las baldas que tenía más cerca en busca de juegos de ajedrez.

—Cierto. —Esperé, sabiendo que tarde o temprano cedería.

—Es… nuevo. —Max se agachó para revisar las estanterías más bajas—. Pero muy nuevo. Y sabes que detesto las etiquetas.

—Adoras las etiquetas —le dije, pasando los dedos por encima de un juego tras otro—. Literalmente, tienes más de una máquina de hacer etiquetas.

«¡Juego de ajedrez!», exclamé para mis adentros. Victoriosa, saqué la caja de la estantería y seguí buscando.

—La situación… Xander y yo. Es… divertido. ¿Las relaciones

tienen que ser divertidas?

Pensé en globos aerostáticos y helicópteros y en bailar descalza en la playa.

—Es que nunca había sido amiga de mi chico antes —continuó Max—. Vamos, es que ni en la ficción, ¿de amigos a amantes? Nunca me ha gustado. A mí me van más las tragedias desventuradas, almas gemelas sobrenaturales, de enemigos a amantes. Lo épico, ¿sabes?

—En pocos sitios vas a encontrar más épica que con los Hawthorne —le comentó Libby. Y, luego, como si se hubiera pillado en falta a sí misma, irguió la espalda y, tras volver a centrar su atención en las estanterías, sacó el segundo juego de ajedrez.

—¿Sabéis lo que hizo Xander cuando tuve el primer examen de la uni? —Max había empezado a hablar por los codos—. ¿Antes de que las cosas se pusieran románticas? Me mandó un ramo de libros.

—¿Qué es un ramo de libros? —preguntó Libby.

—¡Exacto! —exclamó Max—. Es que… cojines, ¡exacto!

—Te gusta —traduje—. Y mucho.

—Digamos que, sin duda, me estoy replanteando mis tropos favoritos. —Max se puso de pie con una caja de madera en la mano—. Número tres.

Al final acabamos encontrando seis. Examiné las cajas en busca de cualquier cosa escrita en el cartón, grabada en el metal o tallada en la madera. Nada. Verifiqué que no les faltara ninguna pieza, luego metí la mano en la cartera y saqué la linterna. Por lo que había podido ver, era una linterna normal y corriente, pero llevaba suficiente tiempo siendo una Hawthorne postiza para saber que había decenas de tintas invisibles distintas. Pensando en ello, iluminé los seis juegos de ajedrez uno por uno. Después de eso, inspeccioné cada una de las piezas. Nada.

Frustrada, levanté la mirada y me encontré a Grayson en el umbral de la puerta, iluminado desde atrás. Todavía tenía grabado en las retinas el recuerdo de verlo rodeando a Eve con el brazo. «Está empapado. A ella le da igual», había pensado.

Me puse de pie.

—Xander te está buscando —le dijo Grayson a Max con sequedad —. Le he sugerido que te mandara un mensaje, pero asegura que es hacer trampas.

Max se volvió hacia mí.

—Xander me va a llevar al aeropuerto.

Aquello no me gustaba nada.

—¿Seguro que tienes que irte? —le pregunté, sintiendo como el miedo se instalaba en mis entrañas.

—¿Quieres que suspenda y me expulsen de la universidad y entonces eche a perder mis posibilidades de hacer un máster o de entrar en la facultad de Medicina o de Derecho?

Solté una profunda bocanada de aire.

—¿Oren te ha asignado a alguien para que te acompañe?

—Me han asegurado que mi guardaespaldas es excepcionalmente siniestro, además de un pozo de secretos. —Max me abrazó—. Llámame. Todo el rato. ¡Y tú! —exclamó cuando se volvió y pasó al lado de Grayson—. Vigila a quién apuntas con esos pómulos, amigo.

Y, tal que así, mi mejor amiga desapareció.

Grayson se quedó en la puerta, como si hubiera un cordón invisible en el umbral.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, mirando el desorden que invadía la habitación.

«Tu abuelo me dejó un juego», pensé, pero no se lo dije a Grayson. No podía. Tenía que encontrar a Jameson y contárselo a él primero.

Libby interpretó mi silencio como indicador de que debía irse, y pasó rozando a Grayson al hacerlo.

—Anoche hablé con Eve. —Grayson debió de decidir no presionarme con lo de los juegos de ajedrez—. Lo está pasando muy mal.

Igual que yo. Igual que Jameson. Igual que él.

—Creo que le iría bien —dijo Grayson— ver la vieja ala de Toby.

Me acordé de Eve hablándome de los secretos Hawthorne. Si había un lugar en la Casa Hawthorne que estuviera repleto de secretos, ese era el ala desierta que Tobias Hawthorne había mantenido tapiada durante años.

—Sé lo que Toby significa para ti, Avery. —Grayson se me acercó, cruzando ese cordón invisible hasta el interior de la estancia—. Me imagino que dejar que Eve entre en su ala podrías sentirlo como una intrusión en algo que hasta ahora te pertenecía solo a ti.

Aparté la mirada y volví a sentarme entre las piezas de ajedrez.

—No pasa nada.

Grayson volvió a avanzar y se puso en cuclillas a mi lado, con los brazos apoyados en las rodillas, la americana desabotonada.

—Te conozco, Avery. Y también conozco la sensación de ver a una extraña aparecer en la Casa Hawthorne y amenazar el mismísimo suelo que pisas.

Yo misma había sido esa extraña para él.

Reprimiendo lo que se me antojó toda una vida de recuerdos, me centré en Grayson y en el aquí y ahora.

—Hagamos un trato —propuse. Jameson era todo apuestas;

Grayson era todo tratos—. Yo le enseñaré el ala de Toby a Eve, si tú me dices cómo estás. Cómo estás de verdad.

Daba por hecho que apartaría la mirada, pero no lo hizo. Aquellos ojos de un gris argénteo quedaron fijos en los míos, sin parpadear, sin vacilar.

—Me duele todo. —Solo Grayson Hawthorne era capaz de decir eso y seguir sonando absolutamente imbatible—. Me duele todo el rato, Avery, pero sé muy bien para qué he sido educado.

CAPÍTULO 27

Le dije a Grayson que podía llevarse a Eve al ala de Toby, y él me informó de que ese no era el trato. Yo había dicho que «yo» le enseñaría el ala de Toby a Eve. Tuve la profunda sospecha de que él se dirigía a la piscina.

Recogiendo la cartera y llevándomela conmigo, cumplí con mi parte del trato.

El paso de Eve se ralentizó cuando atisbamos el ala de Toby. Todavía se veían restos de los escombros de la pared de ladrillos que el viejo había mandado levantar décadas atrás.

—Tobias Hawthorne bloqueó la entrada de esta ala el verano que Toby desapareció —le expliqué a Eve—. Cuando descubrimos que Toby estaba vivo, vinimos en busca de pistas.

—¿Y qué encontrasteis? —preguntó Eve, y cierto asombro se filtró en su voz mientras cruzábamos los restos de los ladrillos y entrábamos en el vestíbulo del ala de Toby.

—Unas cuantas cosas. —No podía culpar a Eve por querer saberlo —. Para empezar, esto. —Me arrodillé para activar el pestillo de uno de los azulejos de mármol. Debajo había un compartimento metálico que únicamente contenía un poema grabado en el metal.

—«El árbol envenenado» —dije—. Un poema del siglo dieciocho escrito por un poeta llamado William Blake.

Eve se dejó caer de rodillas. Pasó la mano por el poema, leyéndolo despacio sin siquiera respirar.

—Resumiendo mucho —continué—, el Toby adolescente parecía sentirse identificado con el sentimiento de enojo… y el precio de esconderlo.

Eve no contestó. Se quedó allí quieta, con los dedos en el poema, sin siquiera pestañear. Fue como si yo hubiera dejado de existir para ella, como si el mundo entero hubiera desaparecido.

Pasó al menos un minuto hasta que levantó la mirada.

—Lo siento —dijo, y le tembló la voz—. Es que lo que acabas de decir de Toby sintiéndose identificado con este poema…, podrías haber estado describiéndome a mí. Ni siquiera sabía que le gustara la poesía. —Se puso de pie y dio un giro de trescientos sesenta grados, observando el resto del ala—. ¿Qué más?

—El título del poema nos llevó a un texto legal que había en la estantería de Toby —respondí; notaba el aire cargado de recuerdos—. En una sección acerca de la doctrina del fruto del árbol envenenado, encontramos un mensaje en clave que había dejado Toby antes de huir. Otro poema, uno que había escrito él mismo.

—¿Qué decía? —preguntó Eve con un tono casi de urgencia—. ¿Qué decía el poema de Toby?

Había leído esas palabras tantas veces que me las sabía de memoria.

—*Secretos, mentiras, misterio, todo cuanto menosprecio. El árbol es veneno, ¿es que no lo ves? A S, Z y T. Nos envenenó a los tres. La prueba que he robado está en el agujero mejor cerrado. Quedará revelado bajo el led todo lo que escriba en la…*

Se me apagó la voz, igual que se apagaba la del poema. Esperaba que Eve lo acabara por mí, que pronunciara la palabra que tanto Jameson como yo habíamos deducido que iba al final: «Pared».

Pero no lo hizo.

—¿Qué significa «La prueba que he robado»? —La voz de Eve resonó por la estancia vacía de Toby—. ¿Prueba de qué?

—De su adopción, supongo —respondí—. Escribía un diario con tinta invisible en las paredes. Todavía hay algunas luces ultravioletas en el cuarto de cuando lo leímos. Las encenderé y apagaré las otras luces.

Eve alargó la mano hacia mí antes de que pudiera hacerlo.

—¿Podría hacer esta parte sola?

Lo cierto es que no me lo esperaba. Y mi reacción instintiva era decirle que no.

—Sé que tienes tanto derecho como yo de estar aquí, Avery, o más. Es tu casa, ¿no? Pero es que… —Eve negó con la cabeza y luego bajó la mirada—. No me parezco a mi madre. —Jugueteó con las puntas de su pelo—. Cuando era niña, me cortaba el pelo muy corto, lo hacía ella misma y me lo dejaba como un casquete mal recortado. Me decía que era porque no quería tener que cuidarlo, pero cuando me hice mayor y empecé a cuidar yo misma de mi pelo y me lo dejé largo, se le escapó que me había obligado a llevarlo corto porque nadie de la familia tenía el pelo como yo. —Eve dio una bocanada de aire—. Nadie tenía los ojos como yo. Ni tampoco uno solo de mis rasgos.

Nadie pensaba como yo o le gustaban las cosas que me gustaban a mí, o sentía las cosas de la misma manera. —Tragó saliva—. Me fui de casa el día que cumplí los dieciocho. Seguramente me habrían echado de no haberme ido por mi propio pie. Unos pocos meses más tarde, me convencí a mí misma de que tal vez tenía familia en algún lugar. Hice una de esas pruebas de ADN que se mandan por correo, pero… no hubo coincidencias.

Nadie remotamente Hawthorne postizo habría entregado su ADN en uno de esos bancos de datos.

—Toby te encontró —le recordé a Eve con amabilidad.

Ella asintió.

—Él tampoco se parece mucho a mí. Es una persona difícil de conocer. Pero ese poema…

No le hice decir nada más.

—Lo entiendo —la interrumpí—. No pasa nada.

De camino a la puerta, pensé en mi madre y en lo muchísimo que nos parecíamos. Ella me había dado mi resiliencia. Mi sonrisa. El color de mi pelo. La tendencia a proteger mi corazón… y la habilidad, una vez que me quitaba esa coraza, de amar con fiereza, con todo el alma, sin reservas.

«Sin miedo», añadí para mis adentros.

CAPÍTULO 28

Encontré a Jameson en el rocódromo. Estaba en la parte alta, donde los ángulos se volvían traicioneros, con el cuerpo aferrado a la pared por pura fuerza de voluntad.

—Tu abuelo me dejó un juego —dije. No hablé fuerte, pero mi voz le llegó.

Sin dudar un solo momento, Jameson se soltó de la pared.

Estaba demasiado arriba. Mentalmente lo vi cayéndose mal. Oí sus huesos haciéndose astillas. Pero igual que el día que lo conocí, aterrizó en cuclillas.

Cuando se puso de pie, no dio ninguna muestra de haberse hecho daño.

—No soporto que hagas eso —le dije.

Jameson soltó una risita descarada.

—Es posible que careciera de atención maternal de niño a no ser que estuviera sangrando.

—¿Skye se daba cuenta de que sangrabas? —pregunté.

Jameson se encogió un poco de hombros.

—A veces sí. —Dudó un momento, solo una fracción de segundo, y luego se me acercó—. Siento lo de anoche, Heredera. Ni siquiera invocaste Tahití.

—No tienes que disculparte —le aseguré—. Pregúntame por el juego que tu abuelo diseñó para que se me entregara en caso de que Eve y yo llegáramos a conocernos.

—¿Él sabía de su existencia? —Jameson intentó asimilarlo—. La trama se complica. ¿Hasta dónde has avanzado con el juego?

—He resuelto la primera pista —respondí—. Ahora estoy buscando un juego de ajedrez.

—En la sala de juegos hay seis —respondió Jameson automáticamente—. Son los que se necesitan para jugar al ajedrez Hawthorne.

«Ajedrez Hawthorne», repetí mentalmente. ¿Por qué no me sorprendía?

—He encontrado los seis. ¿Sabes si hay un séptimo en algún lugar?

—No sé de otro. —Jameson me lanzó una intensa mirada: mitad peligro, mitad desafío—. Pero todavía tienes esa carpeta que te preparó Alisa con todos los detalles de tu herencia, ¿no?

Encontré una entrada en el índice de la carpeta: «Juego de ajedrez, regio». Pasé las páginas hasta llegar a la indicada y leí la descripción tan rápido como pude. El juego estaba valorado en casi medio millón de dólares. Las piezas estaban hechas de oro blanco con diamantes negros y blancos incrustados. Casi diez mil diamantes. Las imágenes eran impresionantes.

Ese juego de ajedrez solo podía estar en un lugar.

—Oren —llamé por el pasillo, a sabiendas de que estaría lo bastante cerca para oírme—. Necesito que nos lleves a la cámara acorazada.

La última vez que había estado en la cámara acorazada Hawthorne, le había preguntado en broma a Oren si contenía las joyas de la corona, y su respuesta, tremendamente seria, había sido: «¿De qué país?».

—Si lo que buscáis no está aquí —nos dijo Oren a Jameson y a mí mientras examinábamos los cajones metálicos que revestían las paredes—, algunas piezas están guardadas en una ubicación todavía más segura fuera de la finca.

Jameson y yo trabajamos cuidadosamente abriendo un cajón tras otro. Me las arreglé para no quedarme boquiabierta ante nada hasta que me encontré con un cetro hecho de oro brillante entrelazado con otro metal más ligero. «¿Oro blanco? ¿Platino?», me pregunté. No tenía ni idea, pero no eran los materiales lo que me llamó la atención. Era el diseño del cetro. La orfebrería era tremendamente intrincada. El efecto era delicado pero peligroso. «Belleza y poder», me dije.

—Larga vida a la reina —murmuró Jameson.

—Gambito de dama —recordé, mi mente iba a toda velocidad. Quizá no buscábamos un juego de ajedrez.

Sin embargo, antes de poder desarrollar más esa idea, Jameson abrió otro cajón y volvió a hablar.

—Heredera. —Esta vez oí algo distinto en su tono de voz.

Miré el cajón que acababa de abrir. «Así que este es el aspecto de diez mil diamantes», pensé. Cada una de las piezas era magnífica; el

tablero parecía una mesa incrustada de joyas. Según la carpeta, cuarenta maestros artesanos habían invertido más de cinco mil horas para dar vida a ese juego de ajedrez, y se notaba.

—¿Quieres hacer los honores, Heredera?

Ese era mi juego. Una sensación eléctrica que conocía muy bien invadió mi interior, examiné cada una de las piezas, empezando por los peones blancos y avanzando hasta llegar al rey. Luego hice lo mismo con las piezas negras, relucientes de diamantes azabache.

La base de la dama negra tenía una hendidura. Si no la hubiera estado buscando, me habría pasado desapercibida.

—Necesito una lupa —le dije a Jameson.

—¿Qué te parece una lupa de joyero? —replicó él—. Tiene que haber alguna por aquí.

Al final acabamos por encontrarla: una lente pequeña sin mango, solo un borde cilíndrico. Usar la lente para examinar la base de la dama negra me dijo que lo que me había parecido una hendidura en realidad era un hueco, como si alguien hubiera hecho un corte fino como el papel en la base de la pieza. Y, al mirar ese hueco, vi algo.

—¿Había alguna otra herramienta de joyero con la lente? —le pregunté a Jameson.

Ni siquiera la lima más fina que me trajo entraba del todo en el hueco, pero me las arreglé para meter una punta… y chocó contra algo.

—¿Pinzas? —ofreció Jameson, que me rozó el hombro con el suyo.

Lima. Pinzas. Lente.

Lima. Pinzas. Lente.

El sudor me perlaba las sienes para cuando finalmente conseguí agarrar con las pinzas el borde de algo. «Un trozo de papel negro», reparé.

—No quiero rasgarlo —le dije a Jameson.

Sus ojos verdes encontraron los míos.

—No lo harás.

Muy lentamente, con muchísimo cuidado, saqué el trozo de papel. No era más grande que los que contienen las galletitas de la suerte. Una tinta dorada recorría el papel… con una caligrafía que reconocí demasiado bien.

El único mensaje que Tobias Hawthorne me había dejado era en el que me decía que lo sentía. Ahora, a esas, podía añadir dos palabras más.

Me volví hacia Jameson y las leí en voz alta:

—«No respires».

CAPÍTULO 29

Una persona dejaba de respirar cuando estaba sorprendida o asustada. Cuando se escondía y cualquier ruido podría delatarla. Cuando el mundo a su alrededor estaba en llamas y el aire estaba viciado de humo.

Jameson y yo examinamos todos y cada uno de los detectores de humo de la Casa Hawthorne.

—Estás sonriendo —le dije, disgustándome al ver que tampoco encontrábamos nada en el último.

—Me gustan los retos. —Jameson me dedicó una mirada que me recordó que, tiempo atrás, yo misma había sido un reto para él—. Y tal vez tenga nostalgia de los sábados por la mañana. Puedes decir lo que quieras de mi infancia, pero nunca fue aburrida.

Me acordé del balcón.

—¿Nunca te importó que te enfrentaran a tus hermanos? —pregunté. «A Grayson», maticé mentalmente—. Que te obligaran a competir.

—Los sábados por la mañana eran distintos —replicó Jameson—. Los rompecabezas, la adrenalina, la atención del viejo. Nosotros vivíamos por y para esos juegos. Quizá Nash no, pero Xander y Grayson y yo… Por Dios, si Gray hasta se soltaba cuando los juegos no nos recompensaban con la perfección. Él y yo siempre nos compinchábamos contra Nash, al menos hasta el final. El resto de las cosas que hizo nuestro abuelo, todo lo que nos dio, todo lo que esperó de nosotros, eran con la intención de moldear a la siguiente generación Hawthorne para ser algo extraordinario. Ahora bien, los sábados por la mañana, esos juegos… Esos tenían la intención de mostrarnos lo que ya éramos.

«Extraordinarios —pensé—. Y parte de algo». Ese era el canto de sirena de los juegos de Tobias Hawthorne.

—¿Crees que fue por eso por lo que tu abuelo me dejó este juego?

—pregunté.

El multimillonario había dispuesto mi juego para que empezara si —y solo si— conocía a Eve. ¿Sabía él que yo comenzaría a cuestionarme su todopoderoso criterio de escogerme a mí en cuanto ella apareciera? ¿Había querido mostrarme de lo que yo era capaz?

¿Mostrarme que yo era extraordinaria?

—Creo —murmuró Jameson saboreando las palabras— que mi abuelo dejó tres juegos cuando murió, Heredera. Y tanto el primero como el segundo nos revelaron algo de por qué te escogió.

«No respires», recordé. Esa noche no resolvimos la pista. Al día siguiente era lunes. Oren me dio el visto bueno para ir al instituto siempre y cuando él no se despegara de mi lado. Podría haber dicho que estaba enferma y haberme quedado en casa, pero no lo hice. Mi juego había demostrado ser una distracción muy efectiva, pero Toby seguía en peligro, y nada podía mantener mi mente alejada de ello durante tanto rato.

Fui al instituto porque quería que los *paparazzi* —que mi rival tan amablemente había mandado que me siguieran como una manada de sabuesos— me hicieran fotos con la cabeza bien alta.

Quería que la persona que había secuestrado a Toby se diera cuenta de que yo no estaba hundida.

Deseaba que hiciera su siguiente movimiento de una maldita vez.

Dediqué mis ratos libres al Archivo —el término de colegio privado para «biblioteca»—. Casi había terminado los deberes de cálculo que había olvidado durante el largo fin de semana cuando apareció Rebecca. Oren le permitió acercarse.

—Se lo contaste a Thea. —Rebecca se me acercó a grandes zancadas.

—¿Tan malo piensas que es? —pregunté… desde una distancia prudencial.

—Esa chica es incansable —murmuró Rebecca.

Demostrando que llevaba razón, Thea apareció por la puerta justo detrás de ella.

—Tenía la impresión de que te gustaba que fuera incansable. —Solo Thea era capaz de hacer sonar coquetas esas palabras, dadas las circunstancias.

Rebecca miró a su novia a los ojos de mala gana.

—En realidad un poco sí.

—Pues entonces esta parte te va a encantar —le contestó Thea—. Porque es la parte en que dejas de pelearte con esto, dejas de pelearte

conmigo, dejas de huir de esta conversación, y te sueltas.

—Estoy bien, Thea.

—No lo estás —replicó Thea visiblemente afectada—. Y no tienes que estarlo, Bex. Ya no tienes que estar bien a la fuerza.

A Rebecca se le atragantó una bocanada de aire.

Comprendí que mi presencia era innecesaria.

—Yo ya me voy —dije, y ni la una ni la otra pareció oírme siquiera.

En el pasillo, un ayudante del claustro me informó de que la dirección me buscaba.

«¿La dirección? —pensé—. ¿No será la directora?».

De camino hacia allí, le comenté a Oren:

—¿Crees que alguien ha avisado a dirección de que llevo una navaja encima?

Me pregunté lo estrictos que serían los institutos privados respecto a la política de armas cuando se trataba de una estudiante que estaba a punto de heredar miles de millones. Sin embargo, cuando Oren y yo llegamos a dirección, la secretaria me recibió con una cálida sonrisa.

—Avery. —Me tendió un paquete. No era un sobre, sino una caja. Mi nombre estaba escrito en ella con una caligrafía elegante que conocía bien—. Ha llegado esto para ti.

CAPÍTULO 30

Oren me requisó el paquete. Pasaron horas hasta que me lo devolvió y, para cuando lo hizo, yo volvía a estar cómodamente instalada entre las seguras paredes de la Casa Hawthorne, e Eve, Libby y los cuatro hermanos Hawthorne se habían unido a mí en la biblioteca circular.

—Esta vez no había nota —informó Oren—. Solo esto.

Clavé la mirada en lo que me pareció un joyero: cuadrado, algo más grande que mi mano y, posiblemente, una pieza de anticuario. La madera era de un tono cerezo oscuro. Una delicada línea dorada ribeteaba los bordes. Cuando fui a abrir la tapa, me di cuenta de que la caja estaba cerrada.

—Cierre de combinación. —Oren hizo un gesto hacia la cara frontal de la caja, donde había seis ruedecitas agrupadas por parejas —. Añadido recientemente, diría yo. Tuve la tentación de forzarlo; pero, dadas las circunstancias, preservar la integridad del joyero me pareció una prioridad.

Tras dos sobres, el hecho de que esta vez el secuestrador de Toby hubiera mandado un paquete me pareció un progreso. No quería pensar en lo que podría encontrar dentro de ese joyero. El primer sobre había contenido el disco; el segundo, la fotografía de un Toby apalizado. Por lo que respectaba a las pruebas, al recordatorio de lo que estaba en juego, de quién tenía la sartén por el mango…

«¿Cuánto tardará el secuestrador a enviar pedazos?», me pregunté.

—La combinación podría ser sencillamente eso. —Jameson miraba el joyero como si pudiera ver a través de él, dentro de él—. Pero también cabe la posibilidad de que los números en sí sean una pista.

—¿Te han mandado el paquete al instituto? —La mirada de Grayson era afilada—. ¿Y ha llegado hasta los despachos de dirección? Quien lo haya mandado sabe cómo sortear los protocolos de seguridad del Country Day.

Aquello me parecía un mensaje en sí y por sí mismo: la persona que me había enviado esto quería que supiera que podía llegar hasta mí.

—Sería mejor —afirmó Oren con calma— que te quedaras en casa y no fueras al instituto durante unos días, Avery.

—Y tú igual, Xan —añadió Nash.

—¿Y limitarnos a permitir que otro nos haga echar a correr y escondernos? —Miré a Oren y luego a Nash, furiosa—. No. No pienso hacerlo.

—Vamos a hacer una cosa, chiquilla. —Nash ladeó la cabeza—. Nos lo jugaremos. Tú y yo. Quien gane pondrá las reglas, y quien pierda no se quejará por ellas.

—Nash. —Libby lo reprendió con la mirada.

—Si esto no te gusta, Lib, no te harán ninguna gracia las ideas que tengo acerca de tu seguridad.

—Oren y Nash tienen razón, Heredera. —Jameson acercó la mano a la mía—. No merece la pena correr el riesgo.

Estaba casi convencida de que Jameson Hawthorne no había pronunciado esas palabras en su vida.

—¿Podéis hacer el favor de dejar de discutir? —exigió Eve con voz aguda y tensa—. Tenemos que abrirlo. Ahora mismo. Tenemos que entrar en esa caja lo más humanamente rápido posible y…

—Evie —murmuró Grayson—. Tenemos que ir con cuidado.

«¡¿Evie?!», repetí para mis adentros.

—Por una vez —declaró Jameson—, estoy de acuerdo con Gray. Ser prudentes no es mala idea ahora mismo.

Aquello tampoco era propio de Jameson.

Xander se volvió hacia Oren.

—¿Qué certeza tenemos de que esta caja no explotará en cuanto la abramos?

—Absoluta —contestó Oren.

Me obligué a hacer la siguiente pregunta —La pregunta—, aunque no quería.

—¿Alguna idea de lo que hay dentro?

—Por lo que se veía con los rayos X —replicó Oren—, un teléfono móvil.

«Solo un móvil», me dije. El alivio me recorrió despacio y me sentí como si se me estuviera despertando un miembro que se me había quedado dormido.

—Un teléfono móvil —repetí en voz alta.

¿Significaba eso que el secuestrador de Toby tenía previsto llamar?

«¿Qué pasa si no respondo?», me pregunté.

Me impedí quedarme atrapada en esa pregunta. En lugar de hacerlo, devolví mi atención a los chicos.

—Vamos a ver, sois Hawthorne. ¿Quién sabe descifrar un cierre de combinación?

La respuesta era todos ellos. En cuestión de diez minutos, ya tenían la combinación: quince, once, treinta y dos. Una vez abierta, Oren se llevó la caja, inspeccionó su contenido y me lo devolvió todo a mí.

El interior de la caja estaba forrado de terciopelo carmesí oscuro. Un teléfono móvil descansaba en él. Cogí el móvil y le di la vuelta, buscando algo fuera de lo común, luego volví a fijar la atención en la pantalla. Como contraseña, probé la misma combinación que había abierto la caja. «Quince. Once. Treinta y dos».

—Estoy dentro —anuncié. Fui entrando en las distintas aplicaciones del móvil, una por una. La galería estaba vacía. La aplicación del tiempo estaba programada para mostrar el tiempo local. No había notas ni mensajes de texto, ninguna ubicación guardada en la aplicación del mapa. En la aplicación del reloj, encontré un temporizador yendo hacia atrás.

12 HORAS, 45 MINUTOS, 11 SEGUNDOS…

Miré a los demás, sintiendo en la boca del estómago cada segundo de ese temporizador. Eve preguntó lo que yo estaba pensando: —¿Qué pasa cuando llegue a cero?

Con un nudo en el estómago, pensé en Toby, en lo que no había encontrado en esa caja. Jameson se colocó delante de mí, con sus ojos verdes fijos en los míos.

—Olvídate del temporizador, de momento, Heredera. Vuelve a la pantalla principal.

Lo hice y, enfureciéndome por momentos, fui registrando el resto del teléfono. No había música guardada. La pantalla principal del buscador de internet era un buscador normal, ahí no había nada de especial. Entré en el calendario. Había un evento programado para empezar el martes a las seis de la mañana. «Cuando el temporizador llegue a cero», comprendí.

Lo único que decía la entrada del calendario era «Niv». Giré el móvil para que el resto pudiera verlo.

—¿Niv? —preguntó Xander, frunciendo el ceño—. ¿Un nombre, quizá? Las dos últimas letras podrían ser un número romano.

—N-cuatro. —Grayson sacó su móvil e hizo una búsqueda—. Las dos primeras cosas que salen cuando busco la letra y el número son un formulario federal y un medicamento que se llama hidrocloruro de fentermina que, al parecer, es un supresor del apetito.

Le di vueltas mentalmente, pero no le vi ningún sentido.

—¿Qué tipo de formulario federal?

—Uno económico —replicó Eve, leyendo por encima del hombro de Grayson—. Comisión de Bolsa y Valores. Puede tener algo que ver con empresas de inversiones, ¿no?

«Inversiones», pensé. Podía haber algo ahí.

—¿Qué más? —Nash pareció escupir las palabras—. Siempre hay algo más.

Aquello no era un juego Hawthorne, no del todo, pero los trucos eran los mismos. Toqué el icono del correo electrónico, pero lo único que apareció fue una lista de instrucciones para configurar la aplicación. Finalmente, entré en el registro de llamadas del móvil. Vacío. Fui al buzón de voz. Ningún mensaje. Otro clic me llevó a los contactos del teléfono.

Había únicamente un número guardado en ese móvil. Y aparecía con el nombre de LLÁMAME.

Aspiré aire entre los dientes.

—Déjame hacerlo —me pidió Jameson—. No puedo protegerte de todo, Heredera, pero sí puedo protegerte de esto.

Jameson no era el Hawthorne a quien solía asociar el concepto de protección.

—No —le respondí. Me habían mandado el paquete a mí. No podía permitir que otro lo hiciera por mí, ni siquiera él. Pulsé el botón de llamada antes de que nadie pudiera detenerme y puse el altavoz. Mis pulmones se negaron a respirar hasta que alguien contestó.

—Avery Kylie Grambs. —La voz que respondió era de hombre, grave y exquisita, con una entonación que parecía casi aristocrática.

—¿Quién es? —pregunté, y las palabras me salieron ahogadas.

—Puedes llamarme Lucas.

«Lucas», repetí. El nombre resonó en mi mente. La persona que había al otro extremo de la línea no parecía particularmente joven, pero era imposible determinar su edad. Lo único que sabía era que nunca antes había hablado con él. De haberlo hecho, habría reconocido esa voz.

—¿Dónde está Toby? —exigí saber. Recibí una risita por respuesta —. ¿Qué quieres? —Ninguna contestación—. Al menos dime que todavía lo tienes. —«Que todavía está bien», añadí para mis adentros.

—Tengo muchas cosas —contestó la voz.

Sujetaba el móvil con tanta fuerza que empezó a dolerme la mano, me agarré a los últimos jirones de control. «Sé lista, Avery. Hazlo hablar», me dije.

—¿Qué quieres? —inquirí de nuevo, esta vez con más calma.

—Eres curiosa, ¿verdad? —Lucas jugaba con las palabras igual que

un gato con un ratón—. Bonita palabra, «curiosa» —continuó; tenía la voz aterciopelada—. Puede significar que estás impaciente por aprender o saber algo, pero también ser sinónimo de «extraño» o «inusual». Sí, creo que esta definición encaja muy bien contigo.

—Entonces, ¿esto es por mí? —pregunté con los dientes apretados —. ¿Quieres que sea curiosa?

—Solo soy un viejo —aseguró por respuesta— con cierta debilidad por los acertijos.

«Viejo. ¿Cómo de viejo?», me pregunté. No tuve tiempo de entretenerme con esa pregunta… ni con el hecho de que se había referido a sí mismo del mismo modo que los nietos de Tobias Hawthorne se referían al difunto multimillonario.

—No sé a qué clase de juego retorcido estás jugando —afirmé con aspereza.

—O tal vez sabes exactamente a qué clase de juego retorcido estoy jugando.

Casi podía oír sus labios curvándose en una sonrisa afilada como una daga.

—Tienes el joyero —dijo—. Tienes el teléfono. Ya deducirás la parte siguiente.

—¿Qué parte siguiente?

—Tic, tac —contestó el viejo—. El temporizador marca la cuenta atrás hasta nuestra próxima llamada. No te va a gustar lo que le pasará a tu Toby si para entonces no tienes una respuesta para mí.

CAPÍTULO 31

«¿Qué hemos descubierto?», intenté concentrarme en ello. Y no en la amenaza. No en la cuenta atrás.

El secuestrador de Toby se había referido a sí mismo como viejo.

A mí me había llamado por mi nombre completo.

Ese hombre jugaba con las palabras, con las personas.

—Le gustan los acertijos —dije en voz alta—. Y los juegos.

Conocía a alguien que encajaba con esa descripción, pero el multimillonario Tobias Hawthorne estaba muerto. Llevaba un año enterrado.

—¿Qué se supone que tenemos que deducir exactamente? —preguntó Grayson con crispación.

Miré instintivamente hacia Jameson.

—Tiene que haber algo que deducir o que descifrar —reflexioné—, igual que lo hubo en las entregas anteriores.

—La siguiente parte del mismo acertijo —murmuró Jameson, nuestras mentes en sincronía.

Eve nos miró a uno y a otro.

—¿Qué acertijo?

—El acertijo —contestó Jameson—. ¿Quién es él? ¿Por qué está haciendo esto? Las dos primeras pistas fueron bastante evidentes de descifrar. Ahora ha subido su apuesta inicial con este plazo.

—Se nos tiene que estar escapando algo —afirmé—. Un detalle en el joyero o en el paquete o…

—He grabado la llamada. —Xander levantó el móvil—. Por si había una pista en algo de lo que ha dicho. Más allá de eso…

—Tenemos la combinación —acabó Jameson por él—. Y la entrada del calendario.

—Niv —recordé en voz alta.

Siguiendo mi instinto, busqué compartimentos secretos en el joyero. No había ninguno. No había nada más en el teléfono, nada que

destacara cuando escuchamos por segunda vez mi intercambio con el captor de Toby. Ni por tercera vez.

—¿Tu equipo puede rastrear la llamada? —le pregunté a Oren, intentando avanzarme a los acontecimientos, intentando hacer frente al problema desde todos los ángulos—. Tenemos el número.

—Puedo intentarlo —replicó Oren con voz neutra—, pero, a no ser que nuestro oponente sea mucho menos inteligente de lo que parece, el número no estará registrado y la llamada se habrá establecido a través de internet, no de una torre de teléfono, con lo cual la señal se habrá dividido en miles de direcciones IP, rebotando así por todo el mundo.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿La policía podría ayudarnos a localizarla?

—No podemos llamar a la policía —susurró Eve—. Ese hombre podría matar a Toby.

—Cabría la posibilidad de hacer algunas preguntas discretas a un contacto de confianza dentro de la policía, sin darle demasiados detalles —comentó Oren—. Por desgracia, hace poco que han trasladado de comisaria a los tres contactos en quienes más confiaba.

Era imposible que todo aquello fuera una coincidencia. Ataques directos a mis objetos de negocios. Intentos de mermar mi equipo de seguridad. *Paparazzi* que seguían todos mis movimientos. Contactos dentro de la policía trasladados de comisaría. Pensé en lo que Alisa había dicho que buscábamos: «Riqueza. Poder. Contactos».

—Vuelve a poner la grabación —le pedí a Xander.

Mi MAHPS hizo lo que le pedía, y esta vez, cuando la conversación acabó, Jameson miró a Grayson.

—Ha dicho que Avery podía «llamarlo» Lucas. No que se llamara Lucas.

—¿Y eso importa? —pregunté.

Grayson aguantó la mirada de Jameson.

—Podría.

Eve empezó a decir algo, pero enseguida el sonido de un móvil sonando la silenció. No era el móvil del secuestrador. Era el mío. Al instante, fijé la mirada en el número que me llamaba. Thea.

Respondí.

—Estoy un poco liada ahora mismo, Thea.

—En ese caso iré a la idea, ¿qué quieres primero: las malas noticias o las malísimas?

—¿Rebecca está...?

—Alguien ha conseguido una foto de Eve de pie ante la verja de la Casa Hawthorne. Acaba de publicarse.

Hice una mueca.

—¿Eso eran las malas noticias o…?

—Acaba de publicarse —continuó Thea— en la página web de cotilleos más importante, junto con una foto de Emily y una retahíla de rumores que afirman que Grayson y Jameson Hawthorne mataron a Emily Laughlin.

CAPÍTULO 32

Primero le mandé un mensaje a Alisa. Encargarse de escándalos como ese era parte de su trabajo. Contárselo a los chicos y a Eve resultó más complicado. Obligar a mis labios a pronunciar esas palabras se me antojó como romperme un tobillo. «Un momento de confusión. Un crujido estremecedor. La conmoción», pensé. Y luego se recuperaron de la sacudida.

—Eso es mentira —escupió Nash. Dio una bocanada de aire, se volvió hacia sus hermanos y los escrutó con la mirada—: ¿Jamie? ¿Gray?

—Estoy bien. —El rostro de Grayson parecía de piedra.

—Y siguiendo con mi superioridad general en nuestra relación fraternal —añadió Jameson con una sonrisa sardónica que era un poco más afilada de la cuenta—, yo estoy mejor que bien.

Aquello era cosa de Lucas. Tenía que serlo.

Eve buscó la página de cotilleos con el móvil. La miró con fijeza. Su propia fotografía. La de Emily.

De pronto me acordé de cuando estuvimos en el ala de Toby y me dijo que no se parecía a nadie de su familia.

—¿Por qué dice que la matasteis? —preguntó Eve con voz aflautada. No levantó la mirada del móvil, pero yo sabía a quién dirigía esa pregunta.

—Porque —respondió Grayson con la voz afilada como una daga— lo hicimos.

—Y un huevo lo hicisteis —blasfemó Nash. Nos miró al resto—. ¿Cuál es nuestra norma acerca de jugar sucio? —preguntó. Nadie respondió—. ¿Gray? ¿Jamie? —Desplazó la mirada hacia mí.

—Que nunca se juega sucio —dije en voz baja— si se acaba ganando.

Yo quería ganar. Quería recuperar a Toby. Quería destrozar al malnacido que lo había secuestrado, al desgraciado que acababa de

hacerle eso a Jameson y a Grayson y a Eve.

—¿Jugar sucio? —repitió Eve, apartando por fin la mirada de la página web—. ¿Así lo llamáis? ¡Mi cara aparecerá por todas partes!

Lo cual era exactamente lo que Toby no quería que sucediera.

—Como un cañón de purpurina —comentó Xander.

Lo reprendí con la mirada. En ese momento no estábamos para bromas ni para purpurinas.

—Esto es como un cañón de purpurina —repitió Xander—. Detonas uno en medio de la partida y monta un pitote tremendo. Del que se mete por todas partes y se pega a todo.

La expresión de Grayson se ensombreció.

—Y agota la cuenta atrás mientras lo limpias.

—Mientras tratas de limpiarlo —precisó Libby amablemente. Había estado todo el rato callada, pero mi hermana tenía empatía a carretadas, y no le hacía falta conocer a Grayson o a Jameson o ni siquiera a Eve tan bien como los conocía yo para saber lo fuerte que había sido el golpe para ellos.

—Algunas cosas no son fáciles de limpiar —coincidió Nash con voz grave, arrastrando las palabras. Sus ojos encontraron los de Libby como si fuera la cosa más natural del mundo—. Crees que por fin lo tienes todo limpio. Que todo va bien. Y luego, cinco años más tarde…

—Todavía hay purpurina en el baño de Grayson —acabó diciendo Xander. Y tuve la sensación de que no hablaba metafóricamente.

—Esto es obra de Lucas —afirmé—. Lo ha hecho él. Ha disparado el cañón. Quiere distraernos.

«Quiere que el reloj llegue a cero», añadí para mis adentros.

«Tic-tac».

Eve apagó su móvil y lo lanzó de mal humor encima del escritorio.

—A la porra la purpurina —escupió—. No quiero saber lo que le pasará a Toby si el temporizador llega a cero.

Nadie quería.

Xander volvió a reproducir la conversación con Lucas y nos pusimos a trabajar.

CAPÍTULO 33

6 HORAS, 17 MINUTOS, 9 SEGUNDOS…

Estábamos llegando a un punto en el que ni siquiera me hacía falta mirar la hora. La sabía. No estábamos yendo a ninguna parte. Intenté despejar la mente, pero el aire fresco no me ayudó. Donar dinero anónimamente a personas que lo necesitaban no me ayudó.

Cuando volví a entrar, llegué a la biblioteca circular justo a tiempo de oír el móvil de Xander sonando. Era la única persona que conocía que usaba los doce primeros dígitos del número pi como tono de llamada. Después de una conversación entre susurros muy poco propia de él, me trajo el móvil.

—Max —articuló.

Cogí el teléfono.

—Déjame adivinar —dije al acercármelo al oído—. ¿Has visto las noticias?

—¿Qué te hace pensar eso? —respondió Max—. Solo llamaba para ponerte al día de mi guardaespaldas. Piotr se niega por activa y por pasiva a escoger una canción que nos represente, sin embargo, aparte de eso, nuestra relación guardaespaldas-protegida está funcionando bastante bien.

Solo Max sabría quitarle hierro al hecho de necesitar un guardaespaldas. «Por mi culpa», añadí para mis adentros. No podía evitar sentirme responsable, igual que no podía evitar sentir que la imagen de Eve se había hecho pública ante el mundo entero solo porque la chica había tomado la triste decisión de acudir precisamente a mí para pedir ayuda.

Era mi nombre el que aparecía en los sobres, en el paquete. Era a mí a quien miraba Lucas, pero cualquier persona cercana a mí podía acabar en el punto de mira.

—Lo siento —le dije a Max.

—Lo sé —me contestó mi mejor amiga—. Pero no te preocupes. Ya

escogeré una canción por él. —Hizo una pausa—. Xander me ha dicho algo de… ¿un cañón?

Salió toda la historia, a chorro, como el agua demoliendo un dique: la entrega del paquete, la caja, el teléfono, la llamada con «Lucas»… y su ultimátum.

—Parece que necesitas pensar en voz alta —opinó Max—. Procede.

Lo hice. Hablé y hablé sin parar, con la esperanza de que mi cerebro encontrara algo distinto que decir esta vez. Llegué al evento del calendario y dije:

—Creíamos que Niv podría ser una referencia a un formulario federal, N-cuatro. Nos hemos pasado horas intentando localizar los archivos de Tobias Hawthorne. Supongo que Niv podría ser un nombre, o unas iniciales, pero…

—Niv —repitió Max—. ¿Se escribe N-I-V?

—Sí.

—N-I-V —repitió—. ¿Es decir New International Version?

Ladeé la cabeza.

—¿Cómo? Nueva Versión Internacional ¿de qué?

—De la B-I-B-L-I-A. Y ahora me voy a pasar la noche en bucle con las canciones de catequesis.

—La Biblia —repetí y, de pronto, lo comprendí—. Lucas.

—Mi segundo evangelista favorito —comentó Max—. En el fondo siempre seré una chica de Juan.

Apenas la oí. Mi cerebro iba demasiado rápido, las imágenes destellaban en mi mente, retazos de recuerdos amontonándose uno detrás de otro.

—Los números.

«La combinación podría ser sencillamente eso —había dicho Jameson—. Pero también cabe la posibilidad de que los números en sí sean una pista».

—¿Qué números? —preguntó Max.

El corazón me latía desbocado contra las costillas.

—Quince, once, treinta y dos.

—Venga ya, ¿me estás vacilando? —Max estaba encantada—. ¿Estoy a punto de resolver un acertijo Hawthorne?

—¡Max!

—El libro de Lucas —dijo—, capítulo quince, versículos del once al treinta y dos. Es una parábola.

—¿Cuál? —pregunté.

—La parábola del hijo pródigo.

CAPÍTULO 34

Nadie durmió más de tres horas esa noche. Leímos todas las versiones de Lucas 15:11-32 que pudimos encontrar, cada interpretación de ella, cada referencia a ella.

«Quedan nueve segundos. Ocho…», fui contando mentalmente. Observé la cuenta atrás. Eve estaba sentada a mi lado, con los pies recogidos debajo del cuerpo. Libby estaba a mi otro lado. Los chicos estaban de pie. Xander tenía la grabadora a punto.

«Tres. Dos. Uno…».

El teléfono sonó. Lo cogí y puse el altavoz para que todo el mundo pudiera escuchar.

—Hola.

—¿Y bien, Avery Kylie Grambs?

El uso de mi nombre completo no me pasó desapercibido.

—Lucas, capítulo quince, versículos del once al treinta y dos. —Mantuve la voz tranquila y sosegada.

—¿Qué pasa con Lucas, capítulo quince, versículos del once al treinta y dos?

No quería seguirle la corriente.

—He resuelto tu acertijo. Déjame hablar con Toby.

—Muy bien.

Se hizo un silencio y luego oí la voz de Toby.

—Avery. No…

El resto de la frase quedó cortado. Se me cayó el alma a los pies. Sentí como la rabia iba apoderándose de mi cuerpo.

—¿Qué le has hecho?

—Háblame de Lucas, capítulo quince, versículos del once al treinta y dos.

«Tiene a Toby —me dije—. Tengo que jugar a su manera». Lo único que podía hacer era esperar que mi adversario me mostrara sus cartas tarde o temprano.

—El hijo pródigo pidió su herencia antes de tiempo —expliqué, intentando impedir que mi voz se tiñera de las emociones que estaba sintiendo—. Abandonó a su familia y despilfarró la fortuna que le habían dado. Sin embargo, a pesar de todo esto, su padre lo recibió con los brazos abiertos cuando volvió.

—Un joven derrochador —dijo el hombre—, rondando por el mundo…, desagradecido. Un padre benévolo, dispuesto a volver a abrirle las puertas de su casa. Ahora bien, si no me falla la memoria, había tres personajes en esta historia, y solo has mencionado a dos.

—El hermano. —Eve se puso de pie a mi lado y habló antes de que pudiera hacerlo yo—. Él se quedó y trabajó junto a su padre durante años sin recompensa alguna.

Se hizo un silencio al otro extremo de la línea. Y luego, la estocada de una daga verbal:

—Solo hablaré con la heredera. La que Tobias Hawthorne escogió.

Eve se encogió dentro de su propio cuerpo, como si le hubieran dado una bofetada, los ojos arrasados, la expresión pétrea. Al otro extremo de la línea solo se oía silencio.

¿Había colgado?

Asustada, aferré el teléfono con más fuerza.

—¡Estoy aquí!

—Avery Kylie Grambs, hay tres personajes en la parábola del hijo pródigo, ¿o no?

Mis pulmones soltaron el aire.

—El hijo que se fue —dije, hablando con más clama de la que sentía—. El hijo que se quedó. Y el padre.

—¿Por qué no lo reflexionas? —Se hizo otra larga pausa y luego—: Volveré a llamarte.

CAPÍTULO 35

La reflexión fue así: Libby se marchó para hacer café, porque cuando las cosas se ponían feas ella cuidaba de los demás. Grayson se puso de pie, se alisó la americana y nos dio la espalda a todos. Jameson empezó a ir de aquí para allá como una pantera tras su presa. Nash se quitó el sombrero de vaquero y clavó los ojos en él, con una expresión sombría en el rostro. Xander salió de la estancia como una exhalación, e Eve se puso la cabeza entre las manos.

—No tendría que haber dicho nada —se lamentó con voz cavernosa—. Pero cuando ha cortado a Toby…

—Lo entiendo —le aseguré—. Y no habría importado que te quedaras en silencio o no. Habríamos acabado exactamente en el mismo lugar.

—Exactamente no. —Jameson vino y se detuvo justo delante de mí —. Piensa en lo que ha dicho tras la interrupción de Eve y en cómo se ha referido a ti.

—Como la heredera —contesté, y luego recordé el resto—. «La que Tobias Hawthorne escogió». —Tragué saliva—. La del hijo pródigo es una historia de herencia y perdón.

—Todos los que piensen que han secuestrado a Toby como parte de un inmenso plan de perdón —dijo Nash, cuyo acento cantarín no hizo nada para suavizar las palabras— que levanten la mano.

Todas nuestras manos permanecieron quietas.

—Ya sabemos que esto va de venganza —afirmé con aspereza—. Sabemos que va de ganar. Esto no es más que otra pieza del mismo condenado rompecabezas que no podemos resolver.

Ahora era yo quien no podía quedarse quieta. La rabia no hervía a fuego lento. Ardía.

—Quiere que perdamos la cabeza, repasándolo todo una y otra vez —dije, acercándome a zancadas al inmenso tocón que hacía de escritorio y colocando las manos encima, con fuerza—. Quiere que

reflexionemos. ¿Y de qué servirá? —Estaba al borde de pegarle un puñetazo a la madera—. Todavía no ha acabado, y no nos dará lo que necesitamos para resolver todo esto hasta que él quiera que lo resolvamos.

«Volveré a llamarte», había dicho. Nuestro adversario era como un gato que tenía a un ratón agarrado por la cola. Me golpeaba y luego me soltaba, creando así la ilusión de que quizá, si era muy lista, podría escapar de sus garras, cuando en realidad él no temía ni lo más mínimo que lo consiguiera.

—Tenemos que intentarlo —dijo Eve con desesperación.

—Eve tiene razón. —Grayson se volvió hacia nosotros, hacia ella —. Solo porque nuestro oponente piense que esto se escapa de nuestras posibilidades de descubrirlo, no significa que sea así.

Jameson colocó las manos al lado de las mías sobre el escritorio.

—Las otras dos pistas eran vagas. Esta no tanto. Hasta los acertijos parciales pueden resolverse a veces.

Por fútil que se me antojara, por enfadada que estuviera, tenían razón. Teníamos que intentarlo. Teníamos que hacerlo por Toby.

—¡He vuelto! —Xander irrumpió en la biblioteca—. ¡Y traigo atrezo! —Alargó la mano. En la palma tenía tres piezas de ajedrez: un rey, un caballo y un alfil.

Jameson hizo ademán de coger las piezas, pero Xander le apartó la mano de un palmetazo.

—El padre. —Xander blandió el rey y lo colocó encima del escritorio—. El hijo pródigo. —Colocó el caballo—. Y el hijo que se quedó.

—El alfil como el hijo que mantuvo la fe —comenté mientras Xander colocaba la última pieza en el escritorio—. Muy agudo.

Miré fijamente las tres piezas. «Un joven derrochador, rondando por el mundo…, desagradecido. —El recuerdo de esa voz se me antojó pegajoso como el aceite—. Un padre benévolo, dispuesto a volver a abrirle las puertas de su casa».

Cogí el caballo.

—«Pródigo» significa derrochador. Todos sabemos cómo era Toby de adolescente. Recorrió el país de cama en cama y de bar en bar, fue el responsable de un incendio que mató a tres personas, y durante décadas permitió que su familia pensara que estaba muerto.

—Y, a pesar de todo esto —caviló Jameson al tiempo que cogía el rey—, lo único que quería nuestro abuelo era volver a abrir las puertas de su casa al hijo pródigo.

«Toby, el pródigo. Tobias, el padre», pensé.

—Esto solo nos deja con el otro hijo —dijo Grayson mientras

caminaba hacia el escritorio para unirse a nosotros. Nash también se aproximó, lo cual dejó a una silenciosa Eve sola—. El que trabajó fielmente —continuó Grayson— y no recibió nada.

Se las arregló para pronunciar esas palabras como si no fueran con él, pero esa parte de la historia tenía que tocarle en lo más profundo a él, a todos ellos.

—Ya hemos hablado con Skye —dije, cogiendo el alfil, el hijo fiel —. Pero Skye no es la única hermana de Toby.

Detesté incluso decirlo porque hacía meses que no veía a la primogénita de Tobias Hawthorne como una enemiga.

—No es Zara —afirmó Jameson con la intensidad que yo asociaba con él y solo con él—. Es lo bastante Hawthorne para ser capaz de hacerlo, si quisiera, pero a no ser que pensemos que el hombre que nos ha llamado es un actor, una fachada, sabemos quién es el tercer jugador de esta historia.

«Vengarse. Vengativo. Venganza. Vengador.

»Siempre acabo ganando.

»Los tres personajes de la historia del hijo pródigo», pensé.

Cada nueva pieza del acertijo nos decía algo más de nuestro oponente.

—Si se supone que Toby es el deleznable hijo pródigo —empecé a decir, con todo el cuerpo en tensión— y Tobias Hawthorne es el padre que lo perdonó, el único papel que le queda al secuestrador de Toby es el otro hijo.

«Otro hijo», repetí para mis adentros. Mi cuerpo se quedó absolutamente quieto, tratando de asimilar esa posibilidad.

Xander levantó la mano.

—¿Alguien más se está preguntando si tenemos un tío secreto que nadie conoce? Porque, llegado a este punto, «tío secreto» se me antoja parte del cartón de bingo Hawthorne.

—No me lo trago. —La voz de Nash era templada, segura, tranquila—. El viejo no era exactamente escrupuloso, pero sí era fiel… Y condenadamente posesivo con cualquier persona o cosa que considerara suya. Además, no tenemos que buscar tíos secretos.

Comprendí lo que decía en el momento exacto que lo hizo Jameson.

—El del teléfono no era Constantine —dijo—. Pero…

—Constantine Calligaris no era el primer marido de Zara —acabé por él. Tal vez Tobias Hawthorne solo tenía un hijo, pero tenía más de un hijo político.

—Nadie habla nunca del primer marido —recordó Xander—. Nunca.

«Un hijo, apartado de la familia, ignorado, olvidado», pensé. Miré a Oren.

—¿Dónde está Zara?

Esa pregunta era de doble filo, dada la historia que compartían, pero mi jefe de seguridad respondió como el profesional que era.

—Se levanta temprano por las mañanas para cuidar de las rosas.

—Iré yo. —Grayson no estaba pidiendo permiso ni ofreciéndose voluntario.

Finalmente, Eve se unió al resto de nosotros junto al escritorio. Con el rostro bañado de lágrimas, levantó la mirada para fijarla en Grayson.

—Iré contigo, Gray.

Él iba a aceptar su oferta. Tuve la certeza de ello con solo mirarlo, pero no me opuse. No me permití decir ni una sola palabra.

Sin embargo, Jameson me sorprendió:

—No. Ve tú con él, Heredera.

No tenía ni idea de cómo interpretarlo: si todavía no confiaba en Eve, si no confiaba en Grayson a solas con Eve, o si solo intentaba plantar cara a sus demonios, dejar a un lado su eterna rivalidad y confiar en mí.

CAPÍTULO 36

Grayson y yo encontramos a Zara en el invernadero. Llevaba unos guantes de jardinería blancos que le quedaban como una segunda piel y sujetaba unas tijeras de podar tan afiladas que probablemente podían cortar hasta el hueso.

—¿A qué debo este placer? —Zara inclinó la cabeza hacia nosotros; su mirada proclamaba con frialdad el hecho de que era una Hawthorne y, por lo tanto, nada le pasaba inadvertido—. Venga, soltadlo. Queréis algo.

—Solamente queremos hablar —respondió Grayson con voz neutra.

Zara recorrió levemente una espina con el dedo.

—Jamás ningún Hawthorne solo ha querido hablar.

Grayson no se lo discutió.

—Han secuestrado a tu hermano Toby —anunció con su asombrosa habilidad de decir cosas importantes como si fueran hechos anodinos —. No ha habido petición de rescate, pero hemos recibido diversas notificaciones de su secuestrador.

—¿Toby está bien? —Zara se acercó un paso a Oren—. John, ¿mi hermano está bien?

Oren la miró amablemente a los ojos y le respondió lo que pudo.

—Está vivo.

—¿Y todavía no lo habéis encontrado? —exigió saber Zara. Su tono era puro hielo. Pude ver el momento exacto en el que recordó con quién estaba hablando y se dio cuenta de que si precisamente Oren no había podido encontrar a Toby, había muchas posibilidades de que no pudiera encontrarlo nadie.

—Creemos que podría haber una conexión familiar entre Toby y la persona que lo ha secuestrado —dije.

La expresión de Zara vaciló, como ondas en el agua.

—Si habéis venido aquí a hacer acusaciones, os sugiero que os

dejéis de remilgos y las hagáis.

—No hemos venido a acusarte de nada —replicó Grayson con una calma absoluta e infalible—. Necesitamos preguntarte por tu primer marido.

—¿Por Christopher? —Zara arqueó una ceja—. Os aseguro que no.

—El secuestrador de Toby ha estado mandando pistas —expliqué, soltando las palabras atropelladamente—. La última tiene que ver con una parábola bíblica del hijo pródigo.

—Estamos buscando —prosiguió Grayson— a alguien que viera a Tobias Hawthorne como a un padre y tuviera la sensación de haber recibido un trato injusto. Háblanos de Christopher.

—Era todo lo que se esperaba de mí. —Zara levantó las tijeras de podar para cortar una rosa blanca. «Adiós a la cabeza», pensé—. Familia rica, con contactos en la política, encantador.

«Riqueza —había dicho Alisa—. Poder. Contactos».

Zara depositó la rosa blanca en una cesta negra y luego cortó tres más.

—Cuando pedí el divorcio, Chris acudió a mi padre y se hizo el hijo responsable, con la absoluta esperanza de que el viejo hablara conmigo y me hiciera entrar en razón.

Ahora fue Grayson quien enarcó una ceja.

—¿Hasta qué punto quedó destrozado?

Zara sonrió.

—Os aseguro que el divorcio fue civilizado. —En otras palabras: por completo—. Pero apenas tiene importancia. Christopher murió en un accidente de navegación poco después de que todo terminara.

«No —pensé, en una reacción refleja y visceral—. Otro callejón sin salida no».

—¿Qué hay de su familia? —pregunté, incapaz de aceptarlo.

—Era hijo único y sus padres también fallecieron.

Me sentí como el ratón que me había imaginado antes, como si me hubieran hecho pensar que tenía una posibilidad cuando en realidad nunca la había tenido. Sin embargo, no podía rendirme.

—¿Es posible que tu padre tuviera otro hijo? —pregunté, volviendo a esa posibilidad—. Aparte de Toby.

—¿Un posible heredero que no apareció de la nada tras la lectura del testamento? —respondió Zara con ironía—. ¿Con miles de millones en juego? Muy improbable.

—Entonces, ¿qué se nos está escapando? —pregunté, y mi tono reveló más desesperación de la que quería admitir.

Zara se planteó la pregunta.

—A mi padre le gustaba decir que nuestras mentes tienen la

capacidad de engañarnos para escoger entre dos opciones cuando en realidad hay siete. El don de los Hawthorne siempre ha sido ver las siete.

—Identifica los supuestos implícitos en tu propia lógica —dijo Grayson, que claramente citaba una máxima que le habían inculcado—, luego niégalos.

Pensé en ello. ¿Qué supuestos habíamos hecho? «Que Toby es el hijo pródigo y Tobias, el padre», me dije. Era la interpretación obvia, dado el historial de Toby, pero esa era la cuestión de los acertijos. La respuesta no era obvia.

Y la primera vez que habíamos hablado por teléfono, el captor de Toby se había referido a sí mismo como «el viejo».

—¿Qué pasa si sacamos a Toby de la historia? —le pregunté a Grayson—. ¿Y si tu abuelo no es el padre en la parábola? —El corazón me retumbaba en el pecho—. ¿Y si es uno de los dos hijos?

Grayson miró a su tía.

—¿El viejo te habló alguna vez de su familia? ¿De sus padres?

—A mi padre le gustaba decir que no tenía familia, que venía de la nada.

—Exacto, es lo que le gustaba decir —confirmó Grayson.

Mentalmente, yo solo podía ver las tres piezas de ajedrez. Si Tobias Hawthorne era el alfil o el caballo…, ¿quién demonios era el rey?

CAPÍTULO 37

—Tenemos que encontrar a Nana —dijo Jameson de inmediato, en cuanto Grayson y yo los pusimos al día—. Seguramente es la única persona viva que pueda decirnos si el viejo tenía familia que Zara no conociera.

—Encontrar a Nana —le explicó Xander a Eve, en lo que pareció un intento de subirle el ánimo— es un poco como el juego de *¿Dónde está Wally?*, solo que a Wally le gusta atizarle a la gente con su bastón.

—Tiene lugares favoritos en la casa —intervine. «La sala del piano. La sala de las cartas», añadí mentalmente.

—Es martes por la mañana —comentó Nash con ironía.

—La capilla. —Jameson miró a sus tres hermanos—. Iré yo. —Se volvió hacia mí—. ¿Te apetece dar un paseo?

La capilla Hawthorne —situada pasado el laberinto de setos y al oeste de las pistas de tenis— no era grande, pero sí imponente. Con los arcos de piedra, los bancos tallados a mano y unas elaboradas vidrieras que parecían obra de docenas de artesanos.

Encontramos a Nana descansando en un banco.

—Ojo, que no entre el aire —ladró sin siquiera volverse para ver a quién le ladraba.

Jameson cerró la puerta de la capilla y nos fuimos al banco con ella. Nana tenía la cabeza gacha y los ojos cerrados, pero, de algún modo, parecía saber exactamente quién se había sentado a su lado.

—Desvergonzado —regañó a Jameson—. Y ¡tú, niña! Ayer te olvidaste de nuestra partida de póquer semanal, ¿verdad?

Hice una mueca.

—Lo siento. Estuve distraída —me justifiqué, quedándome muy corta.

Nana abrió los ojos con el único objetivo de fulminarme con la

mirada.

—Pero ahora que quieres hablar no te importa que esté en medio de algo, ¿verdad?

—Podemos esperar hasta que haya acabado de rezar —le aseguré, bien escarmentada… o, al menos, intentando parecerlo.

—¿Rezar? —gruñó Nana—. Más bien diciéndole cuatro cosas a nuestro Creador.

—Mi abuelo construyó esta capilla para que Nana tuviera un lugar donde chillarle a Dios —me informó Jameson.

Nana chasqueó la lengua.

—Ese vejestorio me amenazó con construirme un mausoleo. Tobias jamás pensó que viviría más que él.

No íbamos a conseguir una excusa mejor que esa.

—¿Su yerno tenía familia? —pregunté—. ¿Padres?

—¿Cuál iba a ser el caso, niña? ¿Haber nacido completamente formado de la cabeza de Zeus? —rio Nana con ironía—. Claro que Tobias siempre tuvo complejo de Dios.

—Lo querías —le dijo Jameson con dulzura.

A Nana se le atragantó una bocanada de aire.

—Como si fuera mi hijo. —Cerró los ojos un par de segundos, luego volvió a abrirlos y continuó—: Tenía padres, supongo. Por lo que recuerdo, Tobias dijo que lo tuvieron de mayores y que nunca supieron muy bien qué hacer con un chiquillo como él. —Nana lanzó una mirada llena de intención a Jameson—. Los niños Hawthorne pueden ser muy complicados.

—Entonces, sus padres eran muy mayores cuando él nació —resumí—. ¿Tenían más hijos?

—Después de Tobias, dudo de que les quedaran ganas.

—¿Y hermanos mayores? —preguntó Jameson.

«Un padre, dos hijos…», pensé.

—Tampoco. Para cuando Tobias conoció a mi Alice, estaba completamente solo. El padre murió de un ataque al corazón cuando Tobias era adolescente. Después de eso, la madre vivió poco más de un año.

—¿Qué me dices de mentores? —planteó Jameson. Prácticamente podía ver como barajaba doce escenarios distintos en su mente—. ¿Figuras paternas? ¿Amigos?

—A Tobias Hawthorne nunca le interesó hacer amigos. Le interesaba hacer dinero. Era un bastardo decidido, astuto y brutal. —A Nana le tembló la voz—. Pero era bueno con mi Alice. Conmigo.

—Primero la familia —dijo Jameson, bajito, a mi lado.

—Ningún hombre ha levantado nunca un imperio sin hacer un par

de cosas de las que no está orgulloso, pero Tobias no dejó que eso lo atormentara. No siempre tuvo las manos limpias, pero jamás las levantó, ni una sola vez, ni a Alice ni a sus hijos ni a vosotros, chicos.

—Lo habrías matado si lo hubiera hecho —respondió Jameson con cariño.

—Esa boca —lo reprendió Nana.

«No siempre tuvo las manos limpias», esa frase en concreto me devolvió al primer mensaje que habíamos recibido del secuestrador de Toby. En ese momento, había parecido probable que el blanco de esa venganza fuéramos Toby o yo. Ahora bien, ¿y si el blanco era Tobias Hawthorne en persona?

¿Y si esto —todo esto— había sido por el viejo desde el principio? «¿Y si yo solo soy la que él escogió? ¿Y si Toby solo es su hijo perdido?», me pregunté. Esa posibilidad se apoderó de mi mente, se aferró a ella como garras hundiéndose en la piel.

—¿Qué hizo su yerno? —inquirí—. ¿Por qué no siempre tuvo las manos limpias?

Nana no ofreció respuesta para esa pregunta.

Jameson alargó la mano para cogerle la suya.

—Si te dijera que alguien quiere vengarse de la familia Hawthorne…

Nana le dio un golpecito en la mejilla.

—Le diría a esa persona que se pusiera a la cola.

CAPÍTULO 38

«Identifica los supuestos. Cuestiónalos. Niégalos», recordé. Mientras salía de la capilla, me sentí como si el caparazón que atrapaba mi cerebro se hubiera abierto de golpe, y un reguero de posibilidades estuvieran apareciendo de todas las direcciones.

¿Qué habría hecho desde el mismísimo principio si hubiera dado por sentado que alguien había secuestrado a Toby como venganza por algo que había hecho su padre? Pensé en Eve diciéndome que los Hawthorne tenían secretos —«secretos oscuros. Tal vez hasta peligrosos»—, y luego en Nana y su discurso sobre imperios y manos sucias.

¿Qué había hecho Tobias Hawthorne en su ascensión a lo más alto? Una vez que había amasado todo ese dinero y todo ese poder, ¿para hacer qué lo había utilizado? ¿Y hacérselo a quién?

Barajando mentalmente a una velocidad endiablada una secuencia de posibles próximos movimientos, me volví hacia Oren.

—Cuando eras su jefe de seguridad, hiciste el seguimiento de las amenazas contra Tobias Hawthorne. Él tenía una Lista, como la mía.

«Lista, con L mayúscula, amenazas. Personas a las que se tenía que vigilar», pensé.

—El señor Hawthorne tenía una Lista —confirmó Oren—. Pero era un poco distinta de la tuya.

Mi Lista estaba llena de desconocidos. Desde el momento en que Tobias Hawthorne me nombró su heredera, me vi arrojada al centro de atención del mundo de tal manera que, automáticamente, empecé a recibir amenazas de muerte y a tener acosadores por internet, personas que querían ser yo y personas que querían hacerme daño.

Siempre era peor justo después de un nuevo escándalo. Como en ese momento.

—¿La Lista de mi abuelo no sería una lista de las personas a las que fastidió? —preguntó Jameson a Oren.

Había visto lo mismo que yo: si el captor de Toby estaba contando una historia sobre envidias, venganza y triunfar sobre un viejo enemigo, la Lista de Tobias Hawthorne era un punto de partida escandalosamente bueno.

Jameson y yo pusimos al día a los demás a toda velocidad, y Oren mandó que nos entregaran la Lista en el solárium. La estancia tenía las paredes de cristal y un techo también acristalado, de modo que daba igual dónde se pusiera uno, porque siempre se podía sentir el sol sobre la piel. Tras pasar una noche casi en vela, los siete íbamos a necesitar toda la ayuda que pudiéramos conseguir para mantenernos despiertos.

Sobre todo, porque eso iba a llevarnos un buen rato.

Tobias Hawthorne no tenía una lista de nombres sin más. Tenía un archivo de carpetas como la que había hecho sobre mí, pero de cientos de personas. Cientos de amenazas.

—¿Hacías el seguimiento de todas estas personas? —le pregunté a Oren, con los ojos fijos en los montones y montones de carpetas.

—No era tanto una cuestión de seguirlos activamente, sino más bien de saber qué aspecto tenían, cómo se llamaban, estar un poco al tanto. —La expresión de Oren era tranquila, insondable, profesional—. Las carpetas eran obra del señor Hawthorne, no mía. A mí solo se me permitía echarles un vistazo si la persona empezaba a aparecer.

En ese momento, no teníamos un rostro. No teníamos tampoco un nombre, de modo que me concentré en lo que sí teníamos.

—Buscamos a un hombre mayor —les dije a los otros en voz baja —. Alguien a quien Tobias Hawthorne superó y traicionó. —Ojalá hubiéramos tenido más que eso para empezar—. Puede que haya una relación familiar, o una relación parecida a la familiar, o tal vez incluso una simple historia centrada en tres personas.

—Tres hombres —precisó Eve, que parecía haber recuperado la voz, el coraje y el aplomo—. En la parábola, todos son hombres. Y este tipo se llevó a Toby, no a Zara o a Skye. Se llevó al hijo varón.

Estaba claro que le había dado vueltas al tema. Miré de reojo a Grayson, y el modo como miraba a Eve me dejó claro que no había estado dándole vueltas a solas.

—En fin —exclamó Xander, en un intento de subir el ánimo—. ¡Menos es nada!

Volví a fijar la atención en todas las carpetas, en todos los montones y montones de carpetas que me revolvieron el estómago.

—Sea quien sea este hombre —sentencié—, sea cual sea la historia que haya tenido con Tobias Hawthorne, haya perdido lo que haya

perdido… Ahora tiene riqueza, poder y contactos.

CAPÍTULO 39

Para cuando cada uno de nosotros hubo leído tres o cuatro carpetas, ni siquiera la luz del sol bañándonos por doquier podía combatir el manto de oscuridad que se había apoderado de la estancia.

Esto es lo que sabía antes de leer los documentos: Tobias Hawthorne había registrado sus primeras patentes entre finales de los sesenta y principios de los setenta. Al menos una había resultado ser valiosa, y el hombre había utilizado los beneficios para costear la adquisición de las tierras que lo habían convertido en uno de los mayores actores en el sector del petróleo texano. Con el tiempo acabó vendiendo la petrolera por más de cien millones de dólares y, después de eso, se dedicó a diversificar y a convertir en oro todo lo que tocaba, y, así, los millones pasaron a ser miles de millones.

Todo eso era información pública. La información que contenían esos documentos contaba las partes de la historia que el mito de Tobias Hawthorne había difuminado. Adquisiciones hostiles. La competencia quedándose sin mercado. Demandas interpuestas con el único objetivo de mandar a la bancarrota a la otra parte. El despiadado multimillonario tenía el hábito de centrarse en una oportunidad de mercado e instalarse en ese espacio sin piedad, comprando patentes y empresas más pequeñas, contratando a los mejores y más brillantes y usándolos para destruir a la competencia, solo para pivotar hacia una nueva industria, un nuevo desafío.

Pagaba bien a sus empleados; pero, cuando el viento cambiaba o los beneficios languidecían, los despedía sin piedad.

«A Tobias Hawthorne nunca le interesó hacer amigos», recordé. Le había preguntado a Nana qué había hecho exactamente su yerno de lo que no estuviera orgulloso. Teníamos la respuesta a nuestro alrededor, y era imposible ignorar los detalles de ninguna de las carpetas solo porque no encajaran con lo que buscábamos.

Clavé la mirada en la carpeta que tenía en la mano: «Seaton, Tyler». Al parecer, el señor Seaton, un brillante ingeniero biomédico, se vio envuelto en uno de los cambios de Tobias Hawthorne tras siete años de leal —y lucrativo— servicio. Seaton fue despedido. Como todos los trabajadores Hawthorne, recibió una generosa indemnización de despido, además de una extensión del seguro médico que le garantizaba la empresa. Sin embargo, esa extensión acabó llegando a su fin, y la cláusula de no competitividad que incluía la letra pequeña del contrato que había firmado le hizo casi imposible encontrar otro trabajo.

«Y otro seguro», añadí para mis adentros.

Tragué saliva y me obligué a mirar las fotografías que contenía esa carpeta. Fotos de una niña pequeña. Mariah Seaton. Le habían diagnosticado un cáncer a los nueve años, justo antes de que su padre perdiera el trabajo.

La chiquilla murió a los doce.

Sintiendo náuseas, me obligué a seguir leyendo los documentos. La última página contenía información económica de una transacción: una generosa donación que la Fundación Hawthorne había hecho al Hospital Pediátrico Universitario de Saint Jude.

Ahí estaba Tobias Hawthorne, multimillonario, equilibrando la balanza. «Esto no es equilibrio», me dije.

—¿Tú sabías esto? —preguntó Grayson con voz grave, mientras fijaba sus ojos argénteos en Nash.

—¿De qué «esto» estaríamos hablando, hermanito?

—¿Qué te parece comprar patentes a una mujer que acaba de enviudar por una centésima parte de lo que valen? —Grayson soltó la carpeta y luego cogió otra—. ¿O hacerse el ángel inversor cuando lo que quería en realidad era ir adquiriendo paulatinamente suficientes acciones para poder cerrar la empresa y dejar vía libre a otra de sus inversiones?

—«Me quedaré con los contratos estándar que le dan control de las IP de sus trabajadores por dos mil, Alex». —Jameson hizo una pausa —. Tanto si esa IP se creó trabajando o no.

En la otra punta del cuarto, Xander tragó saliva.

—Os aseguro que no querréis leer sobre su incursión en las farmacéuticas.

—¿Lo sabías? —volvió a preguntarle Grayson a Nash—. ¿Por eso siempre tenías un pie fuera de casa? ¿Por eso no podías soportar estar bajo el mismo techo que el viejo?

—Por eso salvas a la gente —añadió Libby en voz baja. No miraba a Nash. Tenía los ojos clavados en sus muñecas.

—Sabía quién era. —Nash no dijo nada más que eso, pero pude ver la tensión reflejada en su mandíbula bajo la barba de algunos días. Bajó la cabeza y el ala de su sombrero de vaquero le ocultó el rostro.

—¿Os acordáis de la bolsa de cristales? —preguntó Jameson a sus hermanos de pronto; el dolor le tiñó la voz—. Era el rompecabezas de la daga. Teníamos que romper la bailarina de cristal para encontrar los tres diamantes que tenía dentro. La premisa era «Decidme qué es real», y Nash ganó porque nosotros tres nos fijamos en los diamantes…

—Y yo le entregué al viejo, tal cual, una bolsa llena de esquirlas de cristal —acabó de explicar Nash.

Hubo algo en su voz que hizo que Libby dejara de mirarse las muñecas y se acercara a él para ponerle la mano en el brazo sin pronunciar palabra.

—El cristal hecho añicos —dijo Grayson, y una oleada de tensión se apoderó de su cuerpo—. Ese discurso que nos dio acerca de que, para hacer lo que había hecho él, se tenían que hacer sacrificios. Las cosas se rompían. Y si uno no limpiaba los añicos…

Xander acabó la frase y la nuez le subió y le bajó ostensiblemente.

—La gente se hacía daño.

CAPÍTULO 40

Pasaron treinta y seis horas. No recibimos noticias del captor de Toby; la horda de *paparazzi* que había ante la verja de la casa no paraba de crecer, y nosotros dedicamos demasiado tiempo en el solárium con las carpetas sobre los enemigos de Tobias Hawthorne. Sus muchos, muchísimos enemigos.

Acabé de leer las carpetas de mi montón. Los cuatro Hawthorne habían acabado las suyas. Igual que Libby. Igual que Eve. No coincidía nada. No encajaba nada. Sin embargo, no quise admitir que habíamos acabado en otro callejón sin salida. No quería sentirme acorralada ni superada, ni como si todo el mundo a mi alrededor hubiera recibido repetidos disparos en el estómago por nada.

De modo que no paré de volver al solárium, de releer las carpetas que los otros ya habían repasado, aunque sabía que a los Hawthorne no se les había escapado absolutamente nada. Que llegado a ese punto tenían toda la información grabada a fuego en su interior.

En cuanto Jameson acabó con su montón, desapareció por los pasadizos. Lo único que me confirmaba que no se había largado a recorrer el mundo era que la cama estaba caliente a mi lado cuando me despertaba por las mañanas. Grayson optó por la piscina, forzándose sin parar hasta los límites de la resistencia humana. Y cuando Nash acabó, esquivó a la prensa que había ante la verja, se escabulló hasta un bar y volvió a las dos de la madrugada con un labio partido y un cachorrito tembloroso acurrucado contra su camiseta. Xander apenas comía. Eve parecía pensar que no necesitaba dormir y que, si podía limitarse a memorizar todos los detalles de todos los documentos, una respuesta se presentaría ante ella.

Lo comprendía. Nosotras dos no hablábamos de Toby, del silencio de su captor, pero nos daba energía para seguir.

«Volveré a llamarte», recordé.

Alargué la mano hacia otra carpeta, una de las pocas que todavía

no había revisado yo misma, y la abrí. Vacía.

—¿Has leído esta? —le pregunté a Eve, con el corazón latiéndome contra las costillas con una fuerza repentina y sorprendente—. No hay nada.

Eve levantó la mirada de la carpeta que llevaba veinte minutos leyendo concienzudamente. La fe desesperada que brillaba en sus ojos murió al ver a qué carpeta me refería.

—¿Isaiah Alexander? Había una página ahí dentro hace un momento. Solo una. Un archivo corto. Otro trabajador insatisfecho, lo despidieron de un laboratorio Hawthorne. Doctorado, tremendo potencial…, y ahora el tipo no tiene nada.

Ni riqueza. Ni poder. Ni contactos. «No es lo que buscamos», me dije.

—¿Y dónde está la página? —inquirí. La pregunta me carcomía.

—¿Acaso importa? —respondió Eve con tono despectivo; la irritación se apoderó de sus llamativos rasgos—. Quizá se ha traspapelado en otra carpeta.

—Quizá —concedí. Cerré la carpeta y mis ojos tropezaron con la etiqueta. «Alexander, Isaiah», leí. Eve había dicho el nombre, pero yo no lo había procesado, no hasta ese preciso instante.

El padre de Grayson era Sheffield Grayson. El padre de Nash se llamaba Jake Nash. Y Xander era el diminutivo de Alexander.

Encontré a mi MAHPS en su laboratorio. Era un cuarto secreto repleto de un surtido de los artículos más aleatorios que uno pudiera imaginar. Había quien hacía arte de cualquier cosa y convertía objetos cotidianos en comentarios artísticos. Xander era más bien un ingeniero encontrado. En cuanto a mecanismos de afrontamiento de los hermanos Hawthorne, seguramente el suyo era el más sano de la casa.

—Tengo que hablar contigo de una cosa —le dije.

—¿Podría ser de los usos ilegítimos de las armas medievales? —pidió Xander—. Porque tengo algunas ideas.

Aquello era preocupante en muchos aspectos, y era tan propio de Xander que quise llorar o abrazarlo o hacer cualquier cosa menos enseñarle esa carpeta y obligarlo a hablarme de algo de lo que durante escaleras y toboganes había dejado muy claro que no quería hablar.

—¿Es tu padre? —le pregunté con suavidad—. ¿Isaiah Alexander?

Xander se volvió para mirarme. Luego, como si estuviera tomando una decisión muy seria, levantó la mano y me apretó la punta de la nariz con un dedo.

—¡Pip!

—No vas a distraerme —le dije. Algo más tierno y doloroso sustituyó la exasperación que habría sentido en una situación normal—. Venga, Xan. Soy tu MAHHPS. Habla conmigo.

—¡Pip-pip! —Xander volvió a presionarme la punta de la nariz—. ¿De qué es la otra H?

—Honorífica —contesté—. Me habéis hecho Hawthorne honorífica, vosotros, lo cual me convierte en tu mejor amiga Hawthorne honorífica para siempre. Así que venga, ¡habla!

—¡Pip-pip-piii!… —empezó a hacer Xander, pero me agaché antes de que pudiera volver a tocarme la nariz. Tras erguirme, le tomé la mano con cariño y se la apreté.

Se trataba de Xander, por eso no hubo ni rastro de acusación en mi voz cuando le hice la siguiente pregunta:

—¿Te has llevado la página que había en esta carpeta?

Xander sacudió la cabeza con énfasis.

—Ni siquiera sabía que Isaiah estuviera en la Lista. Aunque seguramente puedo decirte qué había en su carpeta. Me he pasado los últimos meses recopilando yo mismo una carpeta como esa.

En esa ocasión no reprimí el impulso de abrazarlo. Y fuerte.

—Eve me ha dicho que tiene un doctorado y que lo despidieron de un laboratorio Hawthorne —expliqué tras soltarlo.

—Eso viene a ser todo —contestó Xander con un tono alegre que era la copia de la copia de algo sincero—. Exceptuando las fechas. Pudiera ser que despidieran a Isaiah más o menos cuando fui concebido. ¿Quizá porque fui concebido? A ver, ¡tal vez no! Pero ¿igual?

«Pobre Xander», me dije. Pensé en lo que nos contó antes de empezar la partida de escaleras y toboganes.

—¿Por eso no te has puesto en contacto con él?

—No puedo llamarlo sin más. —Xander me lanzó una mirada lastimera—. ¿Y si me odia?

—Es imposible que alguien te odie, Xander —le dije, sintiendo que se me encogía el corazón.

—Avery, la gente me ha odiado toda la vida. —Hubo algo en su tono que me hizo pensar que muy poca gente comprendía qué significaba ser Xander Hawthorne.

—Nadie que te conociera —puntualicé con vehemencia.

Xander sonrió, y hubo algo en ese gesto que me dio ganas de llorar.

—¿Crees que está bien —empezó a decir, pareciendo más joven de lo que lo había visto nunca— que adorara esos juegos de los sábados por la mañana, que adorara crecer aquí, que adorara al gran y terrible

Tobias Hawthorne?

No podía contestarle a eso, ni a él ni a sus hermanos. No podía hacer que esos últimos días resultaran menos dolorosos. Sin embargo, sí podía decirle una cosa.

—No adorabas al gran y terrible Tobias Hawthorne. Adorabas al viejo.

—Yo era el único que sabía que se estaba muriendo. —Xander se volvió para coger algo parecido a un diapasón, pero no hizo ni un solo ademán de añadirlo a cualquier invento que estuviera montando—. Durante semanas se lo ocultó a todos los demás. Quiso que yo estuviera a su lado al final, ¿y sabes qué me dijo? ¿Sabes qué fue lo último que me dijo?

—¿Qué? —pregunté en voz baja.

—«Cuando esto termine, sabrás qué clase de hombre fui… y qué clase de hombre quieres ser tú».

CAPÍTULO 41

Volví al solárium con las manos vacías y habiendo llegado a otro callejón sin salida. «Volveré a llamarte», resonó en mi mente. Aquella siniestra promesa resonaba en mi mente cuando doblé un recodo y vi al guardaespaldas de Eve. Le hice un gesto, me volví para mirar un segundo a Oren, y luego abrí la puerta del solárium.

En el interior, Eve estaba sentada en el suelo ante los contenidos esparcidos de una carpeta y con el móvil en la mano. «Está haciendo fotos», observé.

—¿Qué haces? —pregunté sorprendida.

Eve levantó la mirada.

—¿Y a ti qué te parece? —Se le rompió la voz—. Necesito dormir. Sé que necesito dormir, pero no puedo parar. Y no puedo sacar estas carpetas de aquí, así que había pensado… —Negó con la cabeza, los ojos se le anegaron de lágrimas y el pelo ambarino le ocultó el rostro —. Da igual. Es una tontería.

—No es una tontería —le dije.

Todos necesitábamos dormir.

Fui al ala de Jameson antes de volver a la mía. Tampoco estaba allí. Recordé cuando descubrí que mi madre no era quien yo creía que era. Me había sentido como si estuviera llorando su muerte de nuevo, y lo único que me había ayudado había sido Libby recordándome qué clase de persona había sido mi madre, demostrándome que yo la había conocido en todos los aspectos importantes.

Ahora bien, ¿qué podía decirle a Jameson o a Xander o a cualquiera de ellos sobre Tobias Hawthorne? ¿Que realmente fue brillante? ¿Un estratega? ¿Que tenía algún mínimo atisbo de conciencia? ¿Que había querido a su familia, aun habiéndolos desheredado por una desconocida?

«Cuando esto termine, sabrás qué clase de hombre fui… y qué clase de hombre quieres ser tú». Pensé en las últimas palabras que el multimillonario le había dicho a Xander. Cuando termine ¿el qué? ¿Cuando Xander encontrara a su padre? ¿Cuando se hubieran llevado a cabo todos los juegos que Tobias Hawthorne había planeado antes de morir?

Aquel pensamiento atrajo mi mirada hacia la cartera de piel que tenía encima de la cómoda. El repugnante acertijo del captor de Toby y la esperanza, por mínima que fuera, de estar acercándonos a resolverlo llevaba dos días consumiéndome. Sin embargo, la verdad era que por mucho que hubiéramos reflexionado no habíamos llegado a ninguna parte. Seguramente lo había diseñado todo para que no nos llevara a ninguna parte hasta que el acertijo estuviera completo.

«Volveré a llamarte», recordé.

Odiaba todo eso. Necesitaba una victoria. Una distracción. «Cuando esto termine, sabrás qué clase de hombre fui», las palabras resonaron en mi mente. Me acerqué a la cómoda con mucha calma, pensando en Tobias Hawthorne y en esas carpetas, y cogí la cartera.

Moviéndome metódicamente, coloqué los objetos que todavía no había utilizado. «El vaporizador. La linterna. La toalla de playa. El círculo de cristal», enumeré. Luego dije en voz alta la última pista que Jameson y yo habíamos descubierto:

—«No respires».

Vacié la mente. Al cabo de un momento, posé la mirada en la toalla y luego en el círculo de cristal verdiazulado. «Ese color. Una toalla. No respires», pensé.

Con una claridad repentina y visceral, supe qué tenía que hacer.

Una persona dejaba de respirar cuando tenía miedo, estaba sorprendida, anonadada, intentaba no hacer ruido, se encontraba rodeada de humo… o estaba debajo del agua.

CAPÍTULO 42

Un sensor de movimiento se activó cuando puse los pies en el patio. Mentalmente, en lo que el corazón tarda en latir una sola vez, vi la piscina como si fuera de día, con la luz reflejándose en el agua, los azulejos del fondo confiriéndole el impresionante verdiazulado del Mediterráneo.

El mismo tono del trozo de cristal que llevaba en la mano derecha. Sujetaba la toalla con la izquierda. Era evidente que aquello requeriría mojarse.

Por la noche, el agua era más oscura y estaba más llena de sombras. Oí a Grayson nadando antes de verlo y sentí el momento exacto en el que él detectó mi presencia.

La mano de Grayson Davenport Hawthorne golpeó el borde de la piscina. Se irguió de inmediato.

—Avery. —Habló en voz baja, pero retumbó en la quietud de la noche—. No deberías estar aquí. —No añadió «conmigo»—. Tendrías que estar durmiendo.

Grayson y sus «deberías» y «tendrías». «Los Hawthorne no pueden romperse. —Su voz habló en las profundidades de mi recuerdo—. Y yo menos que nadie».

Me quité de encima el recuerdo tanto como pude.

—¿Hay alguna luz aquí fuera? —pregunté. No quería tener que lidiar con un entorno que se quedara a oscuras cada vez que me estuviera demasiado quieta. Y no lograba mirar a Grayson, a sus ojos claros y penetrantes, tal como lo hice esa noche.

—Hay un panel de control en el porche.

Me las arreglé para encontrarlo y encender las luces de la piscina, pero acabé activando también una fuente sin querer. El agua se propulsó hacia arriba en un arco magnífico mientras la luz de la piscina iba cambiando de color: rosa, lila, azul, verde, violeta. Era como ver fuegos artificiales. Como cosa de magia.

Sin embargo, no había bajado allí a hacer magia. Un toque apagó la fuente. Otro detuvo la rueda de colores de las luces.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Grayson, y supe que me estaba preguntando por qué estaba allí, con él.

—¿Jameson te ha contado lo de la cartera que me dejó vuestro abuelo? —pregunté.

Grayson se apartó de la pared, moviendo el agua mientras valoraba su respuesta.

—Jamie no me lo cuenta todo. —Los silencios de las afirmaciones de Grayson siempre hablaban a gritos—. Siendo sinceros, hay bastantes cosas que yo tampoco le cuento a él.

Esa referencia fue lo máximo que se había acercado a mencionar esa noche en la bodega, las cosas que me confesó.

Sujeté en alto el círculo de cristal.

—Este es uno de los objetos que contiene la cartera que tu abuelo dio orden de que se me entregara en caso de que Eve y yo nos conociéramos. También había…

—¿Qué has dicho? —Sin previo aviso, Grayson salió del agua impulsándose con los brazos. Era octubre y la noche, lo suficientemente fresca para que estuviera muriéndose de frío, pero representó muy bien el papel de alguien absolutamente incapaz de sentir frío.

—Conocer a Eve activó uno de los juegos de tu abuelo.

—¿El viejo lo sabía? —Grayson estaba tan quieto que si las luces de la piscina no hubieran estado encendidas, habría desaparecido en la oscuridad—. ¿Mi abuelo sabía de la existencia de Eve? ¿Sabía que Toby tenía una hija?

Tragué saliva.

—Sí.

Todos los músculos del cuerpo de Grayson se quedaron rígidos.

—El viejo lo sabía —repitió airado—. ¿Y la dejó allí? ¿Lo sabía y no nos dijo ni una maldita palabra al respecto a ninguno de nosotros? —Grayson se me acercó a grandes zancadas y luego pasó de largo. Se apoyó contra la pared del porche, con las palmas abiertas y los músculos de la espalda tan tensos que parecía que los omoplatos fueran a rasgarle la piel.

—¿Grayson? —No dije nada más. No tenía claro qué más podía decir.

—Siempre me había dicho que el viejo nos quería —afirmó Grayson con la precisión de un cirujano cortando la parte sana para llegar a la enferma—. Que si nos medía con estándares imposibles era por el noble objetivo de forjar a sus herederos como lo que teníamos

que ser. Y si el gran Tobias Hawthorne era más duro conmigo que con mis hermanos, me decía a mí mismo que era porque yo tenía que ser más. Creí que me había inculcado el honor y el deber porque él era honorable, porque sentía el peso de su deber y quería prepararme para ello.

Grayson le pegó un golpazo a la pared con tanta fuerza que la áspera superficie le cortó la mano.

—Pero ¿qué pasa con lo que hizo? ¿Los sucios secretos que esconden esas carpetas? ¿Saber de la existencia de Eve y permitir que la criaran unas personas que la trataban como si fuera un ser inferior? ¿Fingir que nuestra familia no le debía nada a la hija de Toby? No hay nada honorable en eso. —Grayson se estremeció—. ¡Absolutamente nada!

Pensé en cómo Grayson no se había permitido nunca a sí mismo romperse porque sabía cómo era el hombre que se esperaba que fuera. Pensé en Jameson diciéndome que Grayson siempre había sido tan perfecto…

—No sabemos cuánto hace que tu abuelo sabía de la existencia de Eve —le dije—. Y si lo descubrió hace poco, si sabía que se parecía a Emily, quizá pensó que sería demasiado doloroso…

—Quizá pensó que yo era demasiado débil. —Grayson se volvió para mirarme—. Eso es lo que intentas decir, Avery, por mucho que te esfuerces en que parezca otra cosa.

Me acerqué un paso a él.

—La pena no te hace débil, Grayson.

—El amor lo hace. —La voz de Grayson se volvió tremendamente grave—. De mí se esperaba que estuviera por encima de todo eso. Emociones. Vulnerabilidad.

—¿Por qué tú? —pregunté—. ¿Por qué no Nash? Él es el mayor. ¿Por qué no Jameson o Xan…?

—¡Porque tenía que ser yo! —Grayson cogió aire con dificultad. Prácticamente pude verlo luchar por volver a cerrar de un portazo la jaula que encerraba sus emociones—. Durante toda mi vida, Avery, tenía que ser yo. Por eso yo tenía que ser mejor, por eso tenía que sacrificarme y ser honorable y poner a la familia por delante de todo, por eso nunca pude perder el control, porque el viejo no iba a estar aquí para siempre, y tenía que ser yo quien tomara las riendas cuando él faltara.

«Tenía que ser Grayson —pensé—. Y no yo». Había pasado un año y parte de Grayson todavía no había podido quitarse aquello de la cabeza, aun sabiendo que el viejo jamás tuvo la intención de legarle su fortuna.

—Y lo entendí, Avery, de verdad; entendí por qué el viejo pudo mirar a su familia, mirarme a mí, y decidir que no éramos dignos de su legado. —A Grayson le tembló la voz—. Entendí por qué pensó que yo no era lo bastante bueno, y tú sí lo eras. Pero si el gran Tobias Hawthorne no era honorable, si jamás encontró una línea que no pudiera cruzar por su propio beneficio egoísta, si «primero la familia» solo era una asquerosa mentira que me hizo tragar, entonces, ¿por qué? —Grayson me miró a los ojos—. ¿Qué sentido tiene nada de todo esto, Avery?

—No lo sé. —Mi voz sonó tan cruda como la suya. Dudando, volví a sujetar en alto el círculo de cristal—. Pero quizá hay más, quizá hay una pieza del rompecabezas que no conocemos…

—Más juegos. —Grayson volvió a golpear la pared con la mano—. El viejo bastardo lleva un año muerto y sigue tirando de los hilos.

Sujetando el círculo de cristal con la mano derecha, solté la toalla que llevaba en la izquierda e hice ademán de tocarlo.

—No —dijo Grayson con dificultad. Se volvió para alejarse de mí —. Ya te lo dije una vez, Avery: estoy roto. No voy a romperte a ti también. Vuelve a la cama. Olvídate de ese trozo de cristal y del resto de las cosas que contiene esa cartera. Deja de jugar a los juegos del viejo.

—Grayson…

—En serio, para.

Aquello sonó más definitivo de lo que nunca nada había sonado entre nosotros. No dije nada. No lo seguí. Y cuando el modo en que me había dicho que parara resonó en mi mente, pensé en Jameson, que nunca paraba.

Pensé en la persona que yo era con Jameson.

Me acerqué al agua. Me quité los pantalones y la camisa, a regañadientes dejé el cristal en el borde de la piscina y me zambullí.

CAPÍTULO 43

Nadé a toda velocidad con los ojos abiertos. El mosaico verdiazulado del fondo de la piscina me atrajo hacia sí, iluminado por las luces que yo misma había encendido. Nadé hasta estar más cerca y recorrí los azulejos con la mano, observándolo todo: ese color, la suavidad, la variación en el corte y el tamaño de los diminutos azulejos, la disposición en que los habían colocado, casi en espiral.

Me impulsé contra el fondo y, cuando salí a la superficie, nadé hasta el borde. Agarrando el cristal con una mano, con la otra me ayudé con el borde hasta llegar al extremo menos profundo. De pie, sumergí el cristal y luego me hundí yo. «No respires», recordé.

A través del filtro del cristal, los azulejos verdiazulados desaparecieron. Debajo de ellos pude ver un patrón más simple: cuadros, algunos de ellos claros y otros oscuros. «Un tablero de ajedrez», comprendí.

Siempre había un momento en esos juegos en el que me abrumaba la sensación casi física de que Tobias Hawthorne nunca jamás había hecho algo sin capas y capas de intenciones. De todas esas ampliaciones hechas en la Casa Hawthorne, ¿cuántas contenían uno de sus trucos a la espera del juego adecuado?

«Trampas y más trampas —me había dicho Jameson una vez—. Y acertijos tras acertijos».

Subí a respirar con la imagen del tablero de ajedrez grabada a fuego en la mente. Pensé en Grayson diciéndome que no jugara; en Jameson, que tendría que haber estado jugando a mi lado. Y luego despejé la mente de todo eso. Pensé en las pistas que habían precedido a esta: el gambito de dama, que me llevó al juego de ajedrez regio, que me condujo a «No respires». Volví a sumergirme, volví a empuñar el cristal y, mentalmente, llené los recuadros con las piezas.

Visualicé el gambito de dama. P4D. P4D. P4AD.

Negándome a pestañear, memoricé las ubicaciones de los

recuadros relacionados con esos movimientos y luego salí a respirar. Deposité el cristal en el borde de la piscina de nuevo, me erguí y el aire nocturno atizó un golpe brutal a mi sistema.

«P4D», pensé. Con absoluta determinación, volví a sumergirme hasta el fondo. Por mucho que empujara y tocara los azulejos del mosaico que formaban el primer recuadro, no pasó nada. Nadé hasta el segundo, y nada. Luego volví a subir para respirar, nadé hasta el lateral, volví a erguirme, tiritando, temblando, preparada.

Cogí aire y volví a zambullirme. «P4AD», me dije. La ubicación del último movimiento del gambito de dama. Esta vez, cuando empujé de nuevo los azulejos, uno giró, chocó contra el siguiente y el siguiente, como si fuera un maravilloso mecanismo de relojería.

Observé el efecto dominó, pieza a pieza, sin atreverme siquiera a pestañear por miedo a que, sucediera lo que sucediese, solo durara un instante. El último azulejo rotó y toda la sección —el recuadro que había visto a través del cristal— subió. Con los pulmones empezando a arderme, metí los dedos debajo. Y noté algo.

«Casi. Casi», me espoleé.

El cuerpo me decía que regresara a la superficie —me ordenaba a gritos que subiera a la superficie—, pero yo volví a meter los dedos debajo del azulejo. Esta vez logré sacar un paquete plano, justo un instante antes de que el compartimento empezara a cerrarse.

Me impulsé, pateé el suelo, y luego salí a la superficie del agua como una exhalación. Di una bocanada de aire con dificultad, sin aliento, ahogándome en el aire nocturno que absorbía sin parar. Nadé hasta el borde de la piscina. Esta vez, cuando busqué el borde con la mano, otra sujetó la mía.

Jameson me sacó del agua.

—«No respires» —murmuró.

No le pregunté dónde había estado o ni siquiera si estaba bien. Me limité a enseñarle el paquete que había sacado del fondo de la piscina.

Jameson se agachó para recoger la toalla de playa y me envolvió con ella.

—Bien hecho, Heredera. —Sus labios rozaron los míos y el mundo se me antojó cargado, rebosante de expectativas y la adrenalina de la caza. Así teníamos que ser nosotros: sin huir, sin escondernos, sin recriminarnos nada, sin arrepentirnos de nada.

Solo nosotros, preguntas y respuestas y lo que éramos capaces de hacer cuando estábamos juntos.

Hice ademán de abrir el paquete y descubrí que estaba cerrado al vacío. Jameson sacó una daga. La reconocí. Era la daga del juego de la bailarina de cristal hecha añicos.

La cogí y abrí el paquete. En el interior había una bolsa ignífuga. Abrí su cierre y me encontré una fotografía amarillenta. Tres personas —todas ellas mujeres— estaban de pie ante una iglesia de piedra inmensa.

—¿Las reconoces? —le pregunté a Jameson.

Él negó con la cabeza y le di la vuelta a la foto. Detrás, escrito con los garabatos acostumbrados de Tobias Hawthorne, había un lugar y una fecha. «Margaux, Francia. 19 de diciembre de 1973».

Llevaba suficiente tiempo jugando a los juegos del multimillonario para que mi cerebro registrara de inmediato a la fecha. 19/12/1973. Y luego estaba la ubicación.

—¿Margaux? —pregunté en voz alta—. ¿Pronunciado como «Margo»?

Aquello podía significar que estábamos buscando a una persona que se llamara así. Claro que, tratándose de un juego Hawthorne, podía significar infinidad de cosas más.

CAPÍTULO 44

Jameson me metió en una ducha de agua caliente y mi mente trabajó a toda velocidad. Descifrar una pista requería separar el significado de la distracción. Ahí había cuatro elementos: la fotografía, el nombre «Margaux», la ubicación de Francia y la fecha, que podría ser una fecha de verdad o podría ser un número que desentrañar.

Con toda probabilidad, alguna combinación de esos cuatro elementos tenía sentido, y el resto eran meras distracciones, ahora bien, ¿cuál era cuál?

—Tres mujeres. —Jameson colgó una toalla, caliente gracias al radiador toallero, por encima de la mampara de cristal de la ducha—. Una iglesia de fondo. Si escaneamos la foto, podríamos intentar hacer una búsqueda a partir de la imagen…

—… lo cual solo nos ayudaría —proseguí yo, mientras el agua ardiente me abrasaba la piel helada— si existiera una copia exacta de la imagen en internet. —Aun así, merecía la pena intentarlo—. Deberíamos procurar ubicar la iglesia, descubrir cómo se llama —murmuré; el vaho espesaba el aire que me rodeaba—. Y podemos hablar con Zara y Nana. Ver si reconocen a alguna de las tres mujeres.

—O el nombre Margaux —añadió Jameson. A través de la puerta de cristal empañada, solo era un borrón de color: largo, esbelto, tan familiar que me hacía estremecer.

Cerré la ducha cenital. Me envolví el cuerpo con la toalla y planté los pies en la alfombrilla del baño. Jameson me miró a los ojos, tenía el rostro iluminado por la luz de la luna que se filtraba por la ventana, su pelo era un embrollo en el que mis dedos querían perderse.

—También tenemos que tener en cuenta la fecha —murmuró—. Y el resto de los objetos que hay en la cartera.

—Un vaporizador, una linterna, una memoria USB —enumeré—. Podríamos probar el vaporizador y la linterna con la foto… y la bolsa que la contenía.

—Quedan tres objetos. —Las comisuras de los labios de Jameson se curvaron hacia arriba—. Y los tres que ya hemos usado. Eso nos deja a medio camino, y mi abuelo diría que es un buen punto para alejarse un poco. Volver al inicio. Valorar el enfoque y el ataque.

Sentí como mis propios labios se separaban e imitaban su gesto.

—No había instrucciones. Ni pregunta, ni punto de partida.

—Ni pregunta ni punto de partida. —La voz de Jameson sonaba grave y sedosa—. Pero sí sabemos el desencadenante. Conociste a Eve. —Jameson masticó esas palabras un momento y luego se dio la vuelta. Sus ojos verdes parecían concentrados en algo que nadie más que él era capaz de ver, como si una multitud de posibilidades se abrieran de pronto ante él como constelaciones en el cielo—. El inicio del juego fue desencadenado cuando conociste a Eve, lo cual quiere decir que este juego podría decirnos algo sobre ti o sobre Eve, algo que explique por qué mi abuelo te escogió a ti en lugar de a Eve, o…

Jameson se volvió de nuevo, enredado en la telaraña de sus propios pensamientos. Era como si el resto del mundo hubiera dejado de existir, incluso yo.

—O… —repitió, como si eso fuera la respuesta—. Al principio no lo vi —dijo con la voz grave y colmada de una energía electrizante—, pero ahora que parece que el viejo podría estar en el centro de nuestro ataque actual… —La mirada de Jameson volvió de golpe al mundo real—. ¿Y si…?

Jameson y yo vivíamos por esas dos palabras: «¿Y si…?». Ahora las sentía.

—¿Crees que podría haber una relación —planteé— entre el juego que tu abuelo me dejó y todo lo demás?

«El secuestro de Toby. El viejo que sentía debilidad por los acertijos. Alguien arremetiendo contra mí desde todos los flancos», reflexioné.

Mi pregunta devolvió a Jameson a la tierra y buscó mis ojos con los suyos.

—Creo que te han entregado este juego porque Eve se ha presentado aquí. Y la única razón por la que Eve ha venido aquí es porque había problemas. Si no hay problemas, no hay Eve. Si no hubieran secuestrado a Toby, ella no estaría aquí. Mi abuelo siempre pensaba siete pasos por adelantado. Veía docenas de versiones distintas de cómo podían desarrollarse las cosas, hacía planes contemplando absolutamente todas las posibilidades, trazaba estrategias para todos y cada uno de los posibles futuros.

A veces, cuando los chicos hablaban del viejo, lo hacían parecer más que mortal. Sin embargo, había límites en lo que una persona

podía anticipar, límites incluso para la estrategia de la mente más brillante de todas.

Jameson me cogió el mentón con la mano y me inclinó la cabeza hacia atrás con dulzura, acercando mi rostro al suyo.

—Piénsalo, Heredera. ¿Y si la información que necesitamos para descubrir quién se ha llevado a Toby en realidad está en este juego?

Se me hizo un nudo en la garganta. Sentí por todo el cuerpo el efecto de la esperanza, con una fuerza física.

—¿De veras crees que es posible? —pregunté, y se me rompió la voz.

Los ojos de Jameson se llenaron de sombras.

—Quizá no. Quizá me estoy pasando. Quizá solo estoy viendo lo que quiero ver, viéndolo a él como querría verlo.

Me acordé de las carpetas, de Jameson desapareciendo por los pasadizos secretos de la Casa Hawthorne.

—Estoy aquí —le recordé con dulzura—. Estoy aquí contigo, Jameson Hawthorne. —«Deja de huir», añadí para mis adentros.

Jameson se estremeció.

—Di Tahití, Heredera.

Le coloqué la mano al lado del cuello.

—Tahití.

—¿Quieres saber lo peor? Porque lo peor no es saber lo que mi abuelo habría hecho, e hizo, para ganar. Es saber en lo más hondo de mi ser y de mi corazón, saber con cada fibra de mi cuerpo, por qué. Es saber que todo lo que hizo con tal de ganar, yo también lo habría hecho.

«Jameson Winchester Hawthorne es insaciable», me había dicho Skye durante mis primeras semanas en la Casa Hawthorne. Grayson era cumplidor y Xander era brillante, pero Jameson había sido el favorito del viejo porque Tobias Hawthorne también había nacido insaciable.

Me dolió verlos parecidos.

—No digas eso, Jameson.

—Para él todo era pura estrategia —dijo Jameson—. Él veía conexiones que pasaban desapercibidas para otras personas. El resto jugaba al ajedrez en dos dimensiones, pero Tobias Hawthorne veía la tercera, y, cuando reconocía un movimiento ganador, se lanzaba a por él.

«No hay nada más Hawthorne que ganar», pensé.

—Solo porque pudieras haberlo hecho —le dije con vehemencia— no significa que lo hubieras hecho.

—¿Antes de ti, Heredera? Desde luego que lo habría hecho. —Su

voz era intensa—. Ahora ni siquiera puedo odiarlo. Es parte de mí. Está dentro de mí. —Jameson me acarició el pelo con suavidad y luego se lo enredó entre los dedos—. Pero, por encima de todo, no puedo odiarlo, Avery Kylie Grambs, porque te trajo a mí.

Jameson necesitaba que lo besara, y yo también lo necesitaba. Cuando finalmente se separó de mí —solo un centímetro, luego un par—, mis labios ardían por los suyos. Me acercó los labios a la oreja.

—Y, ahora, volvamos al juego.

CAPÍTULO 45

Trabajamos casi hasta el alba, dormimos un poco y nos levantamos entrelazados. Hablamos con Nana y con Zara, jugamos con los números, identificamos la iglesia, que ni siquiera estaba en Francia, y todavía menos en Margaux. Volvimos a los objetos de la cartera que todavía no habíamos utilizado: el vaporizador, la linterna, la memoria USB.

Para cuando se hizo media mañana, estábamos atascados en un bucle.

Como si hubiera adivinado que necesitábamos algo para despejarnos, Xander le escribió un mensaje a Jameson. El chico me enseñó el móvil para que pudiera leerlo. «911».

—¿Una emergencia? —pregunté.

—Más bien una citación —me aclaró Jameson—. Venga.

Llegamos hasta el pasillo antes de encontrarnos con Nash, que estaba saliendo del cuarto de Libby con la ropa que llevaba puesta el día anterior y con una bolita de caos y pelo marrón agitándose entre sus manos.

—Espero de corazón que no hayas intentado darle este cachorrito increíblemente adorable a mi hermana —le dije.

—No lo ha hecho. —Libby se plantó en pantuflas en el pasillo vistiendo una camiseta de DESAYUNO MADRUGADORES y unos pantalones de pijama negros—. No es tan inconsciente. Esta perrita es una Hawthorne. —Libby alargó la mano y le acarició la oreja a la cachorra—. Nash la encontró en un callejón, unos imbéciles borrachos la estaban pinchando con un palo. —Conociendo a Nash como lo conocía, dudaba de que los imbéciles borrachos hubieran salido bien parados—. La salvó —continuó Libby, dejando caer la mano—. Es lo que él hace.

—No sé qué decirte, cielo —contestó Nash, rascando a la cachorra con los ojos fijos en mi hermana—. Yo estaba bastante mal. Lo mismo

ella me salvó a mí.

Me imaginé a Nash de pequeño observando a Skye con sus hermanos de bebés, viendo cómo se deshacía de ellos. Y luego pensé en cuando Libby me acogió.

—¿Has recibido el nueve, uno, uno de Xander? —le preguntó Jameson a su hermano.

—Desde luego —contestó Nash arrastrando las palabras.

—¿El nueve, uno, uno? —Libby frunció el ceño—. ¿Xander está bien?

—Nos necesita —le explicó Nash a mi hermana, dejando que la cachorrita le lamiera la barbilla—. Solo podemos enviar uno al año cada uno. Cuando uno recibe un mensaje como este, da igual dónde esté o lo que esté haciendo. Lo deja todo y acude.

—Lo que Xander no nos ha dicho todavía es adónde tenemos que ir —añadió Jameson.

Justo entonces el teléfono de Jameson vibró; el de Nash también. Una serie de mensajes llegaron en rápida sucesión. Jameson inclinó su teléfono hacia mí para que pudiera verlos.

Xander había mandado cuatro fotografías, todas ellas contenían una ilustración. La primera era un corazón con la palabra CARA escrita en el centro. Pasé a la segunda imagen y fruncí el ceño.

—¿Es un mono yendo en bicicleta?

Libby se acercó a Nash y le sacó el móvil del bolsillo. Hubo algo íntimo en esa acción, en el modo en que él se lo permitió, en cómo ella sabía que él le dejaría.

—El mono parece estar diciendo «¡AAAAAA!» —comentó Libby.

Nash miró la imagen.

—Podría ser un lémur —opinó.

Negué con la cabeza y miré la tercera imagen: Xander había dibujado un pato. La cuarta imagen era un elefante saltando con un pogo saltarín y exclamando «¡EEEEEE!».

Miré a Jameson.

—¿Tienes idea de qué significa esto?

—Como ya hemos dicho anteriormente, nueve, uno, uno significa que Xander nos está citando —dijo Jameson—. Siguiendo las normas Hawthorne, esta citación no se puede ignorar. Y respecto a las imágenes…, dedúcelo tú misma, Heredera.

Volví a mirar las imágenes. El corazón: «CARA». Los animales chillando «¡AAAAAA!» y «¡EEEEEE!», respectivamente.

—El pato es una oca, si te ayuda —me dijo Nash. La cachorrita ladró.

«Cara». «Aaa». «Oca». «Eee», pensé. Y luego lo junté.

—Dime que es una broma —le pedí a Jameson.
—¿Qué? —preguntó Libby.
Jameson soltó una risita.
—Los Hawthorne jamás bromean con los karaokes.

CAPÍTULO 46

Cinco minutos más tarde, estábamos en el teatro Hawthorne. Que no era como el auditorio Hawthorne, este tenía un escenario, un telón de terciopelo rojo, un patio de butacas, un palco…; todo el tinglado.

Xander estaba de pie en el escenario, con un micrófono en la mano. Tenía una pantalla colocada detrás de él y seguro que había un proyector en algún lado, porque había un «¡911!» danzando en la pantalla.

—Lo necesito —anunció Xander a través del micrófono—. Y vosotros también. Todos lo necesitamos. Nash, tengo preparado todo lo de Taylor Swift para ti. Jameson, prepárate para liberar esos pasos de baile porque este escenario está gritando tu nombre, y todos sabemos que tus caderas son absolutamente incapaces de mentir. Y en cuanto a Grayson… —Xander hizo una pausa—. Eh, ¿dónde está Gray?

—¿Grayson Hawthorne escaqueándose de un karaoke? —dijo Libby—. No me lo creo, en serio. ¡No me lo creo!

—Gray tiene una voz tan profunda y aterciopelada que te hará derramar lágrimas de verdad cuando cante algo tan anticuado que acabarás pensando que se pasó los años cincuenta vistiendo los trajes más elegantes y juntándose con su coleguita, Frank Sinatra —aseguró Xander. Luego miró a sus hermanos—. Pero Gray no está aquí.

Jameson me miró.

—No se puede ignorar un mensaje de nueve, uno, uno —me dijo—. Bajo ningún concepto.

—¿Dónde está Grayson? —preguntó Nash.

Y entonces fue cuando lo oí: un ruido a medio camino entre un golpe y madera haciéndose astillas.

Jameson salió corriendo hacia el pasillo. Se escuchó otro golpe.

—La sala de música —nos dijo.

Xander bajó de un salto del escenario.

—¡Mi dueto tendrá que esperar!

—¿Con quién ibas a hacer el dueto? —preguntó Libby.

—¡Conmigo mismo! —chilló Xander mientras corría hacia la puerta. Nash, sin embargo, lo detuvo.

—Quédate aquí, Xan. Deja que vaya Jamie. —Nash me miró y añadió—: Ve tú también, chiquilla.

No sé qué pensaba Nash que estaba pasando ahí, ni por qué parecía tan seguro de que éramos Jameson y yo quienes Grayson necesitaba.

—Mientras tanto —le dijo Nash a Xander—, dame ese micrófono.

Mientras Jameson y yo recorríamos el pasillo, el sonido de una música de violín dolorosamente bonita empezó a inundarlo todo. La puerta de la sala de música estaba abierta y, cuando me planté en ella, vi a Grayson colocado delante de un ventanal con banco, vistiendo traje pero sin la americana, con la camisa desabotonada y un violín bajo el mentón. Su postura era perfecta y sus movimientos fluidos.

Delante de él, el suelo estaba cubierto de astillas de madera.

No me acordaba de cuántos violines tremendamente valiosos había adquirido Tobias Hawthorne con el objetivo de «cultivar» las habilidades musicales de su nieto, pero parecía que Grayson acababa de destruir al menos uno.

La pieza llegó a la nota final, tan aguda y dulce que resultaba casi insoportable. Luego se hizo el silencio cuando Grayson bajó el violín, se apartó un paso del ventanal y volvió a levantar el instrumento… por encima de la cabeza.

Jameson agarró a su hermano por el antebrazo.

—No. —Durante un momento, los dos forcejearon, tristeza y furia —. ¡Gray! Solo te estás haciendo daño a ti mismo. —Aquello no tuvo ningún efecto, de modo que Jameson se lanzó a la yugular—: Estás asustando a Avery. Y te has perdido el nueve, uno, uno de Xander.

Yo no estaba asustada. Grayson jamás podría darme miedo…, pero sí podía hacerme sentir dolor por él.

Muy despacio, Grayson bajó el violín.

—Pido disculpas —me dijo con una voz casi demasiado tranquila —. Lo que he estado destruyendo es propiedad tuya.

Mi «propiedad» me traía sin cuidado.

—Tu forma de tocar es preciosa —le dije a Grayson, reprimiendo la necesidad de echarme a llorar.

—La belleza se da por hecho —replicó Grayson—. La técnica sin virtuosismo no tiene ningún valor. —Bajó la mirada hacia los restos

del violín que había destruido—. La belleza es un engaño.

—Algún día, recuérdame que te tome el pelo por lo que acabas de decir —le pidió Jameson.

—Dejadme —nos ordenó Grayson, dándonos la espalda.

—De haber sabido que montábamos una fiesta —comentó Jameson con voz burlona—, habría pedido que nos trajeran comida.

—¿Una fiesta? —pregunté.

—Una fiesta de autocompasión. —Jameson esbozó una risita—. Veo que te has vestido para la ocasión, Gray.

—Tienes razón. —Grayson se encaminó hacia la puerta—. Esto es autocomplaciente. Una absoluta bajeza viniendo de mí.

Jameson alargó el pie para hacerle la zancadilla, y ya no hizo falta nada más. En ese momento comprendí por qué Nash había mandado a Jameson. A veces, Grayson Davenport Hawthorne necesitaba pelearse…, y Jameson estaba mucho más que encantado de ofrecerse voluntario.

—Suéltalo todo —dijo Jameson, arremetiendo con la cabeza contra el estómago de Grayson—. Pobre bebito.

Tobias Hawthorne no solo había dado por hecho la belleza. Los cuatro nietos Hawthorne también eran casi condenadamente letales.

Grayson se colocó a Jameson a la espalda y luego entró a matar. Yo conocía suficientemente bien a Jameson para darme cuenta de que se había limitado a dejarse atrapar.

Todos los músculos del cuerpo de Grayson estaban en tensión.

—Pensaba que nosotros le habíamos fallado a él —confesó con voz grave—. Pensaba que no éramos suficiente. Que yo no era suficiente, que no era digno. Pero, dime, Jamie: ¿de qué narices teníamos que ser dignos?

—Él jugaba para ganar —contestó Jameson, apretando los dientes debajo de su hermano—. Siempre. Ahora no me dirás que te sorprende.

—Tienes razón. —Grayson no soltó a su presa—. Era despiadado. Nos educó para ser iguales. Sobre todo a mí.

Jameson miró a su hermano a los ojos.

—Al cuerno lo que él quería. ¿Qué quieres tú, Gray? Porque ambos sabemos que no te has permitido querer nada en muchísimo tiempo.

Los dos hermanos estaban atrapados en una competición de fulminar con la mirada: ojos grises argénteos contra verde oscuro, unos entrecerrados y los otros abiertos como platos.

Grayson fue el primero en bajar la mirada, pero no apartó el brazo del cuello de Jameson.

—Quiero recuperar a Toby. Por Eve. —Se hizo una pausa y, luego,

Grayson giró la cabeza para mirarme, la luz se reflejaba en su pelo rubio y casi parecía un halo—. Por ti, Avery.

Cerré los ojos, solo un instante.

—Jameson cree, ambos creemos, que podría haber una relación entre el secuestro de Toby y el juego que me dejó vuestro abuelo. Que podría decirnos algo.

Grayson volvió a fijar la mirada en la de su hermano, luego soltó a su presa y se puso en pie de golpe.

Yo continué:

—Sé que no querías jugar…

—Lo haré —atajó Grayson, y sus palabras cortaron el aire. Alargó la mano hacia Jameson y lo levantó; se quedaron a unos pocos centímetros el uno del otro—. Jugaré y ganaré —añadió Grayson con la fuerza de una ley absoluta—, porque somos quienes somos.

—Y siempre lo seremos —replicó Jameson.

Daba igual lo muy unida que llegara a estar a los hermanos Hawthorne, ellos siempre compartirían cosas que yo apenas podría comprender.

—Toma, Heredera. —Jameson rompió el contacto visual con su hermano, se sacó la fotografía del bolsillo y me la entregó—. Tú encontraste esta pista. Eres tú quien debería explicarla.

Aquello me pareció importante: Jameson acercándome a Grayson en lugar de apartarme.

Le tendí la foto y los dedos de Grayson rozaron los míos al cogerla.

—No sabemos quiénes son estas mujeres —dije—. Hay una fecha detrás. Un pie de foto. Podemos contarte lo que ya hemos hecho.

—No será necesario. —La mirada de Grayson era afilada—. ¿Qué otras cosas había dentro de la cartera que te dejó nuestro abuelo?

Fui a buscarla y, cuando volví, Grayson y Jameson estaban un poco más separados. Ambos respiraban con algo de dificultad y las expresiones de sus rostros hicieron que me preguntara qué es lo que había podido ocurrir entre ellos mientras yo no estaba.

—Toma —dije, ignorando la tensión que había en la sala. Saqué los tres objetos que quedaban del juego, enumerándolos al hacerlo—: Un vaporizador, una linterna y una memoria USB.

Grayson colocó la fotografía al lado de los otros objetos. Tras lo que se me antojó una pequeña eternidad, le dio la vuelta a la fotografía y volvió a leer el pie de foto.

—La fecha nos da números —sentenció Jameson—. Un código o…

—No es un código —murmuró Grayson al tiempo que cogía el vaporizador—. Es un vino de crianza. —Sus ojos se dirigieron lenta pero inexorablemente hacia los míos—. Tenemos que bajar a la

bodega.

CAPÍTULO 47

Al abrir de un tirón la puerta de la bodega, me abrumaron los recuerdos de esa noche: la fiesta de cóctel, la maestría con que Grayson había espantado todo aquel que «solo quería un minuto» de mi tiempo para hablarme de una «oportunidad financiera única», la niñita de la piscina, Grayson arrojándose a la piscina para salvarla.

Todavía lo recordaba saliendo del agua, empapado y con el traje de Armani chorreando. Grayson ni siquiera pidió una toalla. Se comportó como si ni siquiera se hubiera mojado. Me acordaba de la gente hablando con él, de la niñita volviendo con sus padres. Me acordaba del breve atisbo que advertí en su rostro —sus ojos— justo antes de que desapareciera por aquella misma escalera.

Yo ya sabía que él no estaba bien, pero no tenía ni idea de por qué.

«Concéntrate en el juego», me dije. Intenté centrarme en el momento, en el aquí y ahora, con los dos. Jameson fue el primero en bajar los escalones de piedra de la escalera de caracol. Yo iba un escalón por detrás, pisando donde él pisaba, sin atreverme a mirar atrás, por encima del hombro, hacia Grayson.

«Limítate a encontrar la siguiente pista», me ordené. Dejé que aquello fuera mi motor, mi concentración, pero en cuanto llegamos al pie de la escalera de piedra, el descansillo quedó ante mis ojos: una sala de catas con una mesa de anticuario hecha de la más rica madera de cerezo. Las sillas descansaban a sendos lados de la mesa, los reposabrazos estaban tallados para que los extremos fueran leones: un par estaba en alerta, el otro rugía.

Y, así, se me llevaron los recuerdos.

«Las líneas del cuerpo de Grayson son verdadera arquitectura: sus hombros alineados, su cuello recto, aunque tiene la cabeza gacha y los ojos miran abajo. Un vaso de cristal descansa delante de él encima de la mesa. Tiene las manos extendidas a ambos lados del vaso y los músculos en tensión, como si fuera a levantarse en cualquier

momento.

»—No deberías estar aquí. —Grayson no aparta los ojos del vaso. Ni del líquido ambarino que se está bebiendo.

»—¿Acaso es cosa tuya decirme qué debería y qué no debería hacer? —replico. La pregunta se me antoja peligrosa. El mero hecho de estar ahí también, por razones que ni siquiera puedo empezar a explicar—. ¿Alguien te ha dicho algo? —le pregunto—. En la fiesta, ¿alguien te ha disgustado?

»—No es tan fácil disgustarme —dice Grayson, las palabras afiladas.

»Todavía no ha apartado los ojos del vaso y yo no puedo ahuyentar la sensación de que no debería estar viendo esa escena.

»Que nadie debería ver a Grayson Hawthorne así.

»—El abuelo de la niña. —El tono de Grayson es modulado, pero puedo verle la tensión reflejada en el cuello, como si las palabras quisieran salir a gritos de él, abriéndose paso a arañazos por su garganta—. ¿Sabes qué me ha dicho? —Grayson levanta el vaso y apura su contenido, hasta la última gota—. Me ha dicho que el viejo habría estado orgulloso de mí.

»Y ahí está, el motivo que ha llevado a Grayson a bajar ahí a beber a solas. Cruzo la bodega para sentarme enfrente de él.

»—Has salvado a la niña —le digo.

»—Inmaterial. —Los angustiados ojos argénteos encuentran los míos—. Era fácil de salvar. —Coge la botella, vierte exactamente dos dedos en el vaso, aquellos gélidos ojos suyos siguen atentos. Hay tensión en sus dedos, en sus muñecas, su cuello, su mandíbula—. La verdadera medida de un hombre es la cantidad de cosas imposibles que logra antes de desayunar.

»Comprendo de repente que Grayson está destrozado porque no cree que Tobias Hawthorne hubiera estado ni estaría orgulloso de él. Ni por salvar a la niña ni por ninguna otra cosa.

»—Ser digno de algo —continúa—, requiere ser valiente. —Vuelve a acercarse el vaso a los labios y bebe.

»—Eres digno de ello, Grayson —le aseguro, agarrándole las manos con las mías.

»Grayson no se aparta. Cierra los dedos para apretar los puños bajo mis manos.

»—He salvado a la niña. No salvé a Emily. —Esa afirmación es un hecho, una verdad marcada en su alma—. No te salvé a ti. —Levanta la vista para mirarme—. Estalló una bomba, y tú estabas allí tendida en el suelo, y yo me quedé quieto.

»Su voz vibra de intensidad. Debajo de mis manos, puedo sentir

que su cuerpo hace lo mismo.

»—No pasa nada. Estoy bien —le digo, pero está claro que no lo oye. O que no quiere oírlo—. Mírame, Grayson. Estoy aquí mismo. Estoy bien. Estamos bien.

»—Los Hawthorne no pueden romperse. —El pecho le sube y le baja—. Y yo menos que nadie.

»Me pongo de pie y me acerco a su lado de la mesa sin soltarle las manos en ningún momento.

»—No estás roto.

»—Lo estoy. —Las palabras son rápidas y brutales—. Siempre lo estaré.

»—Mírame —le pido, pero no quiere hacerlo. Me inclino hacia él —. Mírame, Grayson. No estás roto.

»Sus ojos encuentran los míos. Nuestros pechos ya suben y bajan al mismo tiempo.

»—Tenía a Emily en la cabeza. —Hay algo ahogado y apenas contenido en su voz—. La oí cuando la bomba detonó, como si estuviera justo allí. Como si fuera real.

»Se está confesando. Yo estoy de pie y él está sentado, con la espalda erguida y la cabeza gacha.

»—Durante semanas, tuve alucinaciones con su voz. Durante semanas, me susurró cosas. —Grayson levanta los ojos para mirarme —. Ahora vuelve a decirme que no estoy roto.

»No pienso. Me limito a cogerle el rostro entre las manos.

»—La querías y la perdiste —empiezo a decir.

»—Le fallé, y me perseguirá hasta el día que me muera. —Grayson cierra los ojos—. Debería ser más fuerte. Quería ser más fuerte. Por ti.

»Estas dos últimas palabras casi me destruyen.

»—No tienes que ser nada por mí, Grayson. —Espero hasta que abre los ojos, hasta que me mira—. Esto —le digo—. Tú. Es suficiente.

»Se deja caer de rodillas al suelo, cerrando los ojos de nuevo, la enormidad del momento nos rodea. Me arrodillo yo también y lo rodeo con los brazos.

»—Eres suficiente —vuelvo a decirle.

»—Jamás será suficiente».

El recuerdo estaba por todas partes. Pude sentir a Grayson acurrucándose en sí mismo, en mí. Pude sentir sus escalofríos. Y entonces me pidió que me marchara, y yo hui porque, en el fondo de mi corazón, sabía a qué se había referido cuando me había dicho que jamás sería suficiente. Se refería a nosotros. A lo que éramos… y a lo que no éramos. A lo que se había hecho pedazos durante esas semanas que Emily había estado susurrándole cosas al oído.

Lo que habría sido.

Lo que podría haber sido.

Lo que ahora no podría ser.

Al día siguiente, Grayson se fue a Harvard sin siquiera despedirse. Y ahora había vuelto, estaba ahí justo detrás de mí, y estábamos haciendo aquello.

Grayson, Jameson y yo.

—Por aquí. —Grayson indicó con la cabeza una puerta de cristal transparente que quedaba a nuestra derecha. Cuando la abrió, una oleada de aire frío me golpeó el rostro. Al cruzar el umbral, solté una bocanada de aire, larga y lenta, medio esperando verla, rala y blanca contra el aire helado.

—Este lugar es enorme. —Me quedé en el presente por pura fuerza de voluntad. «Basta de recuerdos. Basta de "y si"», me dije. Me centré en el juego. Eso era lo necesario. Lo que yo necesitaba y lo que ellos dos necesitaban de mí.

—Técnicamente, hay cinco bodegas, todas ellas interconectadas —explicó Jameson—. Esta de aquí es para el vino blanco. Por ahí está el tinto. Si sigues adelante, encontrarás el whisky escocés, el americano y, finalmente, el irlandés.

Ahí abajo tenía que haber una verdadera fortuna solo en alcohol. «Piensa en eso. En nada más que eso», me insté.

—Estamos buscando un vino tinto. —La voz de Grayson penetró en mis pensamientos—. Un burdeos.

Jameson acercó la mano a la mía. Yo se la tomé y él empezó a andar, recorriendo mis dedos con los suyos: una invitación a seguirlo hacia la siguiente estancia. Lo hice.

Grayson se abrió paso y nos dejó atrás a Jameson y a mí, serpenteando de pasillo en pasillo, repasando balda tras balda. Finalmente, se detuvo.

—Chateau Margaux —anunció, sacando una botella de la balda que tenía delante—. Mil novecientos setenta y tres.

«El pie de foto. Margaux. 1973», comprendí.

—¿Adivinas para qué es el vaporizador? —me preguntó Jameson.

«Una botella de vino. Un vaporizador», pensé. Cogí la botella que me tendía Grayson y la hice girar en mi mano. Lentamente, la respuesta se reveló sola.

—La etiqueta —comprendí—. Si intentamos arrancarla, podría romperse. Sin embargo, el calor despegará el adhesivo…

Grayson me tendió el vaporizador.

—Haz tú los honores.

CAPÍTULO 48

En la parte posterior de la etiqueta de la solitaria botella de Chateau Margaux, 1973, de la colección de Tobias Hawthorne había un dibujo. Un boceto a lápiz de un cristal colgante en forma de lágrima.

—¿Una joya? —aventuró Grayson, pero yo ya había revisado la cámara acorazada.

—No —respondí despacio, visualizando el cristal del dibujo y haciendo memoria. «¿Dónde he visto algo así?», me pregunté—. Creo que estamos buscando una lámpara de araña.

Había dieciocho lámparas de araña en la Casa Hawthorne. Encontramos la que buscábamos en la sala del té.

—¿Subimos? —pregunté, forzando el cuello para observar el techo de seis metros—. ¿O este trasto puede bajar?

Jameson se dirigió tranquilamente hacia un panel de la pared. Pulsó un botón y la lámpara de araña descendió despacio hasta quedar al nivel de los ojos.

—Para poder limpiarle el polvo —aclaró.

El mero hecho de pensar en intentar limpiarle el polvo a esa monstruosidad me provocó palpitaciones. Tenía que haber al menos mil cristales en esa araña de techo. Un paso en falso y podrían romperse todos.

—Y ahora, ¿qué? —suspiré.

—Ahora —contestó Jameson—, los repasamos uno por uno.

Examinar los cristales nos llevó mucho tiempo. Cada pocos minutos, al moverme rozaba a Jameson o a Grayson, o uno de ellos me rozaba a mí.

—Este —indicó Grayson de repente—. Mirad las irregularidades.

Jameson se le plantó al lado en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Un grabado? —preguntó.

En lugar de responderle a su hermano, Grayson se volvió y me entregó el cristal a mí. Lo escruté con los ojos, pero si había un mensaje o una pista escondida en ese cristal, no podía verla a simple vista.

«Podríamos usar una lente de triplete —pensé—. O…».

—¡La linterna! —exclamé sin respiración. Metí la mano en la cartera de piel. Rodeando con fuerza la linterna con la mano, cogí aire. Sujeté el cristal en alto y luego lo iluminé. Las irregularidades hicieron que la luz refractara ligeramente. Al principio, el resultado pareció incomprensible, pero luego empecé a rotar el cristal y lo volví a intentar.

Esta vez, el haz de la linterna refractó para formar un mensaje. Al clavar la mirada en la luz proyectada contra el suelo, era imposible no ver las palabras… la advertencia:

NO CONFÍES EN NADIE.

CAPÍTULO 49

Salí un escalofrío en la nuca, como la sensación que se tiene cuando a uno lo observan por detrás o cuando se está en el campo con la hierba hasta las rodillas y se oye el siseo de una serpiente. Agarré el cristal con más fuerza, incapaz de apartar la mirada.

NO CONFÍES EN NADIE.

—¿Qué significa eso? —pregunté, el terror se había apoderado de mis entrañas cuando por fin miré a Jameson y a Grayson en rápida sucesión—. ¿Es una pista?

Todavía nos quedaba un objeto en la cartera. No se había acabado. Tal vez las letras de esa advertencia podían reordenarse, o la primera letra de cada palabra eran unas iniciales, o quizá…

—¿Me dejas ver el cristal? —pidió Jameson. Se lo di y él lo giró lentamente bajo el haz de la linterna hasta que encontró lo que buscaba—. Mira, arriba del todo. Tres letras, demasiado pequeñas y tenues para ver sin la luz.

—¿«Fin»? —inquirió Grayson, la pregunta era afilada.

—«Fin». —Jameson me depositó el cristal en la palma de la mano y luego fijó sus oscuros ojos verdes en los míos—. De «final», Heredera. Es el final. Esto no es una pista. Esto es la solución.

Mi juego. Con toda probabilidad mi última herencia de Tobias Hawthorne. ¿Y ya estaba? «No confíes en nadie».

—Pero ¿y qué hay de la memoria USB? —pregunté. El juego no podía haber terminado. Eso no podía ser todo lo que Tobias Hawthorne nos había dejado.

—¿Un amago? —lanzó Jameson—. O tal vez el viejo te dejó un juego y un USB. Sea como sea, empezó con la entrega de la cartera y acaba aquí.

Apretando los dientes, volví a poner el cristal bajo el haz de la linterna y las palabras reaparecieron en el suelo. NO CONFÍES EN NADIE.

Después de todo, ¿eso era lo único que el multimillonario tenía para mí? «Mi abuelo siempre pensaba siete pasos por adelantado —podía oír a Jameson diciéndomelo—. Veía docenas de versiones distintas de cómo podían desarrollarse las cosas, hacía planes contemplando absolutamente todas las posibilidades, trazaba estrategias para todos y cada uno de los posibles futuros».

¿Qué clase de estrategia era esa? ¿Se suponía que tenía que pensar que el secuestrador de Toby estaba más cerca de lo que parecía, que su alcance era enorme y que podría tener a cualquiera en el bolsillo? ¿Se suponía que tenía que cuestionar a todo aquel que me rodeaba?

«Aléjate un poco —pensé—. Vuelve al inicio. Valora a fondo el enfoque y el ataque». Me detuve. Respiré. Y pensé. «Eve», comprendí. Este juego se había desencadenado en el momento en que nos habíamos conocido. Jameson había planteado la teoría de que su abuelo había previsto algo de los problemas que habían traído a Eve aquí, pero ¿y si era más simple que todo eso?

Mucho, muchísimo más simple.

—Este juego comenzó porque Eve y yo nos conocimos. —Pronuncié las palabras en voz alta, cada una de ellas abandonó mis labios con la fuerza de un disparo, aunque apenas hice más que susurrar—. Ella fue el desencadenante.

Mis pensamientos volaron al día anterior por la noche. Al solárium, a las carpetas y a Eve con su móvil.

—¿Y si «No confíes en nadie» —planteé despacio— en realidad significa «No confíes en ella»?

Hasta que no hube pronunciado esas palabras, no fui consciente de lo mucho que había bajado la guardia.

—Si el viejo hubiera pretendido que desconfiaras solo de Eve, el mensaje no habría sido: «No confíes en nadie». Habría dicho: «No confíes en ella». —Grayson hablaba como alguien que no pudiera más que estar en lo cierto, y mucho menos equivocarse.

Sin embargo, yo pensé en Eve pidiéndome que la dejara a solas en el ala de Toby. En la manera que había mirado la ropa de mi armario. En lo rápido que había puesto a Grayson de su lado.

Si Eve no se hubiera parecido tantísimo a Emily, ¿Grayson la estaría defendiendo en ese momento?

—«Nadie» incluye a Eve por definición —apunté—. Tiene que hacerlo. Si Eve es una amenaza…

—¡Eve. No. Es. Una. Amenaza! —Las cuerdas vocales de Grayson se tensaron contra su garganta.

Mentalmente, todavía tenía la capacidad de verlo de rodillas ante mí.

—No quieres que lo sea —rebatí, vigilando para no sentir más de la cuenta.

—¿Y tú, Heredera? —preguntó Jameson de pronto, escrutando mis ojos con los suyos—. ¿Tú quieres que sea una amenaza? Porque Gray tiene razón. El mensaje no es «No confíes en ella».

¡Jameson era quien había desconfiado de Eve desde el principio! «No estoy celosa. No se trata de eso», pensé.

—Anoche —dije, se me atragantaba mi propia voz—, en el solárium, pillé a Eve sacando fotos de las carpetas. Me dio una excusa. Sonaba plausible. Pero no la conocemos.

«No la conoces, Grayson», añadí para mis adentros.

—Y vuestro abuelo jamás la trajo aquí —continué—. ¿Por qué? —Busqué a Jameson con los ojos, deseando que se aferrara a esa última pregunta—. ¿Qué sabía él de Eve que nosotros no sabemos?

—Avery. —Oren pronunciando mi nombre desde el umbral de la puerta fue la única advertencia que recibí.

Eve entró en la sala del té, con el pelo húmedo y el vestido blanco que llevaba el día que llegó.

—¿Sabía de mi existencia? —Me miró a mí y luego a Grayson; era la viva imagen de la aflicción—. ¿Tobias Hawthorne sabía de mi existencia?

Yo era buena jugando al póquer en gran medida porque podía detectar un farol, y aquello —la barbilla temblándole, la voz endureciéndose, la expresión herida de los ojos, el rictus de los labios, como si no fuera a permitir que esbozaran un puchero— no me pareció un farol.

Sin embargo, una vocecita pronunció cuatro palabras en un rincón de mi mente: «No confíes en nadie».

Para cuando me quise dar cuenta, Eve estaba caminando hacia mí. Oren se interpuso entre nosotras y ella levantó la mirada, como si estuviera tomándose un momento para armarse de valor. «Está intentando no llorar», vi.

Me tendió su móvil.

—Toma —escupió Eve—. La contraseña es tres, ocho, cuatro, cinco.

No me moví.

—Venga —me instó Eve, y esta vez su voz sonó más profunda, más áspera—. Mira las fotos. Mira lo que quieras, Avery.

Sentí una punzada de culpa y miré a Jameson. Él me observaba con intensidad. No me permití reaccionar —ni en lo más mínimo— cuando Grayson se colocó al lado de Eve.

Bajé la mirada y me pregunté si estaría cometiendo un error, pero

pulsé la contraseña que me había dado Eve para desbloquear su móvil. La pantalla se abrió y fui a la galería. No había borrado la foto que le había visto hacer, y esta vez identifiqué qué carpeta había fotografiado.

—Sheffield Grayson. —Busqué a Eve con los ojos, pero ella ni siquiera quería mirarme.

—Lo siento —le dijo a Grayson en voz baja—. Pero él es la persona más rica de esas carpetas. Tiene motivos. Tiene medios. Sé que dijiste que no había sido él, pero…

—Evie… —Grayson le lanzó una mirada, esa clase de mirada de Grayson Hawthorne que a uno se le grababa a fuego en la memoria porque decía todo lo que él no podía—. No ha sido él.

Sheffield Grayson estaba muerto, pero Eve no lo sabía. Y tenía razón: ese hombre había ido a por Toby. «Solo que ahora no», pensé.

—Si no es Sheffield Grayson —dijo Eve, y se le rompió la voz—, entonces no tenemos nada.

Yo conocía bien esa sensación: la desesperación, la furia, la frustración, la repentina pérdida de esperanza. Sin embargo, volví a bajar la mirada hacia el teléfono de Eve y repasé las fotos más antiguas de la galería. «No confíes en nadie», resonó en mi mente. Había tres fotografías más de la carpeta de Sheffield Grayson y unas pocas del cuarto de Toby, y nada más. Si había hecho fotos a cualquier otra carpeta —o a cualquier otra cosa—, las había borrado. Seguí un poco más atrás y encontré una foto de Eve y Toby. Él parecía intentar apartar la cámara, pero sonreía, y ella también.

Había más fotos de ellos dos, sacadas a lo largo de meses. Tal y como nos había contado Eve.

«Si el viejo hubiera pretendido que desconfiaras solo de Eve, el mensaje no habría sido: “No confíes en nadie”. Habría dicho: “No confíes en ella”», recordé.

La duda se apoderó de mí, pero revisé su registro de llamadas. Había muchas llamadas entrantes, pero no había contestado a una sola de ellas. Tampoco había hecho ninguna. Fui a los mensajes de texto y comprendí muy rápido por qué había recibido tantas llamadas. «La historia. La prensa», me di cuenta. Cuando yo misma me encontré en una situación similar, había tenido que cambiarme de móvil. Seguí entrando en los mensajes, con la necesidad de saber si había más, y luego me encontré con uno que sencillamente decía: «Tenemos que vernos».

Levanté la mirada.

—¿De quién es este? —pregunté, girando el móvil hacia ella.

—De Mallory Laughlin —escupió Eve—. También me ha dejado

mensajes en el contestador. Puedes verificar su número. —Bajó la mirada—. Supongo que ha visto fotos mías. Rebecca le habrá dado mi número. Apagué el móvil en cuanto la historia estalló para poder concentrarme en Toby, pero ya ves de qué ha servido. —Eve dio una bocanada de aire con dificultad—. Estoy harta de los jueguecitos retorcidos de ese bastardo perturbado. —Levantó el mentón y sus ojos color esmeralda se volvieron duros como el diamante—. Y no voy a quedarme donde no soy bienvenida. No puedo.

Sentía como toda esa situación se me escapaba de las manos, como arena corriendo entre mis dedos.

—No te vayas —le pidió Grayson a Eve con palabras teñidas de dulzura. Y luego se volvió hacia mí y toda esa amabilidad desapareció—. Dile que no se vaya. —Ese era el tono que había usado conmigo justo después de que yo heredara, el que estaba hecho para soltar advertencias y amenazas—. Lo digo en serio, Avery. —Grayson me miró. Esperaba que sus ojos fueran gélidos o que echaran chispas, pero ni una cosa ni la otra—. Jamás te he pedido nada.

Podía palparse en su voz la gran, grandiosa, cantidad de cosas que jamás me había pedido.

Podía sentir a Jameson mirándome, y no tenía ni idea de qué quería o esperaba que yo hiciera. Lo único que sabía era que si Eve se iba, si salía de la Casa Hawthorne y cruzaba la verja, si llegaba a la línea de fuego y le ocurría algo, Grayson Hawthorne no me lo perdonaría jamás.

—No te vayas —le dije a Eve—. Lo siento.

Lo sentía y no lo sentía. Porque esas palabras no querían dejarme en paz: «No confíes en nadie».

—Quiero conocer a Mallory. —Eve levantó el mentón de nuevo—. Es mi abuela. Y por lo menos ella no sabía de mi existencia.

—Te llevaré a verla —se ofreció Grayson en voz baja, pero Eve negó con la cabeza.

—O me lleva Avery —dijo, y su tono entrañaba desafío y dolor a partes iguales—, o iré andando.

CAPÍTULO 50

A Oren no le hizo ninguna gracia que yo saliera de la Casa Hawthorne, pero cuando quedó claro que no iba a persuadirme de lo contrario, llenó los tres coches de equipos de seguridad. Cuando partimos, un trío de vehículos idénticos cruzó la verja y dejaron a la horda de *paparazzi* incapaces de averiguar en cuál íbamos Eve y yo.

Xander era el único Hawthorne que nos acompañaba. Venía por el bien de Rebecca, no por el de Eve, y a Eve le pareció bien. Dejamos a Grayson y a Jameson atrás.

—¿Cómo es? —le preguntó Eve a Xander cuando nos hubimos deshecho de los *paparazzi*—. Mi abuela, digo.

—La madre de Rebecca siempre ha sido… intensa. —La respuesta de Xander apartó mi atención de la ventanilla tintada—. Era cirujana, pero cuando Emily nació y descubrieron lo de su corazón, Mallory lo dejó para dedicarse, en cuerpo y alma, a cuidar de la cardiopatía de Em a tiempo completo.

—Y luego Emily murió —dijo Eve en voz baja—. Y…

—¡Bum! —Hizo un gesto para imitar una explosión—. La madre de Bex empezó a beber. Y el padre se pasa meses fuera por asuntos de trabajo.

—Y ahora yo estoy aquí. —Eve se miró las manos: tenía los dedos delgados y las uñas irregulares—. La cosa va a ir como una seda —murmuró.

Probablemente, su ironía se quedaba un poco corta. Le envié un mensaje a Thea para que estuviera al tanto. No recibí respuesta. Entré en sus redes sociales y me descubrí observando las cuatro últimas fotos que había colgado. Tres de ellas eran retratos suyos en blanco y negro. En uno, Thea miraba directamente a la cámara, llevaba las pestañas muy pintadas y tenía el rostro surcado de lágrimas negras. En el segundo, estaba hecha un ovillo, con los puños apretados, apenas se le veía ropa cubriéndole el cuerpo. En el tercero, Thea estaba girando

la cámara con ambas manos.

A mi lado, Eve miró mi móvil.

—Creo que esto podría gustarme incluso más que la poesía. —Parecía verdad. Todo lo que decía lo parecía. Ese era el problema.

Me centré en la cuarta foto de Thea, la más reciente de todas, la única en color de ese conjunto. Había dos personas en la fotografía, ambas reían, se rodeaban con el brazo la una a la otra: Thea Calligaris y Emily Laughlin. Esa imagen era la única que tenía pie de foto: «Ella era MI mejor amiga, y no tenéis NI IDEA de lo que estáis diciendo».

Paseé la mirada por la ingente cantidad de respuestas que tenía esa foto y luego miré a Xander.

—Thea está haciendo control de daños.

Yo no podía luchar contra las páginas de cotilleos, pero ella sí podía hacerlo.

Xander me enseñó su móvil.

—También ha colgado un vídeo. —Le dio a reproducir.

—Quizá habéis oído ciertos… rumores. —Thea hablaba con voz coqueta—. Sobre ella. —La foto de Thea y Emily apareció en la pantalla—. Sobre ellos. —Una foto de los cuatro hermanos Hawthorne—. Y sobre ella. —La foto de Eve—. Esto. Es. Un. Percal. —Thea movió el cuerpo al compás de cada palabra, con una danza cautivadora que hacía que todo aquello pareciera menos calculado—. Ahora bien —continuó—, son mi percal. ¿Y todos esos rumores sobre Grayson y Jameson Hawthorne y mi difunta mejor amiga? No son verdad. —Thea se inclinó hacia la cámara hasta que su rostro ocupó toda la pantalla—. Y sé que no son verdad porque fui yo quien se los inventó.

El vídeo acababa de golpe. Xander apoyó la cabeza en el asiento.

—Esta chica es, de lejos, el individuo más magnífico y aterrador con quien he fingido salir jamás.

Eve le lanzó una mirada.

—¿Finges a menudo salir con la gente?

Parecía una chica normal. No había encontrado nada en su móvil. Sin embargo, debía mantenerme en guardia.

¿Verdad?

CAPÍTULO 51

Rebecca abrió la puerta antes incluso de que pudiéramos llamar.

—Mi madre está allí —le dijo a Eve en voz baja.

Dando un hondo suspiro, Eve pasó al lado de Rebecca.

—En una escala del uno a pi —murmuró Xander—, ¿está muy mal?

Rebecca apartó la mano de la de él y colocó tres dedos en la palma de la mano de Xander. La piel generalmente pálida de la chica estaba enrojecida y llagada alrededor de las uñas y de los nudillos.

«Tres en una escala del uno a pi», pensé. Dado el valor de pi, aquello no tenía nada de bueno.

Rebecca nos llevó a Xander y a mí del pequeño recibidor al salón, donde estaban Eve y su madre. Lo primero que vi fueron los globos de nieve que descansaban en una estantería. Parecía que alguien los hubiera pulido hasta sacarles brillo. De hecho, todo lo que quedaba ante mis ojos parecía recién limpiado, como si lo hubieran frotado y fregado sin parar.

«Las manos de Rebecca», comprendí. Me pregunté si limpiar había sido idea suya… o de su madre.

—Rebecca, se suponía que esto tenía que ser un asunto familiar. —Mallory Laughlin no apartó los ojos de Eve, ni siquiera cuando aparecimos Xander y yo.

Rebecca bajó la mirada y su cabellera roja como los rubíes le ocultó el rostro. Siempre parecía el tipo de persona que un artista querría pintar. Incluso medio escondido, el dolor de su rostro tenía una belleza parecida a algo sacado de un cuento de hadas.

Eve alargó la mano para tomar la de su abuela.

—Fui yo quien le pidió a Avery que viniera conmigo. Toby…, él la considera familia también.

«Ay», pensé. Si Eve había pretendido hacer chantaje emocional, había sido tan brutal como efectiva.

—Eso es ridículo. —Mallory se sentó y, cuando Eve la imitó, se inclinó hacia ella, bebiéndose su presencia como si fuera una mujer tragándose un puñado de arena por un espejismo en el desierto—. ¿Por qué mi hijo iba a hacerle ningún caso a esa chica cuando tú estás aquí mismo? —Acercó una mano al perfil del rostro de Eve—. Cuando tú eres tan perfecta.

A mi lado, Rebecca cogió aire entre los dientes apretados.

—Sé que me parezco a tu hija —murmuró Eve—. Esto tiene que ser difícil.

—Te pareces a mí. —La madre de Rebecca sonrió—. Emily también se parecía. Me acuerdo de cuando nació. La miré y lo único que pensé fue que ella era yo. Emily era mía y nunca nadie me la arrebataría jamás. Me prometí a mí misma que nunca le faltaría nada.

—Siento la pérdida —dijo Eve en voz baja.

—No lo sientas —contestó Mallory, su voz encerraba un sollozo—. Ahora has vuelto conmigo.

—Mamá. —Rebecca intervino sin siquiera apartar los ojos del suelo—. Ya lo hemos hablado.

—Y ya te he dicho que no necesito que tú ni cualquier otra persona me infantilice. —La respuesta de Mallory fue tan afilada que podría haber cortado un cristal—. El mundo es así, ¿sabes? —La mujer volvió a inclinarse hacia Eve, con un tono más maternal—. Tienes que aprender a conseguir lo que quieres. Y no permitir nunca jamás que nadie te quite lo que no quieres dar. —Mallory colocó la mano en la mejilla de Eve—. Eres fuerte. Como yo. Como lo era Emily.

Esta vez, Rebecca no dio ninguna respuesta audible. Le toqué el hombro con el mío, con suavidad, un deliberado y mudo «Estoy contigo». Me pregunté si Xander se estaba sintiendo tan inútil como yo, estando ahí de pie observando cómo se abrían las cicatrices más vetustas de Rebecca.

—¿Puedo pedirte una cosa? —le preguntó Eve a Mallory.

Mallory sonrió.

—Lo que quieras, mi niña.

—Eres mi abuela. ¿Está aquí tu marido? ¿Mi abuelo es él?

La respuesta de Mallory fue controlada.

—No tenemos que hablar de ello.

—Lo único que he deseado siempre era saber de dónde vengo —le explicó Eve—. Por favor.

Mallory clavó la mirada en ella durante una eternidad.

—¿Podrías llamarme mamá? —le preguntó bajito.

Vi que Rebecca negaba con la cabeza, pero no hacia su madre ni hacia Eve ni hacia nadie. Sencillamente, hacía el movimiento de

negación porque aquello no era buena idea.

—¿Puedes hablarme del padre de Toby? —pidió Eve—. Por favor, mamá.

Mallory cerró los ojos, y yo me pregunté qué rincones muertos de su interior habían vuelto a la vida al pronunciar Eve aquella breve palabra.

—Eve —advertí, pero la madre de Rebecca habló más fuerte.

—Era mayor que yo. Muy atractivo. Muy misterioso. Siempre nos escabullíamos por la finca, incluso subíamos a la casa. Yo tenía vía libre para hacer lo que quisiera en aquel entonces, pero tenía prohibido traer invitados. El señor Hawthorne valoraba mucho su intimidad. Se habría puesto como loco si hubiera sabido a qué me dedicaba yo, qué hacía en sus sagrados pasillos. —Mallory abrió los ojos—. Chicas adolescentes y lo prohibido.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Rebecca al tiempo que daba un paso hacia su madre.

—Esto no es asunto tuyo, Rebecca —escupió Mallory.

—¿Cómo se llamaba? —Eve hizo eco de la pregunta de Rebecca. Quizá pretendía que fuera un gesto amable, sin embargo resultó cruel porque ella sí consiguió una respuesta.

—Liam —susurró Mallory—. Se llamaba Liam.

Eve se inclinó hacia delante.

—¿Qué ocurrió? ¿Qué pasó con tu Liam?

Mallory se irguió como una marioneta a quien de repente le hubieran tirado de los hilos.

—Se fue. —Hablo con voz tranquila. Demasiado tranquila—. Liam se fue.

Eve cogió ambas manos de Mallory con las suyas.

—¿Por qué se fue?

—Simplemente, se fue.

Alguien llamó al timbre y Oren se fue a zancadas hacia la puerta. Lo seguí hasta el recibidor. Mientras su mano rodeaba la manija, dio una orden, sin duda a alguno de los hombres que tenía apostados fuera.

—Atención. —Oren me miró por encima del hombro—. Quédate quieta, Avery.

—¿Por qué Avery tiene que quedarse quieta? —preguntó Xander, que acudió a mi lado en el recibidor. Rebecca dio un paso para seguirlo, pero luego dudó, congelada en su propio purgatorio personal, atrapada entre nosotros y las palabras que Eve y su madre intercambiaban entre susurros.

Mi cerebro procesó la respuesta a la pregunta de Xander antes de

que Oren pudiera articularla.

—Porque es la primera vez que salgo de la finca desde que entregaron el último paquete —observé—. Estás esperando otra entrega.

A modo de respuesta, mi jefe de seguridad abrió la puerta empuñando la pistola.

—Hola a vosotros también —soltó Thea de mal humor.

—No le hagas caso a Oren —la saludó Xander—. Te ha tomado por una amenaza de la variedad menos pasiva-agresiva.

El sonido de la voz de Thea rompió el hielo que había mantenido los pies de Rebecca clavados en el suelo.

—Thea. Quería llamarte, pero mi madre me ha quitado el móvil.

—Y alguien ha apagado el mío —dijo Thea. Miró a Rebecca y luego a mí—. Mientras estaba en la ducha, alguien ha entrado en mi casa, en mi cuarto, me ha apagado el móvil y ha dejado esto al lado, con unas instrucciones escritas a mano que me decían que lo trajera aquí.

Thea nos mostró un sobre. Era de un color dorado oscuro, brillante y reluciente.

—¿Alguien ha entrado en tu casa? —pregunté con la voz ahogada.

—¿En tu cuarto? —Rebecca llegó al lado de Thea en un abrir y cerrar de ojos.

Oren tomó posesión del sobre. Había tendido una trampa para el mensajero ahí, pero el mensaje había sido entregado en otro lugar. A Thea.

«¿Has visto sus fotos? ¿Ese vídeo? —le pregunté al secuestrador de Toby en silencio—. ¿Esto es lo que ha conseguido por haberme ayudado?».

—Tenía un guardia en tu casa —le dijo Oren a Thea—. No me ha informado de nada inusual.

Yo tenía la mirada clavada en el sobre que Oren sujetaba en la mano, en mi nombre completo escrito en él. Avery Kylie Grambs. Algo chasqueó en mi interior y le arranqué el sobre de las manos para darle la vuelta, y me encontré un sello de lacre cerrando el sobre.

El dibujo del lacre me dejó sin respiración. «Anillos de círculos concéntricos», vi.

—Es como el disco —dije, y las palabras se me clavaron en la garganta.

—No lo abras —advirtió Oren—. Tengo que asegurarme de que…

El resto de sus palabras se ahogaron en el rugido de mi mente. Mis dedos rasgaron el sobre, como si mi cuerpo hubiera puesto el piloto automático y pisara a fondo el acelerador. En cuanto rompí el lacre, el

sobre se desdobló y reveló un mensaje que tenía escrito en su interior con letras plateadas y brillantes.

«363-1982».

No había nada más. Solo esos siete dígitos. «¿Un número de teléfono?», me pregunté. No había prefijo, pero…

—¡Avery! —chilló Rebecca, y me di cuenta de que el papel que tenía en la mano había empezado a arder.

Las llamas devoraron el mensaje. Lo dejé caer y, al cabo de unos segundos, el sobre y los números habían quedado reducidos a cenizas.

—¿Cómo…? —empecé a decir.

Xander acudió a mi lado.

—Yo podría manipular un sobre para que hiciera esto. —Hizo una pausa—. ¿Te digo la verdad? Alguna vez he manipulado un sobre para que hiciera esto.

—Te he dicho que esperaras, Avery. —Oren me lanzó una mirada que solo podía describir como paternal. Estaba claro que me había pasado de la raya.

—¿Qué decía el mensaje? —me preguntó Rebecca.

Xander sacó, al parecer de la nada, un boli y una hoja de papel con forma de pastelito.

—Escribe todo lo que recuerdes —me indicó.

Cerré los ojos, rememorando el número, y luego escribí: «363-1982».

Giré el papel para que Xander pudiera verlo.

—Mil novecientos ochenta y dos. —Xander se fijó en los números que había a la derecha del guion—. Podría ser un año. El tricentésimo sexagésimo tercer día del año es el veintinueve de diciembre.

«29 de diciembre del 1982», pensé.

—Pues a mí me parece un número de teléfono —bufó Thea.

—Es lo primero que he pensado yo también —murmuré—, pero no hay prefijo.

—¿Había algo que pudiera indicar una ubicación? —preguntó Xander—. Si pudiéramos sacar un prefijo, nos podría dar un número al que llamar.

Un número al que llamar. Una fecha que comprobar. Y ¿quién sabía cuántas posibilidades más habría? Podría ser un cifrado, coordenadas, una cuenta corriente…

—Recomiendo que volvamos a la Casa Hawthorne de inmediato —intervino Oren con una expresión absolutamente pétrea—. Eso si todavía estás interesada en permitirme hacer mi trabajo, Avery.

—Lo siento —me disculpé. Confiaba mi vida a Oren, y le debía no hacerle su trabajo más difícil de lo que ya era—. He visto el lacre del

sobre y he actuado sin pensar.

«Anillos de círculos concéntricos», pensé. Cuando secuestraron a Toby, había pensado que el disco tenía algo que ver con el motivo, pero cuando su captor me lo había devuelto, había dado por hecho que me equivocaba.

«Pero ¿y si no?», me pregunté.

¿Y si el disco había sido parte del acertijo desde el principio?

—El número podría ser un amago —dijo Xander, dando saltitos sobre las puntas de los pies—. El sello podría ser el mensaje.

—¡Fuera!

Me volví hacia el salón. Mallory Laughlin estaba viniendo hacia nosotros a grandes zancadas.

—¡Quiero que todos vosotros os larguéis de mi casa!

Nuestra presencia allí no había sido bienvenida en ningún momento, y ahora, encima, había habido fuego.

—Señora. —Oren levantó la mano—. Estoy recomendando que todos volvamos a la Casa Hawthorne.

—¿Qué? —preguntó Thea, entrecerrando sus ojos de color miel.

Oren desvió la mirada hacia ella.

—Deberíais prepararos para una estancia larga, de hecho. Llamémoslo una fiesta de pijamas.

—Crees que Thea está en peligro. —Rebecca repasó la habitación con la mirada—. Crees que todas lo estamos.

—El allanamiento de morada está a otro nivel. —El tono de Oren era comedido—. Estamos lidiando con un individuo que ha demostrado que está dispuesto a utilizar intermediarios para llegar hasta Avery. Esta vez ha usado a Thea para enviar un mensaje, y no solo en sentido literal.

«Puedo llegar hasta cualquiera. No podéis protegerlos». Ese era el mensaje.

—Esto es ridículo —escupió la madre de Rebecca—. No lo acompañaré a ninguna parte, señor Oren, y mis hijas tampoco.

—Hija —corrigió Rebecca con un hilo de voz.

Sentí que el corazón se me encogía en el pecho.

Oren no cambió de opinión.

—Me temo que aunque no estuvieran ya en riesgo, esta visita las habría puesto en el radar de nuestro enemigo. Por mucho que no quiera oírlo, señora Laughlin…

—Doctora, si no le importa —espetó la madre de Rebecca—. Y me trae sin cuidado el riesgo. El mundo no puede quitarme nada más de lo que me ha arrebatado ya.

Me acerqué más a Rebecca, que se rodeaba el cuerpo con los

brazos, como si no pudiera hacer más que estar ahí de pie encajando los golpes.

—Eso no es verdad —replicó Thea con calma.

—Thea. —Rebecca tenía la voz estrangulada—. No.

Mallory le dedicó una mirada llena de cariño a Thea.

—Eres tan buena chica… —Se volvió a Rebecca—. No sé por qué tienes que ser tan desagradable con los amigos de tu hermana.

—No. No soy —replicó Thea con voz acerada— una buena chica.

—Tienes que venir con nosotros —le dijo Eve a Mallory—. Necesito saber que estás a salvo.

—¡Oh! —La expresión de Mallory se suavizó. Hubo algo trágico en el momento que sucedió a esa tensión, como si fuera la única cosa que evitaba que esa mujer se desmoronara—. Necesitas una madre… —le dijo a Eve. La ternura de su voz era casi dolorosa.

—Ven a la Casa Hawthorne —volvió a pedirle Eve—. ¿Lo haces por mí?

—Por ti —accedió Mallory, sin siquiera dedicarle una mirada a Rebecca—. Pero no pienso poner un pie en la mansión. Durante todos estos años, Tobias Hawthorne dejó que pensara que mi niño había muerto. Jamás me dijo que tenía una nieta. Como si no fuera bastante haberme robado a mi bebé, que esos chicos mataran a Emily… ¡No pienso poner un pie en la casa!

—Puede quedarse en el chalet Wayback —propuso Oren amablemente—. Con sus padres.

—Yo me quedaré contigo —le dijo Rebecca en voz baja.

—No —escupió su madre—. ¿No querías tanto a los Hawthorne, Rebecca? Pues quédate con ellos.

CAPÍTULO 52

Oren llamó a uno de los coches señuelo para que llevara a Mallory, Rebecca y Thea a la finca. Eve decidió ir con ellas en lugar de volver con Xander y conmigo, y, cuando el segundo coche llegó ante la casa, ni ella ni Mallory estaban allí.

—Eve me ha pedido que te diga que se quedará en el chalet. —Rebecca bajó la mirada—. Con mi madre.

«No voy a quedarme donde no soy bienvenida. —Podía oír a Eve diciéndomelo—. No puedo». Sentí otra punzada de culpa, pero luego me planteé si no sería ese el objetivo.

—Ha dicho que intentará descubrir ella sola qué significa el número —añadió—. Solo que no aquí.

Si Eve era digna de confianza, le había hecho daño. Y mucho. Sin embargo, si no lo era…

Me volví hacia Oren.

—¿Todavía tienes a un hombre siguiendo a Eve?

—Uno la sigue a ella —confirmó mi jefe de seguridad—; otro, a Mallory. Hay seis guardias en la verja, cuatro más controlando el perímetro inmediato, y otros tres además de mí en la casa.

Aquello tendría que haberme hecho sentir más segura; sin embargo, lo único que podía pensar era: «No confíes en nadie».

Alisa me estaba esperando en el vestíbulo. Oren seguro que lo sabía, pero no me lo advirtió.

Antes de poder decir nada, una bolita peluda dobló una esquina entre ladridos.

Al cabo de un instante, Libby apareció detrás, persiguiéndola.

—¡Esta casa es demasiado grande! —resolló—. ¡Y la cachorra, demasiado rápida! ¡Odio hacer ejercicio!

—¿Ya le has puesto un nombre? —le gritó Xander mientras la

cachorra se nos acercaba.

Libby dejó de correr y se dobló por la cintura, con las manos en las rodillas.

—Ya te dije que se lo pusieras tú, Xander. Esta perrita…

—Es una Hawthorne —acabó Xander por ella—. Como desees. —Cogió a la cachorrita en brazos y la acurrucó contra su pecho—. Te llamaremos Tiramisú —declaró.

—Esto es obra de Nash, ¿verdad? —Alisa alargó la mano para rascarle una orejita a la cachorra—. Te lo advierto —le dijo al animal con dulzura—, Nash Hawthorne acaba abandonando todo lo que ama.

Libby fulminó a Alisa con la mirada un instante y luego se apartó el pelo sudado de sus maquilladísimos ojos.

—Mira tú por dónde —dijo con rostro hierático—, es hora de hacer ejercicio.

Mientras mi hermana se iba con paso airado, miré a Alisa con los ojos entornados.

—¿En serio era necesario?

—Tenemos mayores problemas ahora mismo. —Alisa me enseñó su móvil. Había un artículo de las noticias en la pantalla.

EL PERSONAL SE PONE NERVIOSO: LA HEREDERA HAWTHORNE ESTÁ A PUNTO DE TOMAR LAS RIENDAS.

Al parecer, *Market Watch* no tenía muy buena opinión de mis capacidades. Todas las empresas comerciales en las que Tobias Hawthorne había sido un gran inversor estaban en la cuerda floja.

—El ataque continúa —murmuré—. No tengo tiempo para esto.

—Y no tendrías que encargarte de cosas como esta —replicó Alisa—, si establecieras un fondo fiduciario.

«No confíes en nadie». De pronto oí esa advertencia de un modo distinto. ¿Acaso Tobias Hawthorne lo decía en más de un sentido? Cuanto más me acercaba al vencimiento del año, más me presionaba Alisa, y más cerca estaban ella y su bufete de perder las riendas.

—Déjala en paz, Alisa.

Levanté la mirada y vi a Jameson acercándose a nosotros a grandes zancadas. Vestía una camisa blanca inmaculada, arremangada hasta los codos.

—Un fondo fiduciario no es necesario. Avery puede arreglárselas con asesores financieros.

—Los asesores financieros no calmarán los nervios de nadie ante la idea de una persona de dieciocho años asumiendo el mando de una de las mayores fortunas del mundo. —Alisa le dedicó a Jameson una sonrisa con los labios sellados, del tipo de sonrisa que parecía decir: «La defensa ha hablado»—. Las apariencias importan. —Se volvió de

nuevo hacia mí—. Y siguiendo en esta línea, tendrías que ver otra cosa.

Me quitó su móvil de las manos, entró en una página nueva y me lo devolvió. Esta vez, me descubrí mirando la página web de cotilleos sobre famosos que había revelado la historia de Emily e Eve.

¿DE HAWTHORNE EN HAWTHORNE? LA HEREDERA HAWTHORNE Y SU NUEVO LIBERTINO ESTIVO DE VIDA.

Debajo de ese titular encantador, había una serie de fotografías. Jameson con su esmoquin y yo con mi vestido de gala, bailando en la playa. Un fotograma de la entrevista que di meses atrás con Grayson… cuando me besó. La última imagen era de Xander y yo, de pie en el porche de la casa de Rebecca, hacía menos de una hora.

No me había dado cuenta de que los *paparazzi* nos habían cazado allí. «Aunque, claro, tal vez no fueran *paparazzi*», me dije. Cada vez resultaba más difícil no sentir que nuestro adversario estaba en todas partes.

—Fijémonos en el lado positivo —sugirió Xander—. Salgo tremendo en esa foto.

—No hay necesidad de que Avery vea estas cosas —afirmó Jameson con fuerza.

Jameson Winchester Hawthorne en modo protector era algo digno de ver.

—Las apariencias importan —reiteró Alisa.

—Ahora mismo —contesté, devolviéndole el teléfono— hay cosas más importantes. Dime que has encontrado algo, Alisa. ¿Quién está tirando de los hilos?

Hacía días que nos dijo que investigaría…, y luego no había sabido nada más de ella.

—¿Sabes, por casualidad, cuántas personas hay en el mundo que tengan un patrimonio valorado en, por lo menos, dos mil millones de dólares? —inquirió Alisa con calma—. Alrededor de unas treinta mil… Existen cerca de ocho mil multimillonarios solo en Estados Unidos, y esto no requeriría tener miles de millones…

—Requeriría contactos.

Levanté la mirada hacia lo alto de la escalera y… Grayson. La bajó para llegar hasta donde estábamos nosotros, pero ni siquiera me miró. Iba vestido por completo de negro, pero no llevaba traje.

—Tengas lo que tengas —le dijo Grayson a Alisa—, envíamelo. —Finalmente, por fin, sus ojos fueron en busca de los míos—. ¿Dónde está Eve?

Aquello me sentó como una bofetada.

—En el chalet —respondió Rebecca—. Con mi madre y mi abuelo.

—Si descubrimos algo —dije, intentando impedir que la hiriente mirada de Grayson me hiciera daño—, la llamaremos.

—Si descubrimos algo… —Los ojos de Jameson se fijaron intensamente en los míos—. ¿De qué?

—La persona que ha secuestrado a Toby se está poniendo más agresiva —explicó Oren.

—¿Cómo más agresiva? —insistió Alisa.

Xander se acercó a Tiramisú a la cara y le habló poniendo una vocecita infantil: —No te preocupes. El fuego ha sido muy pequeñito.

—¿Qué fuego? —exigió saber Jameson, y acortó el espacio que nos separaba cogiéndome de la mano—. Cuéntanoslo, Heredera.

—Otro sobre. El mensaje ha ardido al entrar en contacto con el aire. Siete números.

Jameson me recorrió el pulpejo de la mano, del pulgar a la muñeca, con su dedo.

—Muy bien, Heredera. Que empiece el juego.

CAPÍTULO 53

Teníamos dos pistas potenciales: el sello y el número. Dado que no estábamos más cerca de descubrir qué era el disco de lo que Jameson y yo habíamos estado durante meses, opté por concentrarme en el número.

«Divide y vencerás» no era un lema familiar de los Hawthorne, pero podría haberlo sido. Grayson se centró en las finanzas: registros bancarios, cuentas de inversión, transacciones. Xander, Thea y Rebecca trabajaron en la fecha: 29 de diciembre de 1982. Aquello dejaba una miríada de posibilidades para Jameson y para mí, entre ellas el número de teléfono. Si realmente nos faltaba el prefijo, llenar el blanco nos serviría para dos cosas: primero, nos daría un número con el que intentar contactar; segundo, nos daría una ubicación.

«¿Una pista del lugar donde tienen a Toby? ¿Otra pieza del acertijo?», me pregunté.

—Hay más de trescientos prefijos en Estados Unidos —comentó Jameson, hablando de memoria.

—Imprimiré una lista —le contesté, pero en realidad lo que quería decirle era: «¿Estamos bien?».

Al cabo de media hora de hacer llamadas —cada prefijo seguido de 363-1982—, ninguna combinación dio resultado. Me tomé un descanso e introduje el número en un buscador de internet, luego repasé los resultados. «Un proceso judicial por políticas discriminatorias en el sector inmobiliario. Un cromo de beisbol valorado en más dos mil dólares. Un himno del himnario de 1982 de la Iglesia episcopal», repasé.

El teléfono sonó. Levanté la mirada. Thea lo miró.

—Un número oculto —vio, y puesto que era Thea Calligaris y las palabras «dudar» o «cuestionarse» no aparecían en su diccionario, contestó.

Al cabo de dos segundos, me pasó el móvil a mí. Me lo apreté

contra la oreja.

—¿Hola?

—¿Quién soy? —inquirió una voz, esa voz.

Esa pregunta no solo me alteró en ese momento, llevaba días haciéndolo. Me pregunté si había llamado al número de Thea con el único objetivo de recordarme que había podido llegar hasta ella.

—Dímelo tú —contesté. Ese hombre no iba a conseguir provocarme. Ahora no.

—Ya lo he hecho. —Su voz era tan suave como siempre; su cadencia, inconfundible.

Jameson cogió la lista con los prefijos y garabateó un mensaje encima: PREGÚNTALE POR EL DISCO.

—El disco —dije—. Sabías qué era. —Hice una pausa para recibir una respuesta que no llegó—. Cuando me lo devolviste como prueba de que tenías a Toby, sabías que era valioso.

—En lo más profundo.

—¿Y quieres que lo adivine? ¿Qué es esto, qué significa todo esto?

—Adivinar —replicó con voz aterciopelada el captor de Toby— es para aquellos que tienen una mente o un espíritu demasiado débiles para saber.

Aquello se me antojó algo que Tobias Hawthorne habría podido decir.

—Mandé instalar un programa en el móvil de tu amiguita. He estado siguiéndote los pasos, escuchándote. Estás ahí, en su santuario más privado, ¿verdad?

«El despacho de Tobias Hawthorne», pensé. A eso se refería al decir su santuario más privado. Ese hombre sabía dónde estábamos. De pronto el móvil que sujetaba con la mano se me antojó sucio, amenazador. Quise arrojarlo por la ventana, pero no lo hice.

—¿Qué importa dónde esté? —le pregunté.

—Esperar me cansa. —De algún modo, aquellas palabras se me antojaron más amenazadoras que todo lo que le había oído decir a ese hombre—. ¡Levanta la mirada!

La línea se cortó. Le entregué el teléfono a Oren.

—Ha hecho que alguien instale un programa en el móvil para poder espiarnos.

¿Por qué se había rendido entonces?

«Porque quiere que sepa que está en todas partes», me respondí.

Oren arrojó el móvil al suelo y le pegó un fuerte pisotón. El chillido de indignación de Thea quedó ahogado por la cacofonía de pensamientos que se había apoderado de mi mente.

—«Levanta la mirada» —repetí sus palabras. Mis ojos viajaron en

busca de los de Jameson—. Me ha preguntado si estaba en el santuario más privado de tu abuelo, pero creo que ya sabía cuál era la respuesta. Y luego me ha dicho: «Levanta la mirada».

Levanté la cabeza hacia el techo. Era muy alto, tenía unas bonitas vigas de color caoba y molduras hechas a medida. Si «Levanta la mirada» había sido parte de algún acertijo de Tobias Hawthorne, me habría ido a buscar una escalera en ese mismo momento, pero en esa ocasión no estábamos lidiando con Tobias Hawthorne.

—Nos ha estado escuchando —dije, sintiendo esa idea como aceite sobre la piel—. Pero, aunque hubiera jaqueado la cámara de Thea, no habría podido verme. Entonces, ¿en qué lugar de este despacho imaginaría que estoy sentada alguien que no puede verme?

Me dirigí al escritorio de Tobias Hawthorne. Sabía bien que él se había pasado horas sentado allí, trabajando, trazando estrategias. Poniéndome en su lugar, me senté en el escritorio. Bajé la mirada como si estuviera trabajando, y luego levanté la mirada. Como no funcionó, me acordé de que Jameson y Xander, eran incapaces de pensar estando sentados. Me puse de pie y caminé hasta el otro lado del escritorio. «Levanta la mirada».

Lo hice y me descubrí fijando los ojos en la pared de trofeos y medallas que los nietos Hawthorne habían ganado: campeonatos nacionales de todo, desde motocrós hasta natación pasando por el juego del millón; trofeos de surf, de esgrima, de rodeos. Esos eran los talentos que habían cultivado los nietos de Tobias Hawthorne. Esa era la clase de resultados que había esperado.

Había otras cosas en la pared, también: cómics escritos por los Hawthorne; una edición maravillosa de un libro de fotografías de Grayson; algunas patentes, la mayoría con Xander como titular.

«Las patentes», comprendí con un sobresalto. Cada certificado tenía un número. «Y cada número —pensé, y el mundo de pronto se volvió cristalino y en alta resolución— tiene siete cifras».

CAPÍTULO 54

Buscamos la patente estadounidense número 3631982. Era una patente de invención emitida en 1972 y tenía dos titulares: Tobias Hawthorne y un hombre llamado Vincent Blake.

«¿Quién soy?», había preguntado el hombre por teléfono. Y al pedirle que me lo dijera él, me había contestado que ya lo había hecho.

—Vincent Blake —repetí, volviéndome hacia los chicos—. ¿Vuestro abuelo lo mencionó en alguna ocasión?

—No —dijo Jameson, y la energía y la intensidad manaban de él como si fuera una tormenta acercándose—. ¿Gray? ¿Xan?

—Todos sabemos que el viejo tenía secretos. —La voz de Grayson era hermética.

—Ni idea —admitió Xander. Se colocó delante de mí para ver mejor la pantalla del ordenador, luego revisó la información de la patente y se detuvo en un dibujo del diseño—. Es un mecanismo para perforar pozos de petróleo.

Aquello me sonó.

—Así es como vuestro abuelo hizo el dinero, al menos al principio.

—No con esta patente —bufó Xander—. Mira. ¡Justo aquí! —Señaló el dibujo, algún detalle que yo ni siquiera veía—. No soy precisamente un experto en ingeniería petrolífera, pero incluso yo me doy cuenta de que esto de aquí es lo que podría llamarse un defecto fatal. Se supone que el diseño tendría que ser más eficiente que la tecnología preexistente, pero… —Xander se encogió de hombros—. Detalles, detalles, cosas aburridas… Resumiendo la historia: esta patente no vale nada.

—Pero esta no es la única patente que el viejo presentó en mil novecientos setenta y dos. —La voz de Grayson era como el hielo.

—¿Cuál es la otra patente? —pregunté.

Al cabo de unos minutos, Xander la encontró.

—El objetivo de este mecanismo es el mismo —observó mientras revisaba el diseño—, y ya se ven algunos elementos de la misma estructura general, pero esta funciona.

—¿Por qué alguien iba a presentar dos patentes con diseños tan similares en un mismo año? —planteé.

—Las patentes de invención comprenden la creación de tecnologías nuevas o mejoradas. —Jameson se puso de pie detrás de mí y me rozó con el cuerpo—. Anular una patente no es fácil, pero puede hacerse si uno consigue ir tumbando las alegaciones de originalidad de la patente anterior. Se tiene que rebatir cada alegación de forma individual.

—Que es lo que hace esta patente —añadió Xander—. Plantéatelo como un juego de lógica. Este diseño cambia lo suficiente para que no se dé un caso de plagio… y luego añade la pieza nueva, que forma la base de sus alegaciones. Y es esta pieza nueva la que hace valiosa a esta patente.

Esa patente solo tenía un propietario: Tobias Hawthorne. Mi mente se desató.

—Vuestro abuelo presentó una mala patente con un hombre llamado Vincent Blake. Luego, de inmediato, presentó él solo otra patente mejor y que no suponía un plagio, una patente que hacía que la primera fuera absolutamente inútil.

—Y que, además, hizo que nuestro abuelo consiguiera millones —añadió Grayson—. Antes de eso, era un trabajador de una petrolera y jugaba a ser inventor por las noches. Y después…

«Se convirtió en Tobias Hawthorne», acabé mentalmente.

—Vincent Blake. —Sentí una opresión en el pecho abrazando mi corazón desbocado—. Nos estamos enfrentando a él. Es quien secuestró a Toby. Y este es el motivo de su deseo de venganza.

—¿Una patente?

Levanté la mirada y me encontré a Eve.

—Le he enviado un mensaje —me dijo Grayson para adelantarse a cualquier sospecha que pudiera tener yo ante la repentina aparición de la chica.

—Todo esto —continuó Eve, las emociones palpables en su voz—, ¿por una patente?

«¿Quién soy?», me había preguntado Vincent Blake. Pero aquello no era el final. No podía serlo. Pensaba que el acertijo era quién se había llevado a Toby y por qué. Sin embargo, ¿y si había un tercer elemento, una tercera pregunta?

«¿Qué quiere?», me planteé.

—Necesitamos saber con quién estamos tratando. —No había ni

rastro del chico destrozado de la bodega en Grayson. Se le veía capaz de «tratar» con amenazas.

—¿En serio nunca habíais oído hablar de este tipo? —preguntó Thea—. Es rico y poderoso y odia a vuestra familia con todo su ser, ¿y vosotros nunca habíais oído su nombre?

—Sabes tan bien como yo —contestó Grayson— que hay diferentes clases de riqueza.

Jameson me lanzó su móvil y repasé la información que había encontrado acerca de Vincent Blake.

—Es de Texas —observé. Ese inmenso estado de pronto parecía mucho más pequeño—. Su patrimonio roza los quinientos millones de dólares.

—Hizo la pasta con el petróleo. —Jameson miró a Grayson a los ojos—. El padre de Blake encontró el oro líquido en la época del auge del petróleo en Texas de los años treinta. Para finales de los años cincuenta, el joven Vincent lo heredó todo. Dedicó dos décadas más a trabajar en el petróleo, y luego se pasó a los ranchos.

Aquello no nos decía nada acerca de las capacidades reales de ese hombre… ni de sus intenciones.

—Ahora rondará los ochenta años —calculé, intentando ceñirme a los hechos.

—Más viejo que el viejo —afirmó Grayson, cuyo tono hacía equilibrios en el filo de una daga entre ser frío y gélido.

—Prueba añadiendo el nombre de vuestro abuelo en los términos de búsqueda —le pedí a Jameson.

Además de la patente, hicimos otro hallazgo: un artículo de una revista de los años ochenta. Como la mayoría de los documentos que cubrían el ascenso meteórico de Tobias Hawthorne, mencionaba que el primer empleo que tuvo fue en una petrolera. La diferencia era que ese artículo también mencionaba el nombre del propietario de dicha petrolera.

—Entonces, Blake era su jefe —empezó a exponer Jameson—. Imaginad esto: Vincent Blake es el propietario de toda la maldita empresa. Estamos a finales de los sesenta, principios de los setenta, y nuestro abuelo no es más que un machaca.

—Un machaca con prometedoras ideas —añadió Xander, tamborileando con los dedos a toda velocidad encima de su muslo.

—Quizá Tobias le explica una de esas grandes ideas al jefe —sugerí—. Tener agallas le sale bien y terminan trabajando juntos en un diseño para alguna nueva tecnología de perforación.

—Llegado a ese punto —continuó Grayson con una calma letal—, nuestro abuelo se la juega a un hombre rico y poderoso y reivindica la

fortuna por la propiedad intelectual para él solo.

—¿Y dicho hombre poderoso no lo demanda hasta acabar con él? —Xander no lo veía claro—. Solo porque la segunda patente no infrinja la primera, no significa que un hombre rico no hubiera podido hundir a un don nadie sin familia en gastos legales.

—Entonces, ¿por qué no lo hizo? —pregunté. Mi cuerpo zumbaba por la adrenalina que siempre acompañaba encontrar el tipo de respuesta que destapaba mil preguntas más.

Sabíamos quién tenía a Toby.

Sabíamos de qué iba todo eso.

Pero todavía quedaban detalles que me carcomían, que no me dejaban en paz. El disco. Los tres personajes de la historia. «¿Cuál es la finalidad de todo esto? ¿Qué quiere?», me pregunté por enésima vez.

—Alguien tiene que saber más de la relación de Blake con vuestro abuelo. —Eve miró alternativamente a cada uno de los hermanos Hawthorne.

Pensé en nuestro siguiente movimiento. Tobias Hawthorne se había casado con Alice en 1974, justo dos años después de presentar la patente. Y cuando Jameson le había preguntado a Nana por amigos y mentores, su respuesta había sido que Tobias Hawthorne nunca había estado interesado en hacer amigos.

No dijo ni una palabra sobre mentores.

CAPÍTULO 55

Esta vez fui a ver a Nana yo sola.

—Vincent Blake. —Coloqué el disco metálico en la mesa del comedor, donde Nana se estaba tomando un té.

Ella rio por la nariz.

—¿Qué es esto, un soborno?

O Nana tenía tan poca idea como nosotros de qué era ese disco, o se estaba marcando un farol.

—Tobias Hawthorne trabajó para un hombre llamado Vincent Blake a principios de los setenta. Quizá fue antes de que él y Alice empezaran a salir…

—No lo fue —gruñó Nana—. Fue un noviazgo largo. El zopenco insistía en que quería ser alguien de provecho antes de pedirle la mano a mi Alice.

«Nana estaba allí. Se acuerda», me dije.

—Tobias y Vincent Blake colaboraron en una patente —dije, intentando no hacer caso al aceleradísimo ritmo de mi corazón—. Y entonces su yerno engañó a Blake para dejarlo fuera de un desarrollo que valía millones.

—¿Eso hizo? —Durante un momento, pareció que Nana no iba a decir nada más, pero luego frunció el ceño—. Vincent Blake era rico y se consideraba más poderoso que Dios. Le tomó cariño a Tobias y lo acogió bajo su ala.

—¿Pero? —acucié.

—Eso no le hizo gracia a todo el mundo. Al señor Blake le gustaba enfrentar a sus protegidos entre ellos. Su hijo era demasiado joven para ser un factor en aquel entonces, pero el señor Blake dejó bien claro a sus sobrinos que ser familia no les daba carta blanca. Tenían que lograr el poder. Se lo tenían que ganar.

—Ganar —repetí.

Me acordé de la primera vez que hablé por teléfono con Blake.

«Solo soy un viejo con cierta debilidad por los acertijos», había dicho. Todo ese tiempo habíamos pensado que el captor de Toby estaba jugando a uno de los juegos de Tobias Hawthorne. Pero ¿y si Tobias Hawthorne había aprendido de Vincent Blake? ¿Y si, antes de ser el orquestador de esos juegos de sábado por la mañana, había sido un jugador?

—¿Qué pasó? —apreté a Nana—. Si Tobias estaba en el círculo más cercano de Blake, ¿por qué lo traicionó?

—¿Recuerdas los sobrinos que he mencionado? Querían mandar un mensaje. Marcar el territorio. Poner a Tobias en su lugar.

—¿Qué hicieron? —pregunté.

—En aquel entonces no había una señora Blake —gruñó Nana—. Falleció cuando nació el crío, y el muchacho no tendría más de quince años cuando el señor Blake empezó a invitar a cenar a su casa a Tobias. Con el tiempo, Tobias empezó a acudir con mi Alice. Al señor Blake también le gustó, pero era de esa clase de hombre. —Me lanzó una mirada intensa—. De la clase de tipos que defienden que «ya se sabe cómo son los hombres».

—¿Ese hombre…? —Ni siquiera pude acabar la frase—. ¿Esos chicos…?

—Si estás pensando en lo peor, entonces la respuesta es no. Pero si estás pensando en que los sobrinos arremetieron contra Tobias a través de Alice, que la acosaron, la maltrataron y uno incluso llegó a sujetarla, a besarla por la fuerza… Entonces, piensas bien.

En más de una ocasión, Nana había insinuado que había matado a su primer marido, un hombre que le había roto los dedos de las manos por tocar el piano mejor de la cuenta. Sospeché, sin ningún tipo de duda, que habría castrado a los sobrinos de Vincent Blake de haber tenido siquiera media ocasión.

—¿Y Blake no hizo nada? —pregunté.

Nana no contestó y yo recordé cómo había descrito al hombre: del tipo que defiende que «ya se sabe cómo son los hombres».

—Y entonces fue cuando su yerno decidió largarse —aventuré, formándome una imagen cada vez más clara.

—Tobias dejó de soñar con trabajar para Blake y se centró más bien en convertirse en él. En una versión mejor de él. En un hombre mejor que él.

—Por eso presentó dos patentes —dije—. La que habían elaborado juntos y luego otra distinta…, mejor. ¿Por qué Blake no lo demandó?

—Porque Tobias lo había superado con todas las de la ley. En fin, fue un poco turbio, quizá, y una traición, sin duda; pero Vincent Blake valoraba a quien sabía jugar a su juego.

Un hombre rico y poderoso había dejado marchar a un joven Tobias Hawthorne, y él, a cambio, lo había eclipsado. Había hecho miles de millones contra los millones del otro.

—¿Blake es peligroso? —quise saber.

—Los hombres como Vincent Blake y Tobias siempre son peligrosos —respondió Nana.

—¿Por qué no nos contó a Jameson y a mí todo esto la vez anterior?

—Todo esto pasó hace más de cuarenta y cinco años —bufó Nana—. ¿Tienes idea de cuántos enemigos ha hecho esta familia desde entonces?

Reflexioné un poco.

—Su yerno tenía una lista de amenazas. Blake no figuraba en ella.

—Entonces, Tobias no debía de considerar que Blake fuera una amenaza. Eso, o pensaba que la amenaza estaba neutralizada.

—¿Por qué Blake iba a secuestrar a Toby? —pregunté—. ¿Por qué ahora?

—Porque mi yerno ya no está aquí para mantenerlo a raya. —Nana me cogió la mano y la apretó con fuerza. La expresión de su rostro se volvió dulce—. Ahora eres tú quien toca el piano, niña. Los hombres como Vincent Blake… te partirán todos y cada uno de esos dedos tuyos si se lo permites.

CAPÍTULO 56

Mientras volvía con los otros, pensé en el hecho de que Vincent Blake había dirigido todas y cada una de sus misivas a mí. Y había dejado muy claro por teléfono que no hablaría con nadie más que con «la heredera».

«Ahora eres tú quien toca el piano, niña». Las palabras de Nana seguían resonando en mi mente cuando puse los pies en el vestíbulo y oí una conversación susurrada reverberando por las paredes de la Gran Sala.

—No hagas eso. —Era la voz de Thea, y hablaba con tono grave e intenso—. No te escondas dentro de ti misma.

—No lo hago.

«Rebecca», pensé.

—No te pongas triste, Bex.

Rebecca comprendió el significado de ese énfasis: «Enfádate».

—Odia a tu madre, odia a Emily y a Eve, ódiame a mí si es necesario, pero no te atrevas a desaparecer.

En cuanto me vio, Jameson cruzó el vestíbulo.

—¿Algo?

Tragué saliva.

—Vincent Blake introdujo a tu abuelo en su círculo más cercano. Lo trató como si fuera familia… O su versión de familia, vaya.

—El hijo pródigo. —Los ojos de Jameson, fijos en los míos, se iluminaron.

—¡¿Eve?! —Ese era Grayson, y estaba chillando.

Escruté el vestíbulo. «Oren, Xander, Thea y Rebecca vienen de la Gran Sala. Pero Eve no está», observé.

Grayson apareció de pronto ante nosotros.

—Eve se ha ido. Ha dejado una nota. Va a ir a por Blake.

—¿Y qué pasa con su guardaespaldas? —le pregunté a Oren.

Grayson fue quien contestó:

—Le ha dado esquinazo con la excusa de ir al baño.

—¿Debemos preocuparnos? —Xander lanzó la pregunta.

«Los hombres como Vincent Blake y Tobias —todavía podía oír la advertencia de Nana— siempre son peligrosos».

—Voy a buscarla. —Grayson se estaba arremangando la camisa con agresividad, como si estuviera preparándose para luchar.

—Grayson, para —le pedí con vehemencia—. Piensa.

Que Eve se fuera de pronto, no tenía sentido. ¿Acaso pensaba que podía plantarse ante la puerta de Vincent Blake y exigir que le devolviera a Toby?

Jameson se colocó entre Grayson y yo. Me miró a los ojos un par de segundos y luego se volvió hacia su hermano.

—Para un momento, Gray.

Grayson pareció incapaz de comprender el significado de esas palabras. Se había vuelto de piedra: inamovible, con los músculos de la mandíbula duros como una roca.

—No puedo fallarle de nuevo, Jamie.

«De nuevo», repetí para mis adentros. Se me encogió el corazón.

Jameson le colocó la mano en el hombro a su hermano.

—Invoco el On Blesha.

Grayson soltó un improperio.

—No tengo tiempo…

—Pues lo buscas. —Jameson se inclinó hacia delante y le dijo algo al oído a Grayson; no pude oír el qué. El On Blesha era un rito Hawthorne; significaba que Grayson no podía hablar hasta que Jameson hubiera terminado.

Mientras Jameson le susurraba a toda velocidad al oído, Grayson se quedó muy quieto. Esperé que reclamara la pelea, que ejerciera su derecho de responder de una manera física a lo que Jameson había invocado. Sin embargo, en lugar de hacerlo, Grayson Davenport Hawthorne se fue con una única palabra.

—Renuncio.

—¿Renuncia a qué? —preguntó Rebecca.

Thea soltó un bufido desdeñoso.

—Hawthorne.

—¿Heredera? —Jameson se volvió hacia mí—. Necesito hablar contigo. A solas.

CAPÍTULO 57

Jameson me llevó al tercer piso, a una sala de pasatiempos llena de maquetas de tren. Había docenas de maquetas y el doble de vías colocadas encima de mesas de cristal. Pulsó un botón que había en el lateral de uno de los trenes. Al hacerlo, la pared que teníamos detrás se partió en dos y reveló una habitación secreta, del tamaño y la forma de una cabina de teléfono antigua. Las paredes estaban completamente revestidas de bloques de piedras preciosas: media estancia era de un color negro metálico y brillante, y la otra media era de un blanco iridiscente.

—Obsidiana —me dijo Jameson—. Y ágata blanca.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Jameson? —le pregunté—. ¿Qué tienes que decirme?

Me sentía como si estuviéramos al borde de algo. «¿De un secreto? ¿De una confesión?», me pregunté. Él hizo un gesto con la cabeza hacia la sala de piedras preciosas. Entré. El techo brillaba en un arcoíris de colores; más gemas.

Me percaté más tarde de la cuenta de que Jameson no había entrado conmigo.

La pared que había detrás de mí se cerró. Tardé un segundo en procesar lo que acababa de ocurrir. «Jameson acaba de encerrarme aquí dentro», comprendí.

—¿Qué estás haciendo? —Aporreé la pared—. ¡Jameson! —Mi móvil sonó—. Déjame salir de aquí —exigí en cuanto descolgué.

—Lo haré —prometió Jameson al otro extremo de la línea—. En cuanto volvamos.

«En plural», pensé. De pronto comprendí por qué Grayson había renunciado a su derecho de pelear tras el On Blesha.

—Le has prometido que iríais juntos a buscar a Eve.

Jameson no me dijo que me equivocaba.

—¿Y si es peligrosa? —pregunté—. Aunque lo único que quiera sea

recuperar a Toby, ¿puedes decirme con sinceridad que no os cambiaría a Grayson o a ti para conseguirlo a él? Apenas la conocemos, y el mensaje de tu abuelo decía…

—Heredera, ¿alguna vez me has visto acobardarme ante el peligro?

Apreté los puños. Jameson Winchester Hawthorne vivía por y para el peligro.

—Si no me dejas salir de aquí, Hawthorne, te juro que…

—¿Quieres saber cómo me hice la cicatriz? —Jameson habló con la voz más dulce que le había oído jamás. Supe de inmediato a qué cicatriz se refería.

—Quiero que abras la puerta —le dije.

—Volví a ese lugar. —Dejó que esas palabras llenaran el aire—. A la playa donde murió Emily; volví a ese lugar.

El corazón de Emily había fallado tras saltar de un acantilado.

—Jameson…

—Salté desde una altura muy peligrosa, igual que hizo ella. La primera vez no pasó nada. Tampoco la segunda. Ahora bien, la tercera…

Podía ver la cicatriz, cruzaba el torso de Jameson de arriba abajo. ¿Cuántas veces la había recorrido con los dedos, sintiendo la suave piel de su estómago a ambos lados?

—Había un árbol caído sumergido en el agua. Solo vi una rama. No tenía ni idea de lo que había debajo. Pensaba que lo había despejado todo, pero me equivocaba.

Me imaginé a Jameson descendiendo a toda velocidad desde lo alto del acantilado, golpeando el agua. Visualicé una rama irregular rasgándole la piel, apenas frenando la velocidad que llevaba.

—No sentí dolor, al principio no. Vi la sangre en el agua… y luego lo sentí. Como si tuviera la piel en llamas. Llegué hasta la orilla, mi cuerpo chillaba de dolor. No sé cómo logré ponerme de pie. El viejo estaba allí. Ni siquiera parpadeó al ver la sangre, no me preguntó si estaba bien, no me gritó. Lo único que dijo, mirando de arriba abajo mi cuerpo ensangrentado, fue: «Te lo has quitado de dentro, ¿verdad?».

Me apoyé contra la pared de mi jaula de piedras preciosas.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

Podía oír el ruido que hacía al caminar al otro extremo de la línea.

—Porque Grayson va a seguir saltando hasta que se haga daño. Siempre ha sido el fuerte, Heredera. El que no tiembla jamás, el que nunca se echa atrás, el que no duda jamás. Y, ahora, ha perdido su amarradero y yo tengo que ser el fuerte.

—Llévame contigo —le pedí a Jameson.

—Esta sola vez —dijo, y su voz se tiñó de dolor—, déjame ser quien te proteja, Avery.

Usó mi nombre real.

—No necesito que me protejas. ¡No puedes dejarme aquí como si nada, Jameson!

—No puedes. No debes. Tienes que. Este es el problema de mi familia, Heredera. —Por una vez, no había ni rastro de picardía ni de insinuaciones en el tono de Jameson—. Depende de nosotros solucionarlo.

—¿Y qué hay de Eve? —pregunté—. Ya sabes lo que dijo tu abuelo. «No confíes en nadie». Grayson no está pensando con la cabeza, pero tú…

—Yo estoy pensando con más claridad que nunca en mi vida. No confío en Eve. —Su voz era grave y revelaba dolor—. La única persona en quien confío con todo mi ser y todo mi corazón, Heredera, eres tú.

Y, tras decir eso, Jameson Winchester Hawthorne colgó el teléfono.

CAPÍTULO 58

Iba a estrangular a Jameson. Nosotros dos éramos carreras y apuestas y desafíos, no aquello.

Intenté llamar a Oren, pero me saltó el contestador. Libby tampoco contestó, lo cual significaba que su móvil se había quedado sin batería. Lo intenté con Xander; luego, con Rebecca. Estaba a punto de llamar a Thea cuando me acordé de que su móvil había quedado destruido. Procurando calmarme, saqué la navaja, planeé un asesinato, después doné diez mil dólares a desconocidos que no podían pagar el alquiler.

Finalmente, le envié un mensaje a Max. «Jameson me ha encerrado en la mazmorra más cara del mundo —escribí—. Ha tenido la estupidísima idea de querer protegerme».

La respuesta de Max no tardó en llegar: ESE IMBÉCIL DE OJOS VERDES.

Me reí sin querer y le escribí otro mensaje: «Has dicho una palabrota».

Max contestó al instante: «¿Preferirías que dijera: "Ese cara culombio paternalista y sabelotodo puede meterse su frutísimo paternalismo por el orto"?».

Me reí por la nariz, luego, por fin, me calmé lo suficiente para hacer un examen de trescientos sesenta grados al cubículo de piedras preciosas. «Dos paredes están hechas de obsidiana —me dije—. Dos paredes están hechas de ágata blanca». Tocar aquí y allí por las paredes no me llevó a un interruptor que accionara la salida, pero sí reveló que las piedras preciosas estaban talladas para formar ladrillos, y, si presionaba la parte superior o inferior de esos ladrillos, rotaban. Darle la vuelta a un ladrillo negro lo convertía en uno blanco. Hacer girar un ladrillo blanco lo convertía en uno negro.

Pensé en todas las veces que había visto a Xander jugueteando con un rompecabezas, luego torcí el cuello para observar todos los detalles

de las paredes, del suelo hasta el techo. Jameson no me había encerrado en una mazmorra.

Me había encerrado en un *escape room*.

Al cabo de tres horas, todavía no había dado con el patrón correcto, y a cada minuto que pasaba me preguntaba si Jameson y Grayson habrían llegado a Eve. Advertencias de todo tipo se arremolinaban en mi mente.

«No confíes en nadie».

«Cualquier persona cercana a ti podría ser el siguiente blanco».

«Esperar me cansa».

En los momentos más oscuros, pensé en que Eve había jurado que haría cualquier cosa —«Lo que sea», había dicho— para recuperar a Toby.

«No pienses en ella. Ni en ellos. Ni en nada», me ordené. Clavé la mirada en el cubículo brillante que me encerraba —la opulencia, la belleza— e intenté no sentir que las paredes se me caían encima.

—Brillante —dije entre dientes—. Opulencia… ¿Diamantes, tal vez?

Ya había probado montones de imágenes: la letra H, un tablero de ajedrez, una llave…

Y en ese momento probé un diamante negro en cada una de las paredes blancas, y un diamante blanco en las negras. Nada. Frustrada, pasé la mano por encima de uno de los diamantes y lo borré.

Clic.

Abrí los ojos como platos al oír el chasquido. «Dos diamantes negros, un diamante blanco y nada en la otra pared de obsidiana», pensé. Con otro segundo clic, un listón del suelo se soltó. Me agaché para ver mejor. «No es un listón; es una trampilla», comprendí.

—¡Por fin!

Sin pensar, sin dudar, me dejé caer en la oscuridad. Cogí el móvil y encendí la linterna, luego seguí las idas y venidas del serpenteante pasadizo hasta que di con una escalera. Subí y llegué hasta el techo… y hasta otra trampilla.

Apoyando la palma de las manos en ella, empujé hasta que cedió y luego, al impulsarme con los brazos, fui a parar a un dormitorio, aunque era uno que no había visto nunca. Una guitarra de seis cuerdas muy desgastada reposaba contra la pared que me quedaba delante; una cama inmensa hecha con lo que parecían pedazos de madera reciclados descansaba a mi izquierda. Me volví y me encontré a Nash encaramado en un taburete metálico ante un inmenso banco de

trabajo de madera que parecía cumplir la función también de cómoda.

Estaba guardando la puerta.

Caminé hasta él.

—Me largo —le informé, me sentía hervir de rabia—. No intentes detenerme. Voy a buscar a Jameson y a Grayson.

—¿Eso harás? —Nash no se movió del taburete—. Te enseñé a luchar porque confiaba en que serías capaz de pensar, chiquilla. —Se puso de pie con expresión tranquila—. ¿Me equivoqué al confiar? —Nash me ofreció un segundo para procesar la pregunta y luego se hizo a un lado, dejando vía libre hacia la puerta.

«Mierda, Nash», pensé. Solté un largo suspiro.

—No.

Pensé sin dejarme llevar por la furia y la preocupación, y los pensamientos oscuros que se repetían en bucle. Llevaba tres horas de retraso y, además, seguro que Oren no había dejado que Jameson y Grayson se fueran solos.

—Si quieres que te deje un poco de cinta americana cuando ese par de zopencos vuelvan —comentó Nash arrastrando las palabras—, puede que me convenzas.

—Gracias, Nash. —Un poco más tranquila, salí al pasillo y me encontré con Oren—. Jameson, Grayson e Eve —dije de inmediato con la voz al borde de romperse—. ¿En qué estado se encuentran?

—A salvo y controlados —informó Oren—. Eve ha llegado a la finca de Blake, pero no se le ha permitido acceder. Los chicos han llegado poco después y la han convencido. Los tres están volviendo ahora mismo.

Me abrumó el alivio, que luego dio vía libre a mi enfado.

—¡Has dejado que Jameson me encerrara!

—Estabas a salvo. —Los labios de Oren casi lo traicionaron—. Segura.

—¡Atención! —retronó una voz detrás de Oren—. ¡Los héroes llegan a la batalla! ¡Avery será liberada!

Miré detrás de Oren y vi que llegaban Xander, Thea y Rebecca. Xander sujetaba un inmenso escudo metálico que parecía recién arrancado del brazo de un caballero medieval.

—Te juro por lo más sagrado —advirtió Thea sin levantar la voz— que si pronuncias una palabra más como si estuvieras en un juego de rol, Xander…

Rodeé a Oren para salir a su encuentro.

—Aprecio el «rescate», Xan, pero ¿no podrías haber contestado al teléfono? —Miré a Rebecca—. ¿Y tú tampoco?

—Lo siento —dijo Rebecca—. Yo tenía el móvil en silencio. Nos

estábamos desahogando un poco. —Sus ojos verdes se deslizaron hacia los de Thea—. Jugando al billar.

Miré a Thea. Tenía un desgarrón en el hombro del jersey y, claramente, su pelo no estaba perfecto. Quizá esas dos hubieran estado en la sala de los billares o en la sala de juegos, pero era imposible que se hubieran dedicado precisamente a jugar al billar. Sin embargo, al menos Rebecca ya no parecía encerrada en su propio cascarón.

—¿Y tú qué excusa tienes? —le pregunté a Xander.

Levantó el escudo para cubrirse el flanco.

—Pasa a mi despacho.

Puse los ojos en blanco, pero cedí.

Xander utilizó el escudo para que Oren no pudiera vernos y luego me llevó hasta la esquina.

—He ido saltando de un enlace a otro investigando las propiedades de Vincent Blake, pasadas y actuales —admitió Xander—. Blake era el único fundador del laboratorio de investigación VB. —Xander hizo una pausa para armarse de valor—. He reconocido el nombre. VB es donde trabajó Isaiah Alexander justo después de que lo despidieran.

«El padre de Xander trabajó para Vincent Blake». Ese pensamiento fue como un efecto dominó en mi mente, y tumbó una pieza tras otra. «Hay tres personajes en la parábola del hijo pródigo, ¿o no?».

El rey, el caballo y el alfil. El hijo que había sido siempre fiel.

—¿Isaiah Alexander todavía trabaja para Blake? —le pregunté a Xander; mi mente se movía a toda velocidad.

—No —contestó categóricamente—. Hace quince años que no. Y sé lo que estás pensando, Avery, pero es imposible que Isaiah tuviera relación alguna con el secuestro de Toby. Es un mecánico que tiene su propio taller, y la otra persona que trabaja para él está de baja de maternidad, de modo que lleva semanas haciendo turnos dobles. —Xander tragó saliva—. Pero, aun así, quizá sabe algo que pueda darnos algo de ventaja. O conoce a alguien que sabe algo. O conoce a alguien que conoce a alguien que sabe…

Thea le tapó la boca a Xander en un intento de ayudar.

«La carpeta. —El efecto dominó de mi mente llegó a su conclusión y di una bocanada de aire entre los dientes—. La carpeta de Isaiah Alexander estaba vacía, y Xander no se llevó la página».

¿Qué posibilidades había de que la página perdida mencionara a Vincent Blake?

«Eve se la llevó», me dije. Quizá me había pasado de la raya. Quizá no era justo. Llegado a ese punto, ya ni siquiera lo sabía.

Con todo mi cuerpo vibrando, salí de detrás del escudo de Xander

y miré a Oren, que —para sorpresa de nadie— nos había seguido hasta la esquina.

—¿Jameson, Grayson e Eve están volviendo? —pregunté, aferrándome a las palabras—. ¿Están a salvo, bajo la atenta mirada de tus hombres y lo estarán durante las próximas tres horas?

Oren entrecerró los ojos, desconfiando.

—¿Qué vas a hacer si digo que sí?

«Eso nos da tres horas», pensé. Miré a Xander.

—Creo que tenemos que hablar con Isaiah. Pero si no estás preparado…

—¡Nací preparado! —Xander blandió el escudo. Sonrió con su sonrisa más Xander Hawthorne y luego dejó que su bravuconería flaqueara—. Pero antes de ir, ¿abrazo de grupo?

CAPÍTULO 59

Al cabo de una hora estábamos aparcados ante un taller mecánico de una ciudad pequeña, escoltados por un enorme equipo de seguridad, tras haber dado esquinazo a los *paparazzi* en la autopista. Solo había un hombre trabajando en el taller. Estaba debajo de un coche cuando entramos.

—Tendréis que esperar. —La voz de Isaiah Alexander no era ni aguda ni grave.

Deseé de corazón, por el bien de Xander, que ese hombre no tuviera relación con nada de eso.

—¿Necesitas que te eche una mano? —se ofreció Xander.

Había personas que cuando se ponían nerviosas se quedaban petrificadas. A Xander, en cambio, le daba por hablar.

—Tengo mucha maña para las cosas de mecánica, a no ser, o quizá especialmente, si son inflamables.

El hombre soltó una risita al oírlo.

—Hablas como alguien que tiene demasiado tiempo libre. —Isaiah Alexander salió de debajo del coche y se puso de pie.

Era alto como Xander, pero tenía los hombros más anchos. Su piel era más oscura, pero tenían los mismos ojos.

—¿Buscas trabajo? —le preguntó a Xander, como si cada dos por tres aparecieran por allí adolescentes obstinados, acompañados de tres chicas adolescentes y escoltados por una horda de guardaespaldas.

—Hola, soy Xander. —Xander tragó saliva—. Xander Hawthorne.

—Sé quién eres —replicó Isaiah con un tono directo pero amable a la vez—. ¿Buscas trabajo?

—Quizá. —Xander trasladó el peso del cuerpo de un pie al otro y luego volvió a hablar por los codos—: Seguramente debería advertirte de que a lo largo de los últimos dos años he desmontado cuatro Porsche y medio hasta el punto de no haber vuelta atrás. Pero en mi defensa diré que se lo tenían bien merecido y que yo necesitaba las

piezas.

Isaiah se lo tomó con filosofía.

—Te gusta montar cosas, ¿eh?

La pregunta —y la sombra de una sonrisa apoderándose de sus labios— casi me dejó fuera de combate a mí. Por eso no pude ni imaginarme lo duro que estaría siendo para Xander.

—No te sorprende verme. —Xander parecía aturdido, aun siendo una persona capaz de atontarse a sí mismo, y no demostrarse nunca afectado—. Pensaba que lo haría —balbució—. Sorprenderte. O que no sabrías quién soy. Había preparado un flujograma mental que ajustara mi reacción a tu nivel exacto de sorpresa y conocimiento.

Isaiah Alexander miró a su hijo con expresión tranquila.

—¿Era en tres dimensiones?

—¿Mi flujograma mental? —Xander lanzó los brazos al cielo—. ¡Desde luego que era en tres dimensiones! ¿Quién hace flujogramas en dos dimensiones?

—¿Los empollones? —sugirió Thea, y luego añadió con un susurro fingido—: Pregúntame quién hace flujogramas en tres dimensiones, Xander.

—Thea. —Rebecca le dio un codazo.

—Estoy ayudando —insistió Thea, y, de hecho, Xander pareció calmarse un poco.

—¿Sabías de mi existencia? —le preguntó a Isaiah, tranquilo pero intenso como no lo había visto nunca.

Isaiah miró a Xander a los ojos.

—Desde antes de que nacieras.

«Entonces, ¿por qué no estuviste ahí?», pensé con una fiereza que me dejó sin respiración. Mi propio padre había estado ausente casi siempre, pero estábamos hablando de Xander, el rey de las distracciones y el caos, MAHPS, que hacía varios meses que sabía quién era ese hombre pero había acudido a él solo por mí.

No podía soportar la idea de que le hicieran daño.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó Xander a Isaiah, vacilante.

—¿Te habría preguntado si querías un trabajo —contestó Isaiah— si quisiera?

Xander parpadeó. Muchas veces.

—He venido porque necesitamos hablar contigo sobre Vincent Blake —explicó, como si eso fuera lo único que pudiera decir de los miles de cosas que le pasaban por la cabeza.

Isaiah enarcó una ceja.

—Me parece más un deseo que una necesidad.

—Eso es lo que la gente dice del segundo almuerzo —contestó

Xander, volviendo a su modo hablador— y es mentira podrida.

—Respecto a lo del almuerzo —replicó Isaiah—, estamos de acuerdo. —Luego se volvió y ojeó un coche que tenía cerca—. Trabajé para Blake durante poco más de dos años, empecé poco después de que nacieras tú.

Xander dio una bocanada de aire.

—¿Justo después de trabajar para mi abuelo?

Isaiah pareció armarse de valor al oírlo mencionar a Tobias Hawthorne.

—Durante todo el tiempo que trabajé para Hawthorne, la competencia intentó convencerme para que me fuera con ellos. Cada vez que ocurría, tu abuelo me mejoraba el contrato. Tenía veintidós años, era un prodigio, estaba en la cima del mundo… y de pronto dejé de estarlo. —Isaiah abrió el capó del coche—. Cuando Hawthorne me despidió, las ofertas empezaron a desaparecer terriblemente pronto. En un instante, pasé de ser joven, audaz y con un futuro prometedor cobrando un sueldo de seis cifras, a estar en la lista negra.

—Por culpa de Skye —escupió Xander.

Isaiah levantó los ojos del motor para fulminar a Xander con la mirada.

—Tomé mis propias decisiones en lo que concernía a tu madre, Xander.

—Y el viejo te castigó por ellas —contestó Xander, como un niño apretando una herida para ver lo mucho que dolía.

—No fue un castigo. —Isaiah volvió a centrar su atención en el coche—. Fue una estrategia. Yo era un chico de veintidós años que había llegado a ganar tanto dinero que jamás pensé que un día podría acabarse. Me había pulido la mayor parte del dinero que había ganado, así que cuando me despidió y fui a parar a la lista negra, me había quedado oportunamente sin recursos para luchar por la custodia.

«No fue por Skye. —Comprendí, sorprendida, qué estaba diciendo Isaiah Alexander—. Tobias Hawthorne despidió a Isaiah por culpa de Xander». No porque el viejo no estuviera contento con la concepción de su nieto más pequeño, sino porque se negaba a compartirlo.

—¿Y te limitaste a renunciar a tu hijo? —le preguntó Rebecca a Isaiah con brusquedad. Esa chica no sabía luchar para defenderse a sí misma, pero lucharía por Xander hasta el final.

—Me las arreglé para pagar a un abogaducho de tres al cuarto para poner una denuncia cuando Xander nació. El juez ordenó una prueba de paternidad. Y, mira por dónde, salió negativa.

Nos lo contaba el hombre que tenía los ojos de Xander. La sonrisa

de Xander. El hombre que había oído la palabra «flujograma» y había preguntado si Xander lo había hecho en tres dimensiones.

—Skye me puso Alexander. —Por naturaleza, Xander no era una persona callada, pero en ese momento su voz apenas llegó al susurro —. Falsificaron la prueba de ADN.

—No pude demostrarlo —le contestó Isaiah—. No podía acercarme a ti. —Ajustó algo y luego cerró el capó de un golpazo—. Y tampoco pude encontrar un trabajo. Solo con Vincent Blake.

—No quiero hablar de Vincent Blake —afirmó Xander con tal intensidad que casi esperé que se pusiera a chillar. En lugar de hacerlo, siguió hablando con un hilo de voz—: ¿Me estás diciendo que querías tenerme?

Pensé en lo muchísimo que había deseado que Toby fuera mi padre en lugar de Ricky Grambs, en Rebecca creciendo invisible y en Eve marchándose de su casa al cumplir los dieciocho años. Pensé en Libby, cuya madre le había enseñado que se merecía a una pareja que la degradara y la controlara, en la insaciabilidad de Jameson y en la estricta perfección de Grayson, en ellos dos compitiendo por recibir una aprobación que, simplemente, siempre estaba fuera de su alcance.

Pensé en Xander y en el miedo que le daba ir ahí.

«¿Me estás diciendo que querías tenerme?». La pregunta todavía resonaba a nuestro alrededor.

Isaiah respondió:

—Sigo queriéndolo.

Xander se volvió de pronto. Estaba allí de pie y, al cabo de un segundo, había salido por la puerta como una exhalación.

—Vamos tras él —me dijo Rebecca, llevándose a Thea consigo—. Pregunta lo que necesites, Avery, porque Xander no puede. Y tampoco debería tener que hacerlo.

La puerta se cerró con estruendo detrás de Rebecca y Thea, y levanté la mirada hacia Isaiah Alexander. «Tu hijo es extraordinario —pensé—. No te atrevas a hacerle daño jamás». Sin embargo, me obligué a concentrarme en la razón que nos había llevado hasta allí y en las preguntas que Xander no podía plantear.

—Así, después de que te despidieran y te pusieran en la lista negra, ¿Vincent Blake apareció de la nada y te ofreció un empleo?

Isaiah me examinó con la mirada durante tanto rato que me sentí como si volviera a tener cuatro años y no levantara un palmo del suelo. No sé qué vio en mi cara, que hizo que mereciera una respuesta.

—Blake vino a buscarme cuando yo había tocado fondo, me dijo que no le daba miedo Tobias Hawthorne y que, si a mí tampoco, podríamos hacer grandes cosas juntos. Me ofreció un puesto como jefe

de su nuevo laboratorio de investigación. Tenía vía libre para inventar lo que quisiera mientras lo hiciera en su nombre. Volvía a tener dinero. Tenía libertad.

—Entonces, ¿por qué lo dejaste? —pregunté. No tenía la certeza de ello, pero mi instinto me decía que no me equivocaba.

—Empecé a percatarme de cosas que no debía ver —contestó Isaiah con calma—. El patrón está ahí si quieres darte cuenta. Todo aquel que se interponía en el camino de Vincent Blake, no seguía en pie mucho tiempo. Había accidentes. Desaparecían personas. Nada que nadie pudiera demostrar. Nada que pudiera relacionarse con Blake; pero, en cuanto vi el patrón, no pude dejar de verlo. Comprendí para quién trabajaba.

Habíamos acudido allí en parte para descubrir de qué era capaz Vincent Blake. Y ahora lo sabía.

—Por eso lo dejé —continuó Isaiah—. Me llevé el dinero que me había ganado, esa vez sí supe ahorrar, y me compré este taller para no tener que volver a trabajar para otro Vincent Blake o Tobias Hawthorne nunca más.

Lo que le había pasado a Isaiah Alexander no estaba bien. Nada de todo eso estaba bien.

Rebecca y Thea reaparecieron. Xander no iba con ellas.

—Hay un puesto de dónuts al final de la calle —me dijo Rebecca sin resuello—. Tenemos un problema de nivel doce de mermelada y crema.

Volví a mirar a Isaiah.

—Parece que te necesitan —comentó, devolviendo tranquilamente su atención hacia el coche que lo ocupaba—. No voy a moverme de aquí.

CAPÍTULO 60

Rebecca y Thea me llevaron hasta el puesto de dónuts, y se quedaron esperando fuera. Encontré a Xander sentado a una mesa, solo, amontonando un dónut encima del otro. Pude contar cinco.

—¡Atención! —declaró Xander—. ¡La Torre Inclinada de Crema Bávara!

—¿Dónde están los otros siete dónuts? —le pregunté, siguiéndole la corriente para no presionarlo en exceso ni demasiado pronto.

Xander negó con la cabeza.

—Me arrepiento de tantas cosas…

—¡Pero si acabas de coger otro dónut! —apunté.

—Jamás podría arrepentirme de este dónut —aseguró Xander enfatizando la palabra.

Le contesté con voz amable:

—Acabas de descubrir que la familia Hawthorne falsificó una prueba de paternidad para mantener a tu padre, que quería tenerte, lejos de tu vida. Está bien que estés enfadado o desolado o…

—No soy el mejor enfadándome, y la desolación es más bien para las personas que bajan el ritmo lo suficiente como para que su cerebro se concentre en la tristeza. Mi maestría se centra más bien en un diagrama de Venn solapado entre un entusiasmo desenfrenado e infini…

—Xander. —Alargué la mano por encima de la mesa y la coloqué encima de la suya. Durante un momento, se quedó ahí quieto, observando nuestras manos.

—Sabes que te quiero, Avery, pero no quiero hablar contigo de esto. —Xander apartó su mano de debajo de la mía—. No quiero tener que explicarte lo que no quiero explicarte. Solo quiero acabarme este dónut y comerme a sus cuatro mejores amigos *donutienses* y felicitarme a mí mismo por, quizá con suerte, no vomitar.

No dije nada más. Me quedé allí sentada hasta que Oren apareció

en mi visión periférica. Inclinó la cabeza hacia la derecha. Nos habían visto, a Xander y a mí. Supuse que nos habría visto alguien de la zona, pero, cuando se trataba de la familia Hawthorne y la heredera Hawthorne, todo pasaba a ser de dominio público muy pronto.

Volvimos al taller de Isaiah.

—¿Quieres que esperemos fuera? —le pregunté a Xander.

—No. Solo quiero que me des ese disco metálico —contestó él—. Doy por hecho que lo llevas encima.

Lo llevaba y se lo di, porque en ese mismo momento habría hecho cualquier cosa por Xander.

Abrió la puerta de un empujón y caminó despacio hasta el coche que estaba reparando Isaiah.

—Tengo que preguntarte dos cosas. Primero, ¿qué opinas de las máquinas de Rube Goldberg?

—Nunca he construido ninguna. —Isaiah miró a Xander a los ojos —. Pero me inclino a pensar que deberían tener catapultas.

Xander asintió, como si le acabara de dar una respuesta aceptable.

—Segundo, ¿habías visto alguna vez algo así? —Le mostró el disco a Isaiah; ambos eran tan altos que se alzaban imponentes ante el resto de los presentes.

Isaiah le quitó el disco a Xander.

—¿De dónde demonios habéis sacado esto, chicos?

—Entonces, sí sabes lo que es —observó Xander, y se le iluminaron los ojos—. ¿Alguna clase de artefacto?

—¿Artefacto? —Isaiah negó con la cabeza y le devolvió el disco a Xander, que me lo devolvió a mí—. No. Esto es la tarjeta personal del señor Blake. Siempre lo llamaba el sello familiar.

Pensé en el sello de lacre del sobre del último mensaje, que llevaba el mismo símbolo.

—Creo que tenía, ¿qué, cinco monedas de esas? —continuó Isaiah —. Si alguien poseía uno de esos sellos, significaba que contaba con la aprobación de Blake para jugar con su imperio como se le antojara, hasta que lo contrariara. Si eso ocurría, le quitaban el sello y el estatus, y el poder que este traía consigo. Era el modo de Blake de mantener a su familia atada bien corto. Todas las personas que tuvieran una gota de su sangre o de la de su difunta esposa lucharon con uñas y dientes por conseguir uno de esos sellos.

Tuve en cuenta las implicaciones.

—¿Solo familia?

—Solo familia —confirmó Isaiah—. Sobrinos, sobrinos nietos, y

luego primos.

—¿Qué hay del hijo de Blake? —quise saber. Nana había mencionado a un hijo.

—Oí que había un hijo —contestó Isaiah—. Pero se largó años antes de que yo apareciera por allí.

«El hijo pródigo», pensé de pronto, y la adrenalina corrió por mis venas.

—¿A qué te refieres cuando dices que el hijo de Vincent Blake «se largó»? —le pregunté a Isaiah.

—Me refiero a lo que he dicho. —Isaiah me atravesó con la mirada —. El hijo se largó en algún momento y no volvió. En parte, por eso los sellos eran tan valiosos. No había heredero directo para la fortuna familiar. Corría el rumor de que, cuando Blake muera, cualquiera que tenga uno de esos… —Isaiah hizo un gesto hacia el disco—. Saca tajada.

Isaiah había dicho que había cinco sellos. Lo cual significaba que el disco que yo tenía en la mano valía, más o menos, cien millones de dólares. Me acordé de Toby y de las instrucciones que le dejó a mi madre acerca de acudir a Jackson si necesitaba algo. «Sabes lo que dejé allí —escribió Toby—. Sabes lo que vale».

—Hace más de veinte años, Toby Hawthorne le robó esto a su padre. —Clavé la mirada en el disco, en las capas de círculos concéntricos—. Ahora bien, ¿por qué Tobias Hawthorne tenía uno de los sellos de la familia Blake? Es imposible que Blake quisiera dejarle una quinta parte de su fortuna a un multimillonario que lo traicionó.

Isaiah se encogió de hombros, pero hubo algo duro en el gesto, como si se negara a darle a Tobias Hawthorne o a Vincent Blake un centímetro de espacio en su mente.

—Os he contado lo que sé —dijo—. Y debería seguir trabajando. —Dirigió la mirada hacia Xander—. A no ser…

Durante un momento, oí en su tono la misma incertidumbre que había oído en el de Xander cuando le pregunté por la carpeta de su padre.

—Sí que quiero hablar —afirmó Xander atropelladamente—. Vamos, quiero hablar si tú también quieres.

—Muy bien, entonces —repuso Isaiah.

El resto estábamos casi en la puerta cuando Rebecca se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Cómo se llamaba el hijo de Vincent Blake? —preguntó con un tono de voz extraño.

—Hace mucho tiempo —dijo Isaiah, sin embargo, luego volvió a mirar a Xander y suspiró—. Dejadme pensar un minuto… ¡Will! —

Isaiah chasqueó los dedos—. El hijo se llamaba Will Blake.

«Will Blake», repetí para mis adentros. Durante un segundo, dejé de estar en el taller de Isaiah Alexander. Estaba en el ala de Toby de la Casa Hawthorne, leyendo un poema grabado sobre metal.

«William Blake. "El árbol envenenado"», pensé.

CAPÍTULO 61

¿Y si Toby no había escogido ese poema solo por los sentimientos que expresaba? ¿Y si los secretos y las mentiras y los misterios que había escrito sobre sí mismo iban más allá de su adopción secreta?

«¿Por qué motivo Tobias Hawthorne tenía ese sello?», me pregunté.

Rebecca, Thea y yo le dimos tiempo a Xander con su padre y esperamos en el coche. Le pedí a Oren que diera una vuelta a la manzana por si aparecían *paparazzi* en el puesto de dónuts, se fijaran en nuestros coches, y no en el taller de Isaiah. Mientras esperábamos, mi mente trabajaba a toda velocidad. «William Blake. El sello de la familia Blake. Vengarse. Vengativo. Venganza. Vengador», me repetía.

Cuando Xander se subió al coche, no dijo ni una palabra sobre su padre.

—Venga, dispara todos esos pensativos pensamientos —me pidió.

Lo analicé un instante. Sus ojos castaños estaban serenos y brillantes, así que cedí.

—Lo que Vincent Blake está haciendo ahora, es decir, secuestrar a Toby y jugar conmigo, no creo que en realidad tenga nada que ver con una patente registrada hace cincuenta años. —El número de la patente nos había dicho con quién nos las estábamos viendo. Habíamos dado por hecho que también nos daba el motivo, pero nos equivocábamos —. Creo que tiene que ver con el hijo de Vincent Blake.

—El hijo pródigo —murmuró Xander—. Will Blake.

«Un joven derrochador. —La característica voz de Vincent Blake resonó en mi mente—. Rondando por el mundo…, desagradecido. Un padre benévolo, dispuesto a volver a abrirle las puertas de su casa. Ahora bien, si no me falla la memoria, había tres personajes en esta historia…».

Todo apuntaba que la tercera persona de esa historia era Tobias Hawthorne, y, si ese era el caso, quizá Xander se había equivocado.

—¿Y si Will no es el pródigo? —planteé—. Por teléfono, Blake remarcó que había tres personajes en la parábola del hijo pródigo. El padre…

—Vincent Blake —completó Thea.

Asentí.

—El hijo que traicionó a su familia, se llevó el dinero y huyó, ¿y si ese no es el hijo biológico de Vincent Blake? ¿Y si es el hombre a quien le abrió las puertas de su hogar? El joven Tobias Hawthorne. Nana me dijo que el hijo de Blake era más joven en aquel entonces, tenía quince años cuando tu abuelo tendría… —Hice los cálculos—: Veinticuatro.

—Con quince años, el hijo de Vincent Blake tal vez no era lo bastante mayor para tener uno de esos sellos —dijo Xander, pensando en voz alta—, pero sí tenía edad suficiente para percatarse de la traición.

Sentía todo mi cuerpo vivo y en tensión, horrorizado y fascinado.

—Se percata de la traición —repetí—, ¿y se pregunta por qué su padre ha permitido que un don nadie sin familia se vaya de rositas tras desvalijarle millones?

Eso pondría a Will Blake en la posición del hijo que se quedó al lado del padre; el buen hijo, disgustado porque la traición del pródigo fue recompensada en lugar de castigada.

«Hay tres personajes en la parábola del hijo pródigo, ¿o no?».

«Vengarse. Vengativo. Venganza. Vengador».

«Siempre acabo ganando».

—La cuestión es —prosiguió Xander—, ¿por qué Toby dejó un poema obra de un poeta llamado nada menos que William Blake en su ala hace ya tanto tiempo?

—¿Y qué posibilidades hay —añadí, mis ideas se peleaban por ser el centro de atención de mi mente— de que Will sí tuviera uno de esos sellos de la familia Blake cuando desapareció?

«Si el sello que poseía Tobias Hawthorne había pertenecido al hijo de Vincent Blake…», me dije.

Me sentí como si estuviéramos dirigiéndonos a toda velocidad hacia el borde de un precipicio.

—¿Cuánto hace de la desaparición de Will Blake? —Rebecca no nos miraba. La luz que entraba por la ventanilla le iluminaba el pelo. Habló con voz gutural e intensa.

Saqué el móvil e hice una búsqueda. Y luego otra. Al final, tuve la certeza de ello: la última vez que Vincent Blake había sido fotografiado en público con su hijo, Will tenía poco más de veinte años.

—¿Hace cuarenta años? —calculé—. Año arriba, año abajo. Rebecca…

—Will es un diminutivo de William —dijo Rebecca, absorbiendo hasta la última molécula de oxígeno del coche—. Pero también lo es Liam.

CAPÍTULO 62

Mallory Laughlin no había revelado mucho sobre el hombre que la había dejado embarazada. Había dicho que era mayor que ella y de lo más encantador. Había dicho que se llamaba Liam. Y cuando Eve le había preguntado qué había pasado con Liam, lo único que quiso explicar fue que se había ido.

Si Liam era Will Blake…

Si había ido a buscar a una chica de dieciséis años que vivía en la finca Hawthorne…

Si había dejado embarazada a esa chica…

Y si realmente hacía más de cuarenta años que nadie había visto a Will…, año arriba, año abajo…

Las preguntas se amontonaban en mi mente. ¿Sabía Toby o sospechaba que Will Blake era su padre biológico? ¿Sabía Vincent Blake que Toby era su nieto? ¿Por eso lo había secuestrado? Y si el sello que Toby le había robado a su padre en realidad había pertenecido al hijo de Vincent Blake, ¿cómo había llegado a manos de Tobias Hawthorne, para empezar?

«¿Qué le pasó a Will Blake?», me pregunté.

Si antes estábamos dirigiéndonos a toda velocidad hacia el borde de un precipicio, ahora estaba cayendo al vacío.

En cuanto llegamos a la Casa Hawthorne salí del coche como una exhalación, Jameson estaba allí. Se detuvo a unos pocos centímetros de mí, su cuerpo irradiaba intensidad. Todo lo que habíamos descubierto estaba a punto de escapar de mis labios cuando él preguntó:

—¿Qué narices pasa contigo, Heredera?

Me quedé mirándolo, atónita, y luego la rabia se apoderó de mí y exploté:

—¿Cómo que qué pasa conmigo? ¡Eres tú quien me ha encerrado en el *escape room* más enjoyado del mundo!

—Para mantenerte a salvo —insistió Jameson—. Vincent Blake es poderoso y tiene contactos, y va a seguir yendo a por ti, Avery, porque tú eres quien tiene las llaves de este reino. Y no sé si quiere lo que tienes, o si quiere quemarlo todo, pero sea como sea, ¿cómo voy a mantenerte a salvo si tú no me dejas?

Sabía que Jameson me quería, y eso me puso de los nervios porque nuestro amor no tenía que ser así.

—¡No tienes que mantenerme de ninguna manera! —estallé. Él intentó apartar la mirada, pero no se lo permití—. Pregúntame qué hemos descubierto.

No lo hizo.

—Pregúntamelo, Jameson.

Podía ver en sus ojos que quería hacerlo, que estaba luchando consigo mismo.

—Primero prométemelo.

—¿Prometerte qué? —pregunté.

—Que vigilarás más. Que no llegaré a casa y descubriré que te has vuelto a ir.

No sabía cómo decirlo para que se lo creyera, de modo que coloqué ambas manos en su pecho y miré esos ojos verdes que conocía mejor que los de cualquier otra persona.

—No voy a quedarme aquí encerrada y tú no eres quien para encerrarme. No necesito que me protejas.

—¡Esto es lo que tú quieres! —Jameson habló como si le hubieran arrancado las palabras de la garganta. Respirando con dificultad, me aferró los dedos con los suyos—. Es lo que siempre has querido. Un imbécil arrogante y responsable que intenta ser honrado y que moriría para proteger a la chica a la que ama.

Me quedé de piedra. Pensando con la cabeza, sabía que mi corazón seguía latiendo. Que yo seguía respirando. Pero no lo sentía así. Podía ver a los demás de reojo, pero no podía moverme, no podía pedirle a Jameson que bajara la voz, no podía concentrarme en nada más que en el verde de sus ojos, en las líneas de su rostro.

—No soy Grayson —me dijo, desfigurado por las palabras.

—Ni quiero que lo seas —contesté, suplicante, aunque ni siquiera sabía por qué.

—Sí, sí que quieres —insistió Jameson en voz baja—. Y ni siquiera importa porque no estoy haciendo teatro, Heredera. No estoy jugando a ser sobreprotector o fingiendo que, por una vez en mi vida, quiero hacer lo correcto. —Acunó mi rostro entre sus manos y luego la nuca, y sentí sus manos en cada centímetro de mi cuerpo—. Te quiero. Moriría para protegerte. Haría que me odiaras para mantenerte a

salvo porque, ¡joder, Avery!, hay cosas demasiado preciosas para arriesgarlas.

Jameson Winchester Hawthorne me quería. Me amaba y yo lo amaba a él. Pero no sabía cómo hacerle creer que, cuando le había dicho que no quería que fuera Grayson, lo había dicho de verdad.

—Este es quien quiero ser —dijo Jameson con la voz ronca—, por ti.

Deseé de pronto que ni él ni yo estuviéramos allí de pie en el césped de la Casa Hawthorne. Que fuera mi cumpleaños de nuevo o que se cumpliera el plazo de un año y que estuviéramos dando la vuelta al mundo, viéndolo todo, haciéndolo todo, teniéndolo todo. Deseé que no hubieran secuestrado a Toby, que Vincent Blake no existiera, que Eve no hubiera aparecido nunca por allí…

«Eve», pensé de repente, y luego me di cuenta de algo que tendría que haber visto mucho antes. Si el hijo de Vincent Blake era el padre de Toby, eso convertía a Eve en su bisnieta.

«Eve y Vincent Blake son familia», comprendí. Las palabras explotaron en mi mente como si fueran metralla. Me acordé de cuando Eve me contó que había hecho una prueba de ADN por correo, de cómo se había ganado mi confianza al principio porque había pensado que comprendía qué significaba Toby para ella, lo que habría significado para ella sentirse querida por fin, tener una familia que la quisiera por fin.

Pero ¿y si esa familia no era Toby?

¿Y si otra persona la había encontrado primero?

Me acordé de cuando le mostré el ala de Toby, del momento que mencioné «El árbol envenenado» y pronuncié el nombre del poeta: William Blake. Eve se había dejado caer de rodillas, y había leído el poema un montón de veces. «Reconoció el nombre», comprendí.

—Heredera. —Jameson todavía me miraba, y supe, por cómo me estaba acariciando suavemente los pómulos con los pulgares, que se había dado cuenta de que mi mente había echado a volar. No me culpó por ello. No me pidió nada más. Lo único que dijo fue—: Cuéntame.

Y lo hice.

Y luego él me dijo que Eve estaba en el chalet Wayback… con Grayson.

CAPÍTULO 63

Oren y dos de sus hombres nos llevaron en coche a Jameson y a mí al chalet Wayback. Rebecca no vino con nosotros, de hecho, no quiso venir con nosotros. Thea y Xander se quedaron con ella.

Toqué el timbre, una y otra vez, hasta que la señora Laughlin nos abrió.

—Grayson e Eve —dije, intentando proyectar más calma de la que sentía—. ¿Están aquí?

La señora Laughlin me lanzó una mirada que seguramente había usado con generaciones de niños Hawthorne.

—Están en la cocina con mi hija.

Fui hacia allí, con Jameson pisándome los talones, Oren justo a mi izquierda, y sus hombres a unos pocos pasos detrás de él. Nos encontramos a Eve sentada a la desgastada mesa de madera, delante de Mallory. Grayson estaba de pie justo detrás de Eve, como si fuera un ángel de la guarda que la velara.

Eve nos miró al instante, y me pregunté si me estaba imaginando la astucia en sus ojos, si me la estaba imaginando analizando la situación, analizándome a mí, antes de hablar.

—¿Alguna novedad?

«Una —pensé—. Que eres familia de Vincent Blake».

—He intentado llegar a Toby —continuó Eve con vehemencia—, pero no he podido. Alguien me ha hecho volver.

Y ese alguien estaba muy cerca de ella.

—Grayson —dije—. Necesito hablar contigo.

Eve se volvió para mirarlo. Hubo algo delicado en cómo le caía la cabellera por el hombro, algo casi hipnotizador en su modo de alzar los ojos para encontrarse con los de él.

—Grayson —repetí, hablé con una voz grave, apremiante.

Jameson no me dio la oportunidad de pronunciar el nombre de su hermano una tercera vez.

—Avery ha descubierto algo que debes saber. Vamos afuera, Gray. Ahora.

Grayson caminó hacia nosotros. Eve también vino.

—¿Qué has descubierto? —preguntó la chica.

—¿Qué esperas que descubra… o quizá que no descubra? —No había pretendido decirlo en voz alta, pero, ya que lo había hecho, estudié su reacción.

—¿Qué significa eso? —espetó Eve, algo parecido al dolor le cruzó el rostro.

¿Estaba haciendo el papel? «¿Todo este tiempo solo estaba representando un papel?», me pregunté. Mi mirada aterrizó en la cadena que le rodeaba el cuello, y de pronto me acordé de cuando Eve salió de mi cuarto de baño y no llevaba nada más que una toalla y un guardapelo. ¿Por qué Eve, que había insistido en que se había pasado la vida sola, llevaba un guardapelo?

¿Qué había dentro?

«Un pequeño disco de metal», pensé. Isaiah había dicho que había cinco, que Vicent Blake los entregaba únicamente a miembros de su familia, e Eve era familia.

—Abre el guardapelo —le indiqué con aspereza—. Muéstrame lo que hay dentro.

Eve se quedó muy quieta. Yo me moví, hice ademán de cogerlo, pero Grayson me detuvo la mano. Me lanzó una mirada gélida como una esquirla de hielo.

—¿Qué estás haciendo, Avery?

—Vincent Blake tenía un hijo —dije. No era mi intención hacerlo así, delante de Mallory y de la señora Laughlin, pero que fuera lo que tuviera que ser—. Se llamaba Will. Creo que era el padre de Toby. Y esto —saqué el sello de la familia Blake, el que Toby tenía en su posesión cuando desapareció—, casi seguro que era de Will. Blake los entregaba a los miembros de su familia que gozaban de su favor. —Podía sentir a Eve observándome. Lucía una expresión neutra, cuidadosamente neutra—. ¿No es así, Eve?

—No tienes ningún derecho —espetó Mallory Laughlin con voz estridente— de venir aquí y decir todo esto. ¡Ninguno! —Miró más allá de mí, a la señora Laughlin—. ¿Vas a quedarte ahí parada y a dejar que haga esto? —exigió saber, y la voz le subió una octava—. ¡Esta es tu casa!

—Creo que sería mejor —me dijo la señora Laughlin secamente— que se marchara.

Me había pasado un año haciendo grandes avances con ella y el resto de los empleados. Había pasado de ser una extraña y una

enemiga a ser aceptada. No quería perder ese logro, pero no podía echarme atrás.

—Decía que se llamaba Liam —proseguí en voz baja, mirando a Mallory a los ojos—. No le dijo quién era en realidad ni por qué estaba aquí.

La señora Laughlin avanzó un paso hacia mí.

—Márchese.

—Will Blake fue a buscar a su hija —le dije, volviéndome hacia la mujer que había dedicado la mayor parte de su vida a ser el ama de llaves de la finca Hawthorne—. Él tendría veintipocos. Ella solo tenía dieciséis. Ella lo metió en la finca, incluso subieron a la Casa Hawthorne. —No me detuve—. Seguramente fue idea del chico.

La señora Laughlin cerró los ojos con una expresión de dolor.

—Déjelo —me suplicó—. Por favor.

—No sé qué ocurrió —continué—, pero lo que sí sé es que no se ha visto a Will Blake desde entonces. Y, por alguna razón, usted y su marido permitieron que los Hawthorne adoptaran a su nieto y les dejaron fingir que el niño era sangre de su sangre, incluso ante la madre de la criatura.

Un sollozo agudo escapó de la garganta de Mallory.

—Intentaba protegerlos, ¿verdad? —le pregunté a la señora Laughlin con dulzura—. A su hija y también a Toby. Intentaba protegerlos de Vincent Blake.

—¿De qué está hablando? —Eve se deslizó hacia Mallory, luego se agachó, inclinó la cabeza para que sus ojos quedaran a la misma altura que los de Mallory—. Tienes que decirme la verdad —prosiguió—. Toda la verdad. Tu Liam… no se fue, ¿verdad?

Entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo, de lo que había estado haciendo desde el principio.

—Por eso estás aquí —comprendí—. ¿Qué te ofreció Vicent Blake si le llevabas respuestas?

—Es suficiente —me escupió Grayson con dureza.

—No lo es en absoluto —contestó Jameson, hecho una furia a mi lado.

—Sabes qué significa este collar para mí, Grayson —dijo Eve, cubriendo el guardapelo con el puño—. Sabes por qué lo llevo. ¡Lo sabes, Grayson!

—«No confíes en nadie» —cité, y mi tono estuvo al nivel del suyo—. Era el mensaje del viejo. Su último mensaje, Gray. Porque si Eve está aquí, Vincent Blake no andará muy lejos.

Eve volvió su cuerpo hacia el de Grayson; todos sus movimientos eran una estudiada combinación de elegancia y furia.

—¿A quién le importa el último mensaje de Tobias Hawthorne? —preguntó, y la voz se le rompió con el interrogante—. No me quería a mí, Grayson. Escogió a Avery. Yo jamás iba a ser suficiente para él. Sabes bien lo que es, Gray. Lo sabes mejor que nadie.

Sentía que Grayson se me escapaba, pero no podía parar de luchar.

—Nos empujaste a preguntarle a Skye por el sello —dije, fulminando a Eve con la mirada—. Has estado preguntando por secretos oscuros y profundos de la familia Hawthorne. Insististe e insististe para saber más sobre el padre de Toby…

Una lágrima solitaria rodó por la mejilla de Eve.

—¡Avery! —Reconocí bien el tono de Grayson. Era el del chico que habían educado para ser el heredero forzoso. El que no tenía que ensuciarse las manos para poner a un adversario en su lugar.

«¿Vuelvo a ser el enemigo, Gray?», pregunté para mis adentros.

—Eve no te ha hecho nada. —La voz de Grayson me cortó como si fuera el bisturí de un cirujano—. Aunque lo que estés diciendo del parentesco de Toby sea cierto, Eve no tiene la culpa de los actos de su familia.

—Entonces, pídele que abra el guardapelo —contesté con la boca seca.

Eve caminó hacia mí. Cuando solo nos separaba un metro, Oren intervino:

—No hace falta que te acerques más.

Sin decirle ni una sola palabra, ni a él ni a nadie, Eve abrió el guardapelo. En el interior había una foto de una niña pequeña. «Eve», me di cuenta. Llevaba el pelo corto e irregular, tenía las mejillitas hundidas.

—Nadie la valoró jamás. Nadie habría puesto jamás su foto en un guardapelo. —Eve me miró a los ojos y, aunque parecía vulnerable, creí ver algo más debajo de esa fragilidad—. Por eso lo llevo como un recordatorio: aunque no te quiera nadie, tú puedes quererte. Aunque no seas la prioridad de nadie, tú puedes ser tu propia prioridad.

Estaba ahí en medio admitiendo que su prioridad era ella misma, pero era como si Grayson fuera incapaz de verlo.

—Suficiente —ordenó—. Esto no es propio de ti, Avery.

—Quizá, Gray —replicó Jameson—, no la conoces tan bien como crees.

—¡Fuera! —tronó la señora Laughlin—. ¡Todo el mundo fuera!

Nadie se movió. La señora entornó los ojos.

—Esta es mi casa. El señor Hawthorne nos garantizó inquilinato gratuito de por vida. —La señora Laughlin miró a su hija, luego a Eve y, finalmente, se volvió de nuevo hacia mí—. Puede despedirme, pero

no puede echarme, y va a marcharse ahora mismo de mi casa.

—Lottie —dijo Oren en voz baja.

—No me vengas con esas, John Oren. —La señora Laughlin lo fulminó con la mirada—. Coges a tu chica, coges a los chicos, y te los llevas a todos de aquí.

CAPÍTULO 64

—¿Se puede saber qué te pasa? —explotó Grayson en cuanto salimos.

—¿Has oído una palabra de lo que he dicho allí dentro? —pregunté; el corazón se me estaba rompiendo como un cristal hecho añicos, trocito a destrozado trocito—. ¿Has oído lo que ella ha dicho? Su prioridad es ella misma, Grayson. ¡Odia a vuestro abuelo! Nosotros no somos su familia. ¡Blake lo es!

Grayson dejó de caminar hacia el coche. Se quedó rígido y empezó a tocarse los gemelos de su elegante camisa y se quitó una mota de polvo imaginaria de la solapa de la americana.

—Es evidente —afirmó con un tono casi regio— que me equivoqué contigo.

Me sentí como si me acabaran de lanzar una jarra de agua helada en la cara. Como si me hubiera atizado una bofetada.

Y luego me quedé mirando a Grayson Hawthorne largándose de allí.

«Un chico que cree que lo sabe todo», podía oírme a mí misma diciéndolo hacía lo que se me antojaba una eternidad.

«Una chica de lengua afilada», había contestado él.

Todavía oía a Grayson diciéndome que tenía un rostro expresivo, diciéndole a Jameson que yo era una de los suyos, en latín, para que yo no pudiera comprenderlo. Notaba a Grayson corrigiendo mi agarre de la espada larga, podía verlo atrapando mi broche Hawthorne antes de que llegara a caer al suelo. Lo veía deslizando un libro encuadernado a mano hacia mí por la mesa del comedor.

—Oren puede apostar algunos hombres ante el chalet. —Jameson habló a mi lado. Sabía lo doloroso que estaba siendo ese momento para mí, pero tuvo la cortesía de fingir que no—. Si Eve es una amenaza, podemos mantenerla controlada.

Me volví para mirarlo.

—Sabes que esto no va de Grayson y yo —le dije, arrancando de mi mente la imagen de Grayson marchándose—. Dime que lo sabes, Jameson.

—Lo que sé —contestó— es que te quiero y que, contra todo pronóstico, tú también me quieres. —La sonrisa de Jameson era más menuda, pero no menos torcida que de costumbre—. También sé que Gray es el mejor. Siempre lo ha sido. Mejor hijo, mejor nieto, mejor Hawthorne. Creo que por eso quería tantísimo que Emily me escogiera a mí. Por una vez, quería ser yo el elegido. Pero iba a quedarse con él desde el principio, Heredera. Yo era un juego para ella. Emily lo quería a él.

—No. —Negué con la cabeza—. No es verdad. No tratas de esa manera a las personas que quieres.

—Tú no —contestó Jameson—. Tú eres honrada, Avery Kylie Grambs. Una vez estuviste conmigo, estuviste solo conmigo. Me quieres, con cicatrices y todo. Lo sé, Heredera. ¡Lo sé! —Jameson pronunció todas esas palabras y las decía de verdad. Se las creía—. ¿Tan horrible es —continuó— que quiera ser mejor por ti?

Me acordé de nuestra discusión.

—Ser «mejor» es ser mi amigo y mi pareja y comprender que no puedes tomar decisiones por mí. «Mejor» es cómo consigues que me vea a mí misma como una persona que es capaz de todo. Saltaría desde un avión contigo, Jameson; surfearía por la pendiente de un volcán contigo; apostaría todo lo que tengo en ti, en nosotros, contra el mundo. No puedes salir corriendo y correr riesgos y esperar que yo me quede atrás, encerrada en una jaula de oro que has hecho tú mismo. Tú no eres así, y no es lo que quiero. —No sabía cómo decírselo para que me entendiera de verdad—. Tú —le dije, acercándome un paso a él— siempre me has hecho ser valiente. Tú eres quien me empuja a salir de mi zona de confort. Ahora no puedes volver a encerrarme.

Jameson me miró como si intentara memorizar cada rasgo de mi rostro.

—Superé lo de Emily —dijo—. Gray no. Y sé, en lo más hondo de mi ser, que si lo hubiera hecho habría podido quererte. Te habría querido. Siendo como eres, Heredera, ¿qué otra opción habría tenido?

—Ibas a ser tú, siempre, desde el principio —le dije a Jameson. Él necesitaba oírlo. Yo necesitaba decirlo, aunque ese «siempre» escondiera muchas cosas.

Jameson me dio otra de sus habituales sonrisas torcidas como respuesta.

—Es en momentos como este, Heredera, cuando desearía haberme

enamorado de una chica que no fuera tan buena marcándose faroles.

Jameson se fue, igual que se había ido Grayson.

—Volvamos a la casa —dijo Oren. Y no hizo ningún comentario sobre lo que acababa de ocurrir.

No me permití pensar en Jameson ni en Grayson. En lugar de eso, pensé en el resto, en el hijo desaparecido de Vincent Blake y en la venganza y en los juegos a los que Blake jamás dejaría de jugar conmigo. Las historias en la prensa, los *paparazzi*, los asaltos financieros desde todos los flancos, intentar mermar mi equipo de seguridad y, sin descanso, recordarme siempre que tenía a Toby.

Pista tras pista.

Acertijo tras acertijo.

Estaba harta. Cuando volví a la casa, fui a buscar el teléfono que me había mandado Blake. Llamé al único número que tenía y, como él no contestó, empecé a hacer otras llamadas desde mi propio teléfono. Llamé a todas y cada una de las personas que habían recibido una de las codiciadas invitaciones al palco de propietaria de mi equipo de la NFL, a los grandes nombres de la sociedad texana que habían tratado de quedar bien conmigo en alguna gala benéfica, a todas las personas que querían mi apoyo para una «oportunidad financiera».

El dinero atraía el dinero. El poder atraía el poder. Y yo estaba harta de esperar la siguiente pista.

Me llevó un buen rato, pero acabé encontrando una persona que tenía el número de Vincent Blake y estaba dispuesta a proporcionármelo sin hacer preguntas. El corazón me latió contra las costillas con la fuerza de un puñetazo tras otro mientras marcaba su número.

Cuando Blake contestó, no me molesté en fingir.

—Sé lo de Eve. Sé lo de tu hijo.

—Ah, ¿sí?

Preguntas y acertijos y juegos. «Se acabó», me dije.

—¿Qué quieres? —inquirí. Me pregunté si ese hombre podía oír mi enojo y cada gramo de las emociones enterradas en él.

Me pregunté si eso le hacía pensar que me estaba ganando.

—¿Que qué quiero, Avery Kylie Grambs? —Vincent Blake parecía divertido—. Adivina.

—Me he hartado de adivinar.

El silencio me recibió al otro extremo de la línea, pero él seguía ahí. No había colgado. Y no iba a ser yo quien rompiera el silencio.

—¿No es evidente? —contestó Blake por fin—. Quiero saber la

verdad que Tobias Hawthorne me ha escondido todos estos años. Quiero saber qué le sucedió a mi hijo. Y quiero que tú, Avery Kylie Grambs, hurgues en el pasado y me traigas su cuerpo.

CAPÍTULO 65

Vincent Blake creía que su hijo estaba muerto. Creía que el cuerpo estaba aquí, en realidad. Pensé en el sello de la familia Blake, en el hecho de que Toby lo robara y en la reacción que tuvo su padre al enterarse.

«Sabes lo que dejé allí —le había escrito Toby a mi madre hacía ya mucho tiempo—. Sabes lo que vale». Un Toby adolescente había robado el sello y había dejado escondida una copia de «El árbol envenenado» de William Blake para que su padre la encontrara.

—Quería que supiera que sabía la verdad. —De algún modo, me parecía correcto dirigirme a Tobias Hawthorne. Aquello era su legado.

Todo aquello.

—¿Qué hizo —susurré— cuando descubrió al hijo de Vincent Blake en su propiedad?

Cuando se dio cuenta de que un hombre había querido atacarlo a través de una chica de dieciséis años. Quizá esa muchacha creía que estaba enamorada, pero Tobias Hawthorne no lo habría visto de esa manera. Will Blake pasaba los veinte. Mallory solo tenía dieciséis.

Y, a diferencia de Vincent Blake, Tobias Hawthorne no defendía eso de que «ya se sabe cómo son los hombres».

«—¿Qué ocurrió? —podía oír a Eve preguntando—. ¿Qué pasó con tu Liam?».

Y todo cuanto había dicho Mallory Laughlin había sido:

«—Liam se fue.

»—¿Por qué se fue?

»—Simplemente, se fue».

Eché a andar y acabé en el ala de Toby, leyendo los versos de «El árbol envenenado» y el diario que había escrito con tinta invisible en las mismísimas paredes. Ahora comprendía el enojo del joven Toby de una manera nueva. «Ese chico sabía algo», me dije.

De su padre.

De la razón de mantener la adopción en secreto.

De Will Blake y la decisión de esconder al único nieto de un hombre peligroso ante las narices de todo el mundo. Pensé en el poema de Toby, el que habíamos descifrado meses atrás.

Secretos, mentiras, misterio,
todo cuanto menosprecio.
El árbol es veneno,
¿es que no lo ves?
A S, Z y T. Nos envenenó a los tres.
La prueba que he robado
está en el agujero mejor cerrado.
Quedará revelado bajo el led,
todo lo que escriba en la…

—Pared —acabé en voz alta, igual que lo hice entonces. Sin embargo, esta vez mi cerebro lo veía todo con otros ojos. Si Toby sabía qué era el sello cuando lo robó, eso significaba que sabía quién era Will Blake, quién era Vincent Blake. Y si Toby sabía eso…

¿Qué más sabía?

La prueba que he robado
está en el agujero mejor cerrado.

Cuando le recité el poema a Eve, ella me había preguntado: «¿Prueba de qué?». Buscaba respuestas, pruebas. «Un cuerpo —pensé —. O, siendo realistas, a esas alturas, huesos». Sin embargo, Eve no había encontrado nada todavía. Si lo hubiera hecho, Blake no me habría encomendado esa tarea a mí.

«Quiero saber la verdad que Tobias Hawthorne me ha escondido todos estos años. Quiero saber qué le sucedió a mi hijo», resonó en mi memoria.

La Casa Hawthorne estaba abarrotada de lugares oscuros: compartimentos ocultos, pasadizos secretos, túneles enterrados. Tal vez lo único que Toby encontró fue el sello. «O, tal vez, encontró restos humanos», pensé. Esa posibilidad era insidiosa porque parte de mí sospechaba, muy en el fondo, que eso era lo que buscábamos, incluso antes de que Vincent Blake me lo hubiera dicho.

Su hijo había venido aquí. Había señalado a una niña bajo la protección de Tobias Hawthorne. Nada menos que en su casa.

«¿Dónde escondería un cuerpo un hombre como Tobias Hawthorne?», me pregunté.

Oren se había deshecho del cuerpo de Sheffield Grayson, aunque

yo no sabía cómo. Sin embargo, el hijo de Vincent Blake había desaparecido mucho antes de que Oren empezara a trabajar para el viejo. Por aquel entonces, la fortuna Hawthorne era nueva y considerablemente inferior. Era probable que Tobias Hawthorne ni siquiera tuviera personal de seguridad.

Por aquel entonces, la Casa Hawthorne era una mansión como otra.

«Tobias Hawthorne cada año le añadía algo», recordé. Ese pensamiento se abrió paso hasta apoderarse de mi mente; noté el corazón latiéndome por las venas.

Y, de pronto, supe por dónde empezar.

Saqué los planos que me había entregado el señor Laughlin. Cada uno de ellos detallaba la ampliación que Tobias Hawthorne había hecho a la Casa Hawthorne a lo largo de las décadas desde que se construyó. El garaje. El spa. El cine. La bolera. Desenrollé página tras página, plano tras plano. El rocódromo. La pista de tenis. Encontré planos de un cenador, una cocina al aire libre, un invernadero, y mil cosas más.

«Piensa», me ordené. Había capas de intenciones en todo lo que Tobias Hawthorne había hecho siempre. En todo lo que había construido. Pensé en el compartimento que había en el fondo de la piscina, en los pasadizos secretos de la casa, en los túneles bajo la finca, en todo.

Había mil lugares donde Tobias Hawthorne habría podido esconder su secreto más oscuro. Si empezaba a la ligera, no llegaría a ninguna parte. Tenía que ser lógica. Sistemática.

«Coloca los planos en orden cronológico», me dije.

Solo un puñado de croquis tenían el año escrito, pero todos ellos mostraban cómo iba a integrarse la ampliación propuesta en la casa o en los terrenos de la propiedad. Tenía que encontrar el primer plano —el que mostraba la casa cuando era más pequeña y simple— y empezar a trabajar desde allí.

Fui página tras página hasta que lo encontré: la Casa Hawthorne original. Muy lenta y meticulosamente, acabé de ordenar el resto de los planos. Al amanecer, ya había llegado a la mitad, aunque era suficiente. Si me basaba en los pocos croquis que tenían fechas, podría calcular los años del resto.

En el ala de Toby me había centrado en la pregunta equivocada. «No era dónde habría escondido un cuerpo Tobias Hawthorne, sino ¿cuándo?», puntualicé. Sabía el año de nacimiento de Toby, pero no el mes. Aquello me permitió centrarme en dos juegos de planos.

El año anterior al nacimiento de Toby, Tobias Hawthorne había erigido el invernadero.

El año que nació Toby, construyó la capilla.

Me acordé de Jameson contándome que su abuelo había levantado la capilla para que Nana pudiera chillarle a Dios, y luego me acordé de la respuesta de Nana. «Ese vejestorio me amenazó con construirme un mausoleo».

¿Y si no había sido una amenaza? ¿Y si Tobias Hawthorne se había dado cuenta de que habría resultado demasiado evidente?

«¿Dónde escondería un cuerpo un hombre como Tobias Hawthorne?», me pregunté una vez más.

CAPÍTULO 66

Al cruzar los arcos de piedra de la capilla, escruté la estancia con la mirada: los bancos delicadamente tallados, las elaboradas vidrieras, un altar hecho de puro mármol blanco. A esas horas tan tempranas de la mañana, la luz entraba por el este y bañaba la capilla con los colores de las vidrieras. Estudié todos y cada uno de los paneles, en busca de algo.

Una pista.

«Nada», me dije. Recorrí los bancos. Solo había seis. La marquetería era cautivadora, pero si encerraban algún secreto —compartimentos escondidos, un botón, instrucciones—, no pude encontrarlo.

Aquello me dejaba con el altar. Me llegaba a la altura del pecho, medía unos dos metros de largo y cerca de uno de ancho. Encima del altar había un candelabro, una biblia dorada resplandeciente y una cruz de plata. Los examiné concienzudamente uno por uno, y luego me arrodillé para mirar las letras talladas en el frontal del altar.

Una cita. Recorrí la inscripción con los dedos y la leí en voz alta. «No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas».

Parecía de la Biblia. Era demasiado pronto para llamar a Max, de modo que introduje la cita en el buscador del móvil y me apareció un versículo de la Biblia: 2 Corintios 4:18.

Me acordé de cuando Blake usó otro versículo de la Biblia como combinación para un cerrojo. ¿A cuántos de sus juegos se había enfrentado el joven Tobias Hawthorne?

—«No mirando nosotros las cosas que se ven —dije en voz alta—, sino las que no se ven». —Miré el altar con fijeza. «¿Qué no se ve?», me pregunté.

Arrodillada ante el altar, lo recorrí con los dedos: de arriba abajo,

de izquierda a derecha, hasta el último rincón. Fui avanzando hasta darle la vuelta y, en el otro lado, encontré una hendidura estrecha entre el mármol y el suelo. Me agaché para mirar, pero no pude ver nada, de modo que recorrí la hendidura con los dedos.

Casi al instante, percibí una serie de círculos en relieve. De entrada, habría pulsado alguno por instinto, pero no quería precipitarme, de modo que seguí explorando hasta que hice un recuento. Había tres hileras de círculos en relieve, con seis redondeles en cada una de ellas.

Dieciocho en total. «2 Corintios 4:18», pensé. ¿Significaba eso que debía presionar cuatro de los dieciocho círculos en relieve? Y si ese era el caso, ¿qué cuatro?

Frustrada, me puse de pie. Con Tobias Hawthorne, nunca nada era fácil. Volví a darle la vuelta al altar, fijándome en su tamaño. El multimillonario había querido construir un mausoleo, pero no lo había hecho. Había construido esa capilla, y no pude evitar percatarme de que, si ese inmenso bloque de mármol estaba hueco, habría suficiente espacio para un cuerpo en el interior.

«Puedo hacerlo», me alenté. Miré con fijeza el verso inscrito en lo que sospechaba que era la tumba de Will Blake.

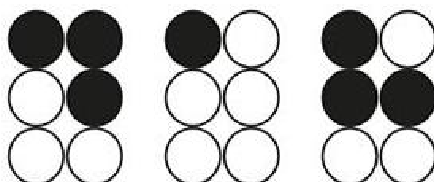
—«No mirando nosotros las cosas que se ven —volví a leer en voz alta—, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas».

«No se ven», me repetí.

¿Qué significaba mirar las cosas que no se ven? No tenía manera de mirar los círculos en relieve. No podía verlos. Tenía que tocarlos. «Con los dedos», pensé, y, de pronto, sin más, supe a qué se refería esa inscripción. No en un sentido bíblico, sino para Tobias Hawthorne.

Supe exactamente cómo tenía que ver lo que no se veía.

Saqué el móvil y busqué cómo se escribían los números en braille. «Cuatro. Uno. Ocho», repasé.



En cuclillas y de nuevo detrás del altar, metí los dedos debajo del mármol y presioné únicamente los círculos en relieve indicados. Cuatro. Uno. Ocho.

Oí un crujido y precipité la mirada hacia la parte superior del

altar. Un bloque de mármol se había separado del resto. «Se ha abierto», pensé.

Trasladé el candelabro, la biblia y la cruz al suelo. El bloque que se había soltado mediría unos cinco centímetros de grueso y pesaba demasiado para poder moverlo yo sola.

Miré hacia Oren, que montaba guardia, como siempre.

—Necesito que me eches una mano —le pedí.

Me miró fijamente, durante un segundo largo e intenso, luego masculló entre dientes y vino a ayudarme. Desplazamos el bloque de mármol y no tuvimos que moverlo mucho para darme cuenta de que mi instinto no me había engañado. El interior del altar estaba hueco. Y había suficiente espacio para un cuerpo.

Sin embargo, no había restos. En lugar de eso, encontré una mortaja de las que se usan para envolver un esqueleto o un cadáver. «Para cuando la construcción de la capilla y este altar se terminó, ¿quedaría algo más que huesos?», me pregunté. No olí a muerte. Me estiré para meter la mano dentro y moví la mortaja, vi que el mármol de la cavidad que había hecho las veces de cripta temporal había sido mancillado por una letra que conocía muy bien.

«Toby», pensé.

Me pregunté cuánto tiempo le había llevado grabar en el mármol esas cinco palabras airadas. Me pregunté si allí era donde había encontrado el sello de la familia Blake. Me pregunté qué más habría encontrado.

SÉ LO QUE HICISTE, PADRE.

Esas eran las palabras que había dejado al marcharse. Las palabras que habría encontrado Tobias Hawthorne cuando Toby huyó, de haber comprobado si su secreto seguía intacto.

Y entonces vi un último objeto en lo que tiempo atrás fuera la tumba de Will Blake.

Una memoria USB.

CAPÍTULO 67

Encontré el USB en el puño. Al sacarlo, mi mente se desbocó. Era evidente que esa memoria no llevaba veinte años encerrada en una tumba. Parecía nueva.

—¿Sabes, Avery?, me gustaría que me sorprendiera que hayas llegado primero, pero no lo hace.

«Eve», me dije. Levanté la cabeza como un resorte y la vi de pie en el umbral de la puerta de la capilla, bajo un arco de piedra.

—Hay personas que tienen ese toque mágico —continuó en voz baja. Caminó hacia mí, hacia el altar—. ¿Qué has encontrado ahí dentro?

Parecía dubitativa, vulnerable, pero en cuanto Oren se interpuso en su camino, Eve esbozó una expresión acorde que parpadeó en su rostro como una bombilla justo antes de fundirse.

—Se suponía que tenía que haber restos mortales ahí dentro —comentó Eve con calma. Con demasiada calma—. Pero no estaban, ¿verdad? —Ladeó la cabeza y sus suaves ondas ambarinas cayeron al tiempo que sus ojos aterrizaban en el USB que yo tenía en la mano—. Vas a tener que darme esto.

—¿Has perdido la cabeza? —le pregunté. No vi que movía las manos hasta que fue demasiado tarde.

«Tiene una pistola. —Eve sujetaba el arma como Nash me había enseñado a hacerlo a mí—. Me está apuntando a bocajarro con ella». Aquel pensamiento tendría que haberme descolocado, pero tenía una navaja en la bota. Había invertido muchísimo tiempo en entrenarme. Por eso, cuando mi cuerpo tendría que haber entrado en pánico, en su lugar una calma antinatural se apoderó de mí.

Oren sacó su arma.

—Baja la pistola —ordenó.

Fue como si Eve ni siquiera lo hubiese oído, como si la única persona de esa capilla que pudiera ver u oír fuera yo.

—¿De dónde has sacado esa pistola? —Mi intención era ganar tiempo para poder evaluar la situación—. Es imposible que la tuvieras la mañana que llegaste y que accedieras con ella a la finca. —Incluso al decir las palabras, me acordé de cómo reaccionó Eve al «descubrir» el nombre de Vincent Blake.

—¡Que bajes la pistola! —repitió Oren—. Te garantizo que soy más rápido que tú disparando, y nunca fallo.

Eve avanzó un paso, total y bellísimamente impertérrita.

—¿De verdad vas a permitir que tu guardaespaldas me dispare, Avery?

Aquella Eve era diferente. No quedaba ni rastro de las capas de autoprotección, de vulnerabilidad, de las emociones crudas… Ni rastro.

—Ayudaste a Blake a secuestrar a Toby, ¿verdad? —pregunté, y la certeza me bañó como una oleada de calor.

—No hubiera tenido que hacerlo —contestó Eve con un tono suave y duro— si Toby hubiera hablado. Si hubiera accedido a traerme aquí. ¡Pero no quiso!

—¡Es la última vez que te pido que bajes la pistola! —tronó Oren.

—Sigo siendo la hija de Toby —afirmó Eve, adoptando una expresión inocente que conocía demasiado bien; no le temblaba la pistola—. Y, en serio, Avery, ¿cómo crees que se sentirá Gray si Oren me dispara? ¿Qué crees que pasará si ese precioso chico destrozado entra aquí y me encuentra desangrándome en el suelo?

Al oírla mencionar a Grayson, lo busqué instintivamente, pero no estaba allí. El cuerpo me temblaba de rabia contenida. Me volví hacia Oren:

—Baja la pistola —le pedí.

Mi jefe de seguridad se colocó justo delante de mí.

—Primero que la baje ella.

Con una expresión arrogante en el rostro, Eve bajó el arma. Oren se le echó encima al instante y la inmovilizó contra el suelo.

Eve levantó la mirada desde el suelo de la capilla y sonrió.

—Tú quieres recuperar a Toby y yo quiero lo que has encontrado en esa tumba.

Lo había llamado tumba. Antes había dicho que se suponía que tenía que haber restos mortales allí. Me pregunté cómo había llegado a esa conclusión, y luego recordé dónde la había dejado y con quién.

—Mallory —dije.

—Admitió que Liam no se fue. Me parece que sus palabras exactas fueron: «Había muchísima sangre». —Eve dirigió la mirada hacia el altar—. Ahora querría saber dónde está el cuerpo.

—¿En serio es eso lo único que quieres? —le pregunté.

Desde el mismísimo principio me había dicho que solo quería una cosa. Empezaba a pensar que no era una mentira, sino que, sencillamente, ese férreo propósito no tenía nada que ver con Toby.

Nunca había tenido nada que ver con Toby.

—Querer es la receta para que te hagan daño, y yo no he permitido que nadie me hiciera daño desde hace muchísimo tiempo. —Eve volvió a sonreír, como si ella fuera quien tuviera las de ganar y no quien estaba inmovilizada contra el suelo—. Para ser sinceras, te lo advertí, Avery. Te dije que si yo fuera tú, tampoco confiaría en mí. Te dije que soy una persona que haría lo que fuera, cualquier cosa, para conseguir lo que quiero. Te dije que «invisible» es lo único que no sería jamás.

—Y Toby —dije, mirándola sin pestañear; comprenderla, por fin, me estaba dando náuseas— quería que te escondieras.

—Blake me quiere a su lado —afirmó Eve, y el entusiasmo le tiñó la voz—. Solo que primero tengo que ganármelo.

—Todavía no tienes uno de esos sellos, ¿verdad? —inquirí. Me acordé de cuando Nana me dijo que Vincent Blake no le daba carta blanca a nadie, ni siquiera a la familia.

—Voy a conseguir uno —me dijo Eve con una voz que ardía por la furia de la determinación—. Dame ese USB y quizá tú también consigas lo que quieres. —Hizo una pausa y luego me hundió la garra en el corazón—. Toby.

Detesté incluso oírle decir su nombre.

—¿Cómo has podido hacerlo? —espeté, pensando en la foto que había mandado Blake, en los moretones de su rostro… y luego en las fotos de Toby e Eve que ella tenía en su móvil—. Toby confió en ti.

—Es fácil conseguir que la gente confíe en ti —comentó Eve con ligereza— si les dejas verte sufrir. —Me acordé de las heridas que tenía nada más llegar aquí y me pregunté si le había pedido a alguien que la golpeara—. Puedes pasarte toda la vida intentando no sufrir —continuó Eve con voz alta y clara—, pero ¿hacer que la gente sufra por ti? Ahí está el verdadero poder.

Me acordé de Toby diciéndome que tenía dos hijas.

—Dame el USB —me repitió Eve, cuyos ojos seguían echando chispas— y no tendrás que volver a verme jamás, Avery. Me ganaré mi sello y podrás quedarte este lugar y esos chicos para ti solita. Las dos salimos ganando.

Esa chica deliraba. Oren la tenía inmovilizada. Me había amenazado con una pistola, nada menos. No estaba en posición de negociar.

—No voy a darte nada —contesté.

De pronto detecté un movimiento. Giré la cabeza como un resorte hacia la puerta de la capilla. Grayson estaba allí de pie, recortado contra la luz, con los ojos fijos en Oren, que todavía contenía a Eve.

—Suéltala —ordenó Grayson.

—Es una amenaza. —Oren pronunció las palabras con claridad—. Ha apuntado a Avery con una pistola. Si la suelto, será para llevarla lejos, muy lejos de todos vosotros.

—Grayson. —Sentí náuseas—. Esto no es lo que parece…

—Ayúdame —le suplicó Eve—. Consigue el USB que tiene Avery. No dejes que me arrebaten esto también.

Grayson clavó la mirada en ella durante un largo momento y luego caminó lentamente hacia mí. Me quitó el USB que tenía en la mano. Y me quedé ahí quieta. Me sentí como si me hubieran vaciado las entrañas mientras lo observaba volverse hacia Eve.

—No puedo dejar que lo tengas —contestó Grayson con suavidad.

—Grayson. —Eve y yo pronunciamos su nombre a la vez.

—Lo he oído.

Eve permaneció imperturbable.

—Independientemente de lo que hayas oído, tú sabes que no soy la mala, Grayson. Tu abuelo estaba en deuda conmigo. Estaba en deuda contigo, y ni tú ni tu familia le debéis nada a Avery.

Grayson me miró a los ojos.

—Le debo más de lo que se imagina.

Un dique se rompió en mi interior y todo el sufrimiento que no me había permitido sentir manó implacable, y con él todos los sentimientos que albergaba —y había albergado alguna vez— por Grayson Hawthorne.

—Eres tan malo como lo era tu abuelo —probó Eve—. Mírame, Grayson. ¡Mírame!

Lo hizo.

—Si dejas que Oren me eche de aquí o llame a la policía, si intentas obligarme a volver con Vincent Blake con las manos vacías, te juro que encontraré un acantilado y me tiraré. —Hubo algo fiero y enajenado y salvaje en la voz de Eve, algo que hizo que la amenaza no tuviera absolutamente nada de vana—. Tienes las manos manchadas con la sangre de Emily. ¿En serio también quieres mancharlas con la mía?

Grayson la miró atónito. Pude ver como revivía el momento en que encontró a Emily. Pude ver el efecto que esa precisa amenaza de Eve —el acantilado— tuvo en él. Pude ver a Grayson Davenport Hawthorne ahogándose, luchando en balde contra la corriente. Y

luego lo vi dejar de luchar y permitir que los recuerdos y la pena y la verdad lo abrumaran.

Y, entonces, Grayson tomó aire.

—Ya eres mayorcita —le dijo a Eve—. Y tomas tus propias decisiones. Hagas lo que hagas cuando Oren te eche de aquí… Solo depende de ti.

Me pregunté si lo decía de veras. Si se lo creía.

—Esta es tu oportunidad —rebatió Eve, forcejeando con Oren—. Puedes redimirte, Grayson. Soy tuya y tú puedes ser mío. Es culpa tuya que Emily esté muerta. Podrías haberla detenido…

Grayson se acercó a ella un solo paso.

—No debí tener la responsabilidad de hacerlo. —Bajó la mirada hacia el USB que tenía en la mano—. Y esto ahora te daría igual.

—No puedes saberlo. —Eve ya había perdido el norte, luchaba con Oren con todas sus fuerzas.

—Si damos por hecho que este USB es obra de mi abuelo —le dijo Grayson—, necesitarías un decodificador para sacar algún sentido a cualquiera de los archivos. Un Hawthorne jamás deja desprotegida información de valor.

—Pues romperé el encriptado —contestó Eve con desdén.

Grayson la miró con la ceja enarcada.

—No sin un segundo USB.

«Un segundo USB», repetí para mis adentros.

—No puedes hacerme esto, Grayson. Somos iguales, tú y yo. —Hubo algo en el modo de decirlo, algo en su voz, que me hizo pensar que Eve se lo creía.

Grayson ni siquiera parpadeó.

—Ya no.

Al cabo de un instante, los hombres de Oren entraron en tropel por la puerta.

Oren se volvió hacia mí.

—¿Cómo quieres que nos encarguemos de esto, Avery?

Eve me había apuntado con una pistola. Eso, al menos, era un crimen. Mentirnos no lo era. Manipularlos no lo era. No podía demostrar nada más. Y ella no era el enemigo real.

La amenaza real.

—Ordena a tus hombres que la escolten hasta que la hayan sacado de la finca —le pedí a Oren—. A partir de ahora, trataremos con Vincent Blake directamente.

Eve no opuso resistencia.

—No has ganado —me advirtió—. Seguirá atacando, y tarde o temprano desearéis con todas vuestras fuerzas que todo esto hubiera

terminado conmigo.

CAPÍTULO 68

Oren nos dejó a Grayson y a mí solos en la capilla.

—Te debo una disculpa.

Miré a Grayson Hawthorne a los ojos, tan claros y penetrantes como la primera vez que lo vi.

—No me debes nada —contesté. Y no fue por compasión, sino porque me dolía pensar en lo mucho que había esperado de él.

—Sí. Te la debo. —Tras un largo momento, Grayson apartó la mirada—. Yo —prosiguió, como si le costara un mundo pronunciar esa breve palabra— llevo muchísimo tiempo castigándome. No solo por la muerte de Emily, sino por cada debilidad, por cada error de juicio, por cada… —Se calló como si de pronto la tráquea se le hubiera cerrado alrededor de esas palabras. Lo observé llenando de aire los pulmones con dificultad—. Daba igual lo que fuera o lo que hiciera, porque jamás era suficiente. El viejo siempre estaba ahí, presionándome para ser mejor, para ser más.

Tiempo atrás pensaba que Grayson tenía una confianza a prueba de balas. Que era arrogante e incapaz de dudar de sí mismo, además de tremendamente seguro de su propio poder.

—Y entonces —dijo Grayson—, el viejo se fue. Y luego… apareciste tú.

—Grayson. —Su nombre se me atragantó.

Grayson se limitó a mirarme, con los claros ojos entre sombras.

—A veces uno tiene una idea de una persona, de quién es, de lo que podrían ser juntos. Pero a veces eso es todo lo que es: una idea. Y durante muchísimo tiempo tuve miedo de amar la idea de Emily más de lo que jamás sería capaz de amar a una persona real.

Aquello fue una confesión y una condena y una maldición.

—Eso no es cierto, Grayson.

Me miró como si hacerlo fuera doloroso y dulce.

—Contigo nunca fue solo la idea de ti, Avery.

Intenté no sentir que de pronto el suelo se movía bajo mis pies.

—Tú odiabas la idea de mí.

—Pero no a ti. —Esas palabras fueron tan dulces como dolorosas—. A ti jamás.

Algo cedió en mi interior.

—Grayson.

—Lo sé —dijo con amargura.

Negué con la cabeza.

—Sigues convencido de que lo sabes todo.

—Sé que Jamie te quiere. —Grayson me miró del modo en que se mira una obra de arte encerrada en una vitrina, como si quisiera alargar la mano para tocarme pero no pudiera—. Y he visto cómo lo miras, cómo sois cuando estáis juntos. Estás enamorada de mi hermano, Avery. —Hizo una pausa—. Dime que no.

No podía hacerlo. Él sabía que no podía.

—Estoy enamorada de tu hermano —dije, porque era cierto. Ahora Jameson era parte de mí, parte de la persona en quien llevaba un año convirtiéndome. Yo había cambiado. Si no lo hubiera hecho, tal vez las cosas habrían sido distintas, pero llegado a ese punto no había vuelta atrás.

Yo era quien era gracias a Jameson. No mentía cuando le dije que no quería que fuera otra persona.

Entonces, ¿por qué todo aquello resultaba tan difícil?

—Quería que Eve fuera distinta —me confesó Grayson—. Quería que fuera tú.

—No digas eso —susurré.

Me miró una última vez.

—Hay muchísimas cosas que jamás diré.

Se estaba preparando para irse y yo tenía que dejarlo marchar, pero no podía.

—Prométeme que no te volverás a ir —le pedí a Grayson—. Puedes volver a Harvard. Puedes ir a donde quieras, hacer lo que quieras, pero prométeme que no volverás a dejarnos a un lado. —Acerqué la mano a mi broche Hawthorne. Sabía que él también tenía uno. Lo sabía, pero me quité el mío y se lo puse a él de todos modos—. *Est unus ex nobis*. Se lo dijiste a Jameson una vez, ¿te acuerdas? «Es una de nosotros». Bueno, pues lo mismo vale por ti, Gray.

Grayson cerró los ojos y me abrumó la sensación de que no podría olvidar jamás el aspecto que tenía, ahí de pie, bajo la luz que se filtraba por las vidrieras de colores. Sin su armadura. Sin fingir. Trasparente.

—*Scio* —me contestó Grayson. «Lo sé».

Bajé la mirada hacia el USB que tenía en la mano.

—Tengo el otro —le dije—. Era el único objeto de la cartera de piel que no llegamos a usar, ¿te acuerdas?

Grayson abrió los ojos. Se apartó de la luz.

—¿Vas a llamar a mis hermanos? —me preguntó—. ¿O lo hago yo?

CAPÍTULO 69

Xander conectó el primer USB en su ordenador, arrastró el archivo de audio hasta el escritorio, luego extrajo el USB y lo cambió por el que habíamos encontrado en la tumba. Arrastró también el segundo archivo al escritorio.

—Pon el primero —indicó Jameson.

Xander lo hizo. Un ruido indescifrable e incoherente llenó el aire, un estallido de ruido blanco.

—¿Y el segundo? —intervino Nash. Desde que lo conocí, él se había resistido a bailar al son de la música del viejo. Pero ahí estaba. Implicándose del todo.

El solitario archivo del segundo USB también era un corte de audio. Y era tan ininteligible como el primero.

—¿Qué pasa si los reproduces juntos? —pregunté. Grayson había dicho que para sacar algún sentido a un archivo se necesitaba un decodificador. Aislados, los archivos no eran más que ruido; sin embargo, si se tenían ambos USB, ambos archivos…

Xander abrió una aplicación de edición de sonido y metió los archivos dentro. Los alineó y luego pulsó una secuencia de botones que hizo que se reprodujeran.

Al combinarlos, el efecto no resultaba incoherente:

«Hola, Avery —dijo una voz de hombre, y sentí un cambio en el aire que me rodeaba, en ellos cuatro—. No nos conocemos, tú y yo. Me imagino que es algo en lo que has pensado bastante».

«Tobias Hawthorne», me dije. La única vez en la vida que habíamos coincidido, yo tenía seis años. Sin embargo, era omnipresente en ese lugar. La Casa Hawthorne llevaba su marca. Todas las estancias. Todos los detalles.

Y los chicos la llevaban también.

«Todas las grandes vidas deberían tener al menos un misterio mayúsculo, Avery. No me disculparé por ser el tuyo. —Tobias

Hawthorne no era un hombre que se disculpara por muchas cosas—. Si has pasado noches en vela y amaneceres en blanco preguntándote: “¿Por qué yo?”, en fin, querida mía, no eres la única. ¿Cuál es la condición humana si no un “por qué yo”?».

Podía sentir cómo se revolvían cada uno de los hermanos Hawthorne mientras escuchaban las palabras de Tobias Hawthorne y la cadencia de su dicción.

«Cuando era joven, me consideraba destinado a la grandeza. Luché por conseguirla, llegué a lo más alto gracias al ingenio, hice trampas, mentí, hice que el mundo se doblegara ante mi voluntad. —Se hizo una pausa y luego prosiguió—: Tuve suerte. Ahora puedo admitirlo. Me estoy muriendo, y no lentamente. “¿Por qué yo?”. ¿Por qué se está consumiendo este cuerpo? ¿Por qué soy yo quien descansa en un palacio de su propia creación cuando hay otros con la mente como la mía? Tuve suerte. El lugar adecuado, el momento adecuado, las ideas adecuadas, la mente adecuada. —Lanzó un suspiro audible—. Ojalá eso fuera todo.

»Si estás escuchando este mensaje, entonces las cosas se han puesto tan funestas como proyecté. Eve está ahí y ciertos acontecimientos te han llevado a encontrar la tumba que antaño encerraba el mayor secreto de esta familia. ¿Cuánto, me pregunto, has llegado a descubrir tú sola, Avery?».

Cada vez que pronunciaba mi nombre, me sentía como si él estuviera en esa habitación. Como si pudiera verme. Como si me hubiera estado observando desde el momento en que crucé la magnífica entrada principal de la Casa Hawthorne.

«Aunque claro —continuó, y una extraña sonrisa le tiñó la voz—, no estás sola, ¿verdad que no? Hola, chicos».

Noté que Jameson se agitaba, su brazo rozó el mío.

«Chicos, si realmente estáis ahí con Avery, entonces al menos una cosa ha salido como yo esperaba. Sabéis bien que ella no es vuestro enemigo. Tal vez, si he escogido tan bien como creo haber hecho, ella ha llegado a lugares de vuestro interior donde yo no habría podido llegar jamás. ¿Me atrevo incluso a decir que os ha hecho completos?».

—Apágalo —dijo Nash, pero no lo escuchamos. Ni siquiera tuve claro si lo decía en serio.

«Espero que disfrutarais del juego que os dejé. Si vuestra madre y vuestra tía han encontrado y jugado al suyo, no lo sé. Las probabilidades que he calculado señalan que podría haber pasado cualquier cosa, por eso, Xander, te encomendé la tarea que te encomendé. Confío en que has buscado a Toby. Y, Avery, creo en lo más hondo de mi corazón que Toby te ha encontrado a ti».

Cada una de las palabras que pronunciaba el difunto anciano hacían que aquella situación resultara muchísimo más espeluznante. ¿Cuántas cosas de las que ocurrieron desde su muerte había predicho? ¿Y no solo predicho, sino planeado, moviéndonos a todos como si fuéramos peones?

«Si estáis escuchando esto, entonces hay una probabilidad muy alta de que Vincent Blake se haya revelado a sí mismo como una amenaza presente y clara. Tenía la esperanza de vivir más que ese desgraciado. Durante años, él y yo mantuvimos una especie de tregua. Se consideró magnánimo, al principio, por haberme dejado escapar. Más tarde, cuando empezó a ofenderse por mi creciente fortuna, mi poder, mi estatus…, en fin, esas cosas lo mantuvieron a raya.

»Yo lo mantuve a raya».

Se hizo otra pausa y, de algún modo, esta vez resultó más afilada, más pulida.

«Pero ahora ya no estoy, y si Blake sabe lo que sospecho que vosotros sabéis, que Dios nos asista. Si Eve está ahí, si Blake sabe o aunque sea sospecha lo que le oculté durante todos estos años, entonces vendrá a por todo. A por la fortuna. A por mi legado. A por ti, Avery Kylie Grambs. Y por eso sí que me disculpo».

Me acordé de la carta que me dejó Tobias Hawthorne. La única explicación que había recibido de buen comienzo. «Lo siento», había escrito.

«Pero mejor tú que ellos. —Tobias Hawthorne hizo una pausa—. Sí, Avery. Realmente soy así de desgraciado. Realmente te pinté un blanco en la frente. Incluso sin la verdad saliendo a la luz, vi las probabilidades por lo que eran. Cuando yo ya no estuviera allí para mantenerlo a raya, era inevitable que Blake moviera pieza. "Temporada de caza", podría llamarlo él, jugar al juego, destruir a los oponentes, usurpar lo que era mío. Y esa, querida mía, es la razón de que ahora sea tuyo».

Yo ya sabía que era una herramienta. Ya sabía que me había escogido por el uso que podría sacar de mí. Sin embargo, no me había dado cuenta, ni siquiera había llegado a sospechar, que Tobias Hawthorne me había nombrado su heredera porque yo fuera desechable.

«Conocí a tu madre, ¿sabes? —El multimillonario no se detuvo. No lo hacía jamás—. Una vez cuando pensaba que solo era una camarera y otra vez tras deducir que era Hannah Rooney, el gran amor de mi único hijo. Me planteé usarla para llegar hasta Toby. Hice todo lo que pude por trabajármela: engatusarla, amenazarla, sobornarla, manipularla. ¿Y sabes qué me dijo tu madre, Avery? Me dijo que sabía

quién era Vincent Blake, que sabía qué le había ocurrido a su hijo, que sabía dónde había escondido Toby el sello de la familia Blake, y que si volvía a acercarme a ella, o a ti, haría caer el castillo de naipes».

Intenté imaginarme a mi madre amenazando a un hombre como Tobias Hawthorne.

«¿Sabías de la existencia del sello? —preguntó Tobias, con un tono casi conversacional—. ¿Sabías el secreto más oscuro de esta familia? Pienso que no, pero soy un hombre que ha levantado un imperio cuestionándose siempre siempre mis propias suposiciones. Mi especialidad no son sino las contingencias. Así que aquí estamos, Avery Kylie Grambs. La chiquilla con un nombre curioso. Una llave maestra para infinidad de cerrojos.

»Han pasado seis semanas desde que me dieran el diagnóstico. Quedan otras dos, calculo, hasta mi lecho de muerte. Suficiente tiempo para colocar las últimas piezas en su sitio. Suficiente tiempo para trazar un último juego con tantísimas capas. ¿Por qué tú, Avery? ¿Para atraer a los chicos una última vez? ¿Para dejarles de herencia un misterio acorde con los Hawthorne, el rompecabezas de toda una vida? ¿Para volver a unirlos a través de ti? Sí. —Pronunció la palabra "sí" como un hombre que se deleitara al decirla—. ¿Para sacar a Toby de entre las sombras? ¿Para hacer desde la muerte lo que fui incapaz de hacer en vida y obligarlo a volver al tablero? Sí».

El sonido de mi propio cuerpo de pronto era abrumador. El latido de mi corazón. Cada bocanada de aire que, de algún modo, lograba dar. El rumor de la sangre en los oídos.

«Y —Tobias Hawthorne prosiguió con aire de rotundidad—, para mi mayor sonrojo, ¿para atraer hacia ti la atención y la concentración de Blake, junto con la de todos mis enemigos, que, sin ninguna duda, son muchos?».

«Sí». Esta vez, no lo dijo, pero lo pensé. Y entonces me acordé de cuando Nana me contó que ahora era yo quien tocaba el piano, y que hombres como Vincent Blake me romperían todos y cada uno de los dedos si pudieran.

«Llámalo amago —continuó el difunto multimillonario—. Necesitaba a alguien que prendiera el fuego, ¿y quién mejor que la hija de Hannah Rooney, por si acaso te había contado mi secreto? No habrías tenido motivos para revelarlo cuando el dinero fuera tuyo».

«Trampas y más trampas. Y acertijos tras acertijos». Las palabras que me dijo Jameson hacía ya tanto tiempo me volvieron seguidas por algo que había afirmado Xander. «Aunque creyeras que habías manipulado a nuestro abuelo para conseguir todo esto, te aseguro que más bien te habría manipulado él a ti».

«Pero tómate esto como consuelo, mi apuesta muy arriesgada: te he observado. He llegado a conocerte. Cuando apartes de la línea de fuego a quienes más quiero, ten presente que considero que hay, al menos, un atisbo de posibilidad de que sobrevivas a los embates que recibas. Quizá las llamas te pongan a prueba, pero no llegarás a arder.

»Si estás escuchando esto, Blake viene. —El tono de voz de Tobias Hawthorne se había vuelto intenso—. Te acorralará. Te reprimirá. No tendrá piedad. Pero también te subestimará. Eres joven. Eres mujer. No eres nadie. Úsalo. Mi mayor adversario, y ahora el tuyo, es un hombre de honor. Supéralo y honrará la victoria».

Algo en el tono de Tobias Hawthorne hizo que aquellas palabras sonaran no solo como un consejo, sino también como un adiós.

«Mis niños. —Hawthorne pareció volver a sonreír, con una sonrisa torcida como la de Jameson, dura como la de Grayson—. Si de veras estáis escuchando esto, juzgadme con tanta dureza como queráis. He hecho tratos con infinidad de demonios. Compadecedme. Odiadme si queréis. Dejad que vuestra rabia encienda un fuego que el mundo no extinga jamás.

»Nash. Grayson. Jameson. Xander. —Pronunció sus nombres uno por uno—. Fuisteis la arcilla y yo el escultor, y ha sido el deleite y el honor de mi vida haceros mejores hombres de lo que yo seré jamás. Hombres que tal vez maldecirán mi nombre, pero que jamás lo olvidarán».

Mi mano encontró la de Jameson y él se aferró a mí como si la vida le fuera en ello.

«A vuestros puestos, chicos —dijo Tobias Hawthorne en la grabación—. ¿Preparados? ¡Ya!».

CAPÍTULO 70

El silencio jamás había retumbado de esa manera. Nunca había visto a los hermanos Hawthorne tan quietos y callados. Todos ellos como si un veneno paralizador los hubiera emponzoñado. Por fuerte que me hubiera impactado escuchar la verdad de los labios de Tobias Hawthorne, ese hombre no era la influencia que había formado mi vida.

Me obligué a hablar porque ellos no podían.

—Siempre habéis dicho que al viejo le gustaba matar diez pájaros de un tiro.

Jameson apartó los ojos del suelo para fijarlos en mí y luego soltó una risita áspera, llena de dolor.

—Doce.

«Doce pájaros de un tiro». Me lo habían advertido. Desde el momento que recibiera ese manojo de cien llaves —incluso desde antes de entonces—, cada uno de los hermanos Hawthorne me había advertido a su vez.

«Trampas y más trampas. Y acertijos tras acertijos».

«Aunque creyeras que habías manipulado a nuestro abuelo para conseguir todo esto, te aseguro que más bien te habría manipulado él a ti».

«Esta familia…, destruimos todo cuanto tocamos».

«Tú no eres una jugadora, chiquilla. Eres la bailarina de cristal, o la daga».

Y, entonces, estaba el mensaje que el mismísimo Tobias Hawthorne me había dejado, muy al principio. «Lo siento».

—Hemos hecho exactamente lo que él pensaba que haríamos. —Xander salió del trance y empezó a moverse, a gesticular mucho y a soportar todo el peso del cuerpo sobre los talones—. Todos nosotros. Desde el principio.

—Vaya desgraciado. —Nash soltó un largo silbido y luego volvió a

apoyarse contra la pared—. ¿Hasta qué punto creemos que es peligroso Vincent Blake?

La pregunta sonó trivial y tranquila, pero podía imaginarme a Nash acercándose a un toro encolerizado con esa misma expresión en el rostro.

—Suficientemente peligroso para necesitar un señuelo. —La calma de Grayson era distinta de la de Nash; la suya era gélida y controlada—. Nos enfrentamos a una familia cuya fortuna, aunque considerablemente más pequeña, se remonta mucho más atrás que la nuestra. Es imposible saber qué personas o instituciones tiene Blake en el bolsillo.

—El viejo nos sacó a los cuatro del tablero. —Jameson soltó un improperio—. Nos educó para luchar, pero jamás tuvo la intención de que lo hiciéramos.

Me acordé de cuando Skye dijo que su padre nunca la había considerado una jugadora del gran juego, luego de la carta que Tobias Hawthorne dejó para sus hijas. Había una parte en la que explicaba que ninguno de ellos vería su fortuna. «He hecho cosas de las que no me enorgullezco, legados con los que no deberíais haber cargado».

La verdad había estado allí, delante de nuestras narices, durante meses. Tobias Hawthorne me había dejado a mí su fortuna para que, si llegara el caso de que sus enemigos aparecieran tras su muerte, se cernieran sobre mí. Había escogido su objetivo con mucho tiento, me había colocado como un engranaje en una máquina complicada.

Doce pájaros, un tiro.

«Si estás escuchando esto, Blake viene. Te acorralará. Te reprimirá. No tendrá piedad», recordé. Pude sentir algo endureciéndose en mi interior. Tobias Hawthorne no había predicho con exactitud cómo me atacaría Blake. Hawthorne no sabía que Toby se vería involucrado en el plan de Blake, pero sabía muy bien de qué era capaz ese hombre. Y su único consuelo para mí había sido considerar que había un «atisbo» de posibilidad de que yo pudiera sobrevivir.

Quería detestar a Tobias Hawthorne —o, al menos, juzgarlo—, pero en lo único que podía pensar era en las otras palabras que me había dejado: «Quizá las llamas te pongan a prueba, pero no llegarás a arder».

—¿Adónde vas? —me preguntó Jameson al ver que me iba.

No me volví, no tenía fuerzas para mirarlos a ninguno de ellos.

—A hacer una llamada.

Vincent Blake contestó al quinto tono, una demostración de

superioridad en sí misma.

—Eres una jovencita presuntuosa, ¿verdad?

«Eres joven. Eres mujer. No eres nadie. Úsalo», recordé.

—Eve se ha ido —dije, eliminando de mi voz cualquier rastro de sentimientos—. Ahora ya no tienes a nadie infiltrado.

—Pareces muy convencida de ello, niñita. —A Blake le parecía gracioso, como si para él mi intento de jugar a su juego no fuera nada más que eso: algo gracioso.

«Quiere que crea que tiene a alguien más infiltrado en la Casa Hawthorne», pensé. Que permaneciera en silencio un momento más de la cuenta le parecería una debilidad, de modo que hablé.

—Quieres saber la verdad sobre lo que le sucedió a tu hijo. Quieres que sus restos mortales se encuentren y te sean devueltos. —Mi voz quería temblar, pero yo era demasiado buena marcándome faroles para permitírselo—. ¿Qué me darás, además de a Toby, si te entrego lo que quieres?

No sabía dónde estaba lo que fuera que quedara de William Blake. Pero una persona solo puede jugar con las cartas que le han tocado. Blake pensaba que yo tenía algo que él quería. Sin Eve aquí, yo podría ser su único modo de conseguirlo.

Necesitaba sacarle ventaja. Necesitaba la superioridad. Quizá esa era la manera.

—¿Que qué te daré? —La diversión que sentía Blake pareció profundizar hacia algo más oscuro y retorcido—. ¿Qué tengo, además de a Toby, que quieras? Cuánto me alegra que me lo preguntes.

La llamada se cortó. Me había colgado. Fijé la mirada en el móvil.

Al cabo de un momento, Oren apareció en mi visión periférica.

—Hay un mensajero en la verja.

CAPÍTULO 71

No hacía falta examinar e investigar a la persona que entregaba el paquete. Ya sabíamos quién lo enviaba. Ya sabíamos qué quería.

—¿Va todo bien? —me preguntó Libby cuando los hombres de Oren aparecieron por el vestíbulo con el paquete.

Negué con la cabeza. «No sé qué será, pero está claro que bien no va», pensé.

Oren completó su examen de seguridad inicial, luego me entregó tanto el contenido como el paquete en sí: una caja de regalo lo bastante grande para que cupiera un jersey; dentro había trece sobres de tamaño carta; en el interior de cada sobre había una hoja de plástico rectangular, fina y transparente, con un dibujo abstracto en blanco y negro tintado encima. Mirar cualquiera de las hojas por separado era como hacer uno de esos test de Rorschach.

—Amontónalas —sugirió Jameson.

No sabía cuándo había entrado, pero no había venido solo. Los cuatro hermanos Hawthorne se congregaron a mi alrededor. Libby se quedó a más distancia, pero no mucha.

Coloqué una hoja encima de la otra y los dibujos se fueron combinando para formar una única imagen, aunque no era tan fácil. Desde luego que no. Cada una de las cartas podía ponerse en cuatro posiciones distintas: hacia arriba o hacia abajo, anverso o reverso.

Palpé las hojas con la punta de los dedos, ubicando la cara donde se había impreso la tinta. Moviéndome a la velocidad del rayo, empecé a hacer encajar las hojas del extremo inferior izquierdo, usando los dibujos como guía.

«Uno, dos, tres, cuatro…; no, esta está del revés», iba diciendo para mis adentros. Seguí inexorable, hoja tras hoja, cada una encima de la siguiente, hasta que apareció una imagen. Era una fotografía en blanco y negro.

Y en esa fotografía, Alisa Ortega yacía en un suelo sucio, con la

cabeza caída hacia un lado y los ojos cerrados.

—Está viva —dijo Jameson a mi lado—. Inconsciente. Pero no parece…

«Muerta», acabé mentalmente por él. «¿Qué tengo, además de a Toby, que quieras? —Todavía podía oír a Vincent Blake diciéndolo—. Cuánto me alegra que me lo preguntes».

—Lee-Lee. —Nash no sonó tranquilo, esta vez no.

Tragué saliva.

—¿Hay alguna posibilidad de que ella esté involucrada en esto? —pregunté, odiándome por siquiera dar vida a ese interrogante, por permitir que Blake me manipulara tanto.

—¡Ninguna! —contestó Nash, escupiendo la palabra con una ferocidad casi inhumana.

Miré a Jameson y luego a Grayson.

—Vuestro abuelo dijo. «No confíes en nadie», no solo. «No confíes en ella». Él al menos consideró posible que Blake fuera capaz de llegar a alguien de mi círculo más cercano. —Volví a mirar el cuerpo aparentemente inconsciente de Alisa—. Y, ahora mismo, Alisa y su bufete tienen mucho que perder si no accedo a un fondo fiduciario.

El poder detrás de la fortuna. La capacidad de mover montañas y alzar imperios.

—Puedes confiar en Alisa —dijo Nash con aspereza—. Es leal al viejo, siempre lo ha sido. —Libby se le acercó y le colocó la mano en la espalda, y él giró la cabeza hacia ella—. Esto no es lo que piensas, Lib. No siento nada por ella, pero solo porque las cosas no funcionen con una persona no significa que deje de importarte.

—Nadie nunca deja de importarte —dijo Libby, como si esas palabras fueran una revelación—. A ti no.

—Nash tiene razón. Es imposible que Alisa esté involucrada en esto —secundó Jameson—. Vincent Blake la ha secuestrado igual que secuestró a Toby.

«Porque trabaja para mí», pensé.

—Ese desgraciado no puede hacer esto —maldijo Grayson con una intensidad poderosa como no le había visto en meses—. Lo destruiremos.

«No podéis», pensé. Por eso Tobias Hawthorne los había desheredado, por eso había atraído la atención de Blake hacia mí… y las personas que me importaban. Oren había asignado un guardaespaldas a Max. Había traído a Thea y a Rebecca a la casa. Había cerrado puerta tras puerta hacia las personas que hubiera podido utilizar para chantajearme. Sin embargo, Alisa no había estado confinada.

Había estado por ahí jugando a sus propios juegos.

Con las manos temblorosas, llamé a su número. Una y otra vez. No me contestó.

—Alisa siempre contesta —dije en voz alta. Me obligué a mirar a Oren—: ¿Ahora podemos llamar a la policía?

Toby estaba muerto. No se podía denunciar la desaparición de un hombre muerto. Sin embargo, Alisa estaba bien viva y teníamos la foto para demostrar el ataque.

—Blake tendrá a alguien, seguro que a unos cuantas personas, entre los cargos más altos de las comisarías de policía locales.

—¿Y yo no? —contesté.

—Las tenías —me dijo Oren, hablando en pasado, y me acordé de lo que me había contado acerca de la avalancha de recientes traslados.

—¿Qué hay del FBI? —pregunté—. Me da igual si el caso es federal o no. Tobias Hawthorne tenía contactos, y ahora son los míos. ¿Verdad?

Nadie contestó, porque de todas las personas que Tobias Hawthorne hubiera podido tener o no en el bolsillo, lo cierto era que yo no tenía ninguna. No sin Alisa a mi lado tirando de los hilos.

«Jaque», pensé. Casi podía ver el tablero, ver todas las piezas en movimiento, ver como Vincent Blake me estaba acorralando.

—Lee-Lee no querría que acudiéramos a las autoridades. —Nash parecía tener serios problemas para encontrar su voz. Le salió solo una especie de murmullo sordo y lento—. La imagen.

—A ti no te importa la imagen —le dije.

Nash se quitó el sombrero de vaquero; tenía los ojos llenos de sombras.

—Me importan muchas cosas, chiquilla.

—¿Qué tenemos que hacer —preguntó Libby con convicción— para recuperar a Alisa?

Fui yo quien contestó la pregunta.

—Encontrar un cadáver o lo que pueda quedar de él tras cuarenta años.

Nash entornó los ojos.

—Más te vale que esto tenga una buena explicación.

CAPÍTULO 72

En cuanto acabé de dar explicaciones, Nash se fue como una exhalación. Libby se fue con él. Planeando nuestro próximo movimiento, le pregunté a Xander dónde estaban Rebecca y Thea.

—En el chalet. —Xander rara vez estaba tan solemne—. Bex estaba ignorando las llamadas de su madre, pero luego la ha llamado su abuela, después de que Eve…

«Después de que Eve le sonsacara la verdad a Mallory», acabé de decir en silencio. Obligándome a concentrarme en esa realidad y en lo que en ese momento significaba para nosotros, llevé a los chicos a mi cuarto y les mostré los planos.

—Están por orden cronológico —expliqué—. Usé esa cronología para encontrar el proyecto de construcción que se erigió tras la concepción de Toby: la capilla. El altar se hizo de piedra y está hueco por dentro. —Tragué saliva—. Una tumba, pero no había ningún cuerpo dentro, solo el USB, que vuestro abuelo debió de esconder poco antes de su muerte, y un mensaje que Toby grabó en la piedra en esa época.

—No es que te haga falta otro apodo —comentó Xander—, pero Sherlock cada vez me gusta más. ¿Qué decía el mensaje?

Miré a Xander y luego a Jameson y…, Grayson no se encontraba ahí. No estaba segura de cuándo lo habíamos perdido. Y no me permití preguntarme por qué.

—«Sé lo que hiciste, padre» —respondí a la pregunta de Xander—. Interpreto que significa que en algún momento Toby descubrió que era adoptado y que antes de huir a los diecinueve años…

—Descubrió lo de Liam —acabó de decir Jameson.

Pensé en todos los mensajes que Toby le había dejado a su padre: «El árbol envenenado», escondido bajo una baldosa del suelo; un poema de cosecha propia, que escondía una referencia en un libro de derecho; las palabras del interior del altar.

«Del altar que ahora está vacío», pensé.

—Toby encontró el cuerpo. —Decirlo en voz alta hizo que pareciera real—. Seguramente, para entonces era solo huesos ya. Robó el sello, trasladó los restos, dejó una serie de mensajes secretos para el viejo, y emprendió un autodestructivo viaje por todo el país que acabó con el incendio de la isla Hawthorne.

Pensé en Toby, en su encuentro con mi madre y en la cantidad de maneras que su amor habría sido distinto si él no hubiera estado roto por los horribles secretos con los que cargaba.

El verdadero legado Hawthorne.

Ahora veía por qué Toby estaba tan empecinado en mantenerse alejado de la Casa Hawthorne. Podía entender por qué había querido proteger a mi madre —su «Hannah, lo mismo hacia delante y hacia atrás»— y, después, cuando ella murió y a mí ya me habían metido en ese embrollo, por qué Toby había tenido la necesidad de al menos intentar proteger a Eve de todo lo que la fortuna Hawthorne traía consigo.

De la verdad y del árbol envenenado. De Blake.

—«La prueba que he robado —dije en voz alta, bajando la mirada hacia los planos— está en el agujero mejor cerrado…».

—¿Los túneles? —Jameson estaba detrás de mí, justo detrás de mí. Noté su sugerencia tanto como la oí.

—Es una posibilidad —contesté, y luego saqué cuatro juegos de planos—. Las otras son estas: las ampliaciones hechas en la Casa Hawthorne durante el lapso de tiempo en que Toby debió de descubrir y trasladar los restos mortales. Podría haber aprovechado las obras de algún modo.

Toby tenía dieciséis años cuando descubrió que era adoptado, diecinueve cuando se marchó de la Casa Hawthorne para siempre. Me imaginé equipos de trabajadores encargándose de todas esas ampliaciones. «La prueba que he robado está en el agujero mejor cerrado…».

—Esta —señaló Jameson con urgencia, arrodillándose encima de los planos—. Heredera, mira.

Vi lo que había visto él.

—El laberinto de setos.

Jameson y yo nos dirigimos al laberinto. Xander fue a buscar refuerzos.

—¿Empezamos desde fuera y vamos avanzando hacia el centro? —me preguntó Jameson—. ¿O vamos al centro del laberinto y vamos

avanzando hacia fuera?

De algún modo me pareció correcto que estuviéramos los dos solos. Jameson Winchester Hawthorne y yo.

Los setos medían dos metros y medio de altura, y el laberinto cubría una extensión casi tan grande como la casa. Nos llevaría días registrarlo entero. Quizá semanas. Quizá más. Fuera donde fuere que Toby hubiera escondido el cuerpo, su padre o no había querido encontrarlo, o había decidido no correr el riesgo de volver a moverlo.

Me imaginé a un equipo de jardineros plantando esos setos.

Me imaginé a un Toby de diecinueve años, en medio de la noche, encontrando la manera de enterrar los huesos del hombre responsable de la mitad de su ADN.

—Empezamos por el centro —le contesté a Jameson, y mi voz reverberó en el espacio que nos rodeaba— y vamos avanzando hacia fuera.

Conocía el camino que nos llevaría al corazón del laberinto. Ya había estado en él, más de una vez… con Grayson.

—Supongo que no sabes adónde ha ido, ¿verdad, Heredera? —Jameson tenía el don de conseguir que todas sus preguntas sonaran algo traviesas y algo taimadas… Sin embargo, sabía, en lo hondo de mi corazón, lo que me estaba preguntando en realidad.

Lo que intentaba sin descanso no preguntarse a sí mismo cuando se trataba de Grayson y de mí.

—No sé dónde está Grayson —le dije a Jameson, y luego torcí a la izquierda, y la tensión se apoderó de los músculos de mi garganta—. Pero lo que sí sé es que estará bien. Se enfrentó a Eve. Creo que por fin ha decidido olvidar a Emily, que finalmente se ha perdonado a sí mismo por ser humano.

«Giro a la derecha. Giro a la izquierda. Izquierda otra vez. Recto», recordé. Ya casi estábamos en el centro.

—Y ahora que Gray está bien —dijo Jameson detrás de mí, muy cerca—, ahora que es tan deliciosamente humano y que está listo para superar lo de Emily…

Llegué al centro del laberinto y me volví para mirar a Jameson de frente.

—No acabes esa pregunta.

Sabía qué iba a preguntarme. Sabía que no se equivocaba al preguntar. Pero, aun así, me dolió. Y la única manera de que dejara de preguntárselo —él, yo, Grayson— era diciéndole toda la verdad, sin adornos.

La verdad en la que yo misma no me había permitido pensarlo muy a menudo ni con mucha sinceridad.

—Tenías razón cuando te diste cuenta de mi farol —le confesé a Jameson—. No puedo decir que fueras a ser tú, siempre, desde el principio.

Pasó a mi lado para ir de cabeza al compartimento secreto que había en el suelo, donde los Hawthorne guardaban sus espadas largas. Lo oí abriendo el compartimento, lo oí buscando en él.

Porque Jameson Winchester Hawthorne siempre buscaba algo. No podía parar. No iba a parar jamás.

Y yo tampoco quería.

—No puedo decir que fueras a ser tú, siempre, desde el principio, Jameson, porque no creo en el destino ni en el hado. Creo en las decisiones. —Me arrodillé a su lado y me permití explorar el compartimento con los dedos—. Tú me escogiste a mí, Jameson, y yo escogí abrirme a ti, a todas las posibilidades de un nosotros, de una manera que jamás me había abierto a nadie.

Una vez, Max me dijo que me imaginara a mí misma al borde de un acantilado, mirando hacia el mar. Me sentía como si estuviera allí en ese preciso instante, porque el amor no era solo una decisión: era decenas, centenares, miles de decisiones.

Cada día era una decisión.

Me aparté del compartimento que encerraba las espadas y recorrí con las manos el suelo del centro del laberinto, buscando, escrutándolo sin parar.

—Abrirte mi corazón, Jameson —le dije mientras ambos estábamos agachados a pocos metros de distancia—, convertirnos en un nosotros me ha cambiado. Tú me has enseñado a desear.

Cómo desear las cosas.

Cómo desearlo a él.

—Tú me has hecho insaciable —le dije a Jameson—, de todo. Ahora quiero el mundo entero. —Le aguanté la mirada como si lo desafiara a apartar la suya—. Y lo quiero contigo.

Jameson vino hacia mí justo cuando mis dedos tocaron algo, enterrado en la hierba, hundido en la tierra.

Algo pequeño y redondo y metálico. «No es el sello de la familia Blake. Es solo una moneda. Pero el tamaño y la forma…», me dije.

Jameson me acunó el rostro con las manos. Me acarició los labios con el pulgar con mucha suavidad. Y le dije las dos palabras que, sin lugar a dudas, atraparían la chispa que encerraban sus ojos y prenderían un fuego con ella.

—Cava aquí.

CAPÍTULO 73

Los brazos ya me dolían cuando la tierra cedió y acabó revelando la cámara que había debajo. Era parte de los túneles, pero no la había visto nunca.

Antes de poder hablar, Jameson se zambulló en la oscuridad.

Yo descendí con más cuidado y aterricé a su lado, en cuclillas. Me puse de pie y encendí la linterna del móvil. La cámara era pequeña… y estaba vacía.

«El cuerpo no está», pensé.

Escruté las paredes y vi una antorcha. La rodeé con los dedos e intenté sacarla de la pared, pero no pude. Examiné con los dedos el aplique de metal que la sujetaba.

—Hay una bisagra aquí —dije—. O algo parecido. Creo que rota.

Jameson colocó la mano encima de la mía y juntos hicimos girar la antorcha. Se oyó un rasguido y luego un silbido, y la antorcha prendió.

Jameson no apartó la mano y yo tampoco.

Sacamos la antorcha del aplique y, cuando las llamas se acercaron a la superficie de la pared, aparecieron unas palabras escritas por Toby.

—«Jamás he sido un Hawthorne» —leí en voz alta. Jameson fue dejando caer la mano a un lado hasta que sujeté yo sola la antorcha. Recorrí el perímetro de la cámara muy despacio. Las llamas revelaron palabras en todas las paredes.

«Jamás he sido un Hawthorne».

«Jamás seré un Blake».

«¿En qué me convierte eso entonces?».

Vi el mensaje de la última pared y se me encogió el corazón.

«Cómplice».

—Prueba con el suelo —me indicó Jameson.

Bajé la antorcha, vigilando las llamas, y apareció un último

mensaje. «Vuelve a intentarlo, padre».

El cuerpo no estaba ahí.

Nunca había estado ahí.

Una luz nos llegó desde arriba. «El señor Laughlin», reconocí. Nos ayudó a salir de la cámara, sin decir una sola palabra en todo el rato y con una expresión del todo inescrutable, hasta el punto de que intenté salir del centro del laberinto para adentrarme en él, y el señor se movió para colocarse delante de mí.

Para cerrarme el paso.

—Me he enterado de lo de Alisa. —La voz del guardián de los terrenos siempre era áspera, pero la visible tristeza que revelaban sus ojos era nueva—. Un hombre que es capaz de secuestrar a una mujer, no es un hombre. —Hizo una pausa—. Nash ha… ha venido a buscarme —prosiguió titubeando—. Me ha pedido ayuda, y ese niño ni siquiera dejaba que le ayudaran a atarse los zapatos cuando era un crío pequeño.

—Usted sabe dónde están los restos mortales de Will Blake —dije, poniendo en palabras lo que acababa de comprender—. Por eso Nash ha ido a buscarlo y le ha pedido ayuda.

El señor Laughlin se obligó a mirarme.

—Hay cosas que es mejor dejar enterradas.

No iba a aceptarlo. Sencillamente, no podía. La rabia serpenteó en mi interior y me encendió las venas. Por Vincent Blake y por Tobias Hawthorne y por ese hombre que se suponía que trabajaba para mí, pero siempre pondría a la familia Hawthorne por delante.

—Arrancaré hasta el último de estos setos —le juré. Algunas situaciones requerían un bisturí, pero ¿esta? Adelante con las motosierras—. Contrataré a quien sea para destruir este laberinto. Mandaré traer perros de búsqueda. Lo quemaré todo para recuperar a Alisa.

El señor Laughlin temblaba de la cabeza a los pies.

—No tiene derecho.

—Abuelo.

El hombre se volvió y se encontró con Rebecca. Thea y Xander iban tras ella, pero el señor Laughlin apenas reparó en ellos.

—Esto no está bien —le dijo a Rebecca—. Hice promesas, a mí mismo, a tu madre, al señor Hawthorne.

Si me quedaba alguna duda de que el guardián de los terrenos sabía dónde estaba el cuerpo, aquella afirmación la borró.

—Vincent Blake tiene a Toby también —dije—. No solo a Alisa. ¿No quiere recuperar a su nieto?

—No me hable de mi nieto. —El señor Laughlin había empezado a

respirar con dificultad.

Rebecca le colocó la mano en el brazo para calmarlo.

—No fue el señor Hawthorne quien mató a Liam —dijo ella en voz baja—. ¿Verdad?

El señor Laughlin tuvo un escalofrío.

—Vuelve al chalet, Rebecca.

—No.

—Antes eras muy buena chica —rezongó el señor Laughlin.

—Antes me hacía pequeña a mí misma. —La fortaleza de Rebecca era sutil—. Pero aquí contigo no tenía que hacerlo. Antes vivía esperando las semanas que pasaba aquí cada verano. Te ayudaba. ¿Te acuerdas? Me gustaba trabajar con las manos, ensuciármelas. —Sacudió la cabeza—. En casa nunca me dejaban ensuciarme.

Cuando Emily era pequeña y vulnerable en términos médicos, el hogar de Rebecca seguro que había sido completamente estéril.

—Por favor, vuelve al chalet. —El tono y los modos del señor Laughlin eran la pareja perfecta de los de su nieta: acerados de un modo pausado y sutil. Hasta ese momento, nunca antes me había percatado de su gran parecido—. Thea, llévatela.

—Me encantaba trabajar contigo —le insistió Rebecca a su abuelo; el sol arrancaba de su pelo destellos rojos como los rubíes—. Pero había una parte del laberinto que siempre insistías en hacer tú mismo.

Se me revolvió el estómago. «Rebecca sabe dónde hay que cavar», comprendí.

—Emily tenía el rostro tu madre —dijo el señor Laughlin con aspereza—. Pero tú tienes su cerebro, Rebecca. Era brillante. Todavía lo es. —Las siguientes palabras se le atragantaron—. Mi niñita.

—No fue el señor Hawthorne quien mató el hijo de Vincent Blake —afirmó Rebecca con suavidad—. ¿Verdad que no? —No hubo respuesta—. Eve se ha ido. Mamá ha perdido los estribos al ver que no la encontraba. Ha dicho…

—Lo que ha dicho tu madre, sea lo que sea —atajó el señor Laughlin con brusquedad—, olvídalo, Rebecca. —El hombre apartó la mirada de ella para fijarla en el horizonte—. Así funcionan las cosas. Todos hemos olvidado lo que nos tocaba.

Durante más de cuarenta años, ese secreto se había enconado. Los había afectado a todos: dos familias, tres generaciones, un árbol envenenado.

—Su hija solo tenía dieciséis años. —Empecé diciendo lo que sabía—. Will Blake era un hombre adulto. Vino aquí queriendo demostrar algo.

—Usó a su hija. —Xander tomó el relevo—. Para espiar a nuestro

abuelo.

—Will usó y manipuló a su hija de dieciséis años. La dejó embarazada —continuó Jameson, yendo directo a la raíz de la cuestión.

—He dado mi vida por la familia Hawthorne. No les debo esto a ninguno de ustedes. —La voz del señor Laughlin ya no era solo áspera. Ahora vibraba llena de furia.

Lo sentí por él. Lo sentí. Pero no se trataba de algo teórico. No era un juego. Aquello bien podía ser cuestión de vida o muerte.

—Enséñanos la parte del laberinto en la que no te dejaba trabajar —le pedí a Rebecca.

Ella dio un paso y el señor Laughlin la aferró por el brazo. Con fuerza.

—Suéltela —exigió Thea, subiendo la voz.

Rebecca miró a Thea a los ojos, solo un instante, y luego se volvió hacia su abuelo.

—Mamá se ha alterado. Ha empezado a hablar sin parar. Me ha contado que Liam se enfadó cuando descubrió lo del bebé. Que iba a dejarla, por eso ella robó algo de la casa, del despacho del señor Hawthorne. Le dijo a Liam que tenía algo que él podría usar en contra de Tobias Hawthorne, solo para que accediera a verla de nuevo. Sin embargo, cuando él llegó y mamá fue a darle lo que había robado, ya no estaba en su bolso.

Me los imaginé en algún lugar apartado. El Black Wood, quizá.

—Tobias. —Al principio eso fue lo único que el señor Laughlin logró decir, el nombre del multimillonario muerto—. Los estaba espiando. Siguió a Mal ese día. No sabía por qué le había robado, pero estaba determinado a descubrirlo.

—Lo que descubrió —concluyó Jameson— fue al hijo adulto de Vincent Blake aprovechándose de una adolescente bajo su protección.

Pensé en la razón que llevó a Tobias Hawthorne a dar la espalda a Blake. «Ya se sabe cómo son los hombres».

—Ese desgraciado de Liam se enfadó cuando Mal no pudo darle lo que le había prometido. Se volvió de piedra, le dijo que no era nada. Cuando fue a marcharse, ella intentó retenerlo, y ese monstruo le levantó la mano a mi niñita.

Tuve la clarísima sensación de que si Will Blake se hubiera alzado de entre los muertos en ese preciso instante, el señor Laughlin habría vuelto a meterlo bajo tierra.

—En cuanto Liam se puso agresivo, el señor Hawthorne apareció de donde estuviera escondiéndose para amenazarlo con mucha habilidad. Mal tenía dieciséis años. Había leyes. —El señor Laughlin

soltó una bocanada de aire, y resultó un sonido feo y ahogado—. Ese hombre tendría que haberse largado como la rata que era, pero Mal… No quería que Liam se fuera. Ella también lo amenazó, le dijo que iría a ver a su padre y le contaría lo del bebé.

—Will necesitaba mantener el favor de su padre para conservar el sello —dije, pensando en lo corto que ataba este a su familia—. Más que eso, si había venido aquí para demostrarle algo a Blake e impresionarlo, la idea de hacer lo contrario…

Tragué saliva.

—Liam explotó y se abalanzó de nuevo sobre ella. Y Mal… se defendió. —El señor Laughlin tenía los ojos cerrados—. Yo llegué justo cuando el señor Hawthorne estaba apartando a ese hombre de encima de mi hija. Tenía al desgraciado bajo control, le había puesto los brazos en la espalda, y entonces… —El señor Laughlin se obligó a abrir los ojos y a mirar a Rebecca—. Entonces mi niñita cogió un ladrillo. Arremetió contra él tan de prisa que no pude detenerla. Y no solo una vez… Lo golpeó sin parar.

—Fue en defensa propia —afirmó Jameson.

El señor Laughlin bajó los ojos y luego se obligó a mirarme, como si necesitara que yo, que todos los presentes, lo comprendiéramos.

—No. No lo era.

Me pregunté cuántas veces Mallory había golpeado a Liam antes de que la frenaran. Me pregunté, de hecho, si llegaron a frenarla.

—Al final conseguí contenerla —continuó el señor Laughlin con voz apesadumbrada—. Ella no paraba de decir que creía que la quería. Que creía que… —No había lágrimas en sus ojos, pero un sollozo le sacudió el pecho—. El señor Hawthorne me dijo que me fuera. Me dijo que me llevara a Mal y la sacara de allí.

—¿Liam estaba muerto? —pregunté con la boca casi dolorosamente seca.

No había ni un atisbo de remordimientos en el rostro del guardián de los terrenos.

—Todavía no.

Will Blake respiraba cuando el señor Laughlin lo dejó a solas con Tobias Hawthorne.

—Su hija acababa de atacar al hijo de Vincent Blake. —Jameson estaba programado para encontrar verdades ocultas, para convertirlo todo en un rompecabezas y luego resolverlo—. En aquel tiempo, nuestra familia no era lo bastante rica ni poderosa para protegerla. Todavía no.

—Entonces, ¿sabes qué pasó cuando os fuisteis? —preguntó Rebecca tras un largo y doloroso silencio.

—A mi entender necesitaba atención médica. —El señor Laughlin nos miró a todos, uno por uno—. Una pena que no la recibiera.

Me imaginé a Tobias Hawthorne ahí de pie, mirando al hombre mientras moría. Mientras lo dejaba morir.

—¿Y después? —preguntó Xander, extrañamente callado.

—Jamás pregunté —repuso el señor Laughlin con sequedad—. Y el señor Hawthorne nunca me lo contó.

Mi mente echó a correr: a través de los años, a través de todo lo que sabíamos.

—Pero cuando Toby trasladó los restos… —empecé a decir.

El señor Laughlin volvió a fijar la mirada en el horizonte.

—Yo sabía que había enterrado algo. Cuando Toby huyó y el señor Hawthorne empezó a hacer preguntas, deduje bastante rápido qué era ese algo.

«Y nunca dijo una palabra», pensé.

—Enséñales dónde si tienes que hacerlo, Rebecca. —El señor Laughlin le apartó con dulzura el pelo del rostro a su nieta—. Pero si Vincent Blake pregunta qué ocurrió, protege a tu madre. Dile que fui yo.

CAPÍTULO 74

Encontramos los restos.

Saqué el móvil, preparada para llamar a Blake, pero antes de poder apretar el gatillo, sonó. Miré el nombre de quien me llamaba y me quedé sin aire.

—¿Alisa? —Obligué a mis pulmones a empezar a funcionar de nuevo—. ¿Estás…?

—¿Dispuesta a matar a Grayson Hawthorne? —acabó Alisa con voz neutra—. Sí. Justo así.

El mero hecho de escuchar su voz —y la absoluta normalidad de su tono— me hizo sentir una oleada de alivio que me recorrió por completo. Era como si hubiera estado arrastrando un peso y una presión adicionales en cada célula de mi cuerpo y, de repente, toda esa tensión hubiera desaparecido.

Y entonces procesé lo que Alisa había dicho.

—¿Grayson? —repetí, y el corazón se me detuvo en el pecho.

—Blake me ha dejado marchar por él. Un intercambio.

Tendría que haberlo sabido al ver que no venía con nosotros a buscar el cuerpo. «Grayson Hawthorne y sus grandes gestos», pensé. La frustración, el miedo y algo casi dolorosamente tierno amenazó con llenarme los ojos de lágrimas.

—Tu hermano está jugando a ser un chivo expiatorio —le dije a Jameson, intentando dejar que esa primera emoción acallara el resto. Xander también oyó mi tersa afirmación y Nash apareció detrás de ellos.

—¿Alisa? —preguntó.

—Está bien —informé. «Y esta vez, vamos a cuidar de ella», añadí para mis adentros—. Oren, ¿puedes pedirle a alguien que la traiga aquí?

Oren asintió con la cabeza, fue un gesto escueto, pero la expresión de sus ojos revelaba lo mucho que se alegraba de que Alisa estuviera

bien.

—Dame el teléfono y organizaré una recogida.

Le pasé el teléfono.

—Esto no cambia nada —me dijo Jameson—. Blake sigue sacándonos ventaja.

Tenía a Grayson. Había una simetría terrible en ello. Tobias Hawthorne había robado el nieto de Vincent Blake… y ahora él tenía al nieto de Tobias Hawthorne.

«Tiene a Toby. Tiene a Grayson. Y yo tengo los restos mortales de su hijo», pensé. Lo único que tenía que hacer era darle a Vincent Blake lo que quería, y todo aquello habría terminado.

O, al menos, eso era lo que Blake quería que yo creyera.

Sin embargo, el último mensaje de Tobias Hawthorne no solo me había precavido de que Blake vendría a por la verdad, a por pruebas. No, Tobias Hawthorne me había advertido que Blake vendría a por mí, que me acorralaría, que me reprimiría, que no tendría piedad. Tobias Hawthorne esperaba un asalto a gran escala contra su imperio. Si daba por hecho que había proyectado bien, Vincent Blake no solo buscaba la verdad.

«Vendrá a por todo. A por la fortuna. A por mi legado. A por ti, Avery Kylie Grambs», recordé.

Ahora bien, Tobias Hawthorne —por muy manipulativo y maquiavélico que fuera— también pensaba que yo tenía un atisbo de posibilidad. Solo tenía que jugar mejor que Blake.

«Pero tómate esto como consuelo, mi apuesta muy arriesgada: te he observado. He llegado a conocerte», me había dicho. Las palabras me recorrieron el cuerpo como la sangre, el corazón me latía a un ritmo brutal e inflexible. Tobias Hawthorne había creído que Blake me subestimaría.

Por teléfono, me había llamado «niñita».

¿Qué significaba eso? «Que espera que reaccione, no que actúe. Que cree que jamás miraré más allá», me dije.

Me obligué a parar, a bajar el ritmo y a pensar. A mi alrededor, los otros se peleaban a voces para decidir qué hacer. Pero yo acallé el sonido de la voz de Jameson, la de Nash y la de Xander, la de Oren, la de todos. Y, al final, volví al gambito de dama. Pensé en el hecho de que era necesario ceder el control del tablero. Que requería una pérdida.

Y funcionaba mejor cuando el oponente creía que era un error de principiante, más que una estrategia.

Un plan tomó forma en mi mente. Se solidificó. Y, en ese momento, hice una llamada.

CAPÍTULO 75

—Pero ¿qué acabas de hacer? —Jameson me miró de la misma manera que la noche que me dijo que yo era el último gran rompecabezas de su abuelo, como si, tras todo ese tiempo, todavía hubiera cosas de mí, de lo que yo era capaz, que pudieran sorprenderlo.

Como si quisiera conocerlas todas.

—He llamado a las autoridades y he informado de que se han encontrado restos humanos en la Casa Hawthorne. —Aquello probablemente era obvio si me habían oído. Lo que Jameson me estaba preguntando en realidad era por qué.

—No quisiera yo señalar lo evidente —cortó Thea—, pero ¿el objetivo de desenterrar eso no era hacer un intercambio?

Pude sentir a Jameson leyéndome, sentir su cerebro barajar las posibilidades que yo tenía en el mío.

—Tengo que hacer otra llamada —afirmé.

—¿A Blake? —preguntó Rebecca.

—No —contestó Jameson por mí.

—No tengo tiempo para explicarlo —les dije a todos.

—Se la estás jugando. —Jameson no lo formuló a modo de pregunta.

—Blake me pidió que le llevara el cuerpo, y le será devuelto. Con el tiempo. Y cuando le llegue, yo no habré infringido ninguna ley.

Era más fácil planteárselo como si fuera un juego de ajedrez. Intentando ver venir los movimientos de mi oponente antes de que los hiciera. Ponerle un cebo para que hiciera los movimientos que yo quería, bloqueando ataques antes de que tuvieran lugar.

Xander abrió los ojos como platos.

—¿Crees que si le hubieras llevado los restos te habría culpado a ti de la ilegalidad de ese traslado?

—No puedo permitirle darle todavía más ventaja.

—Porque, por supuesto, todo esto va solo contigo. —La voz de Thea era peligrosamente agradable, lo cual no era nunca buena señal.

—Thea —intervino Rebecca bajito—. Déjalo.

—No. ¡Es tu familia, Bex! Y da igual lo mucho que te esfuerces, da igual lo mucho que llegues a enfadarte, porque siempre te importará. —Thea acercó la mano al perfil de Rebecca—. Antes te he visto con tu madre.

Rebecca pareció querer perderse en los ojos de Thea, pero no se lo permitió.

—Siempre había pensado que me fallaba algo —dijo, y se le rompió la voz—. Emily era el mundo de mamá, y yo era una sombra, y pensaba que era culpa mía.

—Pero ahora sabes —contestó Thea con dulzura— que nunca lo fue.

El trauma de Mallory era el trauma de Rebecca, y seguramente también el de Emily.

—Me he cansado de vivir entre las sombras, Thea —dijo Rebecca. Se volvió hacia mí—. Hágase la luz. Cuéntale la verdad al mundo. Hazlo.

Aquel no era mi plan, no exactamente. Había un movimiento que me permitiría proteger a las personas que necesitaban protección. Una secuencia, si podía ejecutarla.

Si Blake no la veía venir.

Informar del cuerpo solo era el primer paso. El segundo era controlar la narrativa.

—Avery. —Landon me contestó al tercer tono—. Corrígeme si me equivoco, pero nuestra relación profesional finalizó hace ya un buen tiempo.

Desde entonces yo tenía otros publicistas y asesores de prensa, pero necesitaba a la mejor para lograr que funcionara mi plan.

—Tengo que hablar contigo sobre un cadáver y la historia del siglo.

Silencio, el suficiente para plantearme si me había colgado. Entonces Landon me ofreció dos palabras con su acento británico afilado:

—Te escucho.

Le cargué el muerto a Tobias Hawthorne. Sin tapujos y sin piedad. Los muertos no tienen el lujo de ser quisquillosos con su reputación, todavía menos si dichos muertos me habían utilizado como lo había hecho él.

Tobias Hawthorne había matado a un hombre cuarenta años atrás y lo había ocultado. Esa era la historia que yo estaba contando, y era una historia tremenda.

—¿Adónde vas? —me preguntó Jameson cuando hube terminado de hablar con Landon.

—A la cámara acorazada —contesté—. Necesito una cosa antes de ir a enfrentarme con Vincent Blake.

Jameson echó a correr para alcanzarme. Me superó y se volvió justo cuando di un paso que dejó su cuerpo demasiado cerca del mío.

—¿Y qué necesitas de la cámara acorazada? —quiso saber Jameson.

—Si te lo digo —contesté—, ¿vas a intentar encerrarme de nuevo?

Jameson me colocó la mano al lado del cuello.

—¿Es peligroso?

No aparté la mirada.

—Tremendamente.

—Bien. —Vi la intensidad en sus ojos verdes mientras me acariciaba la mandíbula con el pulgar—. Para superar a Blake, tiene que serlo.

Algunas palabras no son más que palabras, y otras parecen verdadero fuego. Lo sentí prendiendo en mi interior, esparciéndose, tan ardiente como un beso. «Volvemos a ser nosotros», pensé.

—Y cuando lo superes —continuó Jameson—, porque lo harás… —No había sensación en el mundo como sentirte vista por los ojos de Jameson Hawthorne—. Voy a necesitar un anagrama para la palabra *everything*.

CAPÍTULO 76

Tras la cámara acorazada, solo pude llegar hasta el vestíbulo antes de que el caos se me abalanzara encima bajo la forma de una enfadadísima Alisa Ortega.

—Pero ¡¿qué has hecho?!

—Bienvenida de nuevo —la saludó Oren con ironía.

—Lo que tenía que hacer —contesté.

Alisa dio lo que se suponía que tenía que ser una bocanada de aire tranquilizadora.

—No has esperado a que llegara porque sabías que te diría que llamar a la policía era una mala idea.

—Tú me habrías dicho que llamar a la policía para denunciar a Blake era una mala idea —rebatí—. Por eso no he llamado para denunciarlo.

—Tenemos agentes del Departamento de Policía ante la verja —me informó Oren—. Dadas las circunstancias, mis hombres no pueden negarles la entrada. Sospecho que los agentes especiales del Departamento de Seguridad Pública no tardarán en llegar.

Alisa se masajeó las sienes.

—Puedo arreglarlo.

—No te corresponde a ti arreglarlo —le dije.

—No tienes ni idea de lo que estás haciendo.

—No —contesté, fulminándola con la mirada—. Tú no tienes ni idea de lo que estoy haciendo yo. Hay una gran diferencia.

No tenía tiempo ni ganas de explicárselo todo. Landon me había prometido una ventaja de dos horas, nada más. Si nos pasábamos de esas dos horas, podríamos perder nuestra oportunidad de controlar la narrativa.

Si esperaba demasiado, Vincent Blake tendría mucho tiempo para reagrupar.

—Me alegro de que estés bien —le aseguré a Alisa—. Has hecho

mucho por mí desde que se leyó el testamento. Lo sé. Pero la verdad es que muy pronto tendré en mis manos la fortuna de Tobias Hawthorne. —No me gustó hacerlo así, pero no tuve elección—. La única pregunta que tienes que hacerte es si todavía querrás tener un trabajo cuando eso ocurra.

Ni siquiera yo estaba segura de si me estaba marcando un farol. Era imposible que pudiera hacerlo yo sola, y, aunque hubiera dudado de ella, confiaba en Alisa más de lo que confiaría en cualquier otra persona a quien pudiera contratar para sustituirla. Por otro lado, esa mujer tenía el hábito de tratarme como si fuera una niña, la misma niña ingenua y abrumada y pobre como una rata que era cuando llegué ahí.

Para acabar con Vincent Blake, tenía que hacerme mayor.

—Te ahogarías sin mí —me contestó Alisa—. Y el imperio se hundiría contigo.

—Pues no me obligues a hacerlo sin ti —respondí.

Tras fijar su mirada en mí con una precisión casi escalofriante, Alisa hizo un escueto asentimiento de cabeza. Oren se aclaró la garganta.

Me volví para mirarlo.

—¿Ahora viene la parte en la que empiezas a hablar de cinta americana?

Enarcó la ceja.

—¿Ahora viene la parte en la que amenazas mi puesto de trabajo?

El día que se había leído el testamento de Tobias Hawthorne, había intentado decirle a Oren que no necesitaba seguridad. Él me había respondido con mucha calma que necesitaría seguridad el resto de mi vida. Jamás había sido cuestión de si él me protegería o no.

—Esto no es un simple puesto de trabajo para ti —le dije a Oren, porque sentí que se lo debía—. Nunca lo ha sido.

Meses atrás me había dicho que él le debía la vida a Tobias Hawthorne. El viejo le había dado un objetivo a Oren, lo había sacado a rastras de la oscuridad más profunda. La última petición para mi jefe de seguridad era que Oren me protegiera.

—Pensé que había hecho algo noble —respondió con voz queda— cuando me pidió que cuidara de ti.

Oren era mi sombra, siempre. Había oído el mensaje de Tobias Hawthorne. Sabía cuál era mi función y eso había hecho que viera su objetivo de otro modo.

—Tu jefe te pidió que te encargaras de mi seguridad. Cuidar de mí… —Me tembló la voz—. Eso ya fue cosa tuya.

Oren me dedicó una brevísima sonrisa y luego se permitió volver a

su modo guardaespaldas.

—¿Cuál es el plan, jefa?

Me saqué el sello de la familia Blake del bolsillo.

—Este. —Lo dejé caer en la palma de mi mano y lo rodeé con los dedos—. Vamos al rancho de Blake. Voy a usar esto para que me permitan entrar. Y voy a ir sola.

—Tengo la obligación profesional de decirte que no me gusta este plan.

Miré a Oren, comprensiva.

—¿Te gustaría más si te dijera que daré una conferencia de prensa justo ante sus puertas para que todo el mundo sepa que estoy allí?

Vincent Blake no podría tocarme ante la atenta mirada de los *paparazzi*.

—¿Vas a parar todo esto, Oren? —Nash vino hasta nosotros a grandes zancadas; era evidente que había oído nuestra conversación —. Porque si no lo haces tú, lo haré yo.

Como atraído por el caos, Xander escogió ese momento para aparecer también.

—Esto no te concierne —le dije a Nash.

—Buen intento, chiquilla. —El tono de Nash no reveló en ningún momento que estaba tirando de jerarquía, pero por relajada que fuera la afirmación, siempre quedaba más que claro cuando ese era el caso —. No va a pasar.

A Nash le daba igual que tuviera dieciocho años, que fuera la propietaria de la casa, que en realidad no fuera su hermana, o que me pelearía con uñas y dientes si intentaba detenerme.

—No puedes protegernos a los cuatro para siempre —le recordé.

—Pero sí puedo intentarlo. No quieres ponerme a prueba ahora mismo, cielo.

Miré a Jameson, que estaba más que familiarizado con las consecuencias de poner a prueba a Nash. Jameson me miró a los ojos y luego miró a Xander.

—¿Leopardo volador? —murmuró Jameson.

—¡Mangosta secreta! —exclamó Xander.

Al cabo de un instante, ambos se lanzaron sobre Nash con una impresionante pirueta voladora tremendamente sincronizada.

En un combate uno contra uno, Nash podía con cualquiera de los dos. Sin embargo, le resultaba complicado sacar ventaja cuando tenía a un hermano sujetándole el torso y al otro inmovilizándole las piernas y los pies.

—Deberíamos irnos —le indiqué a Oren.

Nash estaba maldiciendo a gritos detrás de nosotros. Xander

empezó a darle una serenata con un poema fraternal.

—¡Oren! —bramó Nash.

Mi jefe de seguridad ni siquiera dejó entrever una pizca de la diversión que sentía.

—Lo siento, Nash. Con el tiempo he aprendido que no debo meterme en una pelea Hawthorne.

—Alisa… —empezó a decir Nash, pero yo intervine.

—Quiero que vengas conmigo —le dije a mi abogada—. Esperarás fuera con Oren.

Nash debió de oler la derrota, porque dejó de intentar quitarse a Xander de encima de los pies.

—¿Chiquilla? —gritó—. Te juro por lo más sagrado que más te vale jugar sucio.

CAPÍTULO 77

El rancho de Vincent Blake estaba a unas dos horas y media en coche hacia el norte, y se extendía kilómetros y kilómetros por la frontera entre Texas y Oklahoma. Ir en helicóptero redujo el tiempo del viaje a cuarenta y cinco minutos, a los que luego sumamos el tránsito por tierra. Landon había cumplido con su parte, de modo que la prensa llegó poco después que yo.

—Hoy mismo, hace unas horas —les anuncié, siguiendo un discurso que había ensayado—, se han encontrado en los terrenos de la finca Hawthorne los restos mortales de un hombre que creemos que es William Blake.

Me ceñí al guion. Landon había filtrado la noticia del cuerpo en el momento ideal; la historia que había plantado ya había emergido, pero eran las imágenes que sacaran de mí en ese preciso instante las que la definirían. Conté la historia con la mayor convicción: Will Blake había agredido físicamente a una menor de edad y Tobias Hawthorne había intervenido para protegerla. Los cuerpos policiales estaban investigando, pero basándonos en lo que habíamos podido deducir nosotros mismos, esperábamos que la autopsia revelara que Blake había muerto por un traumatismo craneoencefálico.

Tobias Hawthorne había sido quien lo había golpeado.

Tal vez esa última parte no fuera cierta, pero era sensacionalista. Era una historia. Y en ese momento yo me encontraba allí para presentar mis respetos a la familia del difunto en mi propio nombre y en el de los Hawthorne.

No acepté preguntas. En lugar de hacerlo, me di la vuelta y me acerqué a la verja que delimitaba la propiedad de Vincent Blake. Gracias a mis pesquisas sabía que el rancho Legado se extendía más de un cuarto de millón de acres; cerca de doscientos sesenta mil kilómetros cuadrados.

Me detuve bajo un inmenso arco de ladrillos que formaba parte de

un muro igual de enorme. La arcada era lo bastante grande para que un autobús pudiera cruzarla. Al acercarme, una camioneta negra vino hacia mí a toda velocidad desde el interior del recinto, por un camino de tierra muy largo.

Esos muros encerraban más de ochenta mil acres de tierras de cultivo en activo, más de mil pozos de petróleo productivos, la colección privada de caballos de raza cuarto de milla más grande del mundo, además de un número verdaderamente importante de ganado.

Y en algún lugar, detrás de esos muros, ubicada en esa inmensa extensión, había una casa.

—Estás a punto de entrar en una propiedad privada. —Los dos hombres que salieron de la camioneta negra iban vestidos como trabajadores del rancho, pero se movían como soldados.

Deseando no haber calculado mal —porque, si lo había hecho, el mundo entero estaría siendo testigo de mi error de juicio— le contesté al hombre que había hablado.

—¿Aunque tenga uno de estos?

Abrí los dedos lo suficiente para que vieran el sello.

Al cabo de menos de un minuto, estaba en la cabina de la camioneta, dirigiéndome a toda velocidad hacia lo desconocido.

Pasaron sus buenos diez minutos antes de que la casa apareciera ante mi vista. El conductor, que sin duda alguna iba armado, no me había dirigido ni una palabra.

Bajé la mirada hacia el sello que descansaba en la palma de mi mano.

—No me has preguntado de dónde lo he sacado.

Él no apartó los ojos de la carretera.

—Cuando alguien tiene uno de esos, no preguntas.

Si la Casa Hawthorne parecía un castillo, el hogar de Vincent Blake le hacía pensar a uno en una fortaleza. Estaba hecha de piedra oscura, era de líneas cuadradas y solo las interrumpían dos inmensas columnas cilíndricas que se alzaban hasta convertirse en torreones. Un balcón de hierro forjado recorría el perímetro frontal de la segunda planta. Casi esperaba encontrar un puente levadizo, pero en lugar de eso vi un porche que rodeaba la casa entera.

Eve estaba de pie en ese porche, con el pelo ambarino al viento.

Los guardias de Blake me siguieron mientras caminaba hacia ella. Cuando llegué al porche, Eve se volvió, un gesto estratégico diseñado

para obligarme a seguirla.

—Todo esto habría sido mucho más fácil —dijo— si te hubieras limitado a darme lo que te pedí.

CAPÍTULO 78

Eve no me llevó a la casa. Me llevó a la parte de atrás. Un hombre estaba allí de pie. Tenía la piel bronceada y el pelo canoso cortado al rape. Sabía que rondaba los ochenta, pero parecía que tuviera más bien sesenta y cinco, y que pudiera correr un maratón.

Llevaba una escopeta en la mano.

Mientras lo miraba, apuntó hacia el cielo. El sonido del disparo fue ensordecedor y retumbó por los terrenos al tiempo que un pájaro se precipitaba en picado hacia el suelo. Vincent Blake dijo algo —no pude oír el qué— y el sabueso más grande que había visto en mi vida echó a correr hacia la presa abatida.

Blake bajó el arma. Lentamente, se volvió para mirarme.

—Por estos lares —comentó con esa voz aterciopelada y casi aristocrática que reconocí demasiado bien gracias a nuestras llamadas — cocinamos lo que cazamos.

Sujetó la escopeta en alto y alguien vino corriendo a buscarla. Entonces Blake se nos acercó a grandes pasos. Se instaló en un murito de cemento que encerraba un hogar de exterior inmenso, e Eve me llevó justo hasta allí. Hasta él.

—¿Dónde están Grayson y Toby? —Aquel era el único saludo que ese hombre iba a recibir de mí.

—Disfrutando de mi hospitalidad.

Blake miró de hito en hito la caja grande que yo llevaba en las manos. Sin decir nada, la abrí. Había ido a la cámara acorazada a buscar el juego de ajedrez regio. En cuanto me habían permitido la entrada a la finca de Blake, Oren me lo entregó a escondidas.

Entonces lo coloqué delante de Blake, como si fuera una especie de ofrenda.

Cogió una de las piezas y examinó la multitud de deslumbrantes diamantes negros, la maestría del diseño, luego rio por la nariz y volvió a poner la pieza donde estaba.

—Tobias siempre fue un ostentoso. —Blake extendió la mano derecha y alguien le colocó en la palma un cuchillo de caza Bowie.

El corazón se me subió a la garganta, pero lo único que hizo el rey de ese reino fue sacarse un pedazo de madera del bolsillo.

—Una pieza que talles tú mismo —me dijo— te vale igual para jugar.

«Esto no es un cuchillo para tallar», pensé, aunque no permití que me intimidara lo suficiente para decírselo en voz alta. En lugar de hacerlo, me incliné hacia delante para colocar a su lado, en el murito, el sello que había enseñado en la entrada.

—Creo que esto es tuyo —le dije. Luego hice un gesto con la cabeza hacia el juego de ajedrez que le había llevado—. Y esto lo consideraremos un regalo.

—No te pedí que me trajeras un regalo, Avery Kylie Grambs.

Miré sus férreos ojos.

—No me pediste nada. Me ordenaste que te trajera a tu hijo, y lo tendrás. —Llegado ese momento, sin duda, Blake ya habría oído la información que había filtrado Landon. Cabía la posibilidad de que incluso hubiera visto mis declaraciones—. Cuando la investigación llegue a su término —continué—, las autoridades te entregaran sus restos mortales. Si sirve de algo, lamento tu pérdida.

—Yo no pierdo, Avery Kylie Grambs. —El sol arrancó un destello del cuchillo de Blake mientras trabajaba la madera—. Mi hijo, por otro lado, parece haber perdido bastante.

—Tu hijo —dije— dejó embarazada a una chica menor de edad, y luego la agredió físicamente cuando ella tuvo la osadía de estar destrozada tras darse cuenta de que él la había utilizado para poder acercarse lo suficiente a Tobias Hawthorne y arremeter contra él.

—Mmmmmm. —Blake canturreó un tarareo que resultó muchísimo más amenazador de lo que debería—. Will tenía quince años cuando Tobias y yo nos distanciamos. El chico estaba enfadado porque nos había traicionado. Tuve que desengañarlo de la ilusión de que ese plural le concernía. Lo que pasó fue entre el joven Tobias y yo.

—Tobias fue mejor que tú. —Aquella fue mi primera estocada en ese pequeño duelo verbal de espadas.

Blake ni siquiera la notó.

—Y mira de qué le sirvió.

No tuve claro si hacía referencia al hecho de que la única persona que había superado jamás a Vincent Blake había resultado ser una de las mentes más formidables de una generación, o una predicción autocomplaciente de que todos los logros de Tobias Hawthorne al final habían acabado en nada.

El multimillonario estaba muerto y su fortuna, lista para ser recogida.

—Tu hijo lo odiaba. —Volví a intentarlo, esta vez con un ataque distinto—. Y además estaba desesperado por demostrarte su valía.

Blake no lo negó, sino que apartó el cuchillo de caza de la madera y comprobó con la yema del pulgar lo afilado que estaba.

—Tobias tendría que haber dejado que me encargara de Will. Él sabía qué clase de infierno sufriría por haberle hecho daño a mi hijo. Las decisiones, jovencita, tienen consecuencias.

—¿Y cómo te habrías encargado de lo que tu hijo le hizo a Mallory Laughlin?

—Eso ahora no viene al caso.

—Porque ya se sabe cómo son los hombres —escupí—. ¿Verdad?

Blake me estudió un instante, luego se colocó el cuchillo en la pierna.

—Tengo entendido que un par de amigos te han acompañado hasta la puerta.

—El mundo entero sabe que estoy aquí —contesté—. Saben lo que le pasó a tu hijo.

—Ah, ¿sí? —dijo Eve, desafiando con la voz.

La historia que yo estaba contando… Seguro que Mallory le había dicho lo suficiente para cuestionarla.

—Suficiente, Eve. —La voz de Blake fue incisiva, e Eve tragó saliva mientras su bisabuelo nos miraba a ambas—. No tendría que haber mandado a una niñita a hacer el trabajo de un hombre.

«Una niñita», repetí para mis adentros. Cuando habíamos hablado por teléfono, también se había referido a mí de esa manera. Tobias Hawthorne tenía razón. Yo era joven. Era mujer. Y, sin ninguna duda, ese hombre iba a subestimarme.

—Si te hubiera traído los restos de tu hijo —continué—, me habrías hecho chantaje por haber infringido la ley.

—¿Chantajearte para conseguir qué?, me pregunto. —En realidad, Blake quería que yo me lo preguntara.

Sabía que sería ventajoso para mí que él pensara que tenía las de ganar, por eso debía avanzar con cuidado.

—Si Grayson y Toby no vienen conmigo, daré otra entrevista al salir.

Era peligroso amenazar a un hombre como Vincent Blake. Lo sabía. También sabía que necesitaba que creyera que esa era mi jugada. Mi única jugada.

—¿Una entrevista? —Con aquello me gané otro tarareo—. ¿Les contarás lo de Sheffield Grayson?

Había anticipado que contraatacaría mi jugada, pero no había previsto cómo y, de pronto, ya no fui capaz de mantener el pulso a un ritmo regular. No pude mantener la expresión de mi rostro completamente neutra.

—Tal vez Eve fracasara en su cometido principal —comentó Blake —, pero es una Blake, y nosotros jugamos para ganar. Todavía me estoy planteando si se ha ganado esto. —Blandió un disco dorado idéntico al que yo había colocado en el murito—. Sin embargo, la información que me proporcionó al volver fue… bastante impresionante.

«Información. Sobre lo que le ocurrió al padre de Grayson», pensé. Me acordé de la carpeta, de las fotos del móvil de Eve.

—Sé leer entre líneas —dijo Eve, esbozando una sonrisa—. El padre de Grayson ha desaparecido, y basándome en lo que fui capaz de ir descubriendo, lo hizo poco después de que alguien orquestara un intento de asesinato contra ti. Sheffield Grayson tenía motivos para ser ese alguien. Yo no tenía pruebas, desde luego, pero entonces… —Eve se encogió un poco de hombros—. Llamé a Mellie.

La hermana de Eve era quien había disparado a Sheffield Grayson. Lo había matado para salvarnos a Toby y a mí.

—¿La hermana que jamás hizo nada por ti? —pregunté; tenía la garganta seca.

—Media hermana. —La corrección me confirmó que Eve no había mentido acerca de los sentimientos hacia sus hermanos—. Fue un reencuentro enternecedor, sobre todo cuando le dije que la perdonaba. —Eve hizo un rictus con los labios—. Que podía contar conmigo. Mellie está carcomida por la culpa, ¿sabes? Por lo que hizo. Por lo que tú encubriste.

A mí se me habían llevado a toda prisa del almacén cuando la sangre de Sheffield Grayson todavía estaba caliente.

—Yo no encubrí nada.

Blake volvió a acercar la hoja del cuchillo a la madera y se puso a tallar de nuevo, con movimientos lentos y delicados.

—Pero John Oren sí.

Había acudido allí con un plan, pero no había planeado aquello. Había pensado que con llamar a la policía para informar de los restos de Will Blake, le sacaría a su padre la ventaja que tanto necesitaba. No había previsto que Vincent Blake tenía un as en la manga.

—Parece ser —comentó el hombre con tranquilidad— que vuelvo a sacarte ventaja.

Él jamás lo había dudado.

—¿Qué quieres? —pregunté. Permití que viera la angustia tan real

que sentía, aunque en mi interior la parte lógica de mi cerebro había tomado el control. La parte que disfrutaba de los rompecabezas. La parte que veía el mundo en capas.

La parte que había acudido allí con un plan.

—Todo lo que quiera de ti —contestó Blake con sencillez— lo tomaré.

—Nos lo jugaremos —le dije, improvisando y permitiendo que mi cerebro se ajustara, que añadiera una nueva capa, otra cosa que tenía que ir bien—. Ajedrez. Si gano, te olvidarás de Sheffield Grayson y te asegurarás de que Eve y Mellie hagan lo mismo.

Blake parecía divertido, pero pude ver algo mucho más oscuro que la diversión iluminándole los ojos.

—¿Y si pierdes?

Tenía una carta mejor preparada, pero no podía jugarla, todavía no. No si quería tener siquiera un atisbo de posibilidad de irme de allí con la clase de victoria que necesitaba.

—Un favor —contesté al tiempo que el corazón me destrozaba la caja torácica a golpe de latidos—. Muy pronto tendré el control de la fortuna Hawthorne. Miles de millones. Un favor de alguien en mi posición tiene que tener algún valor.

Vincent Blake no pareció excesivamente tentado con mi oferta. Desde luego que no, porque ya tenía un plan propio para hacerse con la fortuna de Tobias Hawthorne.

Al cabo de un momento, sin embargo, la diversión venció.

—Una partida me parece adecuada, pero no voy a jugarla yo, niñita. Sin embargo, sí dejaré que ella juegue contra ti. —Hizo un gesto brusco con la cabeza hacia Eve, luego la ladeó, barajando posibilidades—. Y Toby.

—¿Toby? —pregunté con voz ronca. Detesté cómo sonó al decirlo, cómo me sentí. No podía permitir que mis sentimientos tomaran el control. Tenía que pensar. Debía modificar mi plan… otra vez.

—Mi nieto ha preguntado por ti —me dijo Blake—. Se podría decir que tengo un don para encontrar los puntos débiles.

Vincent Blake había secuestrado a Toby para poder atacarme, para ganarse la entrada de Eve en la Casa Hawthorne. Me di cuenta, en ese momento, de que sin duda Blake había utilizado mi influencia sobre Toby contra él.

—Eve —llamó; su voz llevaba el peso de una orden que absolutamente nadie se atrevería a desobedecer—, ¿por qué no vas a buscar a tu padre?

CAPÍTULO 79

Las magulladuras de Toby se estaban curando, y le hacía falta afeitarse. Eso fue lo primero que pensé, seguido inmediatamente por otra docena de pensamientos sobre él y mi madre y la última vez que lo vi, todos ellos acompañados por una oleada de sentimientos que amenazó con destruirme.

—No deberías estar aquí. —Toby mantuvo a raya cualquier emoción que estuviera sintiendo, pero la intensidad de sus ojos me dijo que se estaba aferrando a esa compostura por los pelos.

—Lo sé —contesté, y deseé que mi tono le hiciera comprender que no solo le decía que sabía que no debería estar allí. «Sé quién es Blake. Sé de qué es capaz. Sé lo que estoy haciendo», quise decirle.

Para que aquello funcionara, Toby no tenía que confiar en mí, pero sí necesitaba que no se interpusiera en mis planes.

—Vais a jugar una partida —le explicó Vincent Blake a Toby—. Los tres, como si fuera un torneo, tres enfrentamientos. —Blake alzó un único dedo e hizo un gesto desde Toby hacia Eve—. Mi nieto y su hija. —Un segundo dedo me apuntó a mí—: Mi nieto y la chica que no es su hija.

Toby y yo. «Au», pensé.

—Y… —Blake levantó un tercer y último dedo—. Avery e Eve la una contra la otra. —El hombre nos dio unos pocos segundos para procesarlo y luego continuó—: Por lo que respecta a los incentivos… En fin, estas cosas deben conllevar riesgos.

Hubo un no sé qué en su modo de decir «riesgos» que me dio escalofríos.

—Gana las dos partidas y podrás irte —le dijo Blake a Toby—. Desaparecer como se te antoje. Jamás volverás a saber nada más de mí y permitiré que el mundo siga pensando que estás muerto. Pierde una de las dos partidas y podrás irte, pero no como un hombre muerto. Confirmarás al mundo que Toby Hawthorne está vivo y no volverás a

esconderte nunca más.

Toby no palideció. No tuve claro si Blake esperaba que lo hiciera.

—Pierde las dos partidas —continuó el anciano, esbozando una sonrisa que me hizo desconfiar— y no volverás a la vida como Toby Hawthorne. Accederás a quedarte aquí por propia voluntad como Toby Blake.

—¡No! —objeté—. Toby, no…

Toby me cortó con un cambio de expresión casi imperceptible: una advertencia.

—¿Cuáles son sus condiciones? —le preguntó a su abuelo.

Blake se regodeó con la respuesta de Toby, encantado, y luego se volvió hacia Eve.

—Gana una de tus partidas —le dijo— y podrás tener esto. —Blandió un sello de la familia Blake ante Eve—. Pierde ambas partidas, y estarás al servicio de la persona a quien se lo entregue en tu lugar. —Hubo algo profundamente desconcertante en cómo dijo «servicio»—. Gana las dos partidas —acabó Blake con voz aterciopelada— y te daré los cinco.

«Los cinco sellos», pensé. Una corriente eléctrica pareció recorrerlo todo. Isaiah había dicho que cualquiera que tuviera un sello cuando Vincent Blake muriera, heredaría el derecho a una quinta parte de su fortuna, y eso significaba que Blake le acababa de prometer a Eve que, si nos ganaba a Toby y a mí, se lo legaría todo.

Todo el poder. Todo el dinero. Todo.

—Y respecto a ti, la apuesta muy arriesgada de Tobias Hawthorne… —Vincent Blake sonrió—. Pierde las dos partidas y me deberás el favor que has ofrecido: un cheque en blanco, por decirlo de alguna manera, que cobraré cuando yo decida.

Toby me miró a los ojos. «No». No se opuso en voz alta. Tras un momento, aparté la mirada. No había advertencia que pudiera hacerme que fuera a sorprenderme. Deberle un favor a Vincent Blake era una malísima idea.

—Gana al menos una partida —continuó Blake— y te devolveré a Grayson Hawthorne, con la garantía de que nunca más tendré como invitado a nadie que esté bajo tu protección.

«Invitado» era una manera de decirlo, pero, por lo que respectaba a los incentivos, era tentador. Demasiado tentador. «Si está dispuesto a no ponerle una mano encima a mis seres queridos, es que tiene otras teclas que tocar. Otras formas de tener influencia sobre mí».

«Otro plan para arrebatármelo todo», pensé.

—Gana las dos partidas —prometió Blake— y también juraré no revelar jamás el asunto de Sheffield Grayson.

Toby hizo una mueca. Era evidente que no sabía que su abuelo biológico se estaba guardando ese as bajo la manga.

—¿Te parecen aceptables estos términos? —Blake se lo preguntó a Toby y únicamente a Toby, como si Eve y yo no pudiéramos contestar.

Toby apretó los dientes.

—Sí.

—Sí —contestó Eve, que de pronto tenía una vida que hacía que todas sus otras versiones parecieran descoloridas e incompletas.

Por lo que respectaba a mí…

«Blake cumplirá su palabra», recordé. Si ganaba ambas partidas, la verdad sobre el padre de Grayson seguiría oculta. Mis seres queridos estarían a salvo. Blake seguiría viniendo a por mí. Encontraría una manera de destruirme, a mí y a todo lo que me importaba, pero tendría limitaciones acerca de cómo hacerlo.

—Accedo a tus términos —dije, aunque en ningún momento me había dado la opción de hacer otra cosa.

Blake se volvió hacia el deslumbrante juego de ajedrez valorado en quinientos mil dólares que le había regalado.

—Bien, pues. ¿Empezamos?

CAPÍTULO 80

Empezaron Toby e Eve. Yo había jugado lo bastante a menudo con Toby para saber que podría haber acabado la partida en cuestión de doce movimientos, de haber querido.

La dejó ganar.

Blake debió de llegar a la misma conclusión que yo porque, en cuanto el tablero volvió a estar preparado para mi partida contra Toby, el anciano cogió su cuchillo de caza.

—Regala también esta partida —le advirtió a Toby, pensativo—, y le pediré a Eve que me dé el brazo para usar esto para abrirle una vena.

Si a Eve le afectó que su bisabuelo insinuara que le cortaría las venas, no dio muestra de ello. En lugar de hacerlo, se aferró con fuerza al sello que le habían entregado y mantuvo los ojos fijos en el tablero.

Ocupé mi puesto y miré a Toby a los ojos. Hacía más de un año desde nuestra última partida; pero, en cuanto moví el primer peón, fue como si no hubiera pasado ni un instante. Harry y yo volvíamos a estar en el parque.

—Te toca, princesa. —Toby no se anduvo con miramientos, pero hizo todo lo que pudo para tranquilizarme, para recordarme que aun jugando él lo mejor que sabía, yo había conseguido ganarle.

—No soy una princesa. —Repetí mi réplica de nuestro guion y moví el alfil por el tablero—. Te toca, viejo.

Toby entornó los ojos de forma casi imperceptible.

—No seas arrogante.

—Gracioso viniendo de un Hawthorne —contesté.

—Lo digo en serio, Avery. No seas arrogante.

«Ve algo que se me está escapando», comprendí.

—Eve —dijo Vincent Blake con voz amable—. ¿El brazo?

Con la barbilla quieta, Eve se lo alargó. Blake hizo descansar la

hoja del cuchillo contra su piel.

—Juega —le ordenó a Toby—. Y no le des más pistas a la chica.

Hubo un instante —un solo segundo—, y luego Toby hizo lo que le mandaban. Analicé el tablero y vi por qué me había advertido que no fuera arrogante. Le llevó tres movimientos, pero entonces:

—Jaque —anunció Toby con los dientes apretados.

Observé todo el tablero en conjunto, plano general. Tenía tres opciones para mi próxima jugada, y las visualicé todas. Dos permitirían a Toby hacerme jaque mate en cuestión de cinco jugadas. Eso significaba que solo me quedaba la tercera. Sabía cómo contraatacaría Toby, y de ahí tenía cuatro o cinco opciones. Dejé que mi cerebro trabajara a toda velocidad, permití que las posibilidades se fueran desenmarañando solas, a su ritmo.

Intenté no pensar demasiado en el hecho de que si Toby me ganaba, el encubrimiento de la muerte de Sheffield Grayson saldría a la luz. Eso o tendría que darle a Blake algo mucho más grande que un favor para mantenerlo en silencio.

Pertenecería a ese hombre.

«No», me dije. Podía hacerlo. Había una manera. Moví yo. Luego él. Moví yo. Luego él. Una y otra vez, a más y más velocidad, jugamos.

Luego, finalmente, solté una bocanada de aire ahogada.

—Jaque.

Detecté el preciso instante en el que Toby vio la trampa que le había tendido.

—Chiquilla horrible —susurró con aspereza; sin embargo, la ternura que brillaba en sus ojos cuando lo dijo por poco me desarmó.

Movió él. Luego yo. Movió él. Luego yo.

Y entonces, finalmente, por fin…

—Jaque mate —sentencié.

Vincent Blake siguió tocando el brazo de Eve con el cuchillo de caza un instante más y luego lo apartó lentamente. Su nieto había perdido y, al comprender lo que eso significaba, sentí que se me revolvían las entrañas.

Toby había perdido las dos partidas. Estaba en manos de Blake.

CAPÍTULO 81

—Espero más de ti en próximas ocasiones —le advirtió Vincent Blake a Toby—. Ahora eres un Blake, y los Blake no perdemos ante niñitas.

Miré a Toby a los ojos.

—Lo siento —le dije en voz baja y desesperada.

—No lo sientas. —Toby alargó la mano para acunarme el rostro—. Veo tantísimas cosas de tu madre en ti…

Aquello se pareció demasiado a un adiós. Desde el momento en que Eve había plantado los pies ante las puertas de la Casa Hawthorne, sentí la determinación de recuperarlo. Y ahora…

—¿Te…? —No me salieron las palabras, era como si la pregunta se me estuviera pegando a la garganta—. ¿Podré verte? —pregunté.

«Tienes una hija», pude oírme a mí misma decirle.

«Tengo dos», me había contestado él.

Blake no le dio a Toby la opción de contestar. Desvió su atención hacia Eve. Ella disfrutó del gesto, como si él fuera el sol y ella tuviera el tipo de piel que nunca se quema. Por primera vez, en lugar de mirarla a ella y ver a Emily, vi algo muy diferente.

Una intensidad propia de Toby. De Blake.

—Si gano esta partida… —empezó a decir Eve, y la voz se le tiñó de férrea determinación y asombro.

—Es tuyo —confirmó Blake—. Todo. Pero antes de empezar… —Blake levantó el dedo y un miembro de su equipo de seguridad acudió al instante—. ¿Puedes ir a buscar a nuestro otro invitado para que lo vea la señora Grambs?

«Grayson», pensé. No me dejé creer del todo que estaba bien hasta que lo vi, y entonces me permití pensar en lo que había ganado: no solo la libertad del chico, sino también la promesa de que ninguno de mis seres queridos se encontraría nunca más siendo «un invitado» en ese lugar.

—Avery. —Grayson clavó sus ojos azul grisáceos, de claros irises de hielo sobre las pupilas negras como la tinta, en los míos—. Tenía un plan.

—¿Sacrificio imprudente? —contesté—. Sí, ya lo pillo. —Lo abracé con fuerza y le hablé al oído—: Te lo dije, Grayson, somos familia.

Lo solté. El tablero estaba preparado para la partida final. Eve llevaba las blancas. Yo llevaba las negras. Con decenas de miles de diamantes resplandeciendo entre nosotras, nos enfrentamos en una partida que encerraba una enormidad de cosas en juego.

Basándome en el nivel que le había visto a Eve al jugar contra Toby, no había anticipado el desafío que pronto me descubrí encarando. Era como si me hubiera observado al jugar contra su padre, hubiera interiorizado una docena de estrategias nuevas y hubiera aprendido cómo veía yo el tablero.

«Está jugando para ganar», pensé. Yo estaba desesperada por salvar a Oren y no tenía ni idea de qué clase de crimen había cometido yo al no denunciar la muerte de Sheffield Grayson. Ahora bien, ¿Eve? Ella jugaba por las llaves del reino, por una riqueza y un poder que superaban lo imaginable.

Por ser aceptada por alguien cuya aprobación ansiaba con todo su ser.

Nuestro entorno se desvaneció hasta que no pude oír nada más que los sonidos que producía mi propio cuerpo y no pude ver nada más que el tablero. Me llevó más tiempo del previsto, pero finalmente vi dónde atacar.

Podría haberle hecho jaque en tres movimientos, jaque mate en cinco.

Sin más, podría irme de allí con Grayson y sabiendo que Vincent Blake tendría menos medios para atacarme.

«Pero seguiría atacándome», me dije.

Los asaltos a mis intereses financieros, los *paparazzi*, jugar conmigo y acorralarme. «Seguirá viniendo a por mí», pensé. Y esa idea no paró de crecer en mi mente, de apartar mi concentración de la partida contra Eve para llevarla a una imagen más general.

Esa no era la partida definitiva, no para mí.

Podía ganar y podría irme de allí, exactamente igual a como llegué, sin haber mejorado lo más mínimo la situación en la que me dejó Tobias Hawthorne al morir. Seguiría siendo temporada de caza. Un hombre a quien Tobias Hawthorne había temido tanto como para legar su fortuna a una casi completa desconocida seguiría viniendo a por mí.

Incluso sin violencia, incluso con nuestra integridad física

garantizada, Vincent Blake encontraría igualmente una manera de destrozar a cualquiera, a todo y a todos los que se interpusieran en su camino.

Aunque en ese preciso instante ganara a Eve, no sería suficiente.

Tenía que pensar en el juego a largo plazo. Tenía que ver más allá del tablero, jugar anticipando diez movimientos, no cinco; pensar en tres dimensiones, no en dos. Si ganaba a Eve, Vincent Blake dejaría que me marchara y lo haría sabiendo que yo era más de lo que él había pensado. Ajustaría sus expectativas en el futuro.

«Eres joven. —La voz de Tobias Hawthorne resonó en mi mente—. Eres mujer. No eres nadie. Úsalo». Si le daba a Vincent Blake una excusa para que siguiera subestimándome, lo haría.

Había acudido a su casa con un plan en la cabeza. Ese torneo no había sido parte del plan, pero podía sacarle partido.

Jugar al ajedrez no consistía solo en anticipar los movimientos del oponente. Consistía en colocar esos movimientos en su mente, provocárselos. Tras escuchar la grabación que el viejo nos había dejado, a Xander le había maravillado el hecho de que Tobias Hawthorne hubiera predicho exactamente qué haríamos todos nosotros tras su muerte, pero Hawthorne no solo lo había predicho.

Lo había manipulado. Nos había manipulado.

Si quería vencer a Blake, tenía que hacer lo mismo. Por eso no aproveché el espacio para atacar que me había dejado Eve. No la gané al cabo de cinco jugadas.

Dejé que me ganara ella al cabo de diez.

Vi el momento exacto en que Eve se daba cuenta de que tenía el imperio de Vincent Blake al alcance de la mano. Y el momento, justo después, en que vi un destello en los ojos de Toby. ¿Sospechaba que acababa de tirar el juego?

¿Mi oponente real también?

—Bien hecho, Eve. —Blake le ofreció una escueta sonrisa engreída, y a Eve se le iluminó el rostro, la sonrisa que lucía era luminiscente. Blake se volvió hacia mí… y hacia Grayson—. Vosotros dos podéis marcharos.

Sus hombres nos rodearon y no tuve que fingir el pánico.

—¡Espera! —exclamé a la desesperada, sintiendo esa desesperación porque, aunque ese había sido un riesgo calculado, me resultaba imposible saber si lo había calculado mal—. ¡Dame otra oportunidad!

—Ten un poco de dignidad, criatura. —Blake se puso de pie y me dio la espalda al tiempo que su perro de presa volvía a su lado y le dejaba un pato muerto a sus pies—. A nadie le gusta un mal perdedor.

—Te deberé un favor de todas formas —grité mientras la seguridad

de Blake empezaba a sacarme de su propiedad—. Una última partida. Yo contra ti.

—No necesito ningún favor tuyo, niña.

«No pasa nada —intenté decirme a mí misma—. Hay otra opción». Una opción para la que había acudido preparada. La opción que había planeado. El regalo del juego de ajedrez, el hecho de tener a Alisa esperándome fuera. Había sabido desde el principio cuál iba a ser mi gambito.

Cuál iba a tener que ser.

—Un favor no, entonces —contesté, intentando aferrarme al pánico y a la desesperación para que ese hombre no viera la profunda sensación de calma que crecía en mi interior—. ¿Qué me dices del resto?

Grayson me lanzó una mirada afilada.

—Avery.

Vincent Blake levantó la mano y todos sus hombres dieron un paso atrás en silencio.

—¿El resto de qué, exactamente?

—De la fortuna Hawthorne. —Dejé que las palabras me salieran atropelladas—. Mi abogada lleva semanas persiguiéndome para que firme esos papeles. Tobias Hawthorne no vinculó mi herencia a un fondo fiduciario. A la buena gente de McNamara, Ortega & Jones les inquieta que una adolescente tome las riendas, por eso Alisa preparó los papeles para ponerlo todo en un fondo fiduciario hasta que yo cumpla los treinta.

—Avery. —La voz de Toby era grave y estaba cargada de advertencias. Parte de mí quiso creer que solo me estaba ayudando a dar verosimilitud a mi arriesgadísima jugada, aunque lo más probable era que me estuviera brindando una genuina palabra de advertencia.

Estaba arriesgando demasiado.

—Si juegas conmigo —le dije a Blake, haciendo un ademán con la cabeza hacia el tablero de ajedrez— y ganas, firmaré los papeles y te pondré a ti de fideicomisario.

Al acudir allí, había contado con el ego de Blake para que diera por hecho que podía ganarme, pero siempre había cabido la posibilidad de que se diera cuenta de que si le había sugerido el ajedrez era porque tenía la opción real de ganar. Sin embargo, ahora…

Me había visto jugar.

Me había visto perder.

Pensaba que le estaba haciendo esa oferta dejándome llevar por el impulso de mi derrota.

Y, aun así, me miró con ojos astutos y la más suspicaz de las sonrisas.

—Dime, ¿por qué ibas a hacer algo así?

—No quiero que nadie se entere de lo ocurrido con Sheffield Grayson —escupí—. ¡Y he leído los papeles! Con un fondo fiduciario, el dinero seguiría perteneciéndome a mí. Solo que no lo controlaría. Tú tendrías que prometerme que aprobarías todas las adquisiciones que quisiera hacer, que me dejarías gastar tanto dinero como se me antojara, cuando se me antojara. Ahora bien, ¿todo lo que yo no pueda gastar? Tú serías quien tomaría las decisiones sobre cómo invertirlo.

«¿Sabes cuál es la verdadera diferencia entre los millones y los miles de millones? —me había preguntado Skye Hawthorne en lo que me parecía una pequeña eternidad atrás—. Porque llegado a cierto punto, no es cuestión de dinero».

Era cuestión de poder.

Vincent Blake no quería ni necesitaba la fortuna de Tobias Hawthorne para gastársela.

—¿Todo esto a doble o nada? —preguntó Blake intencionadamente. Como Tobias Hawthorne, el hombre que tenía delante de mí pensaba siete pasos por adelantado. Sabía que yo guardaba otra carta bajo la manga.

«Aunque, con un poco de suerte, solo una», pensé.

—No —admití—. Si ganas tú, tendrás el control de todo libre de gravámenes hasta que yo cumpla los treinta o tú estés en una caja de pino. Ahora bien, si yo gano, tú te asegurarás de que esos repugnantes rumores sobre Sheffield Grayson no salgan a la luz, y me darás tu palabra de que esto se acaba aquí.

Ese era el plan. Ese era el verdadero plan desde el principio. «Mi mayor adversario, y ahora el tuyo, es un hombre de honor. —Me había dicho Tobias Hawthorne—. Supéralo y honrará la victoria».

—Si yo gano —continué—, la tregua que tenías con Tobias Hawthorne quedará extendida a mí. Se acabará la temporada de caza. —Le lancé una mirada dura, que sospeché que encontró tremendamente divertida—. Me dejarás marchar, igual que dejaste que el joven Tobias Hawthorne se marchara, hace ya tantos años.

Deseé que me viera así de impulsiva, que se tomara aquello como mi reacción desesperada tras perder la partida. «Soy joven. Soy mujer. No soy nadie. Y acabas de ver a Eve ganándome al ajedrez», me dije.

—¿Cómo sé que mantendrás tu palabra? —inquirió mi adversario.

Necesité hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para impedir que siquiera un atisbo de la victoria se percibiera.

—Si aceptas la apuesta —contesté, toda ingenuidad y bravuconería —, haremos dos llamadas: una a tu abogado y otra a la mía.

CAPÍTULO 82

—¿Qué narices estás haciendo? —espetó Alisa.

Estábamos las dos, —supuestamente—, solas, pero aunque no viéramos a nadie escuchándonos, no quise explicar nada que pudiera mostrarle mis cartas a Blake.

—Lo que debo —afirmé, con la esperanza de que Alisa leyera en mi tono todo lo que no decía.

«Tengo un plan».

«Puedo hacerlo».

«Tienes que confiar en mí».

Alisa me miró como si me hubieran salido cuernos.

—No debes hacer esto bajo ningún concepto.

No iba a ganar aquella discusión, de modo que ni siquiera lo intenté. Me limité a esperar que se diera cuenta de que no iba a cambiar de opinión.

Al comprenderlo, Alisa masculló en voz muy baja y apartó la mirada.

—¿Sabes por qué Nash y yo rompimos nuestro compromiso? —me preguntó con un tono muchísimo más tranquilo de lo que tendría que haber sonado teniendo en cuenta lo que me contaba y la situación en la que nos encontrábamos—. Estaba absolutamente determinado a impedir que su abuelo lo manipulara, a él o a mí. Dio por hecho que yo también me apartaría de todo lo que era Hawthorne.

—Y no pudiste. —No acabé de comprender adónde quería llegar con eso.

—Educaron a Nash para ser extraordinario —prosiguió Alisa—. Pero él no fue el único en cuya educación intervino el viejo, así que sí, me quedé. —Alisa pronunció las palabras con voz neutra, negándose a permitirles tener más importancia de la estrictamente necesaria—. Hice lo que Nash tendría que haber hecho. Lo perdí todo por ello, pero antes de que el señor Hawthorne falleciera, estipuló ante mi padre y

los otros socios que yo sería quien tomaría las riendas contigo. —Bajó la mirada—. Ya estoy oyendo lo que diría el viejo del desastre que he hecho con mi trabajo. Primero me dejo secuestrar y ahora esto.

El desastre que pensaba que yo estaba haciendo.

—O quizá —le dije con un tono que, de algún modo, captó su atención— te educó para que hicieras exactamente lo que has hecho, te escogió para que hicieras exactamente lo que has hecho.

Deseé que captara el significado de mi énfasis. «No solo te escogió a ti. A mí también me escogió, Alisa. Y puede que me escogiera para que hiciese exactamente lo que estoy haciendo», pensé.

Muy despacio, la expresión de sus profundos ojos castaños fue cambiando. Entendió que le estaba diciendo que creyera que me habían escogido por una razón concreta. Que aquella era la razón.

Ese era nuestro juego.

—¿Tienes idea de lo arriesgado que es esto? —me preguntó Alisa.

—Siempre lo ha sido —contesté—, desde el momento en que Tobias Hawthorne cambió su testamento.

Aquella era su apuesta muy arriesgada, y la mía.

CAPÍTULO 83

Blake me dejó jugar con las blancas, lo cual significaba que me correspondía el primer movimiento. Escogí el gambito de dama. No fue hasta doce jugadas más tarde cuando Vincent Blake comprendió que mis instintos iban más allá de las maniobras clásicas. Cuatro jugadas más tarde, me ganó el alfil, lo cual me permitió ejecutar una secuencia que acabó conmigo arrebatándole la dama.

Lentamente, jugada a jugada y contraataque a contraataque, Vincent Blake se dio cuenta de que jugábamos a un nivel mucho más igualado de lo que él había anticipado.

—Ahora veo —me dijo— lo que estás haciendo.

Había visto lo que ya había hecho, en realidad. La joven contra quien jugaba ahora no era la que había perdido contra Eve. Lo había engañado, y se había dado cuenta, solo que demasiado tarde.

«En cuatro jugadas —pensé, sentía en el pecho el latido brutal e incesante de mi corazón—, será mío».

Al cabo de dos, se dio cuenta de que lo tenía atrapado. Se puso de pie e hizo caer su rey, dando la partida por perdida. El oro blanco repiqueteó cuando la pieza tocó el tablero de joyas incrustadas, el rey de diamantes negros resplandecía bajo el sol.

Vincent Blake era un hombre peligroso, un hombre rico, un oponente formidable…, pero me había subestimado.

—Puedes quedarte el juego de ajedrez —le dije.

Durante un momento, noté a Blake luchando consigo mismo. Los abogados estaban ahí para asegurar mi parte del trato, no la suya. «Te prometo que no te destruiré lenta y estratégicamente», no era un término aplicable por ley. Yo me lo había jugado todo con la única garantía real que me había dado Tobias Hawthorne.

Que si superaba a Blake, él honraría la victoria.

—¿Qué acaba de pasar? —exigió saber Eve.

Vincent Blake me lanzó una última mirada fulminante, y luego

apoyó el peso del cuerpo sobre los talones.

—Que ha ganado.

CAPÍTULO 84

Vincent Blake respetaría nuestra apuesta, pero no quería volver a verme en su propiedad nunca más.

—Escoltad a Avery, a Grayson y a la señora Ortega hasta la entrada —ordenó a sus hombres—. Aseguraos de que la prensa se ha dispersado antes de que lleguen.

Una mano me rodeó el antebrazo, sugiriéndome con harta precisión qué tipo de «escolta» podía esperar. Sin embargo, para cuando quise darme cuenta, el hombre que me había agarrado estaba tendido en el suelo y Toby se encontraba de pie ante él.

—Los escoltaré yo —afirmó.

Los hombres de Blake miraron a su jefe.

Vincent Blake obsequió a Toby con una sonrisa aciaga.

—Como desees, Tobias Blake.

El nombre era un recordatorio afilado como una daga: quizá yo hubiera ganado mi apuesta, pero Toby había perdido la suya. Me colocó la mano en la espalda y se me llevó para rodear la casa de nuevo.

Ya casi habíamos llegado a la carretera cuando una voz habló detrás de nosotros.

—Espera.

Quise ignorar a Eve, pero no pude. Muy despacio me volví para mirarla, consciente de que Grayson estaba ejerciendo un control férreo sobre cualquier impulso que hubiera podido tener para hacer lo mismo.

—Me has dejado ganar —afirmó Eve. Era una acusación, furiosa y grave. Desvió la mirada hacia Toby—: ¿Tú también has perdido a propósito? —le preguntó, y la voz le tembló. Al ver que Toby no contestaba, Eve se volvió de nuevo hacia mí—: ¿Lo ha hecho? —exigió saber.

—¿Acaso importa? —pregunté—. Has conseguido lo que querías.

Eve había ganado los cinco sellos. Ahora era la única heredera del imperio de Blake.

—Por una vez en mi vida —susurró Eve con voz baja pero tremendamente fiera—, quería demostrarle a alguien que era lo bastante buena. —Sus ojos la traicionaron cuando miró a Grayson, pero él no se volvió—. Quería que Blake me viera por quien soy —prosiguió Eve, que volvió a fijar los ojos en mí—, pero ahora lo único que va a ver siempre cuando me mire es a ti.

Había usado a Eve para superar a Blake, y la chica tenía razón: él no lo olvidaría jamás.

—Yo te vi por quien eras, Eve. —La voz de Grayson no transmitía ninguna emoción, su cuerpo estaba tenso—. Podrías haber sido una de nosotros.

La expresión de Eve flaqueó y, durante un momento fugaz, me acordé de la niña pequeña del guardapelo. Luego, la persona que tenía delante se irguió, una expresión altanera se apoderó de sus rasgos como si fuera una máscara de porcelana.

—La chica que has conocido —le dijo a Grayson— era una farsa.

Si Eve pensaba que aquello conseguiría sacar de sus casillas a Grayson Davenport Hawthorne, iba muy equivocada.

—Llévatelos de aquí. —Eve giró la cabeza de repente hacia Toby—. ¡Ya!

—Eve… —empezó a decir Toby.

—He dicho que se vayan. —Una chispa de victoria, dura y cruel, brilló en sus ojos de color esmeralda—. Tú ya volverás.

Aquello se me antojó una flecha disparada directa a mi corazón. «Toby no tiene elección», pensé.

Sin inmutarse, me escoltó lejos de su hija y no volvió a hablar hasta que él, Alisa, Grayson y yo llegamos a la camioneta.

—Lo que has hecho allí con Blake ha sido muy arriesgado —me dijo Toby, medio riñéndome y medio alabándome.

Me encogí de hombros.

—Eres tú quien eligió mi nombre. —«Avery Kylie Grambs. *A very risky gamble*. Una apuesta muy arriesgada», pensé. Toby había ayudado a traerme al mundo. Me había puesto el nombre. Había ido a buscarme cuando mi madre murió. Me había salvado cuando lo había necesitado.

Y, en ese instante, volvía a perderlo por enésima vez.

—¿Qué pasará ahora? —le pregunté. Empezaban a picarme los ojos y tenía un nudo en la garganta.

—Me convierto en Tobias Blake. —Toby conocía la verdad sobre su linaje desde hacía dos décadas. De haber querido esa vida, ya la

habría estado viviendo.

Me acordé de las palabras que había escrito en la cámara que había debajo del laberinto de setos. «Jamás he sido un Hawthorne. Jamás seré un Blake».

—No tienes que hacerlo —le dije—. Podrías huir. Lograste evitar a Tobias Hawthorne durante años. Podrías hacer lo mismo ahora con Blake.

—¿Y darle a ese hombre una justificación para renegar de su trato contigo? —intervino Alisa—. Invalida una apuesta del conjunto y podría discutir fácilmente que las has invalidado todas.

—Esta vez no voy a huir —afirmó Toby con convicción. Seguí su mirada hasta Eve, que volvía a estar de pie en el porche, con el pelo ambarino al viento, la viva imagen de una verdadera reina conquistadora de otro mundo.

—Te quedas por ella. —No pretendí que sonara como una acusación de deslealtad.

—Me quedo por las dos —contestó Toby. Y, durante un momento, nos pude ver a los dos, oír la última conversación que mantuvimos.

«—Tienes una hija.

»—Tengo dos».

—Ayudó a Blake a secuestrarte —le recordé con aspereza—. Me utilizó…, nos utilizó a todos.

—Y cuando yo tenía su edad —contestó Toby al tiempo que abría la puerta del copiloto de la camioneta y me hacía un gesto para que entrara— maté a la hermana de tu madre.

Quise objetar, decirle que él no había prendido el incendio, aunque hubiera bañado la casa con gasolina, pero no me dio la oportunidad.

—Hannah pensaba que podía redimirme. —Incluso tras todos esos años, Toby no podía mencionar a mi madre sin que le abrumaran los sentimientos—. ¿De verdad crees que querría que abandonara a Eve?

Sentí un sollozo atrapado en alguna parte.

—Me lo podrías haber contado —le dije, y la voz me arañó la garganta—. Lo de Blake. Lo del cuerpo. El motivo de estar tan condenadamente decidido a permanecer entre las sombras.

Toby acercó la mano al perfil de mi rostro y me apartó el pelo de la sien.

—Hay muchísimas cosas que haría de otra manera si pudiera volver a vivir esta vida.

Me acordé de lo que le había dicho a Jameson sobre el destino y el hado y el poder de elegir. Sabía por qué Tobias Hawthorne me había escogido a mí. Sabía que todo aquello nunca se había tratado de mí. Sin embargo, a diferencia de Toby, yo no me arrepentía de nada. Lo

habría vuelto a hacer todo —absolutamente todo— de nuevo.

El juego de Tobias Hawthorne no me había hecho extraordinaria. Me había enseñado que ya lo era.

—¿Volveré a verte algún día? —le pregunté a Toby, y se me rompió la voz.

—Blake no va a tenerme encerrado bajo siete llaves. —Toby esperó que Alisa y Grayson subieran detrás de mí, luego cerró la puerta del copiloto y rodeó la camioneta. Cuando volvió a hablar, fue desde el asiento del conductor—. Y en realidad Texas no es tan grande, sobre todo cuando se está en la cima.

«Dinero. Poder. Estatus», pensé. Mi camino y el de Vincent Blake seguramente volverían a encontrarse, igual que mi camino y el de Toby. Mi camino y el de Eve.

—Toma. —Toby me colocó un pequeño cubo de madera en la mano y luego encendió el motor—. Te he hecho una cosa, chiquilla horrible.

Ese apodo cariñoso casi consiguió derrumbarme.

—Blake no me dio mucho con lo que entretenerme, solo madera y un cuchillo.

—¿Y no usaste el cuchillo? —preguntó Grayson a mi lado. Su tono dejó muy claro el tipo de usos que le habrían parecido bien.

—¿Lo habrías hecho tú —rebatió Toby— de pensar que tu captor podía hacerle daño a Avery?

Toby me había protegido. Había hecho una cosa para mí.

«—Tienes una hija.

»—Tengo dos».

Bajé la mirada hacia el cubo de madera que tenía en la mano; pensé en mi madre, en ese hombre, en las décadas y las tragedias y en los pequeños momentos que nos habían llevado a todos hasta ese preciso instante.

—Cuida de ella —le pidió Toby a Grayson cuando el límite de la propiedad de Blake apareció ante nosotros—. Cuidad el uno del otro.

Ya habían desalojado a la prensa, pero Oren y sus hombres seguían ahí esperando… Y también estaba Jameson Winchester Hawthorne.

Grayson vio a su hermano ahí de pie y respondió en nombre de los dos:

—Lo haremos.

CAPÍTULO 85

—El caballero vuelve con la damisela en apuros —declaró Jameson al tiempo que me acercaba a él. Luego miró hacia Grayson y añadió—: Tú eres la damisela.

—Ya lo había entendido —contestó Grayson sin inmutarse.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté a Jameson, pero la verdad era que me daba igual por qué hubiera venido, solo me importaba que estuviera allí.

Había ganado —a pesar de todo, había ganado—, y Jameson era la única persona del planeta capaz de entender de verdad cómo me había sentido exactamente en el momento de darme cuenta de que mi plan iba a funcionar.

La adrenalina. La emoción. El asombro bañado de exaltación.

El momento en que la victoria había estado al alcance de mi mano había sido como estar al borde de la cascada más inmensa del mundo, el rugido del momento había enmudecido todo lo demás.

Era como saltar de un acantilado y descubrir de repente que podías volar.

Era como Jameson y yo y Jameson-y-yo, y quise vivirlo todo de nuevo con él.

—He pensado que te vendría bien que te llevara a casa —contestó Jameson. Miré detrás de él, esperando ver el McLaren o uno de los Bugati o el Aston Martin Valkyrie; pero, en lugar de eso, mis ojos tropezaron con un helicóptero, más pequeño que el que Oren había llevado hasta allí.

—Estoy casi seguro de que no está permitido aterrizar con un helicóptero aquí —le dijo Grayson a su hermano.

—Ya sabes lo que dicen sobre pedir perdón y permiso —contestó Jameson. Luego volvió a centrarse en mí, con esa mirada tan familiar que decía a medias: «Te reto» y: «No te soltaré jamás»—. ¿Quieres aprender a volar?

Esa noche hice girar entre las manos el cubo que me había regalado Toby. Uno de mis dedos tropezó con un borde y me di cuenta de que estaba hecho de piezas encajadas. Trabajando despacio, resolví el rompecabezas, desmonté el cubo y coloqué las piezas delante de mí.

Cada una de ellas contenía una palabra tallada.

Veo

Tantísimas

Cosas

De

Tu

Madre

En

Ti

Y en aquel momento, incluso más que cuando derroté a Blake, fue cuando lo supe.

Al día siguiente por la mañana, antes de que se levantara nadie más, fui a la Gran Sala y encendí un fuego en la inmensa chimenea. Podría haberlo hecho en mi cuarto —o en cualquiera de las otras doce chimeneas que había en la Casa Hawthorne—, pero me pareció adecuado volver a la habitación donde se había leído el testamento. Casi podía ver fantasmas en ella: todos nosotros en aquel momento.

Yo pensando en lo mucho que me cambiaría la vida heredar unos pocos miles de dólares.

Los Hawthorne descubriendo que el viejo me había dejado la fortuna a mí.

Las llamas chisporrotearon cada vez más fuertes en la chimenea, y bajé la mirada hacia los documentos que tenía en la mano: el papeleo del fondo fiduciario que Alisa me había preparado.

—¿Qué estás haciendo? —Libby caminó hasta mí ahogando un bostezo y arrastrando los pies, que llevaba enfundados en unas pantuflas con forma de ataúd.

Sujeté los papeles en alto.

—Si firmo esto, mi patrimonio quedará atado a un fondo fiduciario, al menos durante un tiempo.

Todo ese dinero. Todo ese poder.

Libby me miró a mí y luego la chimenea.

—Bueno —dijo, más alegre de lo que había hablado nunca cualquiera que llevara puesta su otra camiseta de DESAYUNO MADRUGADORES—, ¿y a qué esperas?

Bajé la mirada de nuevo hacia los papeles del fondo fiduciario,

luego miré la chimenea… y los arrojé dentro. Al tiempo que las llamas lamían las páginas, devoraban la jerga legal y, con ella, la opción de endosarle a otra persona el poder y las responsabilidades que me habían legado, sentí que algo en mi interior empezaba a relajarse, como los pétalos de una tulipa abriéndose al empezar a germinar.

Podía hacerlo.

Iba a hacerlo.

Si el año anterior había sido una especie de prueba… Estaba preparada.

Empecé a llevarme a todas partes el cuaderno que me había regalado Grayson. Yo no tenía un año para hacer mis planes. Tenía días. Y sí, disponía de asesores financieros y un equipo legal y un *statu quo* que podían echarme una mano de haber querido conseguir más tiempo, pero no era lo que quería.

No era el plan.

Muy en el fondo, sabía lo que quería hacer. Qué necesitaba hacer. Y a todos los abogados y asesores financieros y personas poderosas del estado de Texas… no les iba a gustar nada.

CAPÍTULO 86

Empecé la noche más importante de mi vida de pie ante un espejo de cuerpo entero, ataviada con un vestido de gala de un rojo intenso que parecía propio de una reina. El color era tremendamente intenso, más oscuro que el de un rubí, pero igual de rutilante. Un hilo dorado se combinaba con delicadas joyas para formar las discretas vides que serpenteaban y se alzaban por toda la falda. El corpiño era liso, hecho a medida a mi cuerpo, y tenía unas mangas translúcidas y vaporosas de color carmesí que se alargaban hasta besarme las muñecas.

Alrededor del cuello llevaba un único diamante en forma de lágrima.

«Faltan cinco horas y doce minutos», pensé. Los nervios crecieron en mi interior. Pronto se cumpliría mi año en la Casa Hawthorne.

Nunca nada volvería a ser lo mismo.

—¿Ya estás arrepintiéndote de que Xander te convenciera para celebrar esta fiesta?

Me volví del espejo hacia la puerta, donde había aparecido Jameson vistiendo su esmoquin blanco, esta vez conjuntado con un chaleco rojo, del mismo color intenso de mi vestido. Llevaba la americana desabrochada, la pajarita negra que le rodeaba el cuello estaba algo torcida y un poco suelta.

—Es difícil arrepentirse de poner esmoquin a los Hawthorne —le contesté mientras me acercaba a él con una sonrisa juguetona en los labios—. Y esta noche va a ser cosa mía.

La llamábamos la Fiesta de la Cuenta Atrás. «Como en Nochevieja —había dicho Xander durante su discurso por la festividad—, pero a medianoche, ¡eres multimillonaria!».

Jameson me tendió la mano, con la palma hacia arriba. Yo le di la mía, nuestros dedos quedaron entrelazados, y le acaricié con la punta del índice una pequeña cicatriz que tenía en el suyo.

—¿Por dónde empezamos, Heredera?

Esbocé una gran sonrisa. A diferencia del baile de los introvertidos, esa noche era obra mía; había diseñado una fiesta rotatoria en la que pasaríamos una hora en cada una de las cinco ubicaciones distintas escogidas de la Casa Hawthorne, para ir haciendo así la cuenta atrás hasta medianoche. La lista de invitados era corta: los de siempre menos Max, que no había podido faltar a la universidad y se uniría a través de una videollamada casi al final de la fiesta.

—Al jardín de esculturas.

Los verdes ojos de Jameson estudiaron mi rostro.

—¿Y qué haremos en el jardín de esculturas? —preguntó, con la cantidad perfecta de desconfianza en la voz.

Sonreí.

—Adivina.

—El nombre del juego es *Escóndete y empapa*. —Ataviado con un resplandeciente esmoquin azul que parecía más adecuado para una alfombra roja, y con la que tenía que ser la pistola de agua más grande del mundo entre las manos, Xander estaba verdaderamente en su salsa —. El objetivo: absoluta dominación acuática.

Cinco minutos más tarde, me agaché detrás de una escultura de Teseo y el Minotauro. Libby ya estaba allí, en cuclillas, con su vestido *vintage* de 1950 arremangado hasta los muslos.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Libby, hablando en voz baja—. Gran noche.

Eché un vistazo a través de las patas traseras del minotauro y volví a esconderme.

—Ahora mismo, me siento ¡perseguida! —me reí—. ¿Cómo estás tú?

—Preparada. —Libby bajó la mirada hacia los globos de agua que sujetaba en cada mano… y hacia sus tatuajes mellizos: SUPERVIVIENTE en una muñeca y en la otra, CONFIANZA.

«Pasos», pensé. Me preparé para lo peor justo cuando Nash escaló Teseo y aterrizó entre Libby y yo; llevaba en las manos lo que parecía una pistola de agua derretida.

—Jamie y Gray han aunado fuerzas. Xander tiene un soplete. Esto nunca acaba bien. —Nash me miró—. Todavía vas armada. Bien. Cabeza fría y calma, chiquilla. No tengas piedad.

Libby rodeó a Nash para mirarme a los ojos.

—Recuerda —me dijo, los ojos le bailaban—, nunca se juega sucio si se acaba ganando.

Apunté a Nash con mi pistola de agua al tiempo que Libby lo

empapaba con un globo.

A las ocho, trasladamos la fiesta al interior, al rocódromo. Jameson se colocó a mi lado.

—Empapada y con un vestido de gala —murmuró—. Puede ser un buen reto.

Me estrujé el pelo y lo empapé con el agua.

—Todo a favor.

A las nueve, nos dirigimos a la bolera. A las diez, fuimos al taller de cerámica, es decir, a una sala con tornos de alfarero y un horno.

Para cuando se nos hicieron las once y nos encaminamos a la sala de juegos por los laberínticos pasillos de la Casa Hawthorne, nuestros vestidos de gala y esmóquines estaban empapados, desgarrados y manchados de arcilla. Estaba agotada, dolorida y abrumada por una emoción tal que desafiaba las descripciones.

Aquello llegaba a su fin.

Aquella era la noche.

Aquello lo era todo.

Aquellos éramos nosotros.

En la sala de juegos, cuatro chefs privados vinieron a nuestro encuentro, cada uno de ellos con un plato especial que presentarnos. Sopa de buey estofado a fuego lento servida con panecillos rellenos de cerdo tan tiernos que deberían ser ilegales. *Risotto* de bogavante. Los dos primeros platos casi me dejaron extasiada, y eso fue antes de probar unas piezas de sushi que parecían obras de arte, y de que el último chef le prendiera fuego a los postres.

Miré a Oren. Él había sido quien había autorizado a los chefs exclusivos para que acudieran a la casa esa noche.

—Tienes que probarlo —le dije—. Todo.

Observé a Oren rendirse y probar un panecillo relleno de cerdo, y luego noté que alguien me observaba a mí. Grayson vestía un esmoquin plateado de líneas angulosas y afiladas, sin pajarita, y la camisa abotonada hasta arriba.

Pensé que guardaría las distancias, pero se acercó a mí con paso firme y expresión de estar evaluándome.

—Tienes un plan —comentó en voz baja y suave y segura.

Se me aceleró el corazón. No solo tenía un plan. Tenía «Un Plan» en mayúsculas.

—Lo he escrito —le dije a Grayson—. Y luego lo he reescrito, una y otra vez.

Él era el Hawthorne en quien más había pensado mientras lo hacía

y cuya reacción me costaba más de predecir.

—Me alegro —me aseguró Grayson, las palabras lentas y deliberadas— de que fueras tú.

Luego retrocedió un paso para dejar espacio a Jameson, que se deslizó a mi lado.

—¿Ya has decidido —quiso saber Jameson— qué habitación vas a añadir a la Casa Hawthorne este año?

Me pregunté si podía notar mis nervios, si tenía la más remota idea de adónde nos estaba llevando la cuenta atrás.

—He tomado muchas decisiones —contesté.

Alisa todavía no había llegado, pero pronto estaría ahí.

—Si te estás planteando construir una carrera de obstáculos para desafiar a la muerte en el vertiente sur del Black Wood —dijo Xander, dando saltitos, ebrio de victoria tras ganar una partida de *Skee-Ball*—, ¡cuenta conmigo! Tengo cierta idea de dónde podemos sacar balancines de dos plantas a un precio razonable.

Me reí.

—¿Qué harías tú —le planteé a Jameson— si tuvieras que añadir una estancia?

Jameson volvió a atraer mi cuerpo hacia el suyo.

—Un complejo de paracaidismo cubierto, accesible desde un pasadizo secreto que hay en la base del rocódromo. Cuatro pisos de alto, desde fuera parecería otro de los torreones.

—Por favor. —Thea apareció con un taco de billar en la mano. Lucía un vestido largo y plateado que dejaba grandes porciones de su piel broncínea al descubierto y el corte de cuya falda le llegaba hasta el muslo—. La respuesta correcta, evidentemente, es una sala de baile.

—El vestíbulo es tan grande como una sala de baile —apunté—. Estoy casi convencida de que se ha usado así desde hace décadas.

—Y, aun así —contraatacó Thea—, sigue sin ser una sala de baile.

Volvió hacia el billar, donde ella y Rebecca se enfrentaban a Libby y a Nash. Bex se inclinó sobre el billar, preparando lo que parecía un tiro imposible, su esmoquin de terciopelo verde le abrazaba el pecho y llevaba la oscura cabellera taheña peinada hacia un lado y le caía sobre el rostro.

El mundo había aceptado mi explicación por la muerte de Will Blake. La culpa cayó enteramente a los pies de Tobias Hawthorne. Sin embargo, cuando Toby apareció, milagrosamente vivo, y anunció que se iba a cambiar el nombre a Tobias Blake, la prensa no había tardado mucho en deducir que era hijo de Will, ni tampoco en empezar a especular sobre la identidad de la madre biológica de Toby.

Rebecca había dejado claro que seguía sin arrepentirse de haber

salido a la luz.

Clavó el tiro y Thea se fue hacia ella mientras le lanzaba una mirada de regocijo a Nash.

—¿Sigues tan arrogante, vaquero?

—Siempre —contestó Nash con voz relajada.

—Eso —comentó Libby mirándolo a los ojos— es quedarse corto.

Nash rio.

—¿Tienes sed? —le preguntó a mi hermana.

Libby le dio un golpecito en el pecho.

—Hay un sombrero de vaquero en la nevera, ¿verdad?

Bajó la mirada hacia sus muñecas, y luego echó a andar hasta la nevera y sacó un refresco rosa y un sombrero de vaquero de terciopelo negro.

—Me lo pondré —le dijo a Nash—, si te pintas las uñas de negro.

Nash le dedicó lo que solo podría describirse como una «sonrisa de vaquero».

—¿De las manos o de los pies?

Un ladridito hizo que me volviera hacia la puerta. Alisa estaba ahí de pie con una cachorrilla muy inquieta en las manos.

—Me la he encontrado en la galería —me informó sin expresión—. Ladrándole a un Monet.

Xander cogió a la cachorrita y la sujetó en alto canturreándole: —Los Monet no se comen —le dijo con voz infantil—. Tiramisú, mala. —Le dedicó la mayor y más bobalicona sonrisa del mundo—. Perrita mala. Solo por eso… te toca acurrucarte con Grayson.

Xander le endosó la cachorrita a su hermano.

—¿Estás lista? —me preguntó Alisa mientras Grayson dejaba que la perrita le lamiera la nariz y amenazaba a sus hermanos con jugar una ronda del juego del millón con el cachorro.

—Tan lista como podría estarlo.

«Quedan treinta minutos. Veinte. Diez», iba pensando. Por muchas veces que ganara o perdiera al billar, al hockey aéreo o al futbolín, por más que jugara al juego del millón con el cachorro o intentara batir los récords de una docena de juegos distintos, no podía distraerme del hecho de que el reloj no paraba de correr.

«Tres minutos», pensé.

—El truco para una buena cara de póquer —murmuró Jameson— no es mantener una expresión neutra. Es pensar en algo que no sean tus cartas, en la misma cosa todo el rato. —Jameson Winchester Hawthorne me ofreció la mano y, por segunda vez esa noche, la acepté. Me atrajo hacia él para bailar lento, del tipo de baile que no requería música—. Ahora estás poniendo tu cara de póquer, Heredera.

Recordé ir a toda velocidad por una pista de carreras, estar al borde de un tejado, ir con él en moto, bailar descalzos en la playa.

—*Gen H verity* —dije.

Jameson enarcó una ceja.

—¿Verdad generacional para gente mucho mayor que nosotros?

—Es tu anagrama —contesté— para *everything*.

Mi móvil sonó antes de que pudiera responderme, Max me llamaba para hacer una videollamada. Respondí.

—¿Llego a tiempo para la cuenta atrás? —preguntó, chillando para que se la oyera por encima de una música altísima.

—¿Tienes champán? —quise saber.

Blandió una copa. En el momento perfecto, Alisa apareció a mi lado, con una bandeja de copas en las manos. Cogí una y la miré a los ojos. «Ya casi es la hora», le dije en silencio.

—Piotr —comentó Max de mal humor— se niega en redondo a tomar una copa estando de guardia. Ahora bien, lo que sí ha hecho ha sido escoger una canción de guardaespaldas. Lo amenacé con canciones de musicales.

—¡Esa es mi chica! —exclamó Xander.

—Mujer —corrigió Max.

—¡Esa es mi mujer! ¡De una manera completamente no posesiva y absolutamente antipatriarcal!

Max levantó la copa para brindar por él.

—¡Eso eees!

—Es la hora —afirmó Jameson. Me apoyé contra él al tiempo que los demás se congregaban—. Diez… Nueve… Ocho…

Jameson, Grayson, Xander y Nash.

Libby, Thea y Rebecca.

Yo.

Alisa sujetaba una copa de champán, pero se separó del grupo. Ella era la única que sabía qué estaba a punto de pasar.

—Tres…

—… dos…

—… uno.

—¡Feliz Año Nuevo! —chilló Xander.

Para cuando me quise dar cuenta había confeti saliendo de todas partes. No tenía ni idea de dónde había sacado Xander el confeti, pero no paró de hacerlo aparecer, aparentemente de la nada.

—Feliz vida nueva —corrigió Jameson. Me besó como si fuera Nochevieja, y me encantó.

Había sobrevivido un año en la Casa Hawthorne. Había cumplido las condiciones del testamento de Tobias Hawthorne. Era

multimillonaria. Una de las personas más ricas y poderosas del planeta.

Y tenía Un Plan.

—¿Vamos? —me preguntó Alisa.

Nash entrecerró los ojos. La conocía, y eso significaba que sabía muy bien cuándo estaba tramando algo.

—Hazlo —le pedí a Alisa.

Encendió la televisión de pantalla plana y puso un canal de economía veinticuatro horas. Tuvieron que transcurrir un par de minutos, pero entonces apareció el rótulo ÚLTIMA HORA en la pantalla.

—¿Qué tipo de última hora, exactamente? —me preguntó Grayson.

Dejé que el periodista respondiera por mí.

«Acabamos de recibir la noticia de que la heredera Hawthorne, Avery Grambs, ya ha heredado oficialmente los miles de millones que le legó el difunto Tobias Hawthorne. Tras los impuestos estatales y tener en cuenta una valoración económica del último año, el valor actual de la herencia se estima que supera los treinta mil millones de dólares. La señora Grambs ha anunciado que…».

El reportero se quedó mudo, las palabras murieron en sus labios.

Por segunda vez en mi vida, sentí todos los pares de ojos de una estancia fijos en mí. Se produjo una siniestra simetría entre ese momento y el instante previo a que el señor Ortega leyera los términos finales del testamento de Tobias Hawthorne.

«La señora Grambs ha anunciado —volvió a intentarlo el periodista, con la voz estrangulada— que esta misma noche ha firmado un contrato para transferir el noventa y cuatro por ciento de la totalidad de la herencia a una fundación benéfica para que lo distribuya por completo en un lapso de cinco años».

Estaba hecho. Era legal. No podría haber cambiado de opinión ni aunque lo hubiera querido.

Thea fue la primera en romper el silencio:

—Pero ¿qué dice este tipo?

Nash se volvió hacia quien fuera su prometida.

—¿La habéis ayudado a regalar todo ese dinero?

Alisa levantó el mentón.

—Los socios del bufete ni siquiera lo sabían.

Nash soltó una risotada.

—Te pondrán de patitas en la calle, Lee-Lee.

Alisa sonrió. Y no fue la sonrisa arisca y profesional que esbozaba normalmente, sino que esta vez fue real.

—La seguridad laboral no lo es todo. —Se encogió de hombros—.

Y, de hecho, resulta que he aceptado un nuevo puesto en una fundación benéfica.

Yo no encontraba el valor para mirar a Jameson. Ni a Grayson. Tampoco a Xander o a Nash siquiera. No les había pedido permiso. Aunque tampoco iba a pedirles perdón. En lugar de eso, eché el mentón hacia delante igual que lo había hecho Alisa.

—Todos vosotros vais a recibir muy pronto una invitación para uniros a la junta directiva de la Fundación Hannah, Lo Mismo Hacia Delante y Hacia Atrás.

Silencio.

Esta vez fue Grayson quien lo rompió.

—¿Quieres que te ayudemos a donarlo?

Lo miré a los ojos.

—Quiero que me ayudéis a encontrar las mejores ideas y las mejores personas para determinar cómo donarlo todo.

Libby frunció el ceño.

—¿Qué hay de la Fundación Hawthorne?

Además de la fortuna de Tobias Hawthorne, también había recibido el control de su empresa benéfica.

—Zara ha accedido a quedarse unos cuantos años mientras yo esté ocupada con otros asuntos —respondí.

La Fundación Hawthorne tenía sus propios estatutos, que determinaban el mínimo y el máximo del porcentaje de sus bienes que podían donarse cada año. No podía cambiarlo, pero sí podía asegurarme de que mi fundación se rigiera por reglas distintas.

Que mi herencia no quedara destinada para ciertas causas durante mucho tiempo.

Riendo, le entregué a Libby una hoja de papel.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es información de las cuentas de una docena de páginas web distintas en las que te he registrado —le expliqué—. Asistencia mutua, sobre todo, y micropréstamos para mujeres emprendedoras de países en vías de desarrollo. La nueva fundación se encargará de las donaciones benéficas oficiales, pero ambas sabemos qué es necesitar ayuda y no tener adónde ir. He reservado diez millones cada año para ti, para esto.

Antes de que pudiera contestar, le arrojé una cosa a Nash. La atrapó y luego examinó lo que le había lanzado. Unas llaves.

—¿Qué es esto? —preguntó arrastrando las palabras, su acento se había teñido de diversión ante ese enorme giro de los acontecimientos.

—Estas —contesté— son las llaves del nuevo puesto de magdalenas

sobre ruedas de mi hermana.

Libby me miró atónita, con los ojos como platos y los labios esbozando una O.

—No puedo aceptarlo, Ave.

—Lo sé. —Reí—. Por eso le he dado las llaves a Nash.

Antes de poder decir nada más, Jameson se colocó delante de mí.

—Vas a donarlo —dijo, su expresión era un misterio para mí, tanto como el día que nos conocimos—. Casi todo lo que te dejó el viejo, por todo lo que te escogió…

—Voy a quedarme la Casa Hawthorne —contesté—. Y más que dinero suficiente para mantenerla. Incluso puede que me quede alguna que otra segunda residencia, después de haberlas visitado todas.

Después de que las hubiéramos visitado todas, los dos.

—Si Tobias Hawthorne estuviera aquí —declaró Thea—, le explotaría la cabeza.

Todo ese dinero. Todo ese poder. Dispersados donde nadie nunca podría volver a controlarlos.

—Supongo que eso es lo que pasa —dijo Jameson, cuyos ojos no se apartaron un instante de los míos, mientras sus labios esbozaban una sonrisa— cuando uno hace una apuesta muy arriesgada.

UN AÑO DESPUÉS…

—Hoy estoy aquí con Avery Grambs. Heredera. Filántropa. Una persona que ha cambiado el mundo con solo diecinueve años. Avery, cuéntanos, ¿cómo es estar en tu lugar siendo tan joven?

Me había preparado para esa pregunta y para todas las preguntas que la entrevistadora pudiera hacerme. Era la única a quien le había proporcionado una entrevista en todo el año, una experta de la comunicación cuyo nombre era sinónimo de destreza y éxito. Y, todavía más importante, ella también era filántropa.

—¿Divertido? —contesté, y ella soltó una risita—. No quiero sonar despreocupada —aseguré, proyectando toda la sinceridad que sentía—. Soy muy consciente de que es probable que sea una de las personas más afortunadas del planeta.

Landon me había enseñado que el arte de una entrevista como esa —íntima, de lo más esperada, con una entrevistadora que resultaba casi tan magnética como yo— era lograr que pareciera una conversación, para hacer que el público sintiera que no éramos más que dos mujeres charlando. Honestas. Sinceras.

—Y la cuestión es —continué, y el asombro que teñía mi voz retumbó en la estancia de la Casa Hawthorne, donde se estaba llevando a cabo la entrevista— que en realidad nunca se vuelve normal. Uno no se acostumbra.

Allí en esa estancia, que el servicio se había habituado a llamar el Nido, era fácil sentir asombro. El Nido era pequeño para los estándares de la Casa Hawthorne, pero todos sus aspectos, desde los suelos de madera reciclada hasta las butacas para leer descaradamente cómodas, llevaban mi marca.

—Puedes ir a cualquier sitio —dijo la entrevistadora, replicando discretamente el asombro de mi voz—. Hacer lo que quieras.

—Y lo he hecho —contesté.

Las paredes del Nido estaban recubiertas de estanterías hechas a

medida. A cada lugar adonde iba, encontraba un recuerdo: un recordatorio de las aventuras que había vivido allí. Arte, un libro en el idioma local, una piedra del suelo, algún elemento que me había transmitido algo.

—Has ido a todas partes, has hecho de todo… —La entrevistadora sonrió con complicidad—. Con Jameson Hawthorne.

«Jameson Winchester Hawthorne», paladeé.

—Estás sonriendo —observó.

—Tú también lo harías —contesté— si conocieras a Jameson.

Él era exactamente lo que había sido siempre —una persona que perseguía la adrenalina, que amaba las sensaciones, que corría riesgos — y era muchísimo más.

—¿Cómo reaccionó cuando descubrió que ibas a donar la mayor parte de la fortuna de su familia?

—Al principio se sorprendió —admití—. Pero después se convirtió en un juego, para todos ellos.

—¿Todos los Hawthorne?

Intenté no sonreír demasiado esta vez.

—Todos los chicos.

—Los chicos, es decir, los hermanos Hawthorne. Medio mundo está enamorado de ellos. Ahora más que nunca.

Aquello no era una pregunta, de modo que no contesté.

—Has dicho que, tras la sorpresa inicial, ¿donar el dinero se convirtió en un juego para los hermanos Hawthorne?

«Todo es un juego, Avery Grambs. Lo único que podemos decidir en esta vida es si jugamos para ganar», recordé.

—Vamos contrarreloj para encontrar las causas adecuadas y las organizaciones correctas a las que donar el dinero —expliqué.

—Estableciste tu fundación estipulando que todo el dinero tenía que haberse agotado en cinco años. ¿Por qué?

Esa era una pregunta mucho más fácil de lo que ella creía.

—Los grandes cambios requieren grandes acciones —contesté—. Acumular el dinero y entregarlo lentamente a lo largo del tiempo, jamás me pareció la decisión correcta.

—Y por eso fuiste en busca de expertos.

—Expertos —confirmé—. Académicos, gente con los pies en el suelo, e incluso personas con grandes ideas. Teníamos vacantes libres en la junta y, ahora mismo, somos más de cien trabajando en la fundación. Nuestro equipo incluye todo tipo de personas, desde ganadores de Premios Nobel y becas MacArthur hasta líderes humanitarios, profesionales sanitarios, supervivientes de violencia doméstica, personas encarceladas, y una docena de activistas menores

de dieciocho años. Juntos trabajamos para generar y evaluar planes de acción.

—Y valorar propuestas. —La entrevistadora mantuvo el tono reflexivo—. Cualquiera puede presentar una propuesta a la Fundación Hannah, Lo Mismo Hacia Delante y Hacia Atrás.

—Cualquiera —confirmé de nuevo—. Queremos las mejores ideas y las mejores personas. Puedes ser cualquier persona, venir de cualquier lugar. Puede que sientas que no eres nadie. Pero queremos oír lo que tienes que decir.

—¿De dónde sacaste el nombre de la fundación?

Pensé en Toby y en mi madre.

—Eso —contesté para todos los espectadores que nos veían— es un misterio.

—Y hablando de misterios… —El cambio de tono me advirtió que estábamos a punto de ponernos serias—. ¿Por qué?

La entrevistadora dejó que esa pregunta quedara suspendida en el aire y luego continuó:

—¿Por qué, habiendo heredado una de las mayores fortunas del mundo, ibas a donarla casi por completo? ¿Eres una santa?

Me reí por la nariz, lo cual seguramente no me favoreció mucho ante las miradas de millones de espectadores, pero no pude evitarlo.

—Si fuera una santa —dije—, ¿de verdad crees que me habría quedado dos mil millones de dólares? —Negué con la cabeza y el pelo se me escapó de detrás de los hombros con el gesto—. ¿Puedes hacerte una idea de cuánto dinero es eso?

No estaba siendo combativa, y deseé que mi tono lo dejara claro.

—Podría gastar cien millones de dólares al año —expliqué—, cada año durante el resto de mi vida, y cabe una gran posibilidad de que tuviera más dinero al morir del que tengo ahora.

El dinero generaba dinero, y cuanto más se tenía, más alta era la tasa de rentabilidad.

—Y, francamente —continué—, no puedo gastarme cien millones de dólares al año. ¡Literalmente no puedo! Así que no, no soy una santa. Si lo piensas bien, soy bastante egoísta.

—Egoísta —repitió ella—. ¿Después de donar veintiocho mil millones? El noventa y cuatro por ciento de tus bienes, ¿y crees que la gente debería preguntarte por qué no estás haciendo más?

—¿Por qué no? —contesté—. Una vez alguien me dijo que con fortunas como esta, llegado a cierto punto, ya no es cuestión del dinero, porque uno no podría gastarse tantos miles de millones ni aunque lo intentara. Es cuestión de poder. —Bajé la mirada—. Y la verdad es que pienso que nadie debería tener un poder como este; sin

duda, yo no.

Me pregunté si Vincent Blake me estaba viendo. O Eve. O cualquier otro de los potentados que había conocido desde que heredé.

—¿Y de veras la familia Hawthorne estuvo de acuerdo con ello? —preguntó la entrevistadora. Ella tampoco buscaba liar las cosas. Solo era curiosa y profundamente empática—. ¿Los chicos? Grayson Hawthorne ha dejado Harvard. Jameson Hawthorne ha tenido roces con la ley al menos en tres continentes en los últimos seis meses. Y no hace mucho se hizo público que Xander Hawthorne está trabajando de mecánico.

Xander estaba trabajando con Isaiah, tanto en su taller como en un montón de piezas de nueva tecnología que les hacían muchísima ilusión. Grayson había dejado Harvard para destinar toda la fuerza de su mente al proyecto de donar el dinero. Y la única razón de que hubieran arrestado —o casi— a Jameson tantas veces era que no sabía rechazar un reto.

Especialmente viniendo de mí.

La única razón por la que yo no había desatado titulares parecidos era porque a mí se me daba mejor que no me pillaran.

—Te has olvidado de Nash —dije con soltura—. Está trabajando de camarero en un bar, y de catador de magdalenas los fines de semanas.

Sonreía, emanaba una clase de satisfacción —por no mencionar de alegría— que nadie podía fingir. Los hermanos Hawthorne no estaban, como ella señalaba, yendo por el mal camino. Estaban —todos ellos— exactamente donde debían estar.

Tobias Hawthorne los había esculpido, sus manos los habían formado y forjado. Eran extraordinarios. Y, por primera vez en sus respectivas vidas, no vivían bajo el peso de lo que se esperaba de ellos.

La entrevistadora se percató de mi sonrisa y cambió de tema. Más o menos.

—¿Algún comentario sobre los rumores del compromiso de Nash Hawthorne con tu hermana?

—No presto mucha atención a los rumores —logré decir con una expresión neutra.

—¿Qué será lo siguiente, Avery? Tal y como has dicho, sigues teniendo una fortuna tremendamente grande. ¿Algún plan?

—Viajar —respondí de inmediato. En las paredes que nos rodeaban había al menos treinta souvenirs, pero todavía quedaban un montón de lugares donde no había estado.

Lugares donde Jameson todavía no había aceptado ningún reto desaconsejable.

Lugares donde podíamos volar.

—Y —continué—, tras un año sabático o dos, me matricularé en ciencia actuarial en la Universidad de Connecticut.

—¿Ciencia actuarial? —Enarcó las cejas hasta lo absurdo—. En la Universidad de Connecticut.

—Evaluación de riesgos estadísticos —dije. Existía gente que construía modelos y algoritmos, cuyo consejo seguían mis asesores financieros. Tenía mucho que aprender antes de poder empezar a evaluar los riesgos por mí misma.

Y, además, en cuanto empecé a hablar de la Universidad de Connecticut, Jameson había empezado a hablar de Yale. «¿Crees que a sus sociedades secretas les iría bien un Hawthorne?», se preguntaba.

—Bien, viajar. La universidad. ¿Qué más? —rio la entrevistadora. Se lo estaba pasando muy bien—. Tienes que tener planes para algo divertido. La tuya ha sido la historia de Cenicienta definitiva. Danos una pizca de la clase de extravagancia en la que la mayoría de la gente solo puede soñar.

Las personas que nos veían probablemente esperaban que hablara de yates o de joyas o de aviones privados, de islas privadas incluso. Pero yo tenía otros planes.

—A decir verdad —contesté, consciente de que mi tono cambiaba al ritmo de los nervios que burbujeaban en mi interior—, sí tengo una idea divertida.

Era la razón por la cual había accedido a esa entrevista. Sutilmente, metí la mano por el lateral de mi sillón, donde tenía escondida una carta dorada grabada con un diseño muy complicado.

—Ya te he dicho que me resultaría difícil gastar todo el dinero que generan al año dos mil millones de dólares —comenté—, lo que no te he dicho es que no tengo ninguna intención de hacer crecer mi fortuna. Cada año, después de hacer el balance de los gastos, computar cualquier cambio en mi valor neto, y calcular la diferencia, voy a destinar el resto a donaciones.

—¿Más obras benéficas?

—Estoy segura de que habrá mucho más trabajo benéfico en mi futuro, pero esto es por diversión.

No había muchas cosas que quisiera comprar. Quería experiencias. Quería seguir ampliando la Casa Hawthorne, mantenerla y asegurarme de que el servicio seguía teniendo trabajo. Quería asegurarme de que nunca jamás le faltara nada a mis seres queridos.

Y a mí me hacía falta esto.

—Tobias Hawthorne no era un buen hombre —dije con franqueza —, pero tenía un lado humano. Le encantaban los rompecabezas y los

acertijos y los juegos. Cada sábado por la mañana, regalaba a sus nietos un desafío: pistas para descifrarlo, relaciones que hacer, complicadísimos rompecabezas a muchos niveles que resolver. El juego llevaba a los chicos por toda la Casa Hawthorne.

Podía imaginármelos de niños con tanta facilidad como podía verlos ahora. Jameson. Grayson. Xander. Nash. Tobias Hawthorne había sido un pieza. Había jugado para ganar, había cruzado líneas que no deberían cruzarse jamás, había esperado la perfección.

Ahora bien, ¿los juegos? ¿Esos a los que los chicos jugaron al crecer, a los que había jugado yo? Esos juegos no nos habían hecho extraordinarios.

Nos habían mostrado que ya lo éramos.

—Si algo me han enseñado los Hawthorne —proseguí— es que me gustan los desafíos. Que me gusta jugar.

Como Jameson dijo una vez, siempre habría más misterios que resolver, pero yo sabía en lo más hondo de mi corazón que habíamos jugado al último juego del viejo.

Por eso, ahora yo estaba planeando mi propio juego.

—Cada año, seré la anfitriona de una competición cuyo premio será una importante suma de dinero, capaz de cambiar vidas. Algunos años, el juego estará abierto al público en general. Otros…, en fin, quizá te descubrirás recibiendo la invitación más exclusiva del mundo entero.

Aquella no era la manera más responsable de gastar dinero, pero en cuanto se me ocurrió la idea, no pude quitármela de la cabeza. Y en cuanto se la expliqué a Jameson, no hubo vuelta atrás.

—Este juego. —A la entrevistadora se le habían iluminado los ojos —. Estos acertijos. ¿Serán creación tuya?

Sonreí.

—Tendré ayuda. —Y no solo de los chicos. De niña, Alisa también había participado en alguna ocasión en los juegos de Tobias Hawthorne. Oren se encargaría de la logística por mí. Rebecca y Thea, aunando fuerzas, eran directamente diabólicas en sus contribuciones al que había llamado *El gran juego*.

—¿Cuándo empezará el primer juego? —me preguntó la mujer que se sentaba delante de mí.

Esa era la pregunta que esperaba. Sujeté en alto la carta dorada que tenía en la mano y la blandí ante la cámara, mostrando el diseño.

—El juego —contesté con la voz rebosante de promesas— acaba de empezar.

AGRADECIMIENTOS

Cuando escribí *Una herencia en juego* y *El legado Hawthorne*, no sabía con certeza si encontrarían un público suficientemente amplio para justificar la publicación de un tercer libro. Había tenido la esperanza y los planes —INFINIDAD DE PLANES— de poder compartir las idas y venidas que sabía que esperaban a Avery, pero si *La jugada final* existe es gracias al increíble apoyo que los dos primeros títulos recibieron por parte de mi equipo editorial, vendedores, libreros y lectores. Estoy verdaderamente agradecida a todas las personas que han hecho posible este libro.

Mi editora, Lisa Yoskowitz, ha sido una incansable defensora de esta saga desde el mismísimo momento en que leyó *Una herencia en juego*. Es difícil describir lo valiosas que han sido sus opiniones editoriales. Muchísimas de mis partes favoritas de *La jugada final* son el resultado directo de los increíbles instintos de Lisa de lo que una historia necesita, además de su capacidad de inspirarme para hacer todo lo que esté en mi mano para llevar a los personajes, el argumento y su mundo a un nivel superior. Además, estoy tan agradecida por nuestra colaboración creativa como por la gracia, la comprensión y el apoyo que Lisa brinda en todos y cada uno de los procesos de publicación. Escribí la novela durante el primer año de vida de mi bebé, en medio de una pandemia, mientras lidiaba con ayuda irregular para el cuidado de mis peques. ¡Lisa, no podría haberlo hecho sin ti!

Mi agente, Elizabeth Harding, ha sido la campeona de mis novelas desde que yo misma apenas había superado la adolescencia. Dieciocho años y veintitrés títulos más tarde, estoy tan agradecida por todo lo que ha hecho y sigue haciendo por mí y mis libros… Elizabeth, trabajar contigo es una alegría inmensa.

Tengo una enorme deuda de gratitud para con mi asombroso equipo de Little, Brown Books para jóvenes lectores. ¡Estoy absolutamente maravillada por la creatividad, la visión y el trabajo que han llevado esta trilogía a tantísimas manos! Gracias a la

diseñadora de portada Karina Granda y al artista Katt Phatt por crear la preciosa portada de *La jugada final*. ¡Habéis capturado este libro a la perfección y el resultado es verdaderamente maravilloso! Otro enorme agradecimiento va hacia la superestrella de producción Marisa Finkelstein, que me ayudó a hacer maravillas con nuestro calendario para darme tanto tiempo con el libro como necesitaba. Marisa, agradezco todo el trabajo que has hecho para asegurarte de que el libro era lo que necesitaba que fuera cuando necesitaba serlo…, ¡y, además, con un calendario ajustadísimo!

Gracias también a Megan Tingley y Jackie Engel por su increíble apoyo con esta trilogía; a Shawn Foster, Danielle Cantarella, Celeste Risko, Anna Herling, Katie Tucker, Claire Gamble, Leah Collins Lipsett y Karen Torres por llevar esta novela a los lectores de todos los rincones del mundo; a Victoria Stapleton, Christie Michel y Amber Mercado por todo lo que han hecho por conectar bibliotecas y jóvenes lectores con la trilogía; a Cheryl Lew, Savannah Kennelly, Emilie Polster y Bill Grace por hacer y mantener visibles estos libros durante tanto tiempo; a Virginia Lawther, Olivia Davis, Jody Corbett, Barbara Bakowski y Erin Slonaker por su ayuda para poner a punto *La jugada final* para los lectores; a Caitlyn Averett por su ayuda en cada fase del proceso; a Lisa Cahn y Christie Moreau por su trabajo con los audiolibros de la saga, ¡y a Janelle DeLuise y Hannah Koerner por encontrar tan maravilloso hogar en el Reino Unido para la trilogía! Gracias también a mi equipo editorial de Penguin Random House del Reino Unido, especialmente a Anthea Townsend, Phoebe Williams, Jane Griffiths y Kat McKenna.

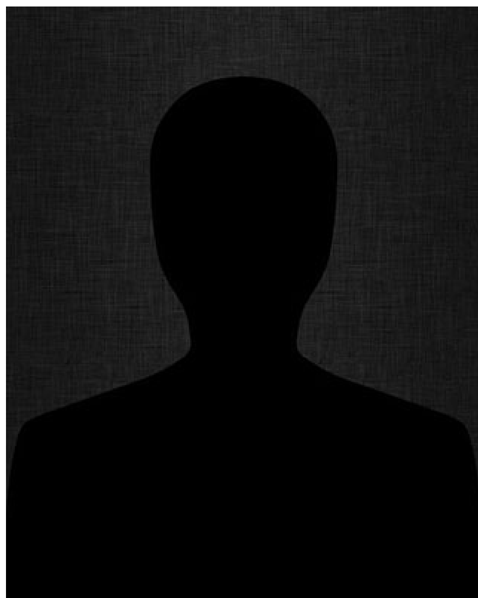
¡Mi increíble equipo de Curtis Brown ha hecho más por la saga de *Una herencia en juego* de lo que jamás hubiera imaginado posible! Un agradecimiento enorme a Sarah Perillo por ayudarme a llevar la trilogía de *Una herencia en juego* a los lectores de todo el mundo, ¡y a Holly Frederick por hacer su magia en el frente de la televisión! También estoy increíblemente agradecida por la ayuda de Mahalaleel M. Clinton, Michaela Glover y Maddie Tavis.

He querido ser escritora desde que tenía cinco años, y una de las cosas más maravillosas de vivir este sueño ha sido pasar a formar parte de una increíble comunidad de autores de novela juvenil. Gracias a Ally Carter, Maureen Johnson, E. Lockhart y Karen M. McManus por ser unas extraordinarias compañeras de conversaciones en los eventos virtuales que han contribuido a lanzar esta saga. Rachel Vincent siempre está ahí cuando necesito hablar a fondo de algún fragmento del libro que no acabo de ver claro, ¡y estoy increíblemente agradecida por nuestros días de escritura semanales! Gracias también

a todos mis otros amigos escritores; hace mucho tiempo de la última vez que os vi en persona a muchos de vosotros, pero sois la razón por la que la comunidad que he encontrado en la escritura me hace sentir como en casa.

Finalmente, gracias a mi familia. Durante años, cuando hacía malabares entre mi exigente trabajo a jornada completa, la escritura y ser madre de tres criaturas pequeñas, siempre me preguntaban: «¿Cómo puedes con todo?». Y la respuesta en todo momento ha sido: «No lo hago todo sola; tengo un montón de ayuda y apoyo». Gracias a mis padres por ser los mejores padres que una persona podría desear. Son mis mayores fans, una fuente de apoyo increíble, y quienes son capaces de meterse dos horas en un coche para vigilar a nuestros peques y traerme comida cuando las horas del día no me dan para más. Mi padre, Bill Barnes, también ha participado en la corrección de este libro, y tanto él como mi madre me han ayudado a crear el mundo que habitan los Hawthorne planteándome infinidad de preguntas sobre mil temas distintos.

Gracias a mi marido, Anthony, que es un compañero en todos los sentidos de la palabra. No puedo imaginarme un marido ni un padre mejor, y estoy agradecidísima por todo lo que haces. Finalmente, gracias a mis tres pequeños tesoros —mi mayor solo tenía cinco años cuando empecé a escribir este libro— por los arrumacos, por aprender a entreteneros por vuestra cuenta de vez en cuando y por llenar mi vida de alegría.



Jennifer Lynn Barnes es una autora best seller de The New York Times con más de veinte aclamadas novelas young adult, que incluyen Little White Lies, Deadly Little Scandals, The Lovely and the Lost y «The Naturals series»: The Naturals, Killer Instinct, All In, Bad Blood, así como la novela electrónica Twelve. Jen también es una becaria Fulbright con títulos avanzados en psicología, psiquiatría y ciencias cognitivas. Recibió su Ph.D. de la Universidad de Yale en 2012 y actualmente es profesora de psicología y redacción profesional en la Universidad de Oklahoma.